CADETE DEL ESPACIO

Robert A. Heinlein

Título original: Space cadet

1

BASE TIERRA

«Para **MATTHEU BROOKS D0DSON»,** decía el papel en sus manos. «Felicidades: Habiendo pasado con éxito las pruebas de eliminación, para el nombramiento como Cadete en la Patrulla Interplanetaria, está autorizado a presentarse al comandante, Base Tierra, Campo de Santa Bárbara, Colorado, Unión de América del Norte, Tierra, el 1 de julio del 2075 o antes, para un examen más completo. Le rogamos que recuerde que la mayoría de los candidatos participantes en estas pruebas últimas acostumbran a fallar y debe estar preparado para esta eventualidad.»

Matt plegó el papel y lo dejó otra vez en el bolsillo de su cinturón. No le importaba pensar en la posibilidad de fracaso. El pasajero de enfrente, un chico de la misma edad que él, atrajo su mirada.

- Me parece que conozco este papel, ¿candidato también?

- Sí, eso es.

- Bueno, chóquela, me llamo Jarman, vengo de Texas.

- Encantado de conocerle, Tex. Me llamo Matt Dodson, y vengo de Des Moines.

- Hola, Matt. Ya tendríamos que haber llegado

-El coche roncó suavemente y moderó su marcha; los asientos se bambolearon con la rápida desaceleración. El coche se paró y los asientos volvieron a la posición normal -. Aquí estamos -terminó Jarman.

La pantalla de televisión que estaba al otro extremo del coche, en la que un momento antes se vela una belleza rubia anunciando el Jabón Super Astral de Sorkin, ahora dejaba leer: **ESTACIÓN BASE TIERRA.** Los dos chicos cogieron sus maletas y salieron de prisa. Un momento más tarde, estaban en la escalera mecánica, subiendo a la superficie.

Frente a la estación, a un kilómetro de distancia, estaba Hayworth Hall, bajo un aire frío y transparente, cuartel general en la Tierra de la fabulosa Patrulla. Matt lo miró con asombro, intentando darse cuenta de que al final lo veía.

Jarman le empujó.

-Vamos.

-Oh, naturalmente.

Un par de aceras mecánicas se desplegaban de la estación hacia el vehículo. Se subieron en la que iba hacia el inmueble. La acera estaba abarrotada de gente, más chicos salían de la estación tras ellos. Matt se fijó en dos de ellos, de rasgos morenos y delgados, que llevaban unos turbantes muy apretados y altos, aunque, por lo demás, iban vestidos como los otros. Un poco más lejos, en el paseo, divisó un joven alto y guapo cuya cara impasible era de un color negro brillante.

El tejano metió sus pulgares en su cintura y observó a su alrededor.

-Abuelita, mata otro pollo -dijo, tenemos compañía para cenar. Hablando de esto, espero que no tardaremos mucho en comer. Estoy hambriento.

Matt extrajo un dulce de su bolsillo, lo partió y dio la mitad a Jarman, que lo aceptó agradecidamente.

-Eres un buen camarada, Matt, he vivido de mis propias grasas desde el desayuno, y esto es arriesgado. Eh, tu teléfono está sonando.

-¡Oh! -Matt buscó a tientas en sus bolsillos y sacó su teléfono -. ¿Hola?

-¿Eres tú, hijo? -dijo la voz de su padre.

-Sí, papá.

-¿Has llegado bien?

-Oh si, estoy a punto de presentarme.

-¿Cómo está tu pierna?

-Está bien, papá -su respuesta no era franca. Su pierna derecha, que acaba de recuperarse de una reciente operación de un tendón de Aquiles demasiado corto, le dolía mientras hablaba.

-Muy bien. Ahora mira, Matt, si lo que pasara es que no fueras escogido, no desesperes. Llámame en seguida y...

-Sí, sí, papá -cortó Matt-. Tengo que colgar, estoy en medio de la muchedumbre. Hasta luego. Gracias por llamarme.

-Buena suerte, hijo. Adiós.

Tex Jarman le miró de manera comprensiva. Tus viejos se preocupan todavía, ¿no? Yo engañé a los míos, poniendo mi teléfono en la maleta. La acera mecánica tomó una pronunciada curva antes de regresar. Bajaron con la muchedumbre, enfrente de Hayworth Hall. Tex se paró para leer la inscripción encima del gran pórtico.

- *Quis custodi...*

-¿Qué dice, Matt?

-Quis custodiet ipsos custodes. Que en latín, quiere decir: ¿Quién vigilará a los guardias?

-¿Lees latín, Matt?

-No, solamente me acuerdo de esto, de un libro sobre la Patrulla.

La rotonda de Hayworth Hall era enorme y aún parecía más grande, porque, a pesar de una brillante iluminación a nivel del suelo, el techo en forma de domo no reflejaba ninguna luz; estaba negro como la media noche y tachonado de estrellas. Estrellas conocidas: la resplandeciente Orión hacía frente a la cabeza amenazante de Tauro; la forma familiar de la Osa Mayor bamboleaba sobre su brazo roto en el horizonte Nornoreste; brillaba exactamente al sur, encima de las Siete Hermanas.

La ilusión de estar al aire libre, durante la noche, era muy fuerte. Las paredes y el suelo, iluminados al nivel de la gente que andaba, hablaba y corría, no parecían más que una pequeña banda de luz, un círculo de calor y de confort, contra la inmensidad horrible del espacio, como carretas en la pradera dispuestas en círculo para la noche, bajo un cielo desierto y ardiente.

Los chicos contuvieron su respiración, como lo hacían todos los que lo veían por primera vez. Pero no tuvieron tiempo de maravillarse ya que otra cosa atraía su atención. El suelo de la rotonda se hundía varios metros por debajo del nivel por donde habían entrado; estaban en un balcón que se extendía alrededor de la enorme sala, rodeando un hoyo, inmenso, circular y poco profundo. En este hoyo una astronave rota estaba abandonada sobre un lecho de rocas y de arena como si al aterrizar se hubiera estrellado, cayendo desde este cielo de imitación

- Es el Kilroy - dijo Tex, casi como silo dudara.

- Debe serlo - convino Matt, en un susurro.

Andaron hasta la barandilla del balcón y leyeron una placa puesta allí:

«Cadete del Espacio. »La primera nave interplanetaria: Nave Cohete USSF *Kilroy estuvo aquí.* »De la Tierra a Marte y vuelta: Teniente Coronel Robert de Fries Sims, Comandante; Capitán Saul S. Abrams; Sargento Primero Malcolm Mac Gregor. Ninguno sobrevivió al aterrizaje de vuelta. Descansen en Paz.»

Se unieron a otros dos chicos y miraron a Kilroy con asombro. Tex empujó a Matt.

-¿Ves la marca en la tierra, donde cayó? Dime, ¿crees que construyeron esto justo encima de donde estaba?

Uno de los otros dos, un chico robusto de un metro ochenta, de pelo moreno, contestó:

- No, el Kilroy aterrizó en Africa del Norte.

- Pues deben haberlo arreglado para que lo parezca. ¿Eres candidato, también?

- Eso es.

- Soy Bill Jarman, de Texas. Y aquí está Matt Dodson.

- Soy Oscar Jensen, y éste es Pierre Armand.

- Hola, Oscar, encantado de conocerte, Pierre.

- Llámame Pete - dijo Armand. Matt observó que hablaba un inglés básico con cierto acento, pero no sabía de dónde. Su manera de hablar era extraña, también se le notaba un vago tartamudeo. Volvió a mirar hacia la aeronave.

-¿Te imaginas tener tripas como para ir al espacio en una caja de galletitas como ésta? – dijo - Me da miedo pensarlo.

- A mí también - reconoció Óscar Jensen.

- Es vergonzoso - dijo Pierre, a media voz.

-¿Qué, Pete? - preguntó Jarman.

- Que su suerte no siguiese. Puedes ver que era un aterrizaje casi perfecto: no se desplomaron, porque en este caso no quedaría nada más que un hueco en el suelo.

- Cierto, creo que tienes razón. Oye, hay una escalera, allá lejos. ¿La ves, Matt? ¿Crees que podríamos verlo por dentro?

- Tal vez - le dijo Matt -, pero pienso que lo mejor sería dejarlo para otro momento. Tenemos que presentarnos, ¿sabes?

- Mejor que vayamos todos - convino Jensen -. ¿Vienes, Pete?

Armand fue para coger su maleta. Óscar Jensen le apartó y la cogió junto con la suya.

- No es necesario - protestó Armand, pero Óscar le ignoró.

Jarman miró a Pierre.

-¿Te sientes mal, Pete? - preguntó-. Noto que pareces enfermo, ¿qué te pasa?

Sí lo estás - intervino Matt -, solicita un aplazamiento.

Armand parecía avergonzado.

- No está enfermo y pasará los exámenes - dijo Jensen con firmeza -. Olvidadlo.

- Bueno, bueno - repuso Tex. Siguieron a la muchedumbre y encontraron un anuncio que ordenaba a todos los candidatos que se presentaran en la sala 3.108. Pasillo número tres. Localizaron el pasillo tres, subieron a la acera mecánica, y dejaron sus maletas en el suelo.

- Dime, Matt - dijo Tex -, ¿quién era Kilroy?

- Déjame ver -contestó Matt -. Fue alguien de la Segunda Guerra Global, un Almirante creo. Sí. Almirante «Bull» Kilroy, me parece recordar.

- Es curioso que le dieron el nombre de un almirante.

- Fue un almirante que volaba.

- Eles un maldito sabelotodo - dijo Tex con admiración -. Creo que me pegaré a ti durante las pruebas.

Matt le ignoró.

- Es simplemente un hecho que recuerdo.

En la sala 3.108, una atractiva joven rechazó sus credenciales pero les tomó las huellas digitales. Las introdujo en una máquina que estaba a su lado. La máquina rápidamente arrojó unas hojas de instrucción, encabezadas por el nombre, número de serie, huella digital y fotografía de cada candidato, junto con la colocación temporal de cuarto y mesa.

La chica les dio las hojas y les dijo que esperaran en la puerta de al lado. Se despidió bruscamente.

- Me gustaría que no hubiera sido tan ruda -se quejó Tex, mientras se marchaban -. Quería preguntarle su número de teléfono, ¿sabes? - luego continuó, estudiando su hoja -. Aquí, no te queda tiempo para hacer la siesta.

-¿Lo esperabas? - preguntó Matt.

- No, pero puedo soñar, ¿verdad?

La sala contigua estaba llena de bancos pero los bancos estaban llenos de chicos. Jarman se paró frente a un banco ocupado por tres grandes cajas, un pequeño refrigerador portátil floreado, y una funda de banjo. Un joven de tez rosada estaba sentado al lado.

-¿Es tuyo? - le preguntó Tex.

El joven lo admitió de mala gana.

-¿No te molesta si lo aparto y me siento? - continuó Tex. Empezó a poner las cosas en el suelo. El propietario parecía descontento, pero no dijo nada.

Habla sitio para tres. Tex insistió para que los otros se sentaran, y él se sentó sobre su bolsa, apoyándose sobre las rodillas de Matt, con sus piernas estiradas. Su calzado, que quedaba a la vista, parecía ser unas buenas botas del Oeste, con tacones altos y elegantes.

Un candidato que estaba frente a ellos miró las botas y habló con el chico de su lado.

-¡Fíjate en esas botas!

Tex resopló, y empezó a levantarse.

Matt puso una mano sobre su hombro, haciéndole retroceder.

- No vale la pena, Tex. Nos espera un día muy ajetreado.

Óscar asintió con la cabeza.

- Tómalo con calma, amigo.

Tex se calmó.

- Bueno, muy bien. Siempre lo mismo - añadió, mi tío Bodie le hubiera hecho morder el polvo por menos de esto.

Miró con furia al chico.

Pierre Armand se inclinó y habló con Tex:

- Perdóname, pero, ¿son realmente zapatos para montar a caballo?

- Sí, ¿qué crees que son? ¿Esquís?

- ¡Oh! Perdona, pero es que nunca he visto a un caballo.

-¿Qué?

- Bueno, sí - rectificó Oscar -, pero en el zoo.

-¿En un zoo? --repitió Tex.

- En el zoo de Nueva Auckland.

- Oh - dijo Tex -, entiendo. Eres un colonial de Venus, - entonces Matt se acordó de cuando habla oído este tartamudeo que le parecía vagamente familiar: en el discurso de un conferenciante. Tex se volvió hacia Pierre- Pete, ¿Vienes de Venus tú también?

- No, soy... - la voz de Pete quedó ahogada.

-¡Atención, por favor! ¡Silencio! -el que hablaba estaba vestido con el uniforme de un cadete del espacio, completamente desprovisto de adornos, y de un blanco perlado -. Todos - continuó, hablando con un altavoz de mano- los que tienen números en serie impares vienen conmigo. Tomen sus cosas. Números pares esperen aquí donde están.

-¿Números impares? - dijo Tex- ¡Yo!

Se puso de pie de un salto.

Matt miró sus instrucciones.

-¡Yo también!

El cadete bajó el pasillo que estaba frente de ellos. Matt y Tex esperaron que pasara por su lado. El

cadete no estaba derecho, andaba un poco agachado, las rodillas relajadas y elásticas, las manos preparadas para agarrarse. Sus pies se deslizaban suavemente por el suelo. Tenía la gracia de un gato. Matt creyó que, si de repente la sala se pusiera al revés, el cadete aterrizaría sobre sus pies en el techo; lo que era perfectamente cierto.

Matt deseaba de corazón parecerse a este hombre. Mientras el cadete pasaba, el propietario del enorme equipaje le tiró de la manga:

-¡Eh... Señor!

El cadete se dio la vuelta rápidamente, se agachó y se detuvo con la misma velocidad.

-¿Si?

- Tengo un número impar pero no puedo transportar todo esto. ¿A quién puedo encontrar para ayudarme?

- No puede - el cadete empujó el montón con su pie -. ¿Todo esto es suyo?

- Sí, ¿qué hago? No puedo dejar esto aquí. Alguien me lo robará.

- No veo por qué tendrían que hacerlo - el cadete miró los bultos con aversión -. Devuélvalo de nuevo a la estación y mándelo a casa. O tírelo.

El joven palideció.

- Al final tendrá que hacerlo - continuó el cadete -, cuando suba a la nave escuela, allí solamente podrá llevarse diez kilos.

-Pero... bueno, supongamos que lo haga. ¿Quién me ayudará a llevarlo a la estación?

-Esto es problema suyo. Si quiere estar en la Patrulla, tendrá que aprender a solucionar sus propios problemas.

-Pero...

-Cállese -el cadete se marchó. Matt y Tex le siguieron.

Cinco minutos más tarde, Matt, desnudo como Adán, estaba llenando un saco, que llevaba su número de serie, con su propia bolsa y sus vestidos. Tal como le hablan ordenado, pasó una puerta, agarrando sus órdenes y a un residuo de dignidad. Se encontró con un grupo automático de baños que le ducharon, le restregaron, le aclararon y le secaron otra vez a la manera de una línea de montaje. Su hoja de instrucción era impermeable; sacudió de encima unas gotas de agua.

Durante dos horas, fue empujado, golpeado, aporreado, fotografiado, pesado, inyectado, probado y examinado, dejándole completamente desconcertado. Vio a Tex una sola vez, en otra cola. Tex se movió, se golpeó sus costillas desnudas, y tembló. Matt empezó a hablar pero su fila se adelantó.

Los médicos examinaron su pierna operada, la hicieron mover, 4e preguntaron la fecha de su operación y si le dolía. Reconoció que si. Otras fotografías fueron tomadas, otras pruebas hechas. Después le

dijeron:

- Es todo, vuelva a su fila.

-¿Está bien, señor? - interpuso Matt.

- Probablemente. Le darán unos ejercicios. Adelante.

Mucho más tarde entró en una sala en la cual muchos chicos se estaban vistiendo. Sus pasos le condujeron por una plataforma para pesar; su cuerpo interrumpió los rayos de una fotocélula. Estando cerrado el relé, se produjo una operación automática basada en su peso, su altura, las dimensiones de su cuerpo. Luego, un bulto se deslizó por un plano inclinado y cayó frente a él.

Contenía ropa interior, un mono azul, un par de botas ligeras, todo a su medida.

Consideró el mono como algo temporal, pues estaba ansioso de cambiarlo por el uniforme de cadete, igualmente desprovisto de adornos pero de un color blanco-perlado. Los zapatos le gustaron mucho. Se los puso y cerró la cremallera, apreciando su suavidad y como le cubrían como guantes. Le parecía que podía pisar una moneda y decir si era cara o cruz. Unos «pies de gato»... ¡sus primeras botas del espacio! Dio unos pasos, intentando andar como lo había visto hacer antes el cadete.

-¡Dodson!

-Vengo. -Salió corriendo y pronto se encontró empujado a una sala, con un hombre más viejo, vestido de paisano.

- Siéntate. Soy Joseph Kelly - Cogió la hoja de instrucción de Matt -. Matthew Dodson. Encantado de conocerte, Matt.

-¿Cómo está, señor Kelly?

- Bastante bien. ¿Por qué quieres entrar en la Patrulla, Matt?

- Porque... humm... porque - Matt dudó -. Bueno, para decir la verdad, señor, estoy tan desorientado actualmente, que maldita sea si lo sé.

Kelly se rió entre dientes.

- Es la mejor respuesta que he oído hoy. ¿Tienes hermanos y hermanas, Matt -la conversación continuó; Kelly incitaba a Matt a hablar. Las preguntas eran bastante personales, pero Matt era bastante culto como para darse cuenta de que el señor Kelly era probablemente un psiquiatra; balbuceó una o dos veces pero intentó contestar de manera honesta.

-¿Me puedes decir ahora por qué quieres estar en la Patrulla?

Matt lo pensó.

- Desde que recuerdo, he querido ir al espacio.

-Viajar, ver planetas y gente extraña... eso se entiende, Matt. Pero, ¿por qué no en la marina mercante?

La Academia es una larga y difícil prueba y tienes una probabilidad sobre tres de aprobar, aunque llegues a jurar como cadete, y solamente una cuarta parte de los candidatos serán aceptados. Pero podrías entrar en la escuela mercante. Te podrías trasladar hoy... y con tus cualificaciones te sería muy fácil conseguir ser piloto antes de tener veinte años ¿Qué te parece esto?

Matt se emperro.

-¿Por qué no, Matt? ¿Por qué insistes en intentar ser oficial en la Patrulla? Te trastornarán, te matarán a disgustos y nadie te agradecerá tus enormes esfuerzos. Te cambiarán tanto, que ni siquiera tu madre te reconocerá y no por esto te vas a sentir más contento. Créeme amigo, lo sé.

Matt no dijo nada.

-¿Todavía quieres intentarlo, sabiendo que las cosas están contra ti?

-Si, sí, creo que sí.

-¿Por qué, Matt?

Matt todavía dudaba. Finalmente contestó en voz baja:

-Bueno, la gente admira a los miembros de la Patrulla.

El señor Kelly le miró.

-Por ahora, basta como razón, Matt. Pero encontrarás otras... o te irás.

Un reloj en la pared gritó de repente:

-¡La una! ¡La una! -y añadió solícitamente-. Tengo hambre.

-Por Dios dijo Kelly-, yo también. Vamos a comer, Matt.

II

PROCESOS DE ELIMINACION

Las instrucciones de Matt le decían que tenía asignada la mesa 147, Refectorio Este. Un plano en el revés de la hoja indicaba donde estaba el refectorio Este. Por desgracia, no sabía dónde se encontraba él, pues había dado muchas vueltas durante la loca carrera de la mañana. Al principio se encontró solamente con importantes personajes, vestidos con el negro uniforme de la Patrulla, por lo que no pudo decidirse a preguntarle a ninguno de ellos.

Finalmente se orientó volviendo a la rotonda y empezando otra vez, pero le costó un retraso de diez minutos. Pasó a lo largo de una interminable fila de mesas, buscando el número 147, a la vista de todo el

mundo. Cuando la encontró, estaba rojo de vergüenza.

Había un cadete a la cabeza de la mesa, los otros llevaban el mono de los candidatos. El cadete levantó la cabeza y dijo:

- Siéntese, señor... allá a la derecha. ¿Por qué se ha retrasado?

Matt tragó saliva.

- Me perdí, Señor.

Alguien sonrió. El cadete le lanzó una fría mirada.

- Usted, el de la sonrisa tonta de caballo. ¿Cuál en su nombre?

-¡Oh! Schultz, señor.

- Señor Schultz, no hay nada divertido en una respuesta honesta. ¿Nunca se ha perdido?

-¿Cómo? Bueno... Si, una o dos veces, tal vez.

- Humm... Me gustaría verle trabajar en astrogación, si es que llega tan lejos.

El cadete dio la vuelta hacia Matt.

-¿No tiene hambre? ¿Cómo se llama?

- Si, señor. Matthew Dodson, señor - Matt miró deprisa los controles que le hacían frente, rechazó la sopa y empujó los botones de «segundo plato», «postre» y «leche». El cadete continuaba mirándole, mientras la mesa le servia.

- Soy el Cadete Sabbatello. ¿No le gusta la sopa, señor Dodson?

- Sí señor, pero tenía prisa.

- No hay prisa, la sopa le sentará bien - el Cadete Sabbatello estiró un brazo y empujó el botón de sopa de Matt -. Además así le da al cocinero la oportunidad de poder limpiar el fogón.

El cadete se dio la vuelta, para alivio de Matt. Comió con ansia. La sopa era excelente, pero el resto de la comida parecía insípida, comparado con lo que le habían acostumbrado en casa.

Se quedó con los oídos atentos. Una observación del cadete se grabó en su memoria.

- Señor Van Zook, en la Patrulla nunca le preguntamos a un hombre de dónde es. Está bien que el Señor Romulus quiera decir que es de Manila, pero no es correcto que usted se lo pregunte.

La tarde estaba llena de pruebas: de inteligencia, control muscular, reflejos, tiempo de reacción, respuestas sensoriales. Otras le exigían hacer dos o tres cosas al mismo tiempo. Algunas parecían completamente tontas. Matt lo hizo todo lo mejor que pudo.

En cierto momento entró en una sala que sólo contenía una silla ancha y fijada al suelo. Un altavoz le dijo:

- Átese a la silla. Apretando los brazos de la silla se controla un destello de luz sobre la pared. Cuando las luces se apaguen, verá un circulo iluminado. Centre su destello de luz en el círculo y manténgalo centrado.

Matt se ató. Un destello de luz brillante apareció en la pared frente a él. Vio que el control de su mano derecha hacia mover la luz de arriba a abajo, mientras el de la mano izquierda la hacía mover de un lado a otro.

-¡Tranquilo! - se dijo Matt -. Me gustaría que empezaran ya.

Las luces de la sala se apagaron, el circulo luminoso se movió lentamente de arriba abajo. No encontró demasiado difícil llevar su destello de luz hasta el círculo y controlar el movimiento del mismo.

Entonces, su silla se puso boca abajo.

Cuando se recobró de la sorpresa de encontrarse colgado cabeza abajo en la oscuridad, vio que el destello de luz se había alejado del circulo. Frenéticamente los juntó, se desviaron y tuvo que rectificar.

La silla osciló hacia un lado, el circulo hacia otro, y una explosión fuerte se produjo en su oreja, izquierda. La silla saltó, se balanceó, una sacudida eléctrica agitó violentamente sus manos, y perdió el circulo por completo.

Matt empezaba a sentirse dolorido. Obligó al destello a volver al círculo y lo clavó en él.

- Te tengo.

La sala se llenó de humo, haciéndole toser, llorar y ocultando el blanco. Parpadeó y se obstinó ferozmente intentando pegarse a este fastidioso círculo de luz, mientras continuaban produciéndose otras explosiones, ruidos agudos y penosos, relámpagos de luces, soplos de viento en sus ojos, y movimientos locos e interminables de su silla.

De repente, las luces de la sala se encendieron y la voz mecánica dijo:

- Fin de la prueba, lleve a cabo su próxima misión.

Una vez le dieron un puñado de judías blancas y una pequeña botella, le pidieron que se sentase y pusiera la botella sobre una marca hecha en el suelo, y localizara en su memoria la posición exacta de la botella. Después tenía que cerrar los ojos y echar las judías blancas una tras otra en la botella... si es que podía.

Podía averiguar por el sonido que no estaba acertando mucho, pero se sintió humillado al encontrar, cuando abrió los ojos, que solamente había una judía en la botella.

Escondió el fondo de su botella en su puño e hizo cola hacia la mesa del examinador. Varios chicos haciendo cola tenían un buen número de judías en sus botellas, aunque notó dos sin ninguna. Entonces entregó la suya al examinador.

- Dodson, Matthew, señor, una judía.

El examinador lo anotó, sin comentario alguno. Matt no pudo contenerse y le dijo:

- Excúseme, señor... pero, ¿qué es lo que le va a impedir a alguien el mirar y hacer trampa?

El examinador sonrió.

- No hay nada que se lo impida. Vaya a su próxima prueba.

Matt se fue, murmurando entre dientes. No se le ocurrió el pensar que quizá no supiese qué era lo que querían averiguar con aquella prueba.

Más tarde, aquel mismo día, fue metido en una pequeña habitación que contenía una silla, un aparato montado sobre un escritorio, lápiz y papel, y unas instrucciones enmarcadas.

Si en la ventanilla marcada «Tanteo», leyó Matt, aparece el tanteo de la anterior prueba, vuelva la manecilla de inicio a la posición señalada «cero», para limpiar la pantalla para su prueba.

Matt halló la ventanilla marcada «Tanteo»: en ella se veía una anotación: «37». Bueno, pensó, esto me da una marca que superar. Decidió no limpiar la pantalla hasta que hubiera leído las instrucciones.

Después de que se inicie la prueba, leyó, resultará un tanteo de « 1 » cada vez que apriete el botón de la izquierda excepto en las situaciones que se especifican a continuación. Oprima el botón de la izquierda cada vez que aparezca la luz roja, siempre que la luz verde no esté encendida, así como con la excepción de que no debe oprimirse ningún botón cuando está abierta la portezuela derecha, a menos que todas las luces estén apagadas. Si la portezuela derecha está abierta y la portezuela izquierda está cerrada, no resultará ningún tanteo al oprimir cualquier botón, pero, de todos modos, debe oprimirse el botón de la izquierda bajo tales circunstancias si todas las demás condiciones permiten que se oprima un botón antes de que pueda 'llevarse a cabo algún tanteo en las fases sucesivas de la prueba. Para apagar la luz verde, oprima el botón de la derecha. Si la portezuela izquierda no está cerrada, no debe oprimir ningún botón. Si la portezuela izquierda está cerrada mientras la luz roja está encendida, no apriete el botón de la izquierda si la luz verde está encendida, a menos que la portezuela derecha esté abierta. Para iniciar la 'prueba mueva la palanca de inicio desde el punto cero hasta la derecha, a fondo. La prueba tiene lugar durante dos minutos desde el momento en que usted mueva la palanca de inicio a la derecha. Estudie estas instrucciones y elija usted mismo el momento que crea más oportuno para comenzar la prueba. No se le permite hacer preguntas al examinador, de modo que asegúrese de comprender las instrucciones. Debe realizar un tanteo tan alto como le sea posible.

-¡Fiu! - resopló Matt.

No obstante, la prueba parecía simple: una palanca, dos botones, dos luces de colores, dos portezuelas. Una vez hubiera aprendido las instrucciones, sería tan fácil como echar a volar una cometa y desde luego muchísimo más que pilotar un helicóptero... y Matt había tenido su licencia para pilotar helicópteros desde los doce años de edad. Se puso a trabajar.

En primer lugar, se dijo a sí mismo, parece haber sólo dos modos en que lograr un tanto. Uno con la luz roja encendida y otro con ambas luces apagadas y una portezuela abierta.

Ahora, las otras instrucciones... Veamos, si la portezuela de la izquierda no está cerrada... no, si la

portezuela de la izquierda *esta* cerrada... se detuvo, y volvió a leer las instrucciones.

Algunos minutos más tarde tenía listadas dieciséis posiciones posibles de las portezuelas, con sus condiciones de luz. Las comprobó leyendo de nuevo las instrucciones, buscando combinaciones que permitiesen lograr tantos. Cuando hubo terminado, miró el resultado, y luego lo comprobó todo de nuevo.

Tras la nueva comprobación, se quedó mirando al papel, lanzó un silbido átono y se rascó la cabeza.

Luego, tomó el papel, salió del cuartito y fue hasta el examinador.

Este alzó la cabeza.

- Por favor, no me haga preguntas.

- No tengo ninguna pregunta que hacer - dijo Matt -. Deseo informarle de algo. Hay algo equivocado en esa prueba. Quizá pusieran unas instrucciones equivocadas. En cualquier caso, no hay modo alguno en que sea posible efectuar un tanteo, siguiendo las instrucciones que hay ahí dentro.

-¡Oh, vamos ya! - le respondió el examinador -. ¿Está usted seguro de esto?

Matt dudó, y luego respondió con firmeza:

- Estoy seguro. ¿Desea ver mi comprobación?

- No. ¿Se llama usted Dodson? - el examinador miró el cronómetro y luego escribió algo en una ficha -. Eso es todo.

- Pero... ¿es que no tendré la oportunidad de efectuar un tanteo?

-¡Nada de preguntas, por favor! Ya he anotado su tanteo. Ahora, váyase... es hora de cenar.

A la hora de cenar había un gran número de plazas vacantes. El cadete Sabbatello miró a través de la larga mesa.

- Veo que se han producido algunas bajas - comentó -. Felicitaciones, caballeros, por haber sobrevivido hasta el momento.

-¿Quiere decir esto que hemos pasado todas las pruebas a las que hemos estado sometidos hoy, señor? - preguntó uno de los candidatos.

-O al menos, que se han ganado la posibilidad de repetirlas. No han sido suspendidos.

Matt lanzó un suspiro de alivio.

- Pero no se hagan muchas esperanzas -prosiguió el cadete -. Mañana, aquí quedarán muchos menos de ustedes.

-¿Es que las cosas empeoran? -preguntó de nuevo el candidato.

Sabbatello hizo una mueca malévola.

- Se hacen mucho peores. Y les aconsejo a todos que coman muy poco desayuno. Sin embargo, también tengo buenas noticias. Se rumorea que el Comandante en persona va a bajar a la Tierra para honrarles con su presencia cuando tenga lugar su jura... si es que llegan a la jura.

La mayor parte de los presentes pusieron expresiones de no entender nada. El cadete miró a su alrededor.

-¡Vamos, vamos, caballeros! -dijo con tono seco -. Seguramente no deben ser todos ustedes tan ignorantes. ¡Usted! -se dirigió a Matt -. Señor... esto... Dodson. Parece tener alguna idea de lo que estoy hablando. ¿Por qué debería usted sentirse honrado por la presencia del Comandante?

Matt tragó saliva.

-¿Se refiere al Comandante de la Academia, señor?

Naturalmente. ¿Qué es lo que sabe de él?

-Bueno, señor, es el Comodoro Arkwright -Matt se interrumpió, como si el solo nombre ya fuera suficiente explicación.

-¿Y qué es lo que distingue al Comodoro Arkwright?

- Esto... que está ciego, señor.

- No está ciego, señor Dodson, ¡no está ciego! Simplemente, sucede que tiene los ojos quemados. ¿Y cómo perdió la vista? - el cadete le interrumpió cuando iba a contestar -. No... no se lo diga. Que lo averigüen por si mismos.

El cadete siguió comiendo y Matt hizo lo mismo, mientras pensaba sobre el Comodoro Arkwright. Cuando había sucedido era demasiado joven para que le interesasen las noticias, pero su padre le había leído un relato de lo sucedido: el espectacular rescate en solitario de un yate privado averiado entre Mercurio y el Sol. Se había olvidado de cómo el patrullero había expuesto sus ojos al Sol... había tenido algo que ver con la transferencia del personal del yate, pero aún podía oír a su padre leyendo el final del articulo: «...esas acciones no están fuera de lo corriente, en la tradición de la Patrulla.»

Se preguntó si alguna acción que él llevase a cabo llegaría alguna vez a recibir una mención tan superlativa. Era poco probable, decidió; «realizó su trabajo de modo satisfactorio», acostumbraba a ser la mejor mención que podía esperar tener un hombre normal.

Matt se encontró con Tex Jarman cuando salía del comedor. Este le golpeó en la espalda.

- Me alegra el verte, chico. ¿Qué habitación tienes?

- Aún he de ir a verlo.

- Veamos tu hoja - Jarman la tomó -. Estamos en el mismo pasillo, estupendo. Vayamos allí.

Hallaron la habitación y entraron en la misma. En la litera inferior, tumbado leyendo y fumando un

cigarrillo, se hallaba otro candidato. Alzó la vista.

- Entrad, camaradas – dijo -. No os molestéis en llamar.

- No lo hemos hecho - le respondió Tex.

- Ya lo veo - el chico se sentó. Matt reconoció al que había hecho el comentario sobre las botas de Tex. Decidió no decir nada... quizá no se reconociesen el uno al otro. El muchacho continuó -. ¿Buscáis a alguien?

-No -le contestó Matt-. Esta es la habitación a la que he sido asignado.

-Mi compañero de cuarto, ¿eh? Pues bienvenido al palacio. No tropieces con las bailarinas. He colocado tus cosas en tu cama.

El saco que contenía la bolsa y las ropas civiles de Matt descansaba en la litera superior. Lo bajó.

-¿Qué quieres decir con eso de su cama? -le preguntó Tex-. Deberíais echar a suertes la litera de abajo.

El compañero de cuarto de Matt se alzó de hombros.

- El primero que llega elige.

Tex frunció el ceño.

- Olvídalo, Tex - le dijo Matt -. Prefiero la de arriba. A propósito -prosiguió, hablando con el otro chico-. Soy Matt Dodson.

- Girard Burke, a tu servicio.

La habitación era adecuada pero austera. Matt dormía en su casa en una cama de agua, pero había utilizado camas con colchones de muelles en el campamento de verano. El lavabo adjunto era severamente funcional pero muy moderno y Matt notó con placer que en la ducha había instalado un masaje automático. No había mascarilla de afeitado, pero el afeitarse no le costaba aún demasiado trabajo.

En su armario halló un paquete, marcado con su número de serial, que contenía dos mudas de ropa y un segundo par de botas espaciales. Lo guardó, y también el resto de sus pertenencias, y luego se volvió hacia Tex.

-Bueno, ¿qué hacemos ahora?

-Vamos a echarle una mirada a este lugar.

-Excelente. Quizá podamos llegar hasta el *Kilroy*.

Burke lanzó su cigarrillo hacia la taza del retrete.

- Esperad un segundo. Iré con vosotros -desapareció dentro del lavabo.

Dile que se vaya a freír espárragos -le dijo Tex a Matt en voz baja.

-Me gustaría mucho, pero creo que será mejor ir con él, Tex.

-Bueno, quizá lo eliminen mañana.

- O a mí - sonrió hoscamente Matt.

-O a mí. Maldita sea, no, Matt... lograremos pasar. ¿Has pensado en un compañero de cuarto permanente? ¿Quieres compartir un cuarto conmigo?

-Trato hecho -se estrecharon las manos.

-Me alegra haber solucionado esto - prosiguió Tex -. Mi compañero de celda es un buen tipo, de poca estatura, pero tiene un hermano de sangre o algo así, con el que quiere estar. Lo vino a ver antes de la cena. Charlaron en algo que creo que era indostaní. Me pusieron nervioso. Luego pasaron al Básico por educación, y esto aún me puso más nervioso.

-No pareces ser un tipo muy nervioso.

- Oh, todos nosotros los Jarman somos muy impacientes. Ahí tienes a mi tío Bodie. Se excitó tanto en una feria campestre que saltó entre los cuernos de un toro y lo derribó dos veces antes de que pudieran atraparlo y echarlo fuera.

-¿Es verdad eso que me dices?

-Te doy mi palabra de honor. Sin embargo, no le sirvió de nada: lo descalificaron, porque aún no había cumplido los dos años de edad.

Burke se unió a ellos y fueron hacia la rotonda. Varios centenares de candidatos habían tenido la misma idea pero la administración había previsto la multitud. Un cadete, estacionado en la escalera que bajaba al pozo permitía que los visitantes descendieron únicamente en grupos de a diez, cada uno de ellos supervisado por un cadete. Burke contempló la cola.

-La simple aritmética me dice que no vale la pena esperar.

Matt dudó. Tex le dijo:

-Vamos, Matt. Alguno se cansará y lo dejará correr.

Burke se alzó de hombros y dijo:

-Hasta luego, mamones -y se marchó.

Matt comentó, dubitativo:

- Creo que tienes razón, Tex.

- Seguro... pero me libré de él, ¿no?

Toda la rotonda era un museo y lugar de exposiciones de la Patrulla. Los chicos hallaron exhibición tras exhibición dispuesta alrededor de las paredes: el diario de a bordo auténtico de la primera nave que llegó a Marte, una foto del despegue de la desastrosa primera expedición a Venus, modelos de los cohetes alemanes usados en la Segunda Guerra Global, un mapa, dibujado a mano, del lado oculto de la Luna, hallaron entre los restos del *Kilroy*.

Llegaron a un nicho en la negra pared que contenía una imagen estereoscópica de una escena en un exterior. Entraron y se encontraron mirando, en una convincente ilusión, a través de una tórrida y deslumbrante llanura lunar, con el cielo muy negro, estrellas y la Madre Tierra en último plano.

En primer plano, a tamaño natural, se veía a un joven vestido con un traje de presión de tipo antiguo. Se podían ver sus facciones claramente a través de su casco: una boca grande, unos ojos alegres y un espeso cabello color arena, cortado al estilo del siglo anterior.

Bajo la imagen se veía una inscripción: *Teniente Ezra Dahlquist, que ayudó a crear la tradición de la Patrulla 1969-1996.*

Matt susurró:

- Debería haber un cartel colocado en algún lugar para decirnos que fue lo que hizo.

- Pues no veo ninguno -le contestó Tex, también en un susurro -. Pero, ¿por qué estamos susurrando?

-No estoy... Sí, supongo que lo estaba. Y, después de todo, *él* no puede oírnos, ¿verdad? ¡Oh, aquí hay un guía auditivo!

- Bueno, ponlo en marcha.

Matt apretó el botón; el nicho se llenó con los primeros compases de la Quinta de Beethoven. La música dio paso a una voz:

- La Patrulla estaba originalmente compuesta por agentes enviados a la misma por las naciones que entonces formaban la Federación Occidental. Algunos eran dignos de confianza, otros no. En 1996 se produjo un día vergonzoso y al mismo tiempo glorioso en la historia de la Patrulla, un intento de golpe de estado, la llamada Revuelta de los Coroneles. Un complot de oficiales de alto rango, llevado a cabo en la Base Lunar, trató de hacerse con el poder en todo el mundo. El plan hubiera tenido éxito de no haber desarmado el Teniente Dahlquist todos y cada uno de los cohetes de cabeza atómica de la Base Lunar, quitándoles el material fisionable y destruyendo los mecanismos de cebado. Al hacer tal cosa recibió tanta radiación que murió de las quemaduras - la voz dejó de hablar y fue seguida por el tema del Valhalla del *Gótterddmrnerung*.

Tex lanzó un largo suspiro; Matt se dio cuenta de que también él había estado conteniendo la respiración. Exhaló y luego inspiró; aquello pareció aliviarle el dolor que notaba en el pecho.

Oyeron un cloqueo tras ellos. Girard Burke estaba recostado contra el marco del nicho.

-Esta gente se toma muchas molestias para venderte una idea - comentó -. íd con cuidado, amigos míos, o acabaréis comprándosela.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué es lo que nos quieren vender?

Burke hizo un gesto hacia la imagen.

-Eso. Y la cháchara que la acompaña. Si os gustan estas cosas, hay tres más, una en cada punto cardinal de la brújula.

Matt se lo quedó mirando.

-¿Qué es lo que pasa contigo, Burke? ¿Es que no quieres formar parte de la Patrulla?

Burke se echó a reír.

Claro que sí, pero soy un hombre práctico: no tienen que convencerme con un montón de propaganda 'emotiva. -Señaló hacia la imagen de Ezra Dahlquist -. Ahí tenéis a ese. No le dicen a uno que desobedeció las órdenes de un oficial superior... Si hubiese cambiado la tortilla, le hubiesen llamado traidor. Además, no indican que si se quemó, fue por pura incompetencia. ¿Acaso esperáis que piense que era Supermán?

Matt se puso rojo.

- No, no me esperaría tal cosa - dio un paso hacia adelante -. Pero, dado que eres un hombre práctico, ¿qué te parecería un hermoso y muy práctico puñetazo en los morros?

Burke era un poco más bajo que Matt y no más corpulento, pero se inclinó hacia adelante, equilibrado sobre la parte delantera de sus pies, y dijo en voz baja:

- Me encantaría. ¿Y quién me lo iba a dar: tú y quién más?

Tex dio un paso ahora adelante.

- Si se necesita alguien más, aquí estoy yo.

-¡No te metas en esto, Tex! -le espetó Matt.

-¡Ya lo creo que me voy a meter! No creo que merezca la pena luchar de un modo limpio con la gentuza como éste!

- Ni hablar. Quiero participar. Tú le das un buen puñetazo y yo le pateo el estómago cuando caiga.

Burke miró a Jarman y se relajó, como si supiera que ya había pasado el momento en que era posible una lucha.

-¡Vamos, caballeros! Están peleándose entre ustedes mismos - les dio la espalda -. Buenas noches, Dodson, no me despiertes al entrar.

Tex aún estaba resoplando:

-Teníamos que haberle dado una buena lección. Te hará la vida imposible, hasta que le des una paliza. Mi tío Bodie dice que la forma en que tratar a ese tipo de gentuza es darles de puñetazos hasta que se excusan.

-¿Y hacer que me echen de la Patrulla ya antes de haber entrado en ella? Dejé que me consiguiese enfadar, lo cual le da ventaja. Vamos... veamos que más hay por aquí.

Pero antes de que pudieran llegar al siguiente de los cuatro nichos sonó retreta. Matt le dijo buenas noches a Tex en su puerta, y se metió en el cuarto. Burke estaba durmiendo, o lo hacia ver. Matt se despojó de la ropa, subió a su litera, buscó el contacto de la luz, lo descubrió y le ordenó que se apagase.

La presencia, nada amistosa, que notaba bajo él le hacía sentirse inquieto, pero ya estaba casi dormido, cuando recordó que no había vuelto a llamar a su padre. La idea lo despertó. Entonces, se dio cuenta de una vaga molestia que notaba en algún lugar de su interior. ¿Le estaría sucediendo algo?

¿Podría ser nostalgia? ¿A su edad? Cuanto más pensaba en ello más probable le parecía, por mucho que le molestase el admitirlo. Y aún estaba pensando en ello cuando se quedó dormido.

III

PASANDO LOS «BACHES»

A la siguiente mañana Burke ignoró el enfrentamiento que había tenido: no hizo ni mención (leí mismo. Incluso se mostró moderadamente cooperador en el acto de compartir el lavado. Pero a Matt le alegró el oír la llamada a desayuno.

La mesa 147 no estaba donde debiera hallarse. Asombrado, Matt recorrió la línea hasta hallar una mesa señalada: «147-149» con el cadete Sabbatello al mando. Halló un lugar y se sentó, encontrándose al lado de Pierre Armand.

-¡Vaya, Pete! - le saludó -. ¿Qué tal van las cosas?

- Me alegra verte, Matt. Supongo que van bastante bien - su tono parecía dubitativo.

Matt le miró. Pete parecía... «como si lo hubiesen arrastrado a través del tubo de un lavabo», ésa fue la imagen que se le ocurrió a Matt. Estaba a punto de preguntar qué era lo que le sucedía cuando el cadete Sabbatello dio unos golpecitos en la mesa.

- Aparentemente - dijo el cadete -, algunos de ustedes, caballeros, han olvidado mi consejo de anoche de que comiesen poco esta mañana. Hoy están a punto de ir a pasar los «baches»... y es bien sabido que las «marmotas» pierden allí sus desayunos, al tiempo que su dignidad.

Matt pareció asombrado. Había pensado pedir su habitual desayuno abundante, pero se decidió por unas tostadas y té. Se fijó en que Pete había ignorado el consejo del cadete y estaba devorando un filete, patatas y huevos fritos... Fuera lo que fuese lo que le estuviera sucediendo, decidió Matt, no había afectado su apetito.

El cadete Sabbatello también se había fijado en ello. Se inclinó hacia Pete:

- Esto... caballero...

- Armand, señor - le contestó Pete, entre bocados.

- Señor Armand, o bien tiene usted el aparato digestivo de un gusano de las arenas de Marte, o bien se ha creído que estaba bromeando. ¿Es que cree que no se va a marear?

- No me voy a marear, señor.

-¿No?

- Mire, señor, yo he nacido en Ganímedes.

-¡Oh, le ruego me perdone! Tómese otro filete. ¿Qué tal lo está soportando?

- Bastante bien en conjunto, señor.

- No le dé ninguna vergüenza el pedir dispensa de lo que no pueda soportar. Ya verá que, por aquí, todo el mundo comprende su situación.

- Muchas gracias, señor.

- Lo digo en serio. No se haga el duro. No tiene sentido el hacerlo.

Después del desayuno, Matt caminó al lado de Armand.

- Oye, Pete, ahora veo por qué Oscar te llevaba la bolsa ayer. Perdona el que sea tan estúpido.

Pete pareció algo avergonzado.

- No hay motivo. Oscar se ha estado ocupando de mí... Me lo encontré en el viaje de bajada de la Estación Tierra.

Matt asintió con la cabeza.

- Ya veo - no tenía demasiado conocimiento de los horarios de los viajes espaciales, pero se daba cuenta de que Oscar, que venía de Venus, y Pete, que venía de una de las lunas de Júpiter, habrían tenido que cambiar de nave en el satélite artificial de la Tierra denominado Estación Tierra, antes de tomar el cohete transbordador, de bajaba. Esto explicaba el que los dos muchachos se conociesen, a pesar de provenir de dos lugares cósmicos diferentes.

-¿Cómo te sientes? prosiguió.

Pete dudó.

- De hecho, me siento como si estuviera metido en arenas movedizas hasta el cuello. Cada movimiento me cuesta un esfuerzo.

-¡Anda, lo debes estar pasando mal! ¿Cuál es la gravedad de Ganímedes? Aproximadamente un tercio de g, ¿no?

- El treinta y dos por ciento. Desde mi punto de vista, todo pesa aquí tres veces más de lo que debería, incluyéndome a mi.

Matt asintió con la cabeza.

- Como si otros dos tipos estuvieran cabalgando encima tuyo. Uno en la espalda y otro en los hombros.

- Aproximadamente así es. Lo peor de todo, es que me están doliendo siempre los pies. Pero lo superaré...

-¡Ya lo creo que sí!

-...dado que desciendo de terrestres y, potencialmente, soy tan fuerte como lo era mi abuelo. Allá en casa he estado trabajando en la centrífuga durante los dos últimos años-terrestres. Soy mucho más fuerte de lo que era antes. Mira, ahí está Oscar.

Matt saludó a Oscar, y luego se apresuró a ir a su habitación, a telefonear a su padre en privado.

Un helicóptero de transporte llevó a Matt y a otros cincuenta candidatos al lugar en el que se realizaba la prueba de aceleración variable o, en el argot de los cadetes, los «baches». Estaban al Oeste de la Base, en las montañas, con el fin de poder disponer de un precipicio vertical en el que efectuar la caída libre. Aterrizaron en una plataforma de descarga al borde del precipicio y se unieron a un grupo de otros candidatos. Era una fresca mañana de Colorado. Se hallaban cerca de los límites del bosque y altos árboles, movidos por el viento, rodeaban el claro.

De un edificio situado más allá de la plataforma, dos estructuras de acero descendían verticalmente por la pared del precipicio de seiscientos metros de profundidad. Parecían unos andamiajes abiertos para ascensores, y en realidad una de ellas lo era. La otra era una guía para el vehículo de pruebas, durante su caída por el precipicio.

Matt se acercó a la barandilla y se inclinó por encima de ésta. El extremo final de las estructuras desaparecía, a una vertiginosa distancia por debajo, en el techo de un edificio colocado en el inclinado suelo del cañón. Estaba diciéndose a sí mismo que esperaba que el ingeniero que había diseñado aquella cosa supiese 10 que se estaba haciendo, cuando notó como le hurgaban las costillas. Era Tex.

-¡Vaya unas montañas rusas, ¿eh, Matt?!

- Hola, Tex. Desde luego, me parece que te has quedado bastante corto en la descripción.

El candidato que había a la izquierda de Matt habló:

-¿Queréis decir que tenemos que bajar por ahí?

- Ni más ni menos - le contestó Tex -. Luego, recogen tus pedazos en un cesto y lo suben por el otro.

-¿Y a qué velocidad va?

- Lo verás en un mom.. ¡Hey, ahí va!

Una cabina, plateada y sin ventanas apareció en el interior de uno de los andamiajes de guía, en la parte superior del mismo. Se quedó quieta por un segundo y luego cayó. Cayó, cayó y cayó, ganando velocidad, hasta desaparecer con lo que parecía una velocidad increíble, que en realidad eran unos cuatrocientos kilómetros por hora, en el edificio de abajo. Matt se aferró, esperando oír un choque. No

se oyó ninguno, por lo que soltó el aliento.

Segundos más tarde, el vehículo reapareció al pie del otro andamiaje. Parecía arrastrarse, aunque en realidad estaba acelerando con rapidez durante la primera mitad de su ascenso. Desapareció de su vista en el edificio que había en la parte superior del precipicio.

-¡Escuadra Nueve! - gritó un altavoz, tras ellos.

Tex lanzó un suspiro.

- Ahí voy, Matt – dijo -. Dile a mi madre que mis pensamientos fueron para ella. Y puedes quedarte con mi colección de sellos.

Le estrechó la mano, y se marchó.

El candidato que había hablado antes tragó saliva. Matt pudo ver que estaba muy pálido. De repente, partió en la misma dirección, pero no se alineó con la escuadra; en cambio, fue hacia el cadete que estaba reuniéndola y le habló, brevemente pero con aire de urgencia. El cadete se alzó de hombros y le hizo un gesto para que se apartase del grupo.

Matt notó una cierta simpatía hacia él, en lugar de desprecio.

A continuación llamaron a su grupo de prueba. El y sus compañeros fueron llevados al edificio superior, en donde un cadete les explicó la prueba:

- Esta prueba examina su tolerancia a las grandes aceleraciones, a la caída libre o estado sin peso, y a los cambios violentos en la aceleración. Se empieza con una fuerza centrífuga de tres gravedades. Luego se les quita todo peso cuando el vehículo cae por el precipicio. Y en el fondo el vehículo entra en una conducción en espiral que reduce su velocidad en una deceleración de tres gravedades. Cuando el vehículo se detiene, entra en la torre de ascenso y hacen ustedes la subida a dos gravedades, que disminuyen hasta una gravedad, y al fin se pasa por un momento de ausencia de peso, cuando el vehículo llega a la parte superior. Después, se repite el ciclo, a mayores aceleraciones, hasta que todos ustedes hayan reaccionado. ¿Alguna pregunta?

-¿Cuánto dura la caída libre, señor? - preguntó Matt.

- Unos once segundos. Nos gustaría aumentarla, pero para doblarla necesitaríamos un precipicio cuatro veces más alto. No obstante, ya verán como esta les parece lo bastante larga - sonrió hoscamente.

Una voz tímida le preguntó:

- Señor, ¿qué quiere decir usted con eso de «reaccionar»?

- Cualquiera de diversas cosas... como una hemorragia o pérdida del conocimiento.

-¿Es peligroso?

El cadete se alzó de hombros.

-¿Y qué hay que no lo sea? Jamás ha habido ningún fallo mecánico. Su pulso, respiración, presión

sanguínea y otros datos serán enviados por telemetría a la sala de control. Trataremos de no dejarles morir en esta prueba.

Al fin, los llevó fuera de la sala, bajando por un pasadizo, y atravesando una puerta que daba al vehículo de prueba. Tenía asientos pendulantes, no muy distintos a los de cualquier vehículo de altas velocidades, pero semirreclinables y muy acolchados. Se ataron y los técnicos médicos conectaron los cables que enviarían sus respuestas por telemetría. El cadete lo inspeccionó todo ,salió y regresó con un oficial, que repitió la inspección. Entonces, el cadete distribuyó «equipos de mareo»: bolsas de ropa de doble pared que debían ser atadas y unidas con cinta adhesiva a la boca, para que pudieran vomitar sin inundar a sus compañeros. Hecho esto, preguntó:

-¿Están todos ustedes dispuestos? - al no recibir respuesta, salió y cerró la puerta.

Matt deseó haberlo detenido, antes de que fuese demasiado tarde.

Por un largo momento no sucedió nada. Luego, el vehículo pareció inclinarse. En realidad, los asientos se inclinaron mientras el vehículo comenzaba a moverse y ganaba velocidad.

Los asientos volvieron a la posición de descanso, pero Matt se notó cada vez más pesado y por ello supo que estaban siendo centrifugados. Fue siendo apretado contra el acolchado, con los brazos como si fueran de plomo y' las piernas demasiado pesadas para poderlas mover.

La sensación de peso extra lo abandonó, notó de nuevo su peso normal y, de repente, también esto le fue arrebatado. Se sintió retenido por las correas de seguridad.

Su estómago pareció caer fuera de su cuerpo. Tragó saliva tan rápido como pudo y su desayuno permaneció abajo. Alguien gritó: « ¡Nos estamos cayendo»!, y a Matt le pareció la afirmación más innecesaria que jamás hubiese escuchado.

Apretó las mandíbulas y se agarró para soportar el bache. No llegó... y, sin embargo, su estómago pareció seguir tratando de escapar a su cuerpo. ¿Once segundos? ¡Vaya, si debía haber estado cayendo ya durante mucho más de once segundos! ¿Qué es lo que había salido mal?

Y seguían cayendo, sin cesar.

Y caían.

Entonces, se sintió empujado de nuevo contra el acolchado. La presión aumentó poco a poco hasta que volvió a notarse tan pesado como antes de la caída. Su estómago maltratado trató de hacer una arcada, pero la presión era demasiado para él.

La presión disminuyó al llegar a un peso normal. Poco después, el vehículo pareció rebotar y, por un momento, volvió a no tener peso, mientras sus vísceras buscaban frenéticamente algún lugar al que anclarse. La sensación de ausencia de peso duró tan sólo un instante; luego, se desplomó sobre los cojines.

La puerta fue abierta de un empellón; el cadete entró, seguido por dos técnicos médicos. Alguien aulló:

- ¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí! - el cadete no prestó atención a aquello, sino que fue al asiento que había frente al de Matt. Desató al ocupante y los dos asistentes médicos se lo llevaron. Su cabeza se

movía sin control, mientras lo hacían. Entonces, el cadete fue al candidato que estaba armando todo aquel estrépito, lo desató y se echó hacia atrás. El chico se puso en pie, se tambaleó, y salió arrastrando los pies.

-¿Alguien necesita un equipo de mareo nuevo? - hubieron respuestas ahogadas. Trabajando con rapidez, el cadete ayudó a quienes lo necesitaban. Matt se sintió débilmente triunfante por el que su propio equipo estuviese aun limpio.

- Dispónganse a soportar cinco gravedades ordenó el cadete. Les hizo contestar a sus nombres, uno tras otro. Mientras lo hacía, otro chico comenzó a dar tirones a sus ataduras. Sin dejar de pasar lista, el cadete le ayudó a soltarse y le dejó salir. Siguió al chico por la puerta, y Va cerró.

Matt se sintió presa de una tensión insoportable. Casi se notó reconfortado cuando la presión se apoderó de él... pero sólo por un momento, pues descubrió que cinco gravedades eran mucho peor que tres. Su pecho parecía paralizado, y luchó por conseguir aire.

La gigantesca presión se alzó: de nuevo estaban sobre el borde, cayendo. Su maltratado estómago se vengó de inmediato, y lamentó el haber comido nada de desayuno.

Aún seguían cayendo. Las luces se apagaron... y alguien gritó. Cayendo, y aún vomitando, Matt estuvo seguro cíe que la oscuridad significaba que había ocurrido algún tipo de accidente; esta vez se iban a estrellar... pero no parecía importarle.

Ya estaba muy dentro del oscuro remolino de fuerza que señalaba la deceleración en el fondo, cuando se dio cuenta de que había pasado por aquello sin morir. La idea no le produjo ninguna emoción en particular pues estaba totalmente absorto en el lograr respirar a cinco gravedades. El viaje precipicio arriba, al doble de peso, que disminuía hasta el peso normal, casi le pareció unas vacaciones... si exceptuamos el que su estómago protestó cuando se detuvieron con una sacudida.

Las luces se encendieron y el cadete volvió a entrar en el vehículo. Su mirada cayó sobre el chico que había a la derecha de Matt. Este sangraba por la nariz y los oídos. El candidato le hizo un débil gesto de que se alejase.

- Puedo soportarlo - protestó. Sigan con la prueba.

- Quizá sí pueda - le contestó el cadete -, pero usted ya ha acabado por hoy - luego añadió -: No le sepa mal. No significa necesariamente un punto negativo.

Inspeccionó a los otros, y luego llamó al oficial. Los dos tuvieron una consulta en susurros sobre uno de los chicos, que luego fue medio arrastrado, medio acompañado, al exterior del aparato de prueba.

-¿Equipos nuevos? - preguntó el cadete.

- Aquí - contestó débilmente Matt. El cambio fue hecho mientras Matt se juraba a sí mismo jamás volver a comer una tostada.

- Siete gravedades - anunció el cadete -. Contesten, o salgan fuera.

Pasó de nuevo lista. Matt estaba dispuesto a abandonar, pero se oyó a sí mismo contestar «Dispuesto» y el cadete se había ido antes de que pudiera decidirse a otra cosa. Ahora, ya sólo quedaban seis.

Le pareció que las luces se estaban apagando de nuevo, de modo gradual, mientras el peso de su cuerpo aumentaba hasta casi cuatrocientos cincuenta kilos. Pero las luces «se encendieron» de nuevo cuando el vehículo cayó por el precipicio y entonces se dio cuenta de que había perdido la visión a consecuencia de Ja aceleración.

Había pensado en contar los segundos de su caída, para escapar a la sensación de un tiempo indefinido, pero estaba demasiado atontado. Incluso la molestia en su estómago parecía algo remoto. Caía... caía...

De nuevo el gigante le apretó el pecho, le sacó la sangre del cerebro y apagó la luz en sus ojos. La parte en él que era Matt se escapó por completo...

-¿Cómo se siente? - abrió los ojos, vio una imagen doble y se dio cuenta, débilmente, de que el cadete estaba inclinado sobre él. Trató de contestarle. El cadete desapareció de su vista y notó como alguien lo aferraba: estaba siendo alzado y transportado.

Alguien le secó el rostro con una toalla húmeda y fresca. Se sentó, y se encontró frente a una enfermera.

- Ahora ya está usted bien - le dijo ésta alegremente -. Aguántese esto hasta que la nariz le deje de sangrar - le entregó una toalla -. ¿ Quiere levantarse?

- Sí, creo que sí.

- Tome mi brazo. Saldremos al aire libre.

En la plataforma de carga, Matt se sentó al sol, tanteándose la nariz y recuperando las fuerzas. Podía oír los sonidos de la excitación en la barandilla, que estaba tras él, cada vez que caía el vehículo. Siguió allí sentado, empapándose de sol y preguntándose si, en realidad, deseaba o no ser un hombre del espacio.

- Hola, Matt - era Tex, estaba pálido y no muy seguro de sí mismo. Tenía una mancha de sangre en la palma de la mano.

- Tex, veo que lo has pasado mal.

- Ajá.

-¿Cuántas g?

- Siete.

- Yo también. ¿Qué te parece?

- Bueno... - Tex parecía que no sabía qué decir -.Me gustaría que mi tío Bodie lo pudiera intentar. No hablaría tanto de cuando capturó el oso pardo.

Durante la comida muchos asientos estaban libres. Matt pensó en los que se habían ido. ¿Les molestaría haber sido echados, o les aliviaría?

Tenía hambre pero comió poco, porque sabía lo que le esperaba durante la tarde. Instrucción a bordo de un cohete. Había estado esperando a esta parte del programa con ansiedad. ¡Vuelos espaciales! Solamente era un salto de prueba, pero al fin y al cabo era lo más importante. Siempre se había dicho

que, aunque fallara, valía la pena hacer este primer vuelo.

Ahora no estaba tan seguro; los «baches» habían cambiado su punto de vista. Ahora sentía un nuevo respeto, desagradable, por la aceleración y ya no consideraba al mareo como algo divertido, sino que se preguntaba si se acostumbraría algún día a la caída libre. Sabía que algunos nunca lo conseguían.

Su grupo de prueba estaba esperando en el campo de Santa Bárbara a las dos y media. Tenía más de una hora para matar sin otra cosa que hacer más que impacientarse. Por fin vino el momento de bajar al subterráneo, juntarse a los otros, y coger la acera rodante hacia el campo.

El cadete que estaba a cargo del grupo les condujo hasta una trinchera de cemento de un metro y veinte aproximadamente de profundidad. La luz del sol hizo parpadear a Matt. Ya no se sentía deprimido; estaba ansioso por empezar. A ambos lados, aproximadamente a noventa metros, se encontraban los cohetes de instrucción, alineados como gigantescas velas de pastel de cumpleaños, aguantándose sobre sus aletas y apuntando con sus aguzados hocicos al cielo.

- Si algo pasara - dijo el cadete -, échese al suelo de la trinchera. Aunque les aconsejo que no se preocupen por esto... tengo la obligación de hacerles esta advertencia. El viaje dura nueve minutos, y durante el primer minuto y medio funciona el motor. Sentirán tres gravedades, pero la aceleración es solamente de dos gravedades, porque todavía estarán cerca de la Tierra. Noventa segundos más tarde viajarán a poco más de un kilómetro y medio por segundo y continuarán subiendo otros tres minutos durante ciento sesenta kilómetros, hacia la altitud de doscientos cuarenta kilómetros. Bajarán hacia la Tierra durante otros tres minutos, terminarán el descenso y aterrizarán al cabo de nueve minutos. Un aterrizaje sin alas sobre un planeta con una gravedad tan grande como la de la Tierra es bastante arriesgado. El aterrizaje será automático y controlado por radar, pero llevarán un piloto humano que se cerciorará de que la llegada esté conforme con el plan de vuelo. Podrá tomar los mandos si es necesario. ¿Alguna pregunta?

Alguien preguntó:

- Estas naves, ¿tienen motor atómico?

El cadete resopló.

- ¿Estos jeeps? Como pueden ver por el diseño, tienen motor químico. Hidrógeno monoatómico. Se parecen mucho a los primeros grandes cohetes que fueron construidos, pero tienen control del empuje, de modo que el piloto y los pasajeros no quedarán hechos papilla a medida que desciende la relación de masa.

Una bengala verde fue disparada desde la Torre de Control.

- Estén atentos al segundo cohete, empezando por el final, al Norte - dijo el cadete.

Hubo una llama naranja brillante como el sol, en la base de la nave.

-¡Allá va!

La nave subió majestuosamente, y se balanceó durante un momento, sin moverse, como un helicóptero suspendido en el aire. El ruido llegó hasta Matt, parecía apretar su pecho. Era el rugido de un imposible y enorme soplete. Un heliógrafo en la Torre parpadeó y la nave subió, más y más, más alto y más de

prisa, su velocidad aumentando con tanta suavidad que era muy difícil darse cuenta de cuál era su rapidez... si bien se notó que el rugido había desaparecido. Matt se encontró mirando fijamente hacia el cenit, a una estrella artificial y que se empequeñecía, que brillaba casi como el mismo Sol.

Desapareció. Matt cerró la boca y empezó a mirar hacia otra dirección cuando la estela de hielo dejada por el cohete en su camino hacia la atmósfera exterior llamó su atención. Blanca, y extraña, se retorcía como una serpiente que tuviera la columna rota. Bajo la fuerza motriz del viento, que soplaba a cientos de kilómetros por hora a esta altitud, la estela se torció visiblemente mientras la contemplaba.

-¡Eso es todo! gritó el cadete -. No podemos esperar el aterrizaje.

Bajaron al subterráneo por un pasillo, y entraron en un ascensor. Subió desde el interior suelo, y salió hacia el aire mediante un pistón hidráulico. Subía cerca del lado de una nave; Matt se sorprendió al ver lo grande que se veía ésta desde cerca.

El ascensor se paró, se abrió la puerta y un puente levadizo bajó hacia la portezuela abierta al lado de la nueva. Lo pasaron en grupo; el cadete levantó el puente y descendió nuevamente.

Estaban en una sala cónica. Encima de ellos, el piloto estaba tendido en su litera contra la aceleración. A su lado se encontraban las de los pasajeros, con los pies hacia el interior y la cabeza hacia el exterior de la nave.

-¡Suban a sus puestos! - chilló el piloto--. Abróchense las correas.

Los diez chicos se empujaron para alcanzar las sillas. Uno dudó.

-¡Eh, señor! - llamó.

-¿Sí? Ve a tu puesto.

- He cambiado de idea. No voy.

El piloto habló de una manera no muy apropiada en un miembro de la Patrulla y se volvió hacia el tablero de control.

-¡Torre! Sacar pasajero del número diecinueve escuchó y dijo -: Es demasiado tarde para cambiar de plan de vuelo. Mándeme lastre.

Le chilló al chico que esperaba:

-¿Cuánto pesa?

-¿Eh? Cincuenta y tres kilos, señor.

-¡Cincuenta y tres kilos, rápido! - Dio la vuelta hacia el chaval -: Mejor será que te marches rápido de esta base, porque si tengo que anular mi despegue te retorceré el pescuezo.

En este momento el ascensor llegó a su nivel y tres cadetes salieron del mismo. Dos transportaban sacos de arena, y el otro cinco pesas de plomo. Ataron los sacos de arena sobre el lecho vacío y colocaron las pesas a su lado.

- Cincuenta y tres kilos de lastre - anunció uno de los cadetes.

- Márchense - dijo el piloto abruptamente, y se volvió hacia los mandos.

- No te irrites, Harry - le aconsejó el cadete a quien se había dirigido. Matt se quedó sorprendido, pensando entonces que cl piloto debía ser también un cadete. Los tres se marcharon con el chico; la compuerta se cerró con un chirrido.

-¡Prepárense a subir! - advirtió el piloto, y controló los pasajeros con la mirada -. Pasajeros asegurados en cl diecinueve - informó a la torre -. ¿Estoy libre de ese maldito ascensor?

Hubo silencio, mientras los segundos pasaban poco a poco.

La nave vibró. La cabeza de Matt palpitó al oír un hondo rugido casi ensordecedor. Por un momento le pareció que pesaba muy poco, una vez pasada esta sensación, fue empujado fuertemente contra los cojines. Matt se sentía feliz al comprobar que, así tendido, tres gravedades no eran desagradables. El minuto y medio a motor se alargó. No se oía nada más que el ahogado reactor, ni se veía nada más que el cielo a través de la ventanilla que estaba encima del piloto.

Pero el cielo se oscureció. Ya era morado, mientras lo miraba se puso negro. Fascinado, vio aparecer las estrellas.

-¡Prepárense para la caída libre! - gritó el piloto, utilizando un altavoz -. Encontrarán bolsas para el mareo debajo de cada cojín. Si lo necesitan, utilícenlas. No quiero tener que limpiar las ventanillas.

Matt buscó a tientas debajo de su cabeza, encontró la bolsa. El sonido del cohete se disipó y con él el empuje que les había mantenido aplastados. El piloto salió de su lecho y flotó frente a ellos.

- Ahora mirad, chicos, tenemos seis minutos. Os podéis desabrochar de dos en dos y venir hasta aquí para ver. Pero escuchad bien: Agarraos fuerte. Cualquiera que empiece a flotar libremente tendrá un tanto negativo - apuntó a un chico -. Usted, y el chaval de su lado.

El chaval del lado era Matt. Su estómago se quejaba y se sentía tan miserable que apenas quería aquel privilegio, pero su cara permanecía impasible; apretó su mandíbula, tragó la saliva que llenaba su boca, y se desabrochó.

Libre, se agarró a una manija, flotando libremente e intentó recobrar sus fuerzas. Era curioso no tener arriba y abajo. Todo flotaba y tenía dificultades para enfocar sus ojos.

-¡Rápido! - oyó decir al piloto, o perderá su turno.

- Vengo, señor.

- Agárrese... voy a virar la nave.

El piloto desconectó el giroscopio y puso los mandos de precisión. La nave dio la vuelta sobre su eje. Mientras Matt hacía su camino hacia el control, moviéndose como un mono cauteloso y viejo, el cohete se había puesto de proa hacia la Tierra.

Matt clavó sus ojos en la superficie, que estaba a unos ciento sesenta kilómetros por debajo y que

continuaba alejándose. Los verdes y los marrones parecían oscuros, contrastando con el blanco vivo de las nubes. Lejos, a izquierda y a derecha, podía ver el cielo color de tinta, tachonado de estrellas.

- Aquí está la Base, justo debajo explicaba el piloto -. Estén alerta y quizá podrán ver Hayworth Hall, por su sombra.

A Matt no le parecía exactamente «debajo». Le parecía «fuera» o en ninguna dirección en concreto. Era inquietante.

- Allá, ¿ven? Es el cráter donde antes estaba Denver. Ahora miren al Sur: esta huella marrón es Texas, pueden ver el Golfo más allá.

- Señor - preguntó Matt -: ¿Se puede ver Des Moines desde aquí?

- Resulta difícil localizarlo. Allá, en esta dirección mira por el Río Kaw hasta que llega al Missouri, y después sigue hacia arriba. Esta mancha oscura, esto es Omaha y Council Bluffs. Des Moines está entre allí y el horizonte.

Matt forzó la vista, intentando localizar su hogar. No podía asegurarlo pero lo que era seguro es que veía la forma de la Tierra con un horizonte encorvado; veía la Tierra redonda.

- Esto es todo - ordenó el piloto -. Vuelvan a su puesto. ¡Pareja siguiente!

Estaba contento de poder atar el cinturón a su cintura. Los últimos cuatro minutos le duraron siglos; se resignó al hecho de que nunca vencería el mareo del espacio. Al final el piloto mandó la última pareja a su sitio, hizo girar la nave hasta que el cohete apunto hacia la Tierra, y gritó:

-¡Prepárense para el empuje! ¡Vamos a bajar sobre la cola!

El bendito peso le oprimió de nuevo y su estómago ya no le molestó. Los noventa segundos de desaceleración le parecieron más largos; le molestó saber que la Tierra se precipitaba hacia ellos y que no podía verla. Pero, finalmente, hubo un pequeño golpe y su peso volvió de repente al normal.

- Aterrizamos - anunció el piloto -, y llegamos enteros. Pueden desabrocharse, amigos.

En este momento, llegó un camión, hizo girar una escalera telescópica hacia la puerta, y bajaron. En el camino de vuelta pasaron un tractor pesado, que avanzaba con lentitud para ir a recuperar el cohete. Alguien sacó la cabeza del interior del mismo.

¡Hola, Harry! ¿Por qué no aterrizaste en Kansas?

El piloto hizo una seña a su interlocutor.

-¡Da gracias a que no lo hice!

Matt estaba libre hasta la hora de la comida y decidió volver a la trinchera de observación, quería ver el aterrizaje de una nave sobre su cohete. Había visto aterrizajes con alas de los cohetes comerciales de la estratosfera, pero nunca un aterrizaje con el chorro del cohete.

Matt acababa de encontrar un sitio libre en la trinchera cuando oyó una exclamación. Una nave llegaba.

Era una bola de llamas, que crecía en el cielo, y después un pilar de llamas, moviéndose rápidamente frente a él. El soplo de fuego barrió el suelo, la nave se balanceó como un bailarín de ballet, y el fuego se apagó. La nave había aterrizado.

Dio la vuelta hacia un candidato que estaba a su lado.

-¿Cuándo vendrá el próximo?

- Han venido casi cada cinco minutos. Quédate por aquí y verás alguno.

En el mismo momento, una bengala verde salió de la torre de control. Miró alrededor, intentando localizar la nave a punto de despegar, cuando otra exclamación le hizo dar la vuelta. Otra vez había en el cielo una bola de fuego que se agrandaba.

Increíblemente, se apagó.

Se quedó estupefacto, escuchó un grito: «¡Al suelo¡ ¡Al suelo, todo el mundo! ¡Boca abajo!» Y, antes salir de su estupor, alguien le agarró y le tiró al suelo.

Un violento golpe seguido por el rugido de una explosión le hizo tambalear. Algo le cortó la respiración.

Se sentó y miró alrededor. Un cadete a su lado miraba con cuidado por encima del parapeto.

- Allah, el Misericordioso - le oyó decir en voz baja.

-¿Qué pasó?

- Se estrellaron. Muertos todos, muertos - el cadete parecía verle por primera vez -. Vuelva a su cuarto - dijo vivamente.

- Pero, ¿cómo ocurrió?

- No importa, no hay tiempo para espectáculos - el cadete recorrió la trinchera, dispersando a los espectadores.

IV

PRIMERA REVISTA DE TROPAS

El cuarto de Matt estaba vacío, lo que le aliviaba. No quería ver a Burke, ni a nadie. Se sentó y pensó.

Once personas, así de simple. Todos alegres y contentos y después ¡crump!, no quedaban ni las cenizas. De repente, él mismo se sintió de nuevo allá arriba, en el cielo. Temblando. Apartó este pensamiento.

Al cabo de una hora había decidido que la Patrulla no era para él. Se le había ocurrido aquella loca idea cuando tenía sus brillantes ilusiones de niño:

El capitán Yenks de la Patrulle del Espacio, El joven piloto de cohetes, y todo aquello. Bien, esos libros estaban bien para los niños, pero él no tenía madera de héroe, tenía que admitirlo.

De todas maneras, su estómago nunca se acostumbraría a la caída libre. Sólo de pensarlo, se sentía más tenso.

Cuando Burke volvió se había calmado y, sin estar feliz, por lo menos no se sentía desgraciado, porque tenía el espíritu tranquilo.

Burke entró silbando. Se detuvo al ver a Matt.

- Bueno, pequeño, ¿todavía aquí? Pensaba que los «baches» te mandarían a casa.

- No.

- ¿No te mareaste?

- Sí - Matt esperó e intentó controlar su irritación -. Y tú, ¿no?

Burker río entre dientes.

- Nada de eso. Yo no soy una mascota, niño.

- Llámame Matt.

- De acuerdo, Matthew. Yo ya iba por el espacio antes de poder andar. Mi viejo construye naves, ¿sabes?

- No lo sabía.

-¡Oh, sí! Compañía de Reactores. Es el Presidente del Consejo. Di, ¿has visto los fuegos artificiales allá en el campo?

-¿Hablas de la nave que se estrelló?

-¿De qué si no? Un buen espectáculo, ¿verdad? Matt se daba cuenta de que la sangre le empezaba a hervir.

-¿Qué quieres decir? - preguntó con calma -. ¿Es que contemplas la muerte de once seres humanos como un buen espectáculo?

Burker le miró con asombro. Y se rió.

- Lo siento, viejo, discúlpame. No se me ocurrió ¡a idea de que no lo sabías.

-¿No sabía qué?

- Pero no podías suponerlo, naturalmente. Cálmate, hijo, no murió nadie. Te engañaron.

-¿Qué? ¿De qué hablas?

Burke se sentó y se rió hasta llorar. Matt le agarró por los hombros.

- Basta, y habla.

El otro candidato se contuvo y levantó la cabeza.

- De verdad. Me gustas bastante, Dodson... ¡eres tan pueblerino! ¿Qué opinas de Papá Noel y de la cigüeña?

-¡Habla!

-¿No has entendido lo que te han estado haciendo desde que te has presentado?

-¿Qué me han estado haciendo?

- Una guerra de nervios, hombre. ¿No has visto que varias de las pruebas eran demasiado fáciles... quiero decir que era demasiado fácil el hacer trampa? Cuando fuiste a los «baches», ¿no notaste que te dejaron mirar bien cómo era la caída, antes de que la pasaras? ¿No hubieran podido hacerte esperar dentro, donde no te hubieras inquietado?

Matt lo pensó. Era una idea seductora.. - descubrió que algunas cosas que no había entendido se explicaban de esta manera.

- Sigue.

- Oh, es un buen truco: elimina a los débiles y también a los estúpidos, los chicos tan bobos que no pueden resistir una invitación a hacer trampas, sin preguntarse si todo pudiera estar preparado. Da buen resultado: un miembro de la Patrulla tiene que ser inteligente, rápido y equilibrado. Esto permite ahorrar dinero en chicos de segunda categoría.

- Acabas de llamarme bobo, y sin embargo pasé.

- Indudablemente, niño, pero es porque tu corazón es puro - rió otra vez -. También yo pasé. Pero nunca serás un miembro de la Patrulla, Matt. Tienen otros medios para echar a los buenos chicos bobos. Ya lo verás.

- Muy bien, así es que soy un bobo. Pero no me llames más niño. ¿Qué tiene que ver esto con la nave que se estrelló?

- Bien, es simple. Quieren eliminar a todos los inútiles, antes de hacernos prestar juramento. Hay candidatos con estómagos duros a quienes no afectan ni los «baches», ni nada. Por esto mandan una nave dirigida automáticamente, sin piloto, ni pasajeros... y la hacen estrellarse, solamente para espantar los que pueden espantarse. Es un maldito espectáculo, más barato que entrenar a un solo cadete que al final pueda no resultar.

-¿Cómo lo sabes? ¿ Tienes información personal de esto?

- En cierto modo, sí. Es de pura lógica: estas naves no pueden estrellarse, excepto si lo haces a propósito. Lo sé... mi viejo las construye.

- Bueno, tal vez tengas razón - Matt dejó el tema, no estaba convencido, pero le faltaban bases para Otros argumentos. Por lo menos se convencía de una cosa: con mareo del espacio o sin él, pasara lo que

pasase, decidió quedarse mientras Girard Burke lo hiciera, ¡por lo menos veinticuatro horas más!

Su mesa durante la cena llevaba los números:

«147, 149, 151 y 153.» Había bastante Sitio para los que habían sobrevivido.

El Cadete Sabbatello les miró alegremente.

- Felicidades, caballeros, por haber sobrevivido. Puesto que prestaran Juramente esta noche, la próxima vez que nos encontremos lo haremos en condiciones diferentes - sonrió abiertamente -. De modo que relájense y disfruten de su última comida en libertad.

A pesar de apenas haber desayunado y de una comida poco abundante, Matt se dio cuenta de que era incapaz de comer mucho. La interpretación de las pruebas hecha por Girard Burke, y lo que ésta significaba le molestaba. Todavía quería prestar juramento, pero tenía la angustiosa sensación de que estaba a punto de hacerlo sin saber lo que significaba, sin saber lo que realmente era la Patrulla.

Al acabar la comida, en un impulso, siguió al cadete que presidía la mesa, hasta fuera.

- Perdóneme, señor Sabbatello, ¿puedo hablar con usted, en privado, señor?

-¿Eh? Creo que sí, venga - condujo a Matt a su propio cuarto; era exactamente como el de Matt -. Ahora, ¿qué pasa?

- Hum, señor Sabbatello, este accidente de hoy: ¿hubo algún herido?

-¿Herido? Se mataron once personas. ¿No le parece bastante?

-¿Está seguro? ¿No podría ser que fuera una nave radiodirigida y que no hubiera nadie dentro?

- Es posible, pero no fue así. Ojalá que hubiera sido así, el piloto era uno de mis amigos.

- Oh, lo siento. Pero tengo que saber la verdad. Mire, es muy importante para mí.

-¿Por qué?

Matt dio la versión de Burke de lo que había ocurrido sin mencionar el nombre de éste. Mientras hablaba, Sabbatello manifestó más y más disgusto.

- Ya veo - dijo, cuando Matt terminó -. Es verdad que algunas de las pruebas son más psicológicas que nada. Pero esto del accidente, ¿quién le hizo creer esta tontería?

Matt no dijo nada.

- No importa. Puede proteger al que le informó, no cambiará nada a la larga. Pero, a propósito del accidente, le daría mi palabra... en realidad se la doy, pero si acepta la hipótesis de su amigo, no tendrá en cuenta mi palabra - pensó durante un momento -. ¿Es usted católico?

- No, señor - Matt estaba asombrado.

- No importa. ¿Sabe quién es Santa Bárbara?

- No exactamente, señor. Mis estudios...

- Sí, sus estudios. Fue una mártir del siglo tercero. El caso es que es la Santa Patrona de todos los que tratan con explosivos, y entre ellos los tripulantes de los cohetes.

Hizo una pausa.

Si va a la capilla, verá que se celebra una misa en la cual se pedirá a Santa Bárbara que interceda por las almas de los hombres que se perdieron esta tarde. Espero que crea que un cura no prestaría sus oficios para un embuste como el que su amigo sugiere.

Matt asintió gravemente.

- Entiendo su punto de vista, señor. No tengo que ir a la capilla. Ya sé lo que quería saber.

- Muy bien. Será mejor que corra, y que se prepare. Resultaría vergonzoso que llegara tarde a su propio juramento.

La primera Revista de Tropas estaba prevista a las nueve, en el auditorio. Matt fue uno de los primeros en llegar, fresco, limpio y llevando un nuevo mono. Un cadete le tomó el nombre y le invitó a entrar. Se habían sacado todos los asientos de la sala. Encima del tablado, en la otra punta de la sala, estaban los tres círculos cerrados de la Federación:

Libertad, Paz y Ley, entrelazados de tal forma que si alguien sacaba uno, los otros dos se caían. Abajo se encontraba el propio signo de la Patrulla, un c~ meta brillando en la noche.

Tex fue uno de los últimos en llegar. Estaba saludando a Matt, sin aliento, cuando un cadete que hablaba desde la tribuna gritó:

-¡Atención!

«Júntense en la parte izquierda de la sala continuó. Los candidatos se mezclaron y se reunieron en grupo compacto -. Quédense donde están, hasta la Revista. Cuando les nombren, contesten ¡presente!, y vayan hacia el otro lado. Encontrarán líneas blancas directrices, sitúense sobre las líneas para formar filas. »

Otro cadete bajó de la tribuna y anduvo hacia el grupo de chicos. Se paró, escogió una tira de papel de las cuatro que tenía en su mano, y fijó sus ojos en Tex.

- Usted, señor - le dijo -, tome esto.

Jarman lo cogió, pero se quedó perplejo.

-¿Para qué?

- Del mismo modo que contestará a su propio nombre, cuando oiga este otro, conteste. Adelántese y diga: ¡Respondo en su nombre!

Tex miró la tira. Matt vio que decía: «John Martin».

- Pero, ¿por qué? - preguntó Tex.

El cadete le miró.

-¿Seguro que no lo sabe?

- No tengo ni idea.

- Bueno, puesto que este nombre no le recuerda nada, piense únicamente que es uno de sus compañeros de clase que no puede estar aquí esta noche personalmente. Y por esto responde para él, para que la Revista sea completa. ¿Entiende?

- Sí, señor, entiendo.

El cadete continuó bajando por el pasillo. Tex se volvió hacia Matt.

-¿Qué significa? ¿Lo sabes?

- Está fuera de mi alcance.

- Y del mío también. Bueno. Probablemente ya lo descubriremos.

El cadete que estaba sobre la tribuna anduvo hacia la parte izquierda de la plataforma.

-¡Silencio! – Ordenó -. ¡El Comandante!

Por la parte de atrás entraron dos hombres vestidos de negro. El más joven de ellos andaba de tal manera que su manga rozaba el codo del más viejo. Fueron hasta el centro de la plataforma; el más joven se paró. El más viejo se paró inmediatamente, entonces el ayudante se apartó. El Comandante de la Academia se quedó frente a la nueva clase.

O, mejor dicho frente al centro de la sala. Se quedó inmóvil durante un momento; alguien tosió y movió los pies, con lo que dio la vuelta hacia el grupo y les hizo frente.

- Buenas noches, caballeros.

Al verlo, Matt se acordó perfectamente de la protesta del Cadete Sabbatello:

- Ciego no, señor Dodson - los ojos del Comodoro Ackwright parecían extraños. Las cuencas estaban completamente secas y los párpados se inclinaban como si estuvieran pensando. Pero, cuando esta mirada ciega se detuvo sobre él, a Matt le pareció que el comandante podía verlo y también investigar dentro de su cabeza.

Bienvenidos a nuestra confraternidad. Venís de varios lugares, algunos de otros planetas. Tenéis colores y creencias diferentes. Pero todos tenéis que convertiros en una hermandad.

»Algunos de vosotros sentís nostalgia. No tenéis que hacerlo. A partir de este día cada parte de esta familia de planetas es vuestra casa, cada parte por igual. Cada ser humano, cada criatura que piensa en este sistema es vuestro vecino y vuestra responsabilidad.

»Estáis a punto de prestar juramento, por propia voluntad, como cadetes de la Patrulla de nuestro Sistema. Con el tiempo, querréis ser un miembro de esta Patrulla. Tenéis que entender la responsabilidad que asumiréis. Se supone que pasaréis muchas horas estudiando vuestra nueva profesión, adquiriendo los conocimientos prácticos de todo hombre del espacio y las artes de un soldado profesional. Estos conocimientos y artes son necesarios pero no harán de vosotros miembros de la Patrulla.

Se detuvo un momento, y continuó:

- Un oficial que manda una nave de la Patrulla, fuera de la base, es el último de los monarcas absolutos, puesto que es el único que puede reprimirse a sí mismo. En muchos de los sitios donde tiene que ir no hay otra autoridad. Es él quien tiene que personificar la ley, las reglas del razonamiento, de la justicia y de la clemencia.

»Además, a los miembros de la Patrulla, particularmente y en conjunto, se les confiere un poder tremendo que puede superar o destruir, todas las fuerzas que se conocen, y con esta confianza les está impuesta la carga de mantener la paz del Sistema y de proteger las libertades de sus habitantes. Son los soldados de la libertad.

»No basta con que sean expertos, inteligentes y valientes... los depositarios de este enorme poder deben tener, cada uno, un estricto sentido del honor, autodisciplina por encima de toda ambición, amor propio y avaricia, respeto por las libertades y la dignidad de todas las criaturas, y una voluntad inflexible para ejercer la justicia y para ser clementes. Deben ser caballeros nobles y leales.

Se detuvo y no hubo ni un ruido en la inmensa sala. Después dijo:

- Ahora, pasaremos revista a los que están preparados para prestar juramento.

El cadete que había hecho de ayudante se adelantó con presteza.

- ¡Adams!

-¡Presente, señor! - un candidato cruzó la sala.

- Akbar.

- Presente.

- Alvarado... Anderson, Peter. Anderson, John. Angelico. Inmediatamente después, siguieron: - Dana... Delacroix... De Witt... Diaz... Dobbs... y, ¡Dodson!

-¡Presente! - gritó Matt. Su voz chilló aguda, pero nadie se rió. Fue corriendo hasta el otro lado, encontró un sitio y esperó, palpitando. La revista continuó:

- Eddy... Eisenhower... Ericsson - los chicos cruzaron la sala uno a una hasta que quedaron pocos -. Sforza, Stanley, Suliman - y, finalmente- ¡Zahm!

El último candidato se juntó a sus compañeros. Pero el cadete no se detuvo:

-¡ Dahlquist! - llamo. No hubo contestación.

-¡Dahlquist! – repitió -. ¡Ezra Dahlquist!

Matt sintió un escalofrío. Reconocía el nombre ahora, pero Dahlquist no estaría aquí, no el auténtico Ezra Dahlquist. Matt estaba seguro de esto, porque se acordaba de un nicho de la rotonda, un joven en el cuadro, y la arena caliente y brillante de la Luna.

Hubo un movimiento en la fila de detrás, un candidato se abrió camino y se adelantó.

-¡Respondo por Ezra Dahlquist!

- ¡Martin!

Esta vez no hubo ninguna vacilación. Se oyó el tono de voz agudo de Tex:

- Contesto por él.

- Rivera.

Un barítono fuerte:

-¡Contestando por Rivera!

-¡ Wheeler!

- Contesto por Wheeler.

El cadete dio la vuelta hacia el Comandante y saludó:

- Todos presentes, señor. Clase del año 2.075, primera Revista completa.

El hombre de negro devolvió el saludo.

- Muy bien, señor. Continuamos con el juramento -se adelantó hasta el mismo borde de la plataforma, el cadete a su codo. Levanten sus manos derechas.

El propio Comandante levantó su mano.

- Repitan: Por mi propia voluntad, sin reserva alguna...

- Por mi propia voluntad, sin reserva alguna...

- Juro mantener la paz del Sistema Solar...

Le siguieron a coro:

- Proteger las libertades legales de sus habitantes... »defender la constitución de la Federación Solar... »cumplir los deberes del cargo para el cual he sido ahora nombrado... y obedecer las órdenes legales de mis superiores...

«A esta meta someto cualquier otra lealtad y renuncio totalmente a las que puedan entrar en conflicto con ellas...

»Afirmo esto, solemnemente, en el nombre del que considero más sagrado.

- Y que Dios me ayude a cumplirlo - concluyó el Comandante -. Matt repitió sus palabras, pero la contestación a su alrededor tomó unas doce formas diferentes, en casi el mismo número de idiomas.

El Comandante se volvió hacia el cadete que estaba a su lado.

- Hágales romper filas.

- Sí, señor - El cadete levantó la voz -. Den la vuelta hacia la derecha y salgan en fila. Mantengan su formación hasta pasar la puerta. ¡Rompan filas!

Dada la orden, sonó una música que llenó la sala; los recién nombrados cadetes se marcharon a los acordes del himno de la Patrulla: *La larga vigilancia.* que continuó hasta que el último hubo salido, tras lo cual se apagó.

El Comandante esperó que los jóvenes cadetes se hubieran marchado, y volvióse a su alrededor. En seguida se acercó a su ayudante, entonces el cadete que había actuado como ayudante en la revista se apartó rápidamente de su lado. El Comodoro Arkwright dio la vuelta hacia el cadete que se marchaba.

- Señor Barnes.

-¿Sí, señor?

-¿Está preparado para su misión?

- Hum... No lo creo, señor. No completamente.

-¿No? Bueno, venga a verme pronto.

- Sí, señor. Gracias.

El Comodoro dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia la salida de la plataforma, con la manga de su ayudante rozando la suya.

- Bueno, John – preguntó -. ¿Qué piensa de ellos?

- Un buen grupo de chicos, señor.

- Tuve la misma impresión. Juventud, ansias y nuevas esperanzas. Pero, ¿a cuántos tendremos que eliminar? Es algo triste, John, tomar un chico y cambiarlo de tal manera que ya no es un paisano, y después echarlo. Es lo más cruel que tenemos que hacer.

- No veo ninguna manera de evitarlo.

- No hay manera. Si tuviéramos una varita mágica... Dile al campo que quiero subir a la nave dentro de treinta minutos.

- De acuerdo, señor.

V

EN EL ESPACIO

Puede que la Academia de la Patrulla no tenga edificios cubiertos de hiedra, ni paseos con árboles; pero no le falta sitio. Hay cadetes en cada lugar de la Federación, desde las naves que circundan Venus, o que trazan mapas del suelo quemado de Mercurio, hasta las naves que patrullan los satélites de Júpiter.

Incluso en los vuelos de exploración hasta las fronteras congeladas del sistema Solar, que duran muchos años, van cadetes... que son graduados como miembros, cuando sus capitanes creen que están listos, sin que tengan que esperar a volver a la base.

La gente cree que la Academia es la Nave Cohete Patrullera *James Randolph,* pero cada grupo de cadetes de cada nave de la Patrulla forma parte de la Academia. Los novatos son enviados a la *Randolph* tan pronto como han prestado juramento, y se quedan ligados a esta nave hasta que están preparados para ir en una de las naves de la Patrulla, en calidad de cadete. Su instrucción continua, y con el tiempo vuelven al lugar en que empezó, Hayworth Hall, donde se les da el toque final.

Los cadetes veteranos agregados a Hayworth Hall, no tienen por qué estar allá. Pueden estar en los laboratorios de radiación de la Universidad de Oxford, o estudiando las leyes interplanetarias en la Sorbona, o pueden estar incluso en Venus, en el Instituto de Estudios del Sistema. En todos los casos (y nunca dos cadetes reciben la misma instrucción) la Academia continúa siendo responsable de ellos, hasta que sean, si es que lo son, comisionados.

La duración de esto depende del cadete. El brillante joven Hardstone, que murió durante la primera expedición a Plutón fue graduado antes de haber cumplido un año en Hayworth Hall como candidato «marmota». Pero no era extraño encontrar viejos cadetes en la Base Tierra que habían sido cadetes durante cinco años o más.

El cadete Matthew Dodson se contempló en el espejo del «cuarto de baño». El uniforme blanco perlado, que había encontrado cuando volvió de la primera revista, la noche anterior, junto con un pequeño libro de reglamentos con su nombre grabado y acompañado de un nuevo programa de asignación. El programa empezaba: «l.- Su primera tarea de cadete es leer el reglamento adjunto, en seguida. En el futuro responderá de su contenido.»

Lo estuvo leyendo antes del toque de silencio, hasta que su memoria se había convertido en un embrollo de reglas no digeridas:

«Un cadete es un patrullero en un sentido limitado», «actúe con el decoro y la sobriedad propios de la ocasión», «de acuerdo más con las costumbres locales que con las costumbres de la Patrulla, salvo si se oponen a una ley invariable de la Patrulla o al reglamento de la Patrulla», «pero la responsabilidad de determinar la legalidad del orden queda en manos de la persona que recibió la orden y de la que la dio».

«Las circunstancias que no dependen de la ley o del reglamento deben ser decididas por el individuo a la luz de la tradición de la Patrulla.» «Los cadetes tendrán que ir afeitados en cada momento, y no llevarán el pelo de más de cinco centímetros.»

Le parecía entender bien la última regla mencionaría.

Al día siguiente se levantó, antes de la diana y se sumergió en el cuarto de baño, se afeitó con prisa y más bien innecesariamente, y se puso el uniforme.

Le iba bastante bien, pero, para él, era perfecto, el corte espléndido. En realidad el uniforme carecía de estilo, adornos, insignias, o de corte favorecedor.

Pero a Matt le parecía maravilloso.

Burke golpeó la puerta del cuarto de baño.

-¿Estás muerto? - sacó la cabeza -. Oh, muy bien, estás encantado. ¿Y ahora qué te parece si salieras de aquí?

- Ya voy - Matt se quedó en el cuarto durante unos minutos, después, dominado por la impaciencia, metió su reglamento en la túnica (Regla 383) y se fue al refectorio. Entró con aires de grandeza, orgulloso y sintiéndose un gigante. Fue uno de los primeros en sentarse a la mesa. Los cadetes entraron uno tras otro; el cadete Sabbatello fue uno de los últimos.

El veterano miró la mesa detenidamente:

- Atención – estalló -. Todos de pie.

Matt saltó en pie, con los otros. Sabbatello se sentó.

- Desde ahora, caballeros, que sea una regla para todos esperar que sus superiores estén sentados. Siéntense.

El veterano estudió el tablón que estaba al frente, pulsó lo que quería y levantó la cabeza. Los novatos habían empezado a comer. Golpeó la mesa con fuerza.

- Silencio, por favor. Caballeros, tienen mucho que aprender. Cuanto más pronto lo hagan, mejor se sentirán. Señor Dodson: no moje en el café su pan tostado; está goteando sobre su uniforme. Esto me recuerda – continuó -, el tema de los modales en la mesa.

Matt volvió a su cuarto bastante deprimido.

Se paró ante el cuarto de Tex y le encontró mirando el reglamento.

- Hola, Matt. Oye, dime una cosa, ¿hay algo en esta Biblia que diga que el señor Dynkowski tiene el derecho de impedir que yo sople en mi café?

- De modo que a ti también... ¿qué pasó?

La cara amable de Jarman se arrugó.

- Bien, empezaba a creer que Ski era un buen chico, sano e indulgente. Pero esta mañana, en el desayuno, empezó por preguntarme cómo podía m~ verme con todo este peso...

Tex ojeó su figura; Matt notó con sorpresa que Tex parecía bastante gordinflón con el uniforme de cadete.

- Todos los Jarmans somos corpulentos - continuó Tex como defendiéndose -. Tendría que ver a mi tío Bodie. Y después...

- Basta - dijo Matt -. Conozco lo demás.

- Bueno, creo que no hubiera tenido que enfadarme.

- Tal vez no - Matt buscó en el libro. Tal vez esto te ayudará. Aquí dice que, en caso de duda, se puede insistir en que el oficial que da la orden la ponga por escrito y con su huella digital, o utilice otro medio para tener un comprobante.

-¿De veras? - Tex cogió el libro -. Esto me va, pues la verdad es que estoy dudando. ¡Chico! Espera un poco, y verás la cara que pone cuando le enseñe esto.

- Me gustaría - asintió Matt -. ¿Cómo vas a subir, Tex?

La Nave Cohete de la Patrulla *Simón Bolívar*, de transporte, estaba en el Campo de Santa Bárbara, tras haber descargado un batallón de Infantes de Marina del Espacio, pero la N.C.P. *Bolívar* no podía coger más de la mitad de la nueva clase. La otra parte tenía que tomar el cohete público desde la plataforma de lanzamiento de Pike's Peak hasta la Estación del Espacio Tierra, donde serían transbordados al *Randolph*.

- Transporte - contestó Tex -. ¿Y tú?

- Yo también. Me gustaría ver la Estación Tierra, me alegro de ir en una nave de la Patrulla. ¿Qué te llevas?

Tex sacó su muleta arrastrándola y la sopesó.

- Es un problema. Aquí tengo unos veinticinco kilos. ¿Crees que si lo doblo muy apretado conseguiré que pese unos diez kilos?

- Es una teoría interesante - dijo Matt -. Déjeme ver lo que hay, tienes que eliminar unos quince kilos de peso extra.

Jarman esparció todas sus cosas en el suelo.

- Bueno - dijo Matt de inmediato. No necesitas todas estas fotografías.

Indicó una docena de grandes fotos de quinientos gramos o más cada una. Tex le miró horrorizado.

¿Dejar mi harén aquí? - cogió una -. Aquí está la pelirroja más dulce de todo el Valle de Río Grande - cogió otra -. Y Smithy... no podría ir sin Smithy. Ella cree que soy una maravilla.

-¿No crees que pensaría lo mismo si dejaras su foto?

- Oh, naturalmente. Pero no sería galante - repuso Tex -. Tengo una solución. Dejaré mi porra.

-¿Tu porra? - preguntó Matt, no encontrando nada que se pareciera a esta descripción.

- La que acostumbraba utilizar para rechazar a las muchachas, cuando insistían demasiado.

- Oh. Tal vez algún día me enseñarás tu secreto. Sí, deja tu porra. No hay ninguna chica en el *Randolph.*

-¿Te parece bien eso? - preguntó Tex.

- Me niego a contestar - Matt estudió la pila -. ¿Sabes lo que te sugiero? Guarda esta armónica, me gusta el sonido de la armónica. Haces una copia en micro de estas fotos y el resto a la basura.

- Para ti es muy fácil decirlo.

- Tengo el mismo problema - se fue a su cuarto.

La promoción tenía el día libre, para prepararse a marchar de la Tierra. Matt esparció sus posesiones para revisarlas. Podía mandar sus vestidos de paisano a casa, naturalmente, y su teléfono también, puesto que estaba limitado por su corto alcance a actuar en la cercanía de un relevador terrestre.

Hizo una nota para llamar a casa antes de empaquetarlo. También podía hacer otra llamada, decidió. Aunque estaba decidido a no perder el tiempo con chicas en su nueva vida, sería cortés llamar y despedirse. Lo hizo.

Colgó el instrumento unos minutos más tarde, perplejo al descubrir que, aparentemente, había prometido escribir de modo regular.

Llamó a casa, habló con sus padres y su hermano pequeño y, después, puso su teléfono con las cosas que tenían que ser mandadas a casa. Se estaba rascando la cabeza frente a lo que quedaba cuando Burke entró. Rió entre dientes.

-¿Intentas tragarte el peso extra?

- Lo conseguiré.

- No tienes que dejar estas cosas, ¿sabes? Mándalo a la Estación Tierra, alquila un armario, y guárdalo allí. Después, cuando estés de vacaciones en la Estación, podrás traerte lo que quieras. Llévalo a bordo de contrabando, si quieres.

Matt no hizo comentario: Burke continuó:

-¿Qué pasa, Galahad? ¿Te molesta la idea de pasar contrabando?

- No. Pero no tengo armario en la Estación Tierra.

- Bueno, si eres demasiado pobre para alquilar uno, puedes mandar tus cosas al mío. Hoy por ti y mañana por mí.

- No, gracias - pensó mandar por expreso algunas cosas a los correos de la Estación Tierra, pero rechazó la idea, pues las tarifas eran demasiado altas. Continuó separando las cosas. Conservaría su cámara, pero tendría que enviar a casa su equipo de microfilm, y sus piezas de ajedrez. Ahora había rebajado la lista a

lo que esperaba que fueran diez kilos; se llevó las cosas para pesarías.

La diana y el desayuno eran una hora antes, el día siguiente. Poco tiempo después del desayuno la llamada para revista inundó Hayworth Hall, seguido de los estruendosos compases de «¡Se alza la nave!»

Matt colgó su bolsa de costado sobre su hombro y bajó.

Empujando, se abrió camino, en medio de una tropa de cadetes jóvenes y encontró su área asignada.

La revista se hacía por escuadras y Matt era temporalmente jefe de escuadra, puesto que su nombre era el primero de su escuadra por orden alfabético. Le habían dado una lista; buscó en su bolsillo y tuvo un momento de pánico al creer que la había olvidado arriba en su cuarto cuando sus dedos se cerraron al tocarla:

-¡ Dodsworth!

- Presente.

- Dunsían.

- Presente.

Todavía estaba llamando a Frankel, Freund y Funston cuando el veterano que revisaba el pasillo entero le llamó para que se presentara. Concluyó rápidamente, miró a su alrededor y saludó:

- ¡ Escuadra diecinueve: todos presentes!

Alguien sonrió y Matt se dio cuenta en seguida de que había utilizado el saludo de los exploradores, en vez del gesto tranquilo y de mano abierta de la Patrulla. Se puso colorado.

Una voz metálica, amplificada, llamó:

- Que informen todos los grupos de las cubiertas.

A su vez, el veterano del pasillo de Matt gritó:

- Cubierta número tres, todos presentes.

Cuando todos hubieron informado, hubo un momento de silencio, lo bastante largo para que Matt sintiera un estremecimiento en la espina, como presentimiento de lo que iba a pasar- ¿Lo harían? Pero ya lo estaban haciendo: la voz en el altavoz llamó:

- Dahlquist.

Otra voz, que se oía solamente por el altavoz, contestó:

- Respondo en su nombre.

Continuó. Pasó revista a los cuatro, entonces la primera voz afirmo:

- Todos presentes, señor.

- Ocupen sus puestos en la nave.

Subieron a una acera mecánica y bajaron a una sala subterránea, enorme, muy profunda debajo del Campo de Santa Bárbara. Había ocho grandes ascensores dispuestos en ancho círculo alrededor de la sala. Matt y su escuadra se apretujaron dentro de uno y subieron a la superficie. La cabina subió, mucho más alto de lo que había sido necesario para entrar en el cohete del vuelo de prueba, más y más, cerca de la masa inmensa del *Bolívar*.

Se paró, y trotaron de prisa a través del puente levadizo, hacia la nave. Dentro de la cámara de presión había un sargento de la Infantería de Marina del espacio, brillante en su uniforme que repetía sin parar:

-¡Cubierta séptima! Entren por la portezuela y bajen hasta su cubierta .. ¡caminen de prisa! - indicó la portezuela, bajo la cual desaparecía una escalera de acero, estrecha y vertical.

Matt apartó su bolsa de costado a un lado y bajó por la portezuela, moviéndose con rapidez, para evitar que el cadete que le seguía le pisara los dedos. Perdió la cuenta de las cubiertas, pero habla un sargento en cada una. Salió cuando oyó:

-¡Tercera cubierta!

Estaba en un compartimento amplio, bajo y cilíndrico, cuya cubierta estaba tapizada con un acolchado de espuma de plástico. Estaba dividida en secciones, de dos metros por uno cada una, provistas de cinturones de seguridad.

Matt encontró una sección libre, se sentó y esperó. En este momento los cadetes dejaron de entrar, la sala estaba llena. El sargento gritó:

- Al suelo, cada uno en una sección - después los contó al comprobar que cada sección estuviera completa.

Un altavoz avisó:

-¡Prepárense todos para la aceleración!

El sargento les dijo que se abrocharan y se quedó de pie hasta que todos lo hubieron hecho. Entonces se acostó, se cogió a dos asas e informó que la tercera cubierta estaba lista.

-¡Prepárense todos para el despegue! Gritó al locutor.

Hubo una larga espera.

-¡La nave sube! - gritó el locutor.

Matt se sintió hundir en el acolchado.

* * *

La Estación del Espacio Tierra y la nave-escuela *Randolph* están en una órbita circular, a 35.680 kilómetros por encima de la superficie de la Tierra, donde dan la vuelta al planeta en veinticuatro horas, que es el período natural de un cuerpo a esta distancia.

Puesto que la rotación de la Tierra iguala su período, siempre dan frente a un lado de la Tierra: el nonagésimo meridiano oeste, para ser exactos. Su órbita está en la eclíptica, que es el plano de la órbita de la Tierra alrededor del Sol, más que en el del ecuador planetario. Lo que hace que, visto desde la Tierra, parezca que se mueven de Norte a Sur cada día. Cuando es de noche en el Medio Oeste, la Estación Tierra y el *Randolph* están encima del Golfo de Méjico; y a media noche encima del Pacifico Sur.

El estado de Colorado se mueve hacia el Este a unos mil trescientos kilómetros por hora. La Estación Tierra y el *Randolph* se mueven también hacia el Este a unos ciento treinta mil kilómetros por hora. El piloto del *Bolívar* tenía que llegar al *Randolph*, igualando exactamente su trayectoria y su velocidad. Para conseguirlo tenía que apartar su nave de nuestro pesado planeta, lanzarla en una órbita elíptica exactamente tangente a la órbita circular del *Randolph* y con esta tangencia tan exacta, en el momento en que igualase las velocidades, las dos naves permanecieran relativamente inmóviles aunque irían avanzando a unos tres kilómetros por segundo. La última maniobra no era tan fácil como la de aterrizar con un helicóptero sobre una plataforma de aterrizaje, puesto que de no ajustar las dos velocidades, variarían en unos cinco mil kilómetros por hora.

El llevar el *Bolívar* desde Colorado hasta el *Randolph* y todos los otros problemas de viajar entre los planetas están sujetos a solución matemática precisa y elegante bajo las cuatro leyes formuladas por el místico y absorto don Isaac Newton unos cuatro siglos antes de este vuelo del *Bolívar:* las tres Leyes del Movimiento y la Ley de Gravitación. Estas leyes son simples, su aplicación al espacio para ir del lugar donde se está al lugar donde se quiere estar, en el momento exacto con la trayectoria y la velocidad correctas, es una pesadilla de cálculos complicados y minuciosos.

* * *

El «peso» que incrustaba a Matthew en el acolchado era de gravedad cuatro: Matt pesaba unos doscientos cuarenta kilos. Estaba tumbado, respirando con dificultad, mientras la nave se hacia camino a través de esa sopa espesa que es el aire para salir al espacio. El enorme peso estrujó a los cadetes contra el suelo mientras el *Bolívar* alcanzaba una velocidad de unos diez kilómetros por segundo y subía a una altitud de mil quinientos kilómetros.

Después de cinco minutos y algunos segundos, el motor se paro.

Matt levantó la cabeza, mientras el súbito silencio sonaba en sus óidos. El sargento descubrió el movimiento de Matt y de los otros. Gritó:

- Quédense donde están. No se muevan.

Matt se relajó. Estaban en caída libre, sin peso, aunque el *Bolívar* se alejaba de la Tierra a una velocidad superior a los treinta mil kilómetros por hora. Cada cuerpo, nave, planeta, meteoro, átomo en el espacio cae de manera continua. Se traslada también con cualquier otro movimiento adquirido anteriormente.

Matt estaba perfectamente consciente de su ingravidez, porque su estómago se lo decía, lamentándose.

Para asegurarse, sacó una «bolsa de mareo» de su bolsa de costado, pero no se la puso. Sentía náuseas; no era tan malo como en el vuelo de prueba, ni la mitad de lo que sentía en los «baches». Esperó pasarlo sin devolver el desayuno.

El altavoz gritó:

- Final de la aceleración. Cuatro horas de caída libre - el sargento se sentó -. Pueden desabrocharse, ahora.

En unos pocos segundos el compartimento tomó el aspecto de un acuario particularmente atestado. Unos cien chicos estaban flotando, nadando y retorciéndose en todas actitudes y posiciones entre la cubierta y lo alto. Estas dos barreras ya no parecían suelo y techo puesto que arriba y abajo habían desaparecido; para todos ellos, estuvieran donde estuviesen, eran simplemente paredes que daban vueltas lenta e irregularmente.

-¡Eh, muchachos'. - chilló el sargento -. Agárrense a algo y escúchenme.

Matt miró alrededor, se encontró cerca del techo, encontró un asa y la empuñó.

- Ha llegado el momento de aprender unas reglas de tráfico para el vuelo libre. Tenéis que aprender a hacer zig cuando los otros chicos hacen zag. Si encontráis al Capitán y hacéis zig cuando tendríais que haber hecho zag, y chocáis con él, no va a gustarle. ¿Verdad?

Mostró un pulgar cicatrizado.

- Primera regla: todas las *marmotas* que es lo que sois vosotros, y no intentéis decirme lo contrario, tienen que agarrarse siempre con una mano, por lo menos. Esto vale hasta que paséis vuestras pruebas acrobáticas de caída libre. Segunda regla: dejad pasar a los patrulleros, y no los obliguéis a gritar: «¡Pista!» Además dejaréis pasar a los que trabajen y estén de guardia o tengan las manos ocupadas. Si os movéis hacia popa pasar a quien os encontréis por el interior, y por otro lado si os movéis hacia proa. Si os movéis en el sentido de las agujas del reloj, figurándose este sentido desde la proa de la nave, pasad a quien encontréis por fuera, dejándole pasar a él por dentro. Al revés en caso de que vayáis en sentido contrario de las agujas del reloj. Y, sin importar la dirección en que os mováis, si alcanzáis al alguien, le pasáis por dentro. ¿Está claro?

Matt pensó que lo estaba, aunque dudaba que pudiera acordarse de todo. Pero se le ocurrió otra posibilidad.

- Sargento - preguntó de manera inocente -, supongamos que uno está moviéndose directamente hacia el centro de la nave o desde éste, ¿qué se tiene que hacer entonces?

El sargento pareció disgustado, lo que daba a su cara una apariencia extraña para Matt, puesto que sus caras estaban al revés una respecto a la otra.

- Lo que ocurre a los que atraviesan las calles imprudentemente. Mire, si se mueve a través del tráfico lo que ha de hacer es apartarse del camino de los otros. Usted es el que ha de ir con cuidado. ¿Otras preguntas?

Nadie contestó, por lo que continuó:

- Muy bien, salid a dar una vuelta alrededor de la nave. Pero procurad portaros bien y no chocar con alguien, para hacer quedar bien a la tercera cubierta.

La tercera cubierta no tenía ningún ojo de buey, pero el *Bolívar* era un transporte para viajes largos: tenía salas de recreo y miradores. Matt fue hacia proa, buscando un sitio por donde ver la Tierra.

Se acordó de pasar por el lado exterior al abrirse camino, pero aparentemente algunos pasajeros no habían sido enseñados. Cada portezuela era un embotellamiento de jóvenes, cada uno intentando marcharse de su cubierta para visitar otra, cualquier otra.

La sexta cubierta que encontró era una sala de recreo. Contenía la biblioteca de la nave, cerrada, y un equipo de juegos, también cerrado. Pero tenía seis grandes miradores.

La cubierta de recreo había llevado un cargamento entero de pasajeros. Ahora, en caída libre, los cadetes de todas las otras cubiertas encontraron su camino hasta la de recreo, de la misma manera que Matt había buscado una vista al exterior. Al mismo tiempo, los ocupantes de esta cubierta no demostraron tener ganas de marcharse de su favorecido alojamiento.

Estaba abarrotada.

Abarrotada como una cesta llena de gatitos. Matt apartó de su ojo izquierdo la bota del espacio de alguien, intentó infiltrarse hasta uno de los ojos de buey. Una ardua tarea con sus rodillas, sus codos y el olvido total de las reglas de ruta, le llevó hasta la segunda o tercera fila cerca de una portilla. Puso una mano sobre un hombro que encontró enfrente. El cadete se volvió:

-¡Eh! ¿A quién piensas que estás empujando? ¡Oh! Hola Matt.

- Hola Tex. ¿Cómo te va?

- Bien. Oye, hubieras tenido que estar aquí hace unos minutos. Pasamos delante de una de las estaciones de relé de la Televisión, muy cerca. ¡Chico, oh chico, como viajamos!

-¿La viste? ¿Qué aspecto tenía?

- No la pude ver bien, debía estar a unos dieciséis kilómetros, más o menos. Pero, a la velocidad que vamos fue solamente un aquí viene, aquí se va.

-¿Puedes ver la Tierra? - Matt se inclinó hacia el puesto.

- No - Tex le dejó pasar y Matt se puso en su sitio. El marco de la portilla cruzaba la parte este del Atlántico. Matt podía ver un arco que iba desde el Polo Norte hasta el Ecuador.

La noche caía sobre el Atlántico. Detrás, brillando al sol de la tarde, podía distinguir las Islas Británicas, España, y el áspero Sahara. Los pardos y verdes de la tierra hacían un acusado contraste con el profundo violeta del océano. Y, contrastando más fuerte, el blanco deslumbrante de las nubes. Mientras su ojo llegaba al distante y redondo horizonte, los detalles se suavizaban y aumentaba el efecto estereoscópico, de profundidad tridimensional y globular... ¡En efecto, el mundo era redondo!

¡Redondo, verde y maravilloso! Entonces descubrió que había estado aguantando la respiración. Sus náuseas habían desaparecido casi completamente. Alguien tiró de su pierna.

- No te quedes aquí todo el día. ¿Quieres quedarte con él?

Con mucha pena, dejó el sitio a otro cadete. Dio la vuelta y se alejó de la portilla, y al hacerlo se desorientó. No podía encontrar a Tex, en la masa confusa de cuerpos flotantes.

Sintió que alguien le apretaba el tobillo.

- Salgamos de aquí, Matt.

- De acuerdo - se abrieron paso hasta la portezuela y se dirigieron hacia la cubierta siguiente. Como no tenía portillas, no había demasiada gente. Se impelieron hacia el centro de la sala, fuera del tráfico, y se detuvieron, agarrándose a unas asas.

- Bueno - dijo Matt -, así que esto es el espacio. Bien, ¿qué te parece?

- Me hace sentir como un pez de colores, y me estoy volviendo bizco al intentar ver dónde está arriba. ¿Cómo te va tu zigzag? ¿Te has mareado?

- No - Matt tragó saliva con precaución -. No hablemos de esto. ¿Dónde estabas la noche pasada, Tex? Te busqué un par de veces, pero tu compañero de cuarto me dijo que no te había visto desde la cena.

- Oh, ya - Tex pareció afligido -. Estaba en el cuarto del señor Dynkowski. ¡Oye, Matt, vaya favor que me hiciste!

-¿Eh? ¿Qué favor?

- Si, hombre, cuando me aconsejaste pedirle al señor Dynkowski que pusiera por escrito una orden, si yo tenía dudas. ¡Señor, oh señor, en qué lío me has metido!

- Espera un minuto, yo no te aconsejé hacerlo, solamente te señalé que las reglas te lo permitían, si lo querías.

- Es lo mismo, tú me incitaste.

-¿Cómo diablos iba a hacerlo? Mi interés no era más que teórico. Eres un ser libre.

- Bueno, olvídalo, olvídalo.

-¿Qué pasó?

- Bueno, la noche pasada, durante la cena, pedí una tarta para postre. La cogí, de la misma manera que lo he hecho desde que soy demasiado mayor para que mamá me golpee las manos, y empecé a metérmela en la boca, contento como un gatito al lado del fuego. Ski me ordenó parar y desistir... me dijo que utilizara mi tenedor.

-¿Y? Continua...

- Le dije que me lo pusiera por escrito, por favor, Señor. Fui tan cortés como un cura.

-¿Lo dejó correr?

-¡Y un infierno! Dijo: «Muy bien, señor Jarman», tan frío como podía, cogió su libreta, escribió, firmó con su huella digital, rompió la hoja y me la pasó.

-¿Utilizaste tu tenedor, o no lo hiciste?

- Seguro que lo hice. Pero esto es solamente el principio. Inmediatamente después escribió otra orden y me la pasó. Me pidió que la leyera en voz alta, y lo hice.

-¿Qué decía?

- Espera un momento... la tengo por aquí, en algún sitio - Tex buscó en su bolsillo. Aquí está, léela.

Matt leyó: «Cadete Jarman, inmediatamente después de esta comida se presentará al oficial de guardia, llevando con usted la primera orden que le di. Explíquele los acontecimientos que llevaron a esta primera orden y sepa su opinión acerca de la legalidad de este tipo de orden. 5. Dynkowski, cadt. apr.»

Matt silbó:

- Oh, oh... ¿Qué hiciste?

- Acabé mi tarta tal como él me lo había pedido, aunque en aquellos momentos ya no me apetecía. Ski fue amable. Me sonrió entre dientes y dijo: «No tenga resentimientos. Todo está de acuerdo con el protocolo y todo este tipo de cosas.» Después, quiso saber de dónde había sacado la idea.

Matt sintió que su garganta ardía.

-¿Le dijiste que era cosa mía?

-¿Te parezco estúpido? Le dije solamente que alguien me había señalado el reglamento número nueve cero siete.

Matt se relajó.

- Gracias, Tex. Me acordaré de esto.

- Olvídalo. Pero te mandó un mensaje.

-¿A mi?

- Fue solamente una frase: «No siga así.»

-¿Qué no qué?

- Solamente esto. Añadió que, normalmente, los aficionados a abogados del espacio se eliminan ellos mismos de la Patrulla.

- Oh, - Matt lo captó e intentó digerirlo. ¿Qué pasó después cuando viste al oficial de guardia?

- Me presenté en la sala de guardia y el cadete de servicio me hizo entrar. Saludé al oficial y di mi nombre, como un buen chico, y le enseñé mis dos órdenes - Tex se paró y miró a lo lejos.

-¿Sí? Continúa, hombre, no te pares de esta manera.

- Entonces, él me regañó muy sutilmente. Mi tío Bodie no hubiera podido hacerlo mejor - Tex se paró otra vez, como si el recuerdo le doliera demasiado -. Luego se calmó un poquito y me explicó, en pocas palabras, que el reglamento nueve-cero-siete concernía solamente las emergencias y que los cadetes novatos estaban bajo las órdenes de los cadetes veteranos en todo momento y para todo, salvo en caso de que el reglamento especifique algo diferente.

-¿Eso dijo? Oye, eso es muy vago. Porque esto significa que un cadete veterano puede ordenarnos hacer casi de todo. ¿Quieres decir que un veterano, amparado por la ley puede decirme cómo debo hacerme la raya de mi cabello?

- Exactamente has empleado las mismas palabras que el teniente Von Ritter. Un veterano no te puede decir que violes un reglamento, no te puede decir que golpees al capitán, y no te puede ordenar que te quedes quieto mientras te está golpeando. Pero esto es aproximadamente todo lo que le limita. El señor Von Ritter dice que lo demás se deja al buen entender y a la discreción del veterano, y que el indicarme los modales en la mesa eran definitivamente parte del trabajo del señor Dynkowski, y que yo no tenía que olvidarlo! Después me dijo que me presentase de nuevo a Ski.

-¿Alardeó Ski de su superioridad?

- Nada de esto - Tex frunció las cejas -. Es la parte extraña de esto. Ski trató todo el asunto de la misma manera que si me hubiese dado una clase de geometría. Dijo que ahora que yo estaba seguro de que sus órdenes concordaban con el reglamento, quería que supiese por qué me había dicho cómo comer mi tarta. Me dijo también que podía ver que yo lo consideraba una intrusión en mi vida privada. Le dije que suponía que con eso quería decir que yo ya no tenía más vida privada. Me dijo que no, que tenía una, de hecho, pero quedaría reducida al mínimo, durante un tiempo. Entonces, me explicó el asunto. Un miembro de la Patrulla debe saber moverse en cualquier sociedad; si su anfitrión come con cuchillo, entonces él comerá con cuchillo.

- Todo el mundo sabe eso.

- Sí, pero me indicó que los candidatos vienen de todas partes. Unos vienen de familias y de sociedades en las cuales los buenos modales requieren que todo el mundo coma en un plato único, con sus dedos... como algunos de los chicos musulmanes. Pero hay unas normas globales de maneras de comportarse que son aceptables en todas partes, entre la clase alta.

- Tonterías - dijo Matt -. He visto al Gobernador de Iowa con un perro caliente en una mano y un trozo de tarta en la otra.

- Apuesto que no era durante una cena oficial - le contestó Tex -. No, Matt, lo que dijo tenía sentido. Me dijo que la tarta no era importante, pero que forma parte de una norma más amplia: por ejemplo que nunca debes hablar de la muerte en Marte, a un marciano.

-¿Es verdad?

--Creo que sí. Me dijo que, con el tiempo, aprenderé «como se come una tarta con un tenedor», ésas fueron sus palabras, bajo cualquier circunstancia, en cualquier planeta. Y con eso acabó.

¿Qué más podía decirte? Apuesto a que te sermoneó toda la noche.

- Oh, no, tal vez diez minutos.

Entonces, ¿dónde estabas? Todavía no hablas regresado a tu cuarto justo antes del toque de silencio.

- Oh, todavía estaba en el cuarto de Ski, pero estaba ocupado.

¿Qué hacías? ¿Le rascabas la espalda?

- No - Tex parecía un poco molesto -. Estaba escribiendo «Comeré siempre la tarta con mi tenedor, dos mil veces.

Tex y Matt intentaron explorar la nave, y visitaron las cubiertas que les estaban abiertas. Pero la sala de máquinas estaba cerrada y un guardia de la Infantería de Marina del espacio les impidió pasar por el pasaje que conducía a la sala del piloto. Intentaron ver algo más desde las portillas de la sala de recreo pero se dieron cuenta de que se había implantado un orden: el sargento de esta cubierta requería a cada uno de los cadetes que declaraban formalmente que no hablan tenido la posibilidad de mirar, antes de permitirle hacerlo.

En cuanto a las otras cubiertas de pasajeros, se dieron cuenta de que vista una, las hablan visto todas. Los cuartos de baño a bordo de la nave les interesaron por un momento, ya que las curiosas e inteligentes modificaciones necesarias para su funcionamiento en el espacio eran nuevas para los dos.

Pero cuatro horas eran demasiado para pasarlas inspeccionando duchas e instalaciones; después de un rato encontraron otro sitio bastante tranquilo para descansar, y experimentaron por primera vez la característica sobresaliente de todo viaje en el espacio: la monotonía.

Mucho más tarde, el altavoz de la nave vociferó:

- Prepárense para la aceleración. Diez minutos de aviso.

Abrochados otra vez, cada uno en su sitio, los chicos sintieron unas cortas sacudidas de propulsión a intervalos bastante largos, después una espera muy considerable, seguida de una sacudida muy débil.

- Ese es el cable de arrastre - observó el sargento del compartimento de Matt -. Nos van a remolcar. No tardaremos ya mucho en llegar.

Diez minutos más tarde el altavoz anunció

- Por cubiertas, y en sucesión, descarga de pasajeros.

Desabróchense - dijo el sargento. Dejó el sitio que tenía en el centro de la nave y se colocó al lado de la escalera de la escotilla. Transbordar a los pasajeros requería mucho tiempo, puesto que cada una de las dos naves no tenía más que una cámara de presión que las uniese. La partida de Matt espero mientras otras cuatro cubiertas descargaban, y luego subió por la escalera hasta la séptima cubierta. Allí había una portezuela para pasajeros abierta, pero más allá, en vez del espacio vacío, había el interior de un tubo ondulado, de un metro ochenta de diámetro. Por el centro pasaba una cuerda, asegurada a una plataforma en la nave.

A lo largo de esta cuerda se desplazaban los cadetes, como monos.

Cuando le tocó el turno, Matt cogió la cuerda y tiró de sí mismo. A unos quince metros más allá de la cámara de presión el tubo se abría de pronto a otro compartimento, y Matt se encontró en su nueva casa, la N.C.P. *Randolph.*

VI

LECTURA, ESCRITURA Y ARITMÉTICA

La **N.C.P.** *Randolph* fue un crucero potente y moderno, en su tiempo. Su longitud era de doscientos setenta metros, su diámetro de setenta, resultando así ser de un tamaño mediano; pero su masa, como nave escuela, era solamente de unas 60.000 toneladas.

Estaba situada a dieciséis kilómetros de distancia de la Estación Tierra, en una órbita común. Dejada bajo la influencia de su gravedad mutua, hubiera seguido una órbita muy lenta alrededor de la Estación Tierra, que era diez veces más pesada. Pero para la seguridad del tráfico en la Estación Tierra, será mejor mantenerla en una posición fija.

Era fácil de conseguirlo. La masa de la Tierra es de seis mil billones de toneladas, la de la Estación Tierra es una mil millonésima de esto, tan sólo de ¼ 600.000 toneladas. A quince kilómetros, el «peso» del Randolph respecto a la Estación Tierra era aproximadamente de un par de gramos, el peso de mantequilla necesario en la Tierra para untar la mitad de una rebanada de pan.

Cuando entró en el Randolph. Matt se encontró en un compartimento ancho y bien iluminado, de forma extraña, que se parecía un poco a un trozo de pastel. Grupos de cadetes jóvenes estaban dirigidos por otros cadetes que llevaban brazaletes negros. Uno de estos cadetes se adelantó hacia él, moviéndose con la gracia de un renacuajo.

- Escuadra diecinueve. ¿Dónde está el jefe de la escuadra diecinueve?

Matt levantó el brazo.

-¡Aquí, señor! Soy el jefe de la diecinueve.

El veterano se paró con una mano sobre el cable de gula al cual Matt se agarraba.

- Le relevo, señor. Pero quédese cerca de mí y ayúdeme a reunir estos benditos. Supongo que los conoce de vista, ¿no?

- Oh, creo que sí, señor.

- Tendría que ser así, ha tenido tiempo.

Matt se entristeció al darse cuenta, un poco más tarde que el nuevo jefe de la escuadra, el cadete López, conocía de memoria la lista de los componentes de la escuadra, mientras que Matt tenía que servirse de su copia para localizar a sus miembros. En realidad no sabía que se trataba de una preparación ordenada y eficaz, a él le pareció «clase». Con Matt descubriéndolos y López que hacia incursiones, como un halcón, por todo el compartimento si era necesario, para reunir a los vagabundos, la escuadra diecinueve fue rápidamente reunida cerca de una salida, a la que se agarraron como una bandada de murciélagos.

- Síganme - les dijo López -, y aguántense. Nada de maniobras libres. Dodson, cubra la retaguardia.

- Si, señor.

Serpentearon a través de pasadizos interminables, moviéndose a lo largo del cable, de un compartimento a otro, a través de portezuelas y doblando esquinas. Matt estaba totalmente perdido. En este momento, el hombre que le precedía se paró. Matt se acercó y encontró la escuadra reunida en otro compartimento.

- Es la hora del rancho - anunció López -. Aquí está su comedor. La comida será servida dentro de unos minutos.

Detrás de López habla mesas y bancos, firmemente asegurados a la pared del fondo. Las superficies de la mesas daban frente a Matt, por debajo de él, por encima de él o de través... por todos sitios. Parecía una disposición poco práctica.

- No tengo mucha hambre - dijo un cadete, débilmente.

- Debería tener hambre - contestó López con aire razonable -. Hace ya cinco horas que han tomado su desayuno. Tenemos el mismo horario que en Hayworth Hall, zona más ocho Tierra. ¿Por qué no tiene hambre?

- No sé, señor, sólo que no tengo hambre.

López rió entre dientes y, de repente, pareció tan joven como sus mandados.

- Era puro cachondeo, chaval. El maquinista jefe va a girar en un momento, en cuanto nos hayamos separado del *Bolivar*. Entonces os podréis sentar cómoda y llanamente y consolar vuestro tierno estómago con tranquilidad. Tendréis apetito. De momento, tomadlo con calma.

Otras dos escuadras entraron. Mientras estaban esperando, Matt dijo a López:

- Señor, ¿a qué velocidad dará la vuelta la nave?

- Conseguiremos una gravedad en la superficie exterior. Se necesitan unas dos horas para hacerlo, pero comeremos tan pronto como pesemos lo bastante para que vosotros, marmotas, podáis tragar vuestra sopa sin sofocaros.

- Pero, ¿qué velocidad representa esto, señor?

-¿Puede hacer un cálculo simple?

- Sí, ¿por qué, señor?

- Entonces hágalo. El *Randolph* mide de punta a punta sesenta metros, y damos la vuelta sobre nuestro eje principal. La velocidad en el círculo elevada al cuadrado partida por el radio de la nave. ¿Cuántas revoluciones por minuto representa?

Matt parecía abstraído. López dijo:

- Venga ya, señor Dodson... imagine que está bajando hacia la superficie, y a punto de estrellarse. *¿Cuál*

es la respuesta?

- Eh... me temo que no pueda hacerlo de memoria, señor.

López miró alrededor:

- Muy bien. ¿Quién conoce la respuesta?

Nadie habló. López movió la cabeza tristemente.

- ¡Y vosotros, muchachos, esperáis aprender a navegar en el espacio! Habríais hecho mejor yendo a un colegio elemental. No importa: la solución es de unas cuatro o cinco décimas de revolución por minuto. Lo que da una gravedad para beneficio de mujeres y niños. Esto se reduce día tras día, hasta que dentro de un mes estaremos de nuevo en caída libre. Esto deja tiempo para acostumbrarse, de lo contrario...

Alguien dijo:

- Anda, debe utilizar mucha energía.

López contestó:

-¿Está bromeando? Funciona por frenado eléctrico de los volantes: el árbol tiene conductores de campo enrollados alrededor; se hacen funcionar como un generador y se deja que la reacción entre el volante y la nave haga dar un giro a ésta. Se acumula minuto. Lo que da gravedad uno para beneficio de electricidad y luego, cuando se quiere parar el movimiento, se utiliza la electricidad para emplearlos como un motor y de esta manera volver al principio, sin consumo de energía, excepto pequeñas pérdidas. ¿Entiende?

-¿Eh? Creo que sí, señor.

- Búsquelo en la biblioteca de la nave, esboce el esquema y enséñemelo después de la cena - el joven cadete no dijo nada; López le habló rudamente -. ¿Qué le ocurre señor? ¿No me ha oído?

- Sí señor. Le he oído, señor.

- Así está mejor.

Muy despacio, flotaron hacia una pared lateral, chocaron contra ella y empezaron a deslizarse hacia la pared exterior, donde estaban aseguradas las mesas. Mientras llegaban allá la rotación de la nave era ya suficiente para permitirles ponerse en pie y a las mesas recuperar su lugar, en pie sobre el suelo, mientras que la portezuela por la cual habían flotado era ahora un hueco arriba, en el techo.

Matt se dio cuenta de que no sentía vértigo sino solamente una sensación de peso que aumentaba. Todavía se notaba ligero, pero pesaba lo bastante para sentarse a la mesa y quedarse en contacto con su asiento; minuto a minuto, imperceptiblemente iba pesando más.

Miró su sitio en la mesa, buscando controles que le permitieran pedir su comida. Había grapas y huecos para guardar cosas, que suponía que servían para los vuelos en caída libre, pero no había nada más. El puñetazo de López sobre la mesa le hizo levantar la cabeza.

- Y ahora, caballeros, esto no es un hotel de recreo. Numérense alrededor de la mesa - esperó a que los jóvenes lo hubieran hecho, y dijo -: Acuérdense de su orden. Los números uno y dos nos traerán las calorías hoy, y después cada uno de ustedes por turno.

-¿Dónde vamos, señor?

- Utilicen sus ojos. Allá.

Allá, era una puerta que ocultaba una cinta de reparto. Los cadetes de otras mesas estaban reunidos alrededor. Los dos cadetes designados como camareros se fueron allá y volvieron al poco rato, con una enorme bandeja de metal conteniendo veinte raciones, cada una empaquetada en su fuente de servicio y todavía echando humo. Los cuchillos, tenedores, cucharas y tubos para sorber estaban atados a cada fuente.

Matt encontró que la comida sólida estaba cubierta por tapas que se cerraban solas, a menos que se las trabase, mientras que los líquidos venían en envases cubiertos, provistos de válvulas dentro de las cuales se podían poner los tubos. Nunca había visto utensilios de mesa adaptados a las condiciones de caída libre en el espacio. Le encantaron, aunque una vajilla normal también hubiera servido, mientras la nave estaba bajo rotación.

Para comer había bocadillos calientes de carne de buey, con patatas, ensalada verde, sorbete de lima y té. Durante la comida, López continuó haciendo muchas preguntas, pero a Matt no le tocó ninguna. Unos veinte minutos más tarde, la bandeja de metal frente a Matt estaba tan limpia como si le hubiera pasado un esterilizador. Se relajó, pensando que la Patrulla era una buena ocupación y el *Randolph* un buen sitio donde estar.

Antes de dejar a los chicos que controlaba, L& pez les dio a cada uno su horario de asignaciones. El número de cuarto de Matt era A-5197. Todos los cuartos estaban en el puente A que era la parte exterior, aislada, de la nave. López les dio una explicación breve y condescendiente sobre el sistema de numeración de los espacios en la nave, y se despidió. Su actitud no dejaba pensar que él mismo se había perdido durante un día entero, poco después de su llegada el año anterior.

Matt se perdió, naturalmente.

Intentó atajar a través de la nave, como le había indicado un infante de marina que pasaba y se quedó completamente confundido cuando se encontró en el centro sin gravedad del *Randolph.* Cuando hubo regresado a través de niveles de gravedad creciente hasta el nivel de gravedad uno y vio que no podía continuar, paró al primer cadete con brazalete negro que encontró y le pidió ayuda. Unos minutos más tarde le conducía al pasillo número cinco, donde encontró su propia habitación.

Tex ya había llegado.

Hola Matt - le saludó -. ¿Qué te parece nuestro pequeño camarote en el cielo?

Matt puso en el suelo su bolsa de costado.

- Me parece bien, pero la próxima vez que tenga que salir voy a ir dejando un hilo como pista. ¿Hay algún mirador?

-¡Ni hablar! ¿Qué esperabas, un balcón?

- No sé. Más bien esperaba que tendríamos la posibilidad de ver la Tierra.

Empezó a hurgar alrededor, a abrir puertas.

-¿Dónde está el cuarto de baño?

- Sería mejor que empezaras a desenrollar tu hilo. Está al final del todo del pasillo.

- Oh. Un sistema primitivo. Bueno, creo que podemos aguantarlo - continuó explorando. Era una sala común, de unos doce metros cuadrados. Tenía puertas, dos en cada lado, que daban a cutículas más pequeños -. Oye, Tex - anunció cuando los hubo abierto todos -, este sitio está pensado para cuatro personas.

- Para los mejores de la clase.

- Me pregunto quién nos tocara.

- Yo también - Tex sacó su hoja de tareas -. Dice que podemos cambiar de compañeros de cuarto hasta mañana a la hora de cenar. ¿Tienes alguna idea, Matt?

- No, no puedo decir que conozca realmente a nadie aparte de a ti. Pero no me importa, mientras no ronquen y mientras no sea Burke.

Un golpecito en la puerta les interrumpió. Tex gritó: «¡Entra!» y Oscar Jensen introdujo su rubia cabeza.

-¿Ocupados?

- Nada de eso.

- Tengo un problema. Pete y yo nos encontramos en uno de estos cuartos para cuatro y los dos compañeros de cuarto con quien hemos caído quieren tener sitio para unos amigos suyos. ¿Estáis ya completos?

Tex miró a Matt, que asintió. Se dio la vuelta hacia Oscar.

- Me puedes dar un beso, Oscar... estamos prácticamente casados.

Una hora más tarde los cuatro se hablan instalado. Pete estaba de muy buen ánimo.

- El *Randolph* es exactamente lo que me ordenó el doctor - dijo. Me va a gustar este sitio. Si mis piernas empiezan a dolerme lo que tendré que hacer será ir a la cubierta G y me parecerá que estoy en casa: volveré a mi propio peso otra vez.

- Ajá - convino Tex -, si esto fuera mixto seria perfecto.

Oscar sacudió la cabeza.

- No para mí. Soy enemigo de las mujeres.

Tex cloqueó tristemente.

- Oh pobre, pobre chico. Mira, mi tío Bodie también pensaba que era enemigo de las mujeres...

Matt nunca descubrió cómo tío Bodie habla vencido su problema. Un altavoz, puesto en la sala común, le ordenó presentarse al compartimento B-121. Llegó allá, tras unas vueltas equivocadas y se encontró con un cadete que acababa de salir.

-¿De qué se trata? - preguntó.

- Entra - le dijo el otro -. Orientación.

Matt entró y se encontró con un oficial sentado ante una mesa.

- Cadete Dodson, señor, me han ordenado que me presente.

El oficial levantó la cabeza y le miró, y sonrió. Siéntese Dodson. Soy el Teniente Wong. Su preceptor.

-¿Mi preceptor, señor?

- Tu tutor, tu inspector, lo que quieras llamarme. Mi tarea es vigilar que tú y una docena más como tú estudiéis lo que sea necesario. Piensa en mí como si estuviera a tu lado con un látigo negro.

Sonrió entre dientes.

Matt también sonrió. Empezaba a gustarle el señor Wong.

Wong cogió un paquete de papeles.

- Tengo tu historial aquí, vamos a prepararte un programa de estudios. Veo que escribes a máquina, utilizas regla de cálculo y calculador diferencial, que sabes taquigrafía... esto está muy bien. ¿Sabes algún otro idioma? A propósito, no te molestes en hablar básico, hablo el inglés de América del Norte bastante bien. ¿Cuánto tiempo hace que hablas básico?

- Esto..., no conozco ningún otro idioma, señor, teníamos básico en secundaria pero no pienso realmente en básico. Tengo que vigilar lo que digo.

- Te inscribo para venusiano, marciano y el dialecto comercial de Venus. Tu escritor vocal... ¿has mirado el equipo de tu cuarto?

- Solamente lo ojeé, señor. Vi que había una mesa de estudio y un proyector.

- Encontrarás un rollo de instrucciones en el cajón superior de tu mesa, a mano derecha. Míralas cuando vuelvas. El escritor-vocal instalado en tu mesa es un buen modelo: puede escuchar y transcribir, además del vocabulario básico, el vocabulario especial de palabras técnicas de la Patrulla. Si te limitas a ese vocabulario, puedes incluso escribir cartas de amor.

Dodson miró detenidamente al Teniente Wong, pero el rostro de éste permanecía impasible; Matt decidió no reírse.

- De modo que vale la pena que perfecciones tus conocimientos de básico, incluso para fines sociales. Sin embargo, si dices una palabra que la máquina no encuentra en su lista, repetirá «bip», lamentándose,

hasta que vayas a salvarla. Bueno, pasando a las matemáticas, veo que tienes problemas con el cálculo de tensores.

- Sí, señor - admitió Matt -. En mi escuela no enseñaban eso.

Wong sacudió la cabeza tristemente.

- Algunas veces pienso que la educación moderna está deliberadamente dedicada a estropear a los chicos. Si los cadetes llegaran aquí conociendo ya el tipo de cosas que el joven animal humano puede aprender y debería aprender, tendríamos menos accidentes en la Patrulla. No importa... empezaremos con los tensores ahora mismo. No puedes estudiar ingeniería espacial si no conoces su lenguaje. ¿Tu escuela era del tipo ordinario, Dodson? ¿Explicaciones en clase, deberes, etcétera?

- Más o menos, y estábamos divididos en tres grupos.

-¿En qué grupo estabas?

- Estaba en el avanzado, señor, en la mayoría de las asignaturas.

- Esto ayuda un poco, pero no demasiado. Vas a llevarte un susto, hijo. Aquí no tenemos salas de clase ni cursos fijos. Salvo en el caso del trabajo de laboratorio y de la instrucción en grupo, trabajas solo. Es agradable sentarse en una clase soñando despierto, mientras el profesor pregunta algo a otra persona, pero aquí no tenemos tiempo para esto. Hay mucho que hacer. Ahí tienes los idiomas de los otros mundos... ¿jamás estudiaste bajo hipnosis?

- No, ¿por qué, señor?

- Empezaremos ahora mismo. Cuando te marches de aquí, vas al Departamento de Psico-Instrucción y pides una primera sesión de hipnosis en venusiano para principiante... ¿qué pasa?

- Bueno, oiga señor, ¿es absolutamente necesario estudiar bajo hipnosis?

- Definitivamente. Estudiarás bajo hipnosis todo lo que se pueda estudiar así, para tener tiempo para los temas realmente importantes.

Matt asintió.

- Ya veo, cosas como la astrogación.

-¡No, no, no! La astrogación, no. Un niño de diez años puede aprender a pilotar una nave del espacio, si tiene aptitud para las matemáticas. Eso se aprende en el parvulario, Dodson. Las artes del espacio y de l~ guerra son un mínimo en tu educación. Sé, por tus pruebas, que puedes con las matemáticas, ciencias físicas y tecnológicas. Lo más importante es el mundo que tienes alrededor, los planetas y sus habitantes: biología extraterrestre, historia, culturas, psicología, leyes e instituciones, tratados y convenciones, ecología de los planetas, ecología del sistema, economías interplanetarias, aplicaciones de la extraterritorialidad, costumbres religiosas comparadas y la ley del espacio, para mencionar solamente algunas.

Matt lo miraba con ojos como faros.

- ¡Por Dios! ¿Cuánto tiempo se necesita para estudiar todo esto?

- Todavía estarás estudiando cuando te jubiles. Pero ni siquiera estos temas son tu educación; son simplemente materia prima. Tu verdadera tarea es la de aprender cómo pensar, y esto significa que tienes que estudiar otros temas: epistemología, metodología científica, semántica, estructuras de los idiomas, modelos de éticas y moralidad, variedades de la lógica, psicología de la motivación, etcétera. La idea básica de esta escuela es que un hombre que piense correctamente, automáticamente se comportará bien moralmente... al menos según nuestro concepto de la moral. ¿Cuál es la conducta moral adecuada, para un hombre de la Patrulla, Matt? Tus amigos te llaman Matt, ¿verdad?

- Sí, señor, la conducta moral adecuada para un miembro de la Patrulla...

- Sí, si, continúa.

- Bueno, pienso que significa hacer su tarea, vivir en conformidad con su juramento, y este tipo de cosas.

-¿Por qué tendrías que hacerlo?

Matt se quedó callado y parecía obstinado.

-¿Por qué tendrías que hacerlo cuando te puede causar una muerte poco agradable? Pero no importa. Nuestro primer propósito es vigilar el que aprendas cómo funciona tu mente. Si el resultado es un hombre que se adapta a los propósitos de la Patrulla porque su propia mente, cuando sabe utilizarla, funciona de esta manera, entonces de acuerdo, entra en servicio. En caso contrario, tenemos que dejar que te marches.

Matt se quedó en silencio hasta que al final Wong dijo:

-¿Qué piensas? ¡Desembucha!

- Bien, mire señor: estoy de acuerdo en trabajar para conseguir mi nombramiento. Pero usted lo presenta como algo que está fuera de mi control. Primero tengo que estudiar muchas cosas, de las que nunca he oído hablar. Entonces, cuando todo termine, alguien puede decidir que mi mente no funciona bien. Me parece que lo que ustedes necesitan son superhombres.

- Como yo - Wong sonrió y cruzó los brazos -. Tal vez sea así, Matt, pero como no existen superhombres, tenemos que hacer todo lo posible con mozalbetes como tú. Venga, ahora vamos a hacer la lista de los carretes que necesitarás.

La lista era larga. Matt se quedó sorprendido y contento de ver que también había carretes de historia. Señaló un tema que le confundía: *Una introducción a la arqueología lunar*.

- No veo por qué tengo que estudiar esto: la Patrulla no trata con los selenitas, pues murieron hace millones de años.

- Esto libera tu mente. Hubiera podido escoger la música moderna francesa. Un miembro de la Patrulla no debe limitar su horizonte a lo que está seguro que necesitará. Te apunto los temas que quiero que estudies primero, después los rebuscas en la biblioteca y tomas estos carretes y te vas a Psico para tu primera hipnosis. Dentro de una semana más o menos, cuando hayas acabado con este primer grupo, vuelves a verme.

-¿Quiere decir que espera que estudie todos los carretes que voy a sacar, en *una* semana? - Matt observó la lista con sorpresa.

- Eso es. Y durante tus horas libres, pues normalmente estarás ocupado con mucha instrucción de grupo y en laboratorio. Vuelve la semana próxima y aumentaremos la dosis. Ahora, márchate.

- Pero... ¡Sí, señor!

Matt encontró el Departamento de Instrucción Psicológica y fue introducido en una pequeña sala por un aburrido técnico en hipnosis con el uniforme del personal de servicio de la Infantería Marina del Espacio.

- Tiéndete en esta silla - le dijo. Apoya la cabeza ¿Es tu primer tratamiento?

Matt asintió.

- Te gustará. Algunos chicos vienen aquí solamente para descansar. Ya saben más de lo que necesitan. ¿Qué curso me dijiste que querías?

- Venusiano para principiantes.

El técnico habló brevemente por un altavoz instalado en su mesa.

- Es curioso, hace algo así como un mes, un veterano estaba aquí para un repaso en electrónica. La biblioteca pensó que había dicho «canónica» y ahora va cargado de una cantidad de conocimientos religiosos, que nunca utilizará. Dame el brazo - el técnico irradió un punto de su antebrazo e inyectó la droga -. Ahora descansa y sigue esta luz que rebota. No te preocupes... relájate... relájate... y cierra... tus... ojos... y... relájate... estás... llegando...

Alguien estaba de pie frente a él, llevando un inyector hipodérmico a presión.

- Se acabó. Te he dado antídoto.

-¿Eh? - dijo Matt -. ¿Qué ha pasado?

- Quédate sentado un par de minutos y después te podrás ir.

-¿No ha dado resultado?

-¿Qué es lo que no ha dado resultado? No sé a que estabas sometido, yo acabo de entrar de servicio.

Matt volvió a su cuarto bastante deprimido. Había tenido un poco de miedo de la hipnosis, pero ver que, aparentemente, el método no había tenido resultado en él, todavía era peor. Se preguntó si podría continuar los estudios si se veía obligado a estudiarlo todo, incluso los idiomas de otros mundos, por métodos convencionales.

No tenía otra solución que volver a discutir esto con el teniente Wong, mañana, decidió.

Oscar estaba solo en el alojamiento, ocupado intentando clavar un clavo en la pared de la sala común. Un cuadro estaba apoyado en la silla, sobre la cual se había subido.

- Hola, Oscar.

-¿Cómo estás Matt? - Oscar volvió la cabeza mientras hablaba. El taladro que utilizaba resbaló y se desolló el nudillo; por lo que empezó a hablar de manera extraña y balbuceante -. ¡Que las maldiciones persigan esta cosa sin nombre hasta los abismos más lejanos del fango del mundo!

Matt cloqueó en signo de desaprobación:

-¡Contenga su voz, pez impío!

Oscar levantó la cabeza y le miró con mucha admiración.

- Matt, no sabía que sabías algo de venusiano.

La boca de Matt se abrió. La cerró, y la abrió para decir:

-¡Bueno, que me aspen si lo sabía yo!

VII

PARA CONVERTIRSE EN UN HOMBRE DEL ESPACIO

El sargento se agachó en el aire, sus pies alzados.

- Cuando cuente uno - iba diciendo -, tomen la posición de preparados, con sus pies a unos doce centímetros del acero. Al dos, coloquen los pies sobre el acero y empujen.

Empujó contra la pared del acero y se disparó por el aire, mientras todavía hablaba:

- Aguanten mientras cuentan cuatro y giren al cinco - su cuerpo tomó la forma de una bola y dio media vuelta -. Comprueben su rotación - su cuerpo se enderezó de nuevo -, y hagan contacto al contar siete.

Sus dedos tocaron la lejana pared.

- Dejando que sus piernas bajen suavemente para que su impulso sea absorbido, sin rebote - cayó suelto, como un saco vacío, y permaneció flotando cerca del lugar donde había aterrizado.

La sala era un cilindro de quince metros de diámetro, en el centro de la nave. La sala entera estaba montada sobre rodillos y giraba uniformemente en dirección contraria al giro de la nave y con la misma velocidad angular: así, era como si estuviese inmóvil.

Sólo se podía entrar por un extremo, en el centro de rotación.

Era una pequeña isla de «caída libre»: el gimnasio sin gravedad. Una docena de jóvenes cadetes se agarraban a una cuerda de sujeción, que iba de un lado a otro de la pared del gimnasio, y miraban al

sargento. Matt era uno del grupo.

- Y ahora, caballeros, intentémoslo de nuevo. A mi voz de mando: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Al contar cinco, en cuyo momento todos deberían haber dado la vuelta en el aire, netamente y juntos, había desaparecido todo semblante de orden. Hubo choques, un cadete ni siquiera había logrado apartarse de la cuerda, y otros dos, refugiados de una escaramuza en medio del aire, flotaban a la deriva hacia el final de la sala. Sus caras tenían el aspecto aturdido de un perro intentando moverse sobre hielo, mientras hacían molinetes con brazos y piernas en un intento de avanzar.

-¡No! ¡No! ¡No! - dijo el sargento cubriéndose la cara con las manos -. Mirarlos, resulta insoportable. ¡Caballeros, por favor! Un poco de coordinación. No se lancen a la pared como un terrier dispuesto a luchar. Un empujón firme y uniforme... asi.

Se lanzó hacia un lado, usando la tracción que le daban sus botas espaciales, e interceptó a los dos desertores cogiendo a cada uno con un brazo y dejando que su impulso llevara los tres cuerpos lentamente hacia el extremo de la cuerda.

- Agárrense - les dijo -, y vuelvan a sus puestos. Ahora, caballeros, otra vez. Sitúense. A la voz de mando: empujón normal, con contacto suave: ¡uno

Poco después, les aseguraba que preferiría tener que enseñar a nadar a un gato.

A Matt no le importaba. Se las había arreglado para alcanzar la pared y quedarse allí. Sin gracilidad, ni ajustándose a los tiempos, ni en el lugar exacto que pretendía, pero lo había conseguido, después de una docena de fracasos. Por el momento, se consideraba ya como un hombre del espacio.

Cuando la clase se dio por terminada, corrió a la habitación y a su propio cubiculo, seleccionó un carrete de Historia Marciana, lo puso en su proyector y empezó a estudiar. Se había sentido tentado a quedarse en el gimnasio de caída libre, para practicar; quena a toda costa pasar la prueba de «caminata por el espacio»: Las acrobacias en caída libre, ya que los que la pasaban y también se calificaban en el uso de trajes espaciales básicos, tenían una salida cada mes, en la Estación Tierra.

Pero había tenido otra entrevista con el Teniente Wong pocos días antes. Este había sido breve y mordaz, y había tratado del empleo adecuado del tiempo.

Matt no quería otra escena parecida, ni los cinco puntos negativos que con ella habían llegado. Apoyó la cabeza en el respaldo de su silla de estudio y se concentró en la grabación del conferenciante mientras, frente a él, pasaban escenas en estereocolor, retratando con fría belleza el rico pasado del antiguo planeta.

El proyector se parecía mucho al equipo de estudio que utilizaba en su casa, excepto que era más completo, podía proyectar en tres dimensiones y estaba conectado a un escritor-vocal. Matt vio que esto ahorraba mucho tiempo. Podía detener la conferencia, dictar un resumen, y hacer que la máquina proyectase sus notas impresas en la pantalla.

La estereoproyección también ahorraba tiempo en los temas manuales:

- Ahora entras en la sala de control de un cohete de transporte del tipo A-6 - decía el conferenciante invisible -, y vas a practicar un alunizaje sin aire... - y, mientras, la cámara entraba por la puerta de la

cabina del piloto y se encuadraba en la posición correspondiente a la cabeza de éste. Así, la visión de un vuelo podía hacerse muy real.

O podía ser un carrete sobre trajes espaciales:

- Este es un traje para cuatro horas - decía la voz -, de tipo M, y puede ser llevado en cualquier lugar más allá de la órbita de Venus. Tiene un cohete de baja capacidad, capaz de producir un cambio total de velocidad, en una masa de 150 kilos, de quince metros por segundo. El aparato de radio tiene, de un traje a otro, un alcance de ochenta kilómetros. La calefacción y refrigeración interna son...

Cuando a Matt le llegó el turno de instrucción sobre trajes espaciales, sabía todo lo que, sin práctica, se podía aprender sobre este tema.

Su turno llegó cuando pasó la prueba básica de caída libre. No había terminado con la caída libre, le quedaba la instrucción de grupo sobre trabajo de precisión, combate cuerpo a cuerpo, uso de armas personales y otros perfeccionamientos, pero se le juzgó capaz de conducirse lo suficientemente bien. También quedaba autorizado a practicar deportes en caída libre: lucha, tenis de mesa, jai alai, y algunos otros, pero hasta ahora sólo había sido elegido para el club de ajedrez. Escogió el polo espacial, un juego en el que se combinaba el water polo y la lucha sucia, y se apuntó a la liga local, en el grupo más bajo, de los «nariz-sangrante».

Se perdió su primera oportunidad de instrucción de trajes espaciales porque el tener la nariz magullada le había convertido en respirador por la boca y el respirador de un traje tipo M exige inspirar por la nariz y expirar por la boca. Pero a la semana siguiente ya estaba listo y ansioso. El instructor ordenó:

«Colocarse los trajes» sin más preliminares, ya que se suponía que habían estudiado el carrete de instrucción.

Algunos días antes, se había eliminado el resto ~e giro de la nave. Matt se enroscó como una pelota, flotando libremente, y abrió la parte delantera de su traje. Era una operación incómoda; al cabo de un momento se encontró intentando meter las dos piernas por una de las perneras del traje. Se echó atrás y empezó de nuevo. Esta vez, la enorme pecera le caía hacia adelante por la abertura.

La mayor parte de la sección ya estaba en los trajes. El instructor nadó hacia Matt y le lanzó una mirada penetrante.

-¿Ha pasado la prueba básica de caída libre?

- Sí - respondió Matt, tristemente.

- Es difícil de creer. Se comporta como una tortuga puesta de espaldas. Veamos - el instructor ayudó a Matt a meterse dentro, como si estuviera poniendo un pelele a un bebé. Matt se puso colorado.

El instructor repasó la lista de chequeo: presión del tanque, presión del traje, carga de combustible del cohete, oxigeno en el traje, oxígeno en la sangre (calculado mediante un dispositivo fotoeléctrico pegado al lóbulo de la oreja) y finalmente el equipo de radioteléfono portátil de cada traje. Después, los metió dentro de la cámara de aíre.

Matt sintió que su traje se hinchaba cuando desapareció la presión de la cámara. Se estaba haciendo más difícil mover brazos y piernas.

Enganchen sus cuerdas de seguridad - gritó el instructor. Matt desenrolló la suya de su cinturón y esperó. Los informes llegaron: «Número uno, enganchado » « Número dos, enganchado».

- Número tres, enganchado cantó Matt por el micro de su casco, mientras prendía su cuerda en el cinturón del cadete número cuatro. Cuando todos estuvieron en cordada, como escaladores, el instructor se enganchó a su vez a la cadena y abrió la puerta de la cámara. Miraron al vacío, tachonado de estrellas.

- Peguen las suelas - dirigió el instructor, y suavemente, colocó sus botas en uno de los lados de la compuerta. Matt hizo lo mismo y sintió que las suelas magnéticas de sus botas se pegaban al acero. Síganme y permanezcan juntos.

Su profesor caminó a lo largo de la pared hacia la puerta abierta y dio un extraño y pequeño paso agachado y con las piernas muy abiertas. Una bota estaba todavía dentro de la puerta, pegada a la pared, con la punta dirigida hacia dentro; la otra la llevó más allá de la esquina, dobló las rodillas y tanteó la superficie exterior de la nave. Retiró el pie que aún tenía en la cámara y estiró su cuerpo, con lo que casi desapareció, ya que ahora se hallaba erguido, pegado a la parte exterior de la nave, con los pies planos sobre el costado de ésta.

Siguiendo en orden, Matt atravesó la puerta. Encontró que era difícil el giro de noventa grados para salir de la cámara y «ponerse de pie» en la parte exterior de la nave; necesitó utilizar sus manos para equilibrarse en el marco de la puerta. Pero salió fuera y se «puso en pie». No había ni arriba ni abajo; todavía estaban sin peso, pero el costado de acero era como un «suelo» bajo ellos; se pegaban al mismo tal como una mosca se pega al techo.

Matt dio un par de pasos de prueba. Era como caminar en el barro; sus pies se adherían firmemente a la nave, luego se soltaban de repente. Le costó acostumbrarse.

Habían salido en la parte oscura de la nave. El Sol, la Luna y la Tierra permanecían detrás, bajo sus pies. Tampoco se podía ver la Estación Tierra.

- Daremos una vuelta - anunció el instructor, con voz resonante en sus cascos -. Permaneced juntos.

Empezó a moverse alrededor del curvo costado de la nave. Un cadete situado al final de la cadena intentó despegar ambas botas magnéticas de la nave, al mismo tiempo. Lo consiguió, saltando, y entonces no tuvo forma de volver atrás. Se alejó hasta que su cuerda de seguridad tiró de los dos chicos que estaban a cada lado.

Uno de ellos, al que pilló con un pie apartado de la nave, al andar, también se desprendió, y aunque intentó con todas sus fuerzas alcanzar el acero, no pudo. A su vez el cadete de su lado, el último de la cuerda, también se desprendió.

No hubo más separaciones, ya que los sucesivos tirones en la cuerda habían utilizado la energía del salto, no muy violento, del primer cadete. Pero, ahora, había tres cadetes bamboleándose en la cuerda, flotando y contorsionándose grotescamente.

El instructor captó este movimiento con el rabillo del ojo y se agachó. Encontró lo que buscaba: un anillo de acero hundido en el costado de la nave, y fijó su cuerda de seguridad en él. Cuando se aseguró de que todo el pelotón no iba a ser desprendido, ordeno:

- Número nueve, arrástrelos hacia aquí, suave, muy suavemente. No vaya a desprenderse usted

haciéndolo.

Momentos más tarde, los vagabundos estaban de vuelta y adheridos a la nave.

- Ahora - dijo el instructor -, ¿quién es el responsable de esta estupidez propia de un «marmota»?

Ninguno respondió.

- Desembuchad - dijo bruscamente -. No fue un accidente: es imposible soltar ambos pies, a menos que saltéis. ¡Desembuchad, demonios, o haré que hasta el último de vosotros se enfrente al Comandante!

Con la mención de esta horrible palabra, una voz débil y mansa respondió.

- Fui yo sargento.

- Alza el brazo para que sepa quien habla. No leo los pensamientos.

- Vargas... número diez -el cadete alzó la mano.

- De acuerdo. Todos de vuelta a la cámara de aire. Permanezcan juntos - cuando todos estuvieron allá, el instructor dijo -. Adentro, señor Vargas. Desenganche su cuerda, átela a la compuerta y espérenos. Volverá a tener esta instrucción... dentro de un mes.

- Pero, sargento.

- No protestes, o daré parte de ti por intentar desertar de la nave...

En silencio, el cadete hizo lo ordenado. El instructor se asomó dentro viendo que, realmente, Vargas se estaba anclando, después se enderezó.

- Vamos caballeros, empezaremos de nuevo y nada de tonterías, esto es una instrucción, no una merienda campestre.

En aquel momento, Matt dijo:

- Sargento Hanako.

-¿Sí? ¿Quién es?

- Dodson, número tres. ¿Y en el supuesto de que todos nos hubiéramos desprendido?

- Hubiéramos tenido que volver con nuestros cohetes.

Matt pensó en ello.

-¿Y si no hubiésemos tenido puestos los cohetes?

- El oficial de guardia sabe que estamos fuera; en la radio escuchan nuestra frecuencia. Sólo hubieran tenido que localizarnos por radar hasta que hubieran preparado una navecilla auxiliar para rescatarnos.

De todos modos, escuchad todos vosotros: sólo porque os hayan envuelto en algodón en rama, no es razón para comportaros como un puñado de escolares. No se me ocurre ninguna forma peor, o más solitaria de morir que verse abandonado en un traje espacial, mientras vuestro oxígeno se acaba - hizo una pausa -. Una vez vi a uno así, después de que lo encontraron y lo trajeron de vuelta.

Estaban dando la vuelta a la nave y la forma esférica de la Tierra había estado apareciendo en su horizonte de metal.

De repente, el Sol apareció ante su vista.

-¡Cuidado con el deslumbramiento! - gritó el sargento Hanako. Rápidamente, Matt colocó su visor para interferencia máxima y lo ajustó para proteger su cara y sus ojos. No intentó mirar el Sol; se habla deslumbrado los ojos bastante a menudo desde los miradores de las salas de recreo de la nave, intentando tapar exactamente el disco del Sol con una moneda, para poder ver las prominencias y la fantasmagórica aurora. Era un trabajo inútil, el resultado acostumbrado era dolor de cabeza y manchas delante de los ojos.

Pero no se cansaba de mirar a la Tierra.

Colgaba delante de él, grande, gorda y hermosa y pareciendo más real que vista desde una portilla. Se la veía crecida al cruzar Acuario, tanto, que si hubiera estado en Orion, hubiera ocultado al gigantesco cazador desde Betelgeuse a Rigel.

Frente a ellos, estaba el Golfo de Méjico. Encima, se extendía Norteamérica con el casquete polar, puesto como un gorro de cocinero. El polo todavía brillaba bajo la luz mortecina de finales del verano en el norte. La línea del amanecer había sobrepasado Norteamerica, excepto la punta de Alaska; sólo el Pacífico Central permanecía oscuro.

Alguien dijo:

-¿Qué es este punto luminoso en el Pacifico, cerca del borde? ¿Honolulú?

A Matt no le interesaba Honolulú; buscaba, como de costumbre, Des Moines. Pero el Valle del Mississipi estaba nublado; no podía encontrarlo. Algunas veces podía divisarlo, simplemente con sus ojos, cuando el día era claro en Iowa. Cuando era de noche en Norteamérica siempre podía decir qué joya de luz era su hogar, o creía que podía.

Estaban de cara a la Tierra, de modo que el polo Norte, les parecía «arriba». Muy lejos, a la derecha, casi a una anchura de nave de la Tierra, prácticamente ocultando Regulus de Leo, estaba el Sol, y aproximadamente a mitad de camino entre el Sol y la Tierra, en Virgo, se hallaba la Luna creciente. Al igual que el Sol, la Luna no parecía mayor que desde la superficie terrestre. Los brillantes costados metálicos de la Estación Tierra, que estaba en el cielo entre el Sol y la Luna y a noventa grados de la Tierra, brillaban más que la Luna. La Estación, a unos quince kilómetros escasos, parecía seis veces mayor que el satélite natural.

- Ya basta de curiosear - dijo Hanako -. Pongámonos en marcha.

Avanzaron, estudiando la nave y apreciando su tamaño, hasta que el sargento les paró:

- Un poco más allá y estaríamos dando golpes con los pies sobre la cabeza del Comandante. Y puede

estar dormido - deambularon hacia popa y Hanako les dejó ir por el borde de la popa hasta que miraron por las toberas de sus potentes tubos. Les dijo que volvieran enseguida -. Aunque no se hayan hecho funcionar desde hace años, esta zona es un poco caliente y de todas formas, no están protegidos de la pila atómica en la cubierta noventa y tres de popa. ¡Ahora, adelante!

Por caliente, no quería decir caliente al tacto, sino radiactiva.

Les condujo al centro de la nave, se desenganchó del cadete que estaba a su lado y amarró la cuerda del muchacho a la nave.

- Número doce, engánchese al acero. El truco para moverse por el espacio – continuó -, está en equilibrar el cuerpo con el chorro: el empuje debe pasar por su centro de gravedad. Si se equivocan y no lo corrigen enseguida, empezarán a dar vueltas, gastarán el combustible y tardarán un tiempo endiablado en detener su giro. No es más difícil que sostener un bastón sobre el dedo, pero la primera vez que lo intenten, les parecerá que cuesta. Preparen su visor.

Apretó un botón de su cinturón, apareció un pequeño dispositivo metálico delante de su casco, de modo que un pequeño anillo de metal quedaba a un metro de su cara.

- Escojan una estrella brillante o cualquier otra cosa, alinéenla en la dirección que quieran seguir. Entonces, tomen la posición de salida, ¡no, no! Todavía no, yo lo haré primero.

Se agachó se levantó con las manos y con mucho cuidado, apartó sus botas del costado, y Juego se equilibró en un cadete a su alcance. Vio la vuelta y se apartó de forma que flotaba con su espalda en la nave, brazos y piernas extendidos. El tubo de su cohete apuntaba directamente a la nave desde sus omoplatos, su mira apuntaba desde el casco en dirección opuesta.

Continuó:

- Tengan preparado el contacto de encendido en su mano derecha. Y ahora, amigos, ¿han visto alguna vez un par de bailarines de adagio? Ya saben lo que quiero decir: hay un hombre vestido con un taparrabos de piel de leopardo y una chica todavía con menos ropa y se van moviendo por el escenario, y él la va cogiendo.

Varias voces respondieron que sí. Hanako continuó:

- Entonces ya saben de que estoy hablando. Hay un truco que siempre hacen, la chica salta y el hombre la levanta, balanceándola en lo alto con una mano. El tiene su mano en los omoplatos de ella, que permanece un alto de forma muy artística. Esta es exactamente la forma de que debe funcionar la propulsión. El empuje se produce en sus omoplatos y tienen que equilibrarse sobre él. Sólo que son ustedes los que tienen que hacer el balanceo, pues si el empuje no pasa exactamente a través de su centro de gravedad, empezarán a dar vueltas. Ustedes mismos podrán ver que empiezan a girar, mirando a través de su visor. Tienen que corregirlo antes de que ya no les sea posible. Lo pueden hacer cambiando su centro de gravedad. Extiendan cl brazo o la pierna hacia el lado en que han empezado a girar. El truco es...

- Un segundo, sargento - le cortó alguien -, usted dijo simplemente hacia atrás, lo que quiere decir es extender el brazo o pierna del otro lado, ¿no?

-¿Quién habla?

- Lathrop, número seis. Lo siento.

- Quise decir lo que dije, señor Lathrop.

- Pero...

- Adelante, hágalo a su manera. El resto de la clase lo hará a la mía. No perdamos el tiempo. ¿Alguna pregunta? De acuerdo, apártense de mi chorro.

El semicírculo se echó atrás, hasta que quedó frenado por las cuerdas de seguridad ancladas. Una brillante llamarada naranja salió de la espalda del sargento que avanzó derecho hacia adelante o «arriba», despacio al principio, después cada vez más deprisa. Su micrófono estaba abierto; Matt podía escuchar, sólo por radio, el ahogado movimiento de su propulsor... y podía oír al sargento contando segundos:

-¡Y, uno! ¡Y... dos! ¡Y... tres! - al llegar a diez, la propulsión y la cuenta se pararon.

Su instructor estaba a tres metros por encima alejándose, de espaldas a ellos. Continuó su conferencia:

- Por muy bien que se equilibren, siempre acabarán dando alguna vuelta. Cuando quieran cambiar de dirección, dóblense en forma de bola y así lo hizo él -. Para girar más rápido... y estírense cuando hayan girado todo lo que quieran.

De repente, se enderezó y se les encaró.

- Conecten la propulsión y equilíbrense sobre el chorro, para enderezar su nuevo rumbo... antes de que sobrepasen la dirección que quieran tomar.

No conectó la propulsión, sino que continuó hablando, mientras se apartaba de ellos y giraba con lentitud:

- Siempre hay alguna forma de retorcerse alrededor del eje de rotación para poder encontrar el camino que necesiten, por lo menos durante algunas décimas de segundo. Por ejemplo, si quisiera dirigirme hacia la Estación... - la Estación Tierra estaba casi en ángulo recto con su rumbo; realizó unas contorsiones similares a las de un mono muriendo entre convulsiones y se estiró de nuevo, como una estrella de mar, de cara a la Estación; pero, ahora, giraba en saltos mortales sin que cambiara su eje de rotación -. Pero no quiero ir a la Estación, quiero volver a la nave.

El mono volvió a morir; cuando cesaron las convulsiones, el sargento estaba cara a ellos. Conectó de nuevo su propulsión y volvió a contar diez segundos. Colgaba en el espacio, quieto con respecto a la nave y su clase y a medio kilómetro, aproximadamente.

- Voy a llegar en un aterrizaje a chorro, para ahorrar tiempo - la propulsión duró veinte segundos y el motor se apagó, tras lo que avanzó hacia ellos con rapidez.

Cuando todavía estaba a unos sesenta metros, giró sobre sí mismo y puso el cohete en marcha, alejándolo de la nave durante diez segundos. El propósito de sus maniobras era quedar a unos quince metros, y acercarse a tres metros por segundo. Se dobló de nuevo como una pelota y llegó con los pies hacia la nave.

Cinco segundos más tarde, sus botas se pegaron al acero, y se dejó caer sin rebote.

- Pero ustedes no lo harán así – siguió -, mis tanques tienen más capacidad que los suyos, que tienen cincuenta segundos de potencia, y cada segundo es bueno para un cambio de velocidad de treinta centímetros por segundo, esto es para ciento cincuenta kilos de masa; algunos de ustedes, los más delgaduchos, irán un poco más rápido. Aquí está su plan de vuelo: diez segundos, contados, alejándose. Giren tan deprisa como puedan y empleen quince segundos en volver. Esto significa que os llegarán a un metro y medio por segundo. Incluso una abuela debería poder hacerlo sin rebotar. ¡Lathrop! Desengánchese, usted es el primero.

Cuando el cadete se le acercó, Hanako se ancló a la nave con dos cuerdas cortas y, de su cinturón, sacó una cuerda muy larga. Pasó un extremo por un gancho delante del cinturón del cadete y el otro por su propio traje. El estudiante lo miró con aversión.

-¿Es necesario este gancho?

El sargento Hanako le miró:

- Lo siento, Comodoro, es el reglamento. Y cierre el pico. Prepárese para salir.

Silenciosamente, el cadete se agachó y después se apartó, con una pincelada ardiente, cada vez mayor, que salía de su espalda. Al principio se movía bastante bien después, empezó a girar.

Extendió una pierna y se giró por completo.

-¡Lathrop, desconecte su propulsión! - estalló Hanako. La llama desapareció, pero la figura del traje continuó girando y alejándose. Hanako tiró de su cuerda de seguridad -. Hemos pescado un gran pez, muchachos - dijo alegremente -. ¿Cuánto creen que pesa? Tiró de la cuerda, haciendo que Lathrop girara en el otro sentido, ya que la cuerda se había enrollado a su alrededor. Cuando la cuerda quedó libre, tiró del cadete.

Lathrop llegó y se sujetó al casco.

- Tenía razón, sargento. Quiero probarlo de nuevo, a su manera.

- Lo siento. El reglamento señala un cien por cien de reserva de combustible para esta operación; tendría que repostar - Hanako dudó -. Apúntese para mañana por la mañana. Le tomaré como extra.

-¡Oh, gracias sargento!

- De nada. ¡Número uno!

El cadete siguiente salió bien, pero dio la vuelta en un ángulo y tuvo que ser detenido con la cuerda de seguridad antes de que pudiera asegurarse al casco. El que le siguió no consiguió orientarse de ninguna manera: Se alejó, de espaldas a la nave, y parecía a punto de seguir en dirección a Draco hasta el fin de sus días. Hanako tiró un poco de la cuerda de seguridad mientras la dejaba correr por sus guantes y le hizo dar la vuelta hacia la nave.

- Diez segundos de propulsión, mientras mantengo la cuerda en tensión - ordenó. La cuerda de seguridad mantuvo el cadete en su sitio hasta que regresó -. Número tres - llamó Hanako.

Matt se adelantó, sintiéndose realmente emocionado. El instructor enganchó la cuerda de seguridad y dijo:

-¿Alguna pregunta? Póngase en marcha cuando esté listo.

- De acuerdo - Matt se agachó, soltó sus botas y se tendió. Se equilibró con la rodilla del sargento. Frente a él estaban las constelaciones del norte. Escogió la Estrella Polar como referencia, entonces soltó el seguro del mecanismo de encendido de su guante.

-¡Y... uno! - notó una pequeña y firme presión a través de su correaje, un impulso que no llegaba a cinco kilos. Polaris parecía vibrar con el chorro del diminuto cohete. Luego, la estrella osciló hacia la izquierda, fuera del anillo de la mira.

Extendió el brazo y la pierna derechos. La estrella osciló más deprisa, apareció y volvió a desaparecer. Con cuidado, extendió de nuevo sus extremidades derechas y casi olvidó cortar la propulsión a la cuenta de diez.

No podía ver la nave. La Tierra oscilaba a la derecha en la negrura aterciopelada. El silencio y la soledad eran lo más intensos y más completos que nunca hubiera podido experimentar.

- Ahora es cl momento de girar - dijo Hanako a su oído.

-¡Oh! - exclamó Matt y agarró sus rodillas. Los cielos rodaban a su alrededor. Vio la nave oscilando en su campo de visión, demasiado tarde. Se estiró como una estrella de mar, pero ya la había sobrepasado

- Tómelo con calma - aconsejó el sargento -. No enrosque tanto, y acierte la próxima vez. No hay que darse prisa.

Se volvió a convertir en una bola, pero no por tanto tiempo La nave apareció de nuevo, aunque estaba a doble distancia que antes. Ahora, la centró antes de que la pasara oscilando. Las figuras que se hallaban sobre su costado estaban a unos cien metros y todavía se alejaban. Centró en su mira el casco de alguien, pulsó el interruptor y empezó a contar.

Pasó unos momentos de angustia, creyendo que algo no marchaba bien. Las figuras de la nave no parecían acercarse y ahora oscilaban suavemente apartándose. Estuvo tentado de encender de nuevo cl cohete, pero las órdenes de Hanako habían sido muy precisas; decidió no hacerlo.

La nave desapareció de su vista; se dobló en forma de bola para hacerla aparecer de nuevo. Cuando la vio estaba mucho más cerca, y se sintió aliviado. De hecho, los dos cuerpos: nave y hombre, habían estado acercándose a un metro y medio por segundo, pero un metro y medio por segundo es un paseo muy lento.

Aleo más de un minuto después de haber cortado su propulsión, hizo una contorsión para poner sus botas frente a él y se pegó al casco, a unos tres metros del instructor.

Hanako avanzó y colocó su casco junto al de Matt par poder hablarle en privado, con la radio desconectada

- Un buen trabajo, chico; conservaste tu serenidad cuando te pasaste. De acuerdo, te apuntaré para el entrenamiento avanzado.

Matt se acordó de desconectar Su radiotelefono portátil:

¡Gracias!

- Te lo has ganado, no es un regalo - Hanako volvió a conectar con el circuito -. De acuerdo, vamos, numero cuatro.

Matt quería correr a su habitación, encontrar a Tex y vanagloriarse un poco. Pero había otros siete que tenían que salir. Algunos lo hicieron bien, otros tuvieron que ser pescados.

El último se pasó. No desconectó el motor, a pesar de los gritos de Hanako para que lo hiciera. Se apartó de la nave haciendo una gran curva y comenzó a girar, mientras el sargento tiraba de la cuerda con fuerza intentando parar su giro y encaminarle de regreso. Al cabo de cincuenta largos segundos, se le acabó el combustible; estaba a casi trescientos metros y todavía seguía retrocediendo rápidamente.

El sargento hizo con él lo que un pescador luchando con una barracuda, después lo atrajo muy, muy despacio, ya que 110 había forma de eliminar la velocidad que le diera la tensión de la cuerda.

Cuando al final llegó, se pegó al casco y se ancló con la cuerda de seguridad, Hanako suspiró.

-¡Demonio! – dijo -, creí que iba a tener que salir a rescatarte.

Fue hacia el cadete y los cascos se tocaron, la radio desconectada. El cadete no apagó la suya.

- No lo sé - le oyeron replicar -. El Interruptor no funcionaba mal, pero me sentía incapaz de mover un solo músculo. Le oía gritar a usted pero no podía moverme.

Matt volvió a la cámara de aire con el grupo, sintiéndose muy sereno. Sospechaba que había una vacante a la hora de cenar. La costumbre del comandante era sacar, sin demora, a cualquier cadete que no sirviera. Sentía el hálito frío del desastre en su propio cuello.

Pero se animó cuando les ordenaron romper filas. Cuando estuvo fuera de su traje, y lo hubo inspeccionado tal como decía el reglamento, se lanzó hacia su habitación, rebotando en los giros, de una forma no aprobada para el movimiento en la nave.

Aporreó la puerta del cubiculo de Tex.

-¡Ea, Tex, despierta! ¡Tengo noticias para ti!

No hubo respuesta; abrió la puerta, pero Tex no estaba allí. Según parecía, tampoco estaban Pete ni Oscar. Fue hacia su cubil, desconsolado, y cogió un carrete de estudio.

Casi dos horas más tarde, Tex entró como una tromba mientras Matt se preparaba para la comida y gritó:

-¡Hey, Matt! ¡Chócala amigo, estrecha la mano de un hombre del espacio!

-¿Hum?

- Acabo de pasar la prueba de «traje espacial básico», y el sargento dijo que era la mejor primera prueba que jamás había visto.

-¿Si? ¡Oh!

- Claro que lo dijo. Oh, muchacho. ¡Estación Tierra, allá voy!

VIII

ESTACIÓN TIERRA

-¡Grupo de permiso, suban a la navecilla!

Matt cerró su traje del espacio con la cremallera delantera, y se fue corriendo hacia el control de rutina. Oscar y Tex le seguían de cerca, mientras el grupo de permiso ya entraba por la puerta de la cámara de descompresión. El cadete oficial de guardia inspeccionó a Matt y cerró la puerta detrás de él.

La cámara de descompresión era un pasillo largo, cerrado en cada extremo, que conducía a un hangar el costado del *Randolph* en el cual estaban metidos los cohetes auxiliares. *La* presión desapareció y el extremo lejano de la cámara se abrió, Matt se lanzó, último en la fila, y encontró la navecilla repleta. No podía encontrar sitio; las literas para pasajeros estaban llenas de cadetes vestidos con sus trajes del espacio, ocupados en sujetarse con las correas.

El cadete piloto le hizo señas con la cabeza. Matt se hizo camino y tocó unos cascos.

- Señor - le dijo el veterano. ¿Sabe servirse de los instrumentos?

Suponiendo que se refería solamente al sencillo tablero de instrumentos de la navecilla, Matt contestó:

- Sí, señor.

- Entonces tome el asiento del copiloto ¿Cuál es su peso?

- Ciento treinta kilos, señor - contestó Matt, dando el peso combinado de su propio cuerpo y de su traje, con todo el equipo. So sujetó y miró alrededor intentando localizar a Tex y a Oscar. Se sentía muy importante, aunque una navecilla necesite un copiloto tanto como un cerdo necesita una cola de recambio.

El veterano añadió cl peso de Matt a su carta de centro de gravedad y momento-de-inercia, lo miró pensativamente y le dijo:

- Diga a G-tres que cambie do sitio con B-dos.

Matt conectó su radio teléfono portátil y dio la orden. Hubo un rápido movimiento mientras un joven pesado cambiaba do asiento con un cadete más pequeño. El piloto hizo una señal al cadete que maniobraba el hangar, y la navecilla y su plataforma de lanzamiento salieron vibrando de la cavidad, empujadas por un lento mecanismo.

Una navecilla auxiliar es un cohete para pasajeros reducido a los términos más sencillos, v ha sido definido como una percha para sombrero con un motor fuera borda. Funciona solamente en el vacío y no necesita tener líneas aerodinámicas.

El motor del cohete no está cubierto. Alrededor del mismo hay una ringlera de soportes de metal ligero, la percha de pasajeros. No es una nave en el sentido de tenor un casco, compartimentos herméticamente cerrados, etc.

Los pasajeros solamente se atan a la percha y dejan que el motor cohete les impulse.

Cuando la navecilla se hubo alejado de la nave madre, el cadete situado en el hangar giró mecánicamente la plataforma de lanzamiento en dirección a la Estación Tierra. El piloto movió las llaves que tenia frente a él, y la navecilla despegó.

El cadete piloto contempló su radarscopio. Cuando hubieron alcanzado los veintisiete metros por segundo en dirección a Estación Tierra, apagó el propulsor.

- Ponte en contacto con la Estación - le dijo a Matt.

Matt enchufó y llamó la Estación.

Navecilla número tres, del *Randolph,* en viaje programado. Llegará dentro do nueve minutos, más o menos - transmitió Matt, felicitándose de haber estudiado el carrete referente a la manera de operar de las pequeñas embarcaciones.

- De acuerdo - le contestó una voz femenina, y añadió. Utilice nuestra plataforma de contacto orbital Be de Barcelona.

- Be de Barcelona - repitió Matt- ¿Tráfico?

- Ninguno en órbita exterior. La *Wingod Victory* en órbita en remolque.

Matt dio parte a su piloto.

Ningún tráfico - repitió el veterano -. Señor, voy a dormir un ratito. Despiérteme cuando lleguemos a dos kilómetros.

- Sí, señor.

-¿Piensa que podría llevarla hasta la Estación? Matt tragó saliva.

- Lo intentaría, señor.

- Píenselo mientras duermo - el cadete cerró sus ojos rápidamente, flotando en caída libre tan confortablemente como si fuera en su propio cubiculo. Matt se concentró en los cuadrantes del instrumento.

Siete minutos más tarde sacudió al veterano, que abrió los ojos y dijo:

-¿Cuál es su plan de vuelo, señor?

- Bueno, esto, si continuamos de la misma manera que ahora, pasaremos exactamente por el lado exterior de la órbita. Yo no cambiaría nada. Cuando nos acerquemos a mil doscientos metros reduciría la velocidad relativa a unos tres metros por segundo, y entonces olvidaría el radar y frenaría a ojo mientras pasamos al lado.

- Ha estudiado demasiado.

-¿Está mal? - preguntó Matt, ansiosamente.

- No. Adelante. Hágalo - el veterano se inclinó encima del telescopio de seguimiento, para asegurarse de que la navecilla no chocara con la Estación. Matt contempló la línea final mientras su emoción aumentaba. Una vez ojeó la masa cilíndrica y brillante de la Estación, pero rápidamente volvió a mirar los instrumentos. Unos segundos más tarde pulsó el botón de combustible y un penacho do llamas brotó frente a ellos.

Una navecilla tiene propulsión en los dos extremos, abastecidos por los mismos tanques interconectados, bombas de combustible y tubos. Las navecillas son dirigidas más «por los fondillos de los pantalones» que por matemáticas complicadas. Por esto, son imprescindibles para acostumbrar a los estudiantes de piloto a manejar las naves cohetes.

Mientras se reducía la distancia, Matt sintió por primera vez la vieja pesadilla de los pilotos de cohete: ¿está bien calculada la maniobra para evitar un fracaso? Lo creía aunque sabía que su recorrido le haría pasar muy cerca de la estructura gigantesca. El soltar el botón de combustible le alivió.

El veterano le dijo:

-¿Podrás identificar Be de Barcelona cuando la veas?

Matt agitó la cabeza:

- No, señor. Es mi primer viaje a la Estación Tierra.

-¿Lo es? ¡Y te dejé pilotar! Bueno. Está allí delante, la tercera plataforma hacia abajo. Mejor que empieces a frenar.

- Sí, señor - la navecilla pasaba a lo largo de la Estación, a unos cien metros, a bastante velocidad. Matt dejó que Be-de-Barcelona se acercara durante unos momentos más, entonces lanzó un chorro corto, de prueba. No parecía frenarles mucho; dio otro, un poco más grande.

Unos minutos más tarde tenía la navecilla casi parada en el espacio y prácticamente frente a su punto de contacto. Miró al piloto inquisitivamente.

- Los he visto peores - gruñó el piloto -. Pídeles que nos lleven dentro.

- *Randolph* número tres, listos para contacto - dio parte Matt, por radio.

- Les vemos - anunció la voz de la chica -. Esperen el cable.

Un cable lanzado por un lanzacables, brotó con una trayectoria perfectamente llana y pasó por un anillo de metal atado a la navecilla.

- Le relevo, señor - dijo el piloto a Matt -. Suba allá y asegure esa cuerda.

Unos minutos más tarde la navecilla estaba asegurada a la plataforma Be-de-Barcelona, y los cadetes entraron en la cámara de descompresión intermedia. Matt localizó a Tex v Oscar en el vestuario, y se desvistieron Juntos.

¿Qué opináis de este contacto? - les dijo Matt, con indiferencia bien pensada.

Supongo que está bien - contestó Tex -. ¿Por qué?

- Lo hice yo.

Oscar levantó las cejas.

¿Tu lo hiciste? ¡Bien hecho, chaval!

Tex estaba sorprendido.

- ¿El piloto te dejó maniobrarlo? ¿En tu primer viaje?

- Bueno, ¿por qué no? ¿Crees que estoy bromeando?

- No, solamente estoy impresionado. ¿Te puedo tocar? ¿Me das un autógrafo?

_ ¡Oh, déjalo!

Estaban, naturalmente, en la parte de caída libre de la Estación. Tan pronto como hubieron colocado sus trajes en su sitio, se fueron con prisa hasta la zona de centrifugado, frecuentada por los viajeros.

Oscar conocía un poco el camino por haber cambiado de nave en la Estación cuando era candidato y les condujo hasta la puerta del eje de rotación, el único sitio posible para pasar de la zona de caída libre hasta la zona de gravedad.

Desde el eje bajaron varios niveles, pasaron oficinas y alojamientos privados, hasta el primero de los niveles públicos. De hecho, era una calle ancha y profundamente iluminada, con un techo muy alto y aceras mecánicas en el medio. Tiendas y restaurantes se alineaban a los lados. Las aceras mecánicas hacían allá lejos una curva, puesto que el pasillo rodeaba completamente la Estación.

- Esto - les dijo Oscar -, es el Paseo del Paraíso.

- Ya veo por qué - asintió Tex, silbando bajito. Los otros siguieron el objeto contemplado: una rubia, alta y delgada, con un mínimo vestido de color azul, miraba el escaparate de una tienda de joyas.

- Tomatelo con calma, Tex - advirtió Oscar -. Es más alta que tú.

- Me gustan todas - contestó Tex -. Miradme - caminó despacio hacia la joven, Matt y Oscar no oyeron sus palabras de introducción, pero no se ofendió, puesto que se rió. Entonces le miró de arriba abajo, algo divertida, y de dijo, con voz que llegaba bastante clara:

- Soy casada y por lo menos soy diez años mayor que tú. Nunca hago caso do los cadetes.

Pareció que Tex escondía la cola entre las piernas y so alejó hacia sus amigos. Empezó a decir, furiosamente:

- Bueno, ahora no vais a meteros conmigo por haber intentado...

Cuando la mujer lo llamó:

-¡Espera un momento... los tres! - Se acercó a ellos y miró a Matt y Oscar -. Sois novatos, ¿verdad?

- Cadetes novatos, madame - contestó Oscar.

Buscó a tientas en su bolso, adornado de joyas.

- Si queréis divertiros y encontrar chicas más jóvenes, podéis ir a esta dirección - le dio una tarjeta a Oscar.

Asustado, éste dijo:

- Gracias, madame.

- De nada - se fue, arreglándoselas para perderse enseguida entre la muchedumbre.

-¿Qué dice? - preguntó Matt.

Oscar la miró, y la enseñó:

- Leedla.

Primera Iglesia Bautista de la Estación Tierra

Ralph Smitey, Pastor.

SALA SÓCIAL

2437, Nivel «C»

Tex sonrió, enseñando los dientes.

- Bueno, no podéis decir que fallé del todo - Buscó un argumento.

Hubo una discusión: Matt y Tex querían ir enseguida a la Sala Social: Oscar insistió en que tenía hambre y que quería una comida civilizada. Cuanto más discutían más razonable parecía la petición de Oscar. Finalmente Tex cambió de campo y Matt cedió ante la ventaja numérica; pocos minutos más tarde se arrepintió, cuando vio el precio del menú. El restaurante que había escogido era una trampa para turistas, un comedor extravagante con un bar anexo.

Tenía camareros humanos en vez do mesas automáticas y los precios de los artículos estaban en

conformidad.

Tex vio la expresión de su cara.

Relájate, Matt - le dijo -. Esto lo pago yo, papá me mandó un cheque.

- Oh, no podría aceptar...

-¿Quieres pelea? Matt sonrió.

- De acuerdo. Gracias.

Oscar dijo:

-¿Cuánto vamos a castigarte, Tex? ¿Té y tostadas?

- Todo lo que queráis. Vamos a celebrarlo de verdad... Esto me recuerda que creo que tendríamos que beber algo.

-¿Huh? - dijo Oscar -. *¿Y* ser vistos por uno de la Policía Militar? No, gracias.

Matt empezó a protestar, pero Tex se levantó.

- Mejor será que lo dejéis todo al cuidado del Padre Garmon. Ya es hora de que vosotros dos, Pobres y necesitados extranjeros, probéis un julepe de menta del viejo Sur. Se fue hacia el bar. Oscar se encogió de hombros.

Tex exploró el bar antes de entrar. No había cadetes, naturalmente, y lo más importante, no había ni oficiales ni Policía Militar de Infantería de Marina. Era pronto y el bar estaba casi desierto. Se acercó al cantinero.

-¿Puedes hacer un julepe de menta? - le preguntó.

El cantinero le miró y contestó:

- Lárgate. No puedo servirte licor. Está prohibido para los cadetes.

- No te pregunté si lo tengo prohibido o no. Te di je si podías hacer un julepe de menta - Tex alargo un billete sobre el mostrador -. En realidad, tres julepes de menta.

El cantinero miró el billete. Al final lo hizo desaparecer.

- Vuelve al comedor.

-¡De acuerdo! - dijo Tex.

Unos minutos más tarde un camarero colocó un Servicio completo de té frente a ellos, pero la tetera no contenía té. Tex sirvió la bebida repartiéndola cuidadosamente en tres tazas.

- A vuestra salud, compañeros. Bebed.

Matt tomó un trago.

- Sabe a medicina - dijo.

-¿A medicina? - protestó Tex -. ¿Esta noble poción? Nos veremos las caras al amanecer, amigo: café y pistolas para dos.- continúo diciendo que sabe a medicina. ¿Qué te parece a ti, Oscar?

- No es malo.

Matt apartó el suyo con la mano.

-¿No vas a beberlo? - le preguntó Tex.

- No gracias, Tex, de veras. Pero creo que esta bebida me sentaría mal. Creo que soy un blando.

- Bueno no lo despreciaremos - cogió la taza de Matt y echó un poco en la suya -. ¿Te lo partes conmigo, Oscar?

- No. Tómatelo tú.

- De acuerdo, si no quieres... hechó el resto en su taza.

Cuando sirvieron la comida que habían ordenado, Tex ya no se sentía interesado en ella. Mientras Matt y Oscar estaban ocupados masticando, los incitaba a cantar: -¡Vamos Oscar! Puedes aprenderlo.

- No sé cantar.

- Seguro que puedes. Te oí cantar, con la banda del Callejón del Cerdo. Cantaré el verso, palmearemos todos, y cantaremos el coro juntos:

- Allá... en el... corazón de Texas... Así es...

- Cállate - dijo Oscar -, o te vas a meter en un buen lío.

-¡Aguafiestas! Vamos, Matt.

- No puedo cantar con la boca llena.

- Mira - dijo Oscar a Matt, con voz baja y ansiosa -. ¿ Ves lo que yo?

Matt miró y vio al Teniente Wong entrando por el otro extremo del comedor. Fue hacia una mesa, se sentó, miró alrededor, vio la mesa de los cadetes, hizo un gesto con la cabeza y empezó a estudiar el menú.

-¡Oh, madre! - suspiró Matt, suavemente.

- Entonces cantaremos «Ioway» - anunció Tex -. Soy liberal.

- No cantaremos nada. ¡Por el amor de Dios, Tex, tate! Acaba de entrar un oficial.

-¿Dónde está? - preguntó Tex -. Invítale. No tengo resentimientos. Son buenos chicos, todos, los muy hediondos.

Matt miró rápidamente al Teniente Wong y casi se desmayó cuando vio que el oficial le hacía una seña con la mano. Se levantó y anduvo envarado hacia el oficial:

Dodson.

- Si, señor.

- Vaya decirle a Parman que se calme, antes de que tenga que ir a pedirle su nombre.

- ¡Oh, sí! ¡Si, señor!

Cuando volvió a la mesa, Tex ya se había calmado parecía sobrio y perplejo. La cara habitualmente de Oscar estaba ciega de cólera.

-¿Cuál es el veredicto?

Matt se lo dijo.

- Ya veo. Wong es un buen tipo. Ahora tenemos que sacarte de aquí.

Oscar llamó al camarero, abrió el bolsillo de Tex pagó la nota. Se levantó.

- Vamos. Sobrepónte, Tex, o te romperé el cuello.

-¿A dónde vamos? - preguntó Matt.

- Al cuarto de baño.

Felizmente, tenían el cuarto de baño para ellos solos. Oscar condujo a Tex a un lavabo y le dijo que se pusiera el dedo en la garganta.

-¿Por qué? - objetó Tex.

- Porque si no lo haces, lo haré por ti. Oye, Matt, ¿puedes cuidarle? Vuelvo dentro de unos minutos.

Oscar no volvió antes de veinte minutos, llevando mi envase de café caliente y un tubo de pastillas. Le obligó al paciente a tomar el café y media docena de pastillas.

-¿Qué son estas pastillas? - quiso saber Matt.

- Cloruro de tiamina.

- Parece que estás bastante enterado en esto.

- Bueno... - Oscar frunció las cejas -. Venus no es como la Tierra, ¿sabes? Todavía es bastante salvaje y poco civilizada. ¿Sabes?, allí pasan muchas cosas. Bébete el resto del café, Tex.

- Sí, señor.

- La parte delantera de su uniforme está hecha una porquería.

- Ya lo veo. Hubiéramos tenido que desvestirle.

-¿Qué vamos a hacer? Si vuelve así, habrá preguntas comprometidas.

- Déjame pensar - luego, le dijo a Tex -. Entra allí - Oscar indicaba uno de los cuartos de baño -, sácate el uniforme, dámelo y enciérrate dentro. Volveremos dentro de poco.

A Tex le pareció que eso era como si lo mandasen a las minas de sal, pero ya no tenía fuerzas para resistir. Entró. Poco después Matt y Oscar salieron, éste con un bulto firmemente enrollado, con un uniforme de cadete, debajo del brazo.

Cogieron la acera mecánica que recorría media Estación, pasaron a través de la muchedumbre, magníficamente vestida y apresurada, frente a tiendas lujosas y atractivas. A Matt le gustaba todo mucho.

- Dicen - dijo Oscar -, que se parece a como eran las antiguas grandes ciudades, antes de los Motines.

- Seguro que no se parece a Des Moines.

- Ni a Venus - Oscar encontró lo que buscaba, una lavandería automática, en un pasillo fuera de la sala de espera de la zona de emigrantes. Después de un largo rato, el uniforme les fue devuelto, limpio, planchado y bien plegado. Estando en la Estación Tierra, el precio estaba por las nubes. Matt miró lo que le quedaba de dinero.

- Mejor quedarse ya sin blanca - dijo e invirtió el resto en medio kilo de cerezas recubiertas de chocolate. Volvieron con prisa. Tex parecía tan abatido y contento de verlos que Matt tuvo de repente un arranque de generosidad y le dio a Tex la caja.

- Un regalo para ti, inútil, miserable y pobre criticón.

Tex parecía conmovido por el gesto, que no era más que un gesto, puesto que los dulces y similares eran, por derecho antiguo, propiedad común entre compañeros de cuarto.

- Vístete deprisa, Tex. La navecilla se marcha dentro de treinta y dos minutos, exactamente.

Veinticinco minutos más tarde, vestidos con sus trajes del espacio, entraban en la cámara de aire. Tex llevaba los chocolates bajo el brazo.

El viaje de regreso transcurrió sin incidentes, salvo en una cosa: Matt no se había acordado de pedir un envase hermético para los dulces. Antes de que pudiera atarse las correas la caja ya se habla hinchado. Cuando llegaron al *Randolph* la parte delantera izquierda de su traje del espacio estaba cubierta de una asquerosa, pegajosa, y borboteante mezcla de zumo de cerezas, almíbar y manchas pardas de chocolate puesto que el dulce semilíquido había hervido y se dilató en el vacío. Hubiera tirado el paquete si un

veterano, atado a su lado en la percha, no le hubiera recordado las severas multas impuestas por echar algo en una ruta de tráfico.

El cadete a cargo del hangar en el *Randolph* miró a Tex con disgusto:

-¿Por qué no lo metió dentro de su traje?

-¡Oh!, no lo pensé, señor.

-¡Hummph! La próxima vez si que lo hará. Entre allí y dé parte de usted mismo, en el informe, por suciedad general del uniforme. ¡Y limpie este traje!

- Sí, señor.

Pete estaba en su alojamiento cuando volvieron. Salió de su cubiculo.

-¿Os habéis divertido? Caramba, me hubiera gustado no estar de servicio.

- No te has perdido mucho - le dijo Oscar.

Tex les miró:

- Caramba, amigos, lo siento. He estropeado vuestra salida.

- Olvídalo - dijo Oscar -. La Estación Tierra todavía estará aquí el mes próximo.

- Es verdad - asintió Matt -. Pero, mira Tex, dinos la verdad. Era la primera vez que bebías, ¿verdad?

Tex estaba avergonzado.

- Sí... toda mi familia es partidaria de la abstinencia, salvo mi tío Bodie.

- No me importa tu tío Bodie. Si te cojo otra vez bebiendo te mataré a golpes con la botella.

-¡Uff, calma Matt!

Oscar miró a Matt, burlonamente.

- Tranquilo, chaval. Te podría pasar a ti, también.

- Tal vez. Tal vez un día te lleve para que cuides de mí, y veré lo que pasa bebiendo. Pero no en público.

- Cuando quieras.

- Decidme - pidió Pete -. ¿Qué pasa aquí? ¿De qué se trata todo esto?

IX

LARGO RECORRIDO

La vida en el *Randolph* tenía un curioso aspecto de no tener hora fija, o mejor, fecha fija. No había clima, ni estaciones. Las mismas divisiones entre «noche» y «día» eran arbitrarias y continuamente cambiadas por guardias de noche y períodos de laboratorio a cualquier hora, para aprovechar al máximo las limitadas posibilidades. Las comidas se servían cada seis horas y la comida de la una de «la mañana» era casi tan concurrida como el desayuno a las siete de «la madrugada».

Matt se acostumbró a dormir cuando tenía tiempo, y los «días» fueron pasando. Le parecía que nunca habla bastante tiempo para hacer lo que tenía que hacer: Matemáticas y los temas matemáticos, astrogación y física atómica en particular, se volvieron en un espantajo. Se encontraba con que tenía que hacer aplicaciones prácticas de matemáticas ya antes de tener una base sólida.

Se había imaginado, antes de ser cadete, que era bastante brillante en matemáticas y lo era, según un estándar normal. Pero no había pensado lo que seria formar parte de un grupo en el cual cada miembro tenía un talento inusitado en el lenguaje de las ciencias. Pidió enseñanza particular para las matemáticas y estudió con más ahínco que nunca. El esfuerzo extra hizo que no fracasara, pero nada más.

No es posible trabajar continuamente sin quedarse agotado, pero el ambiente le hubiera impedido trabajar demasiado aunque hubiera estado dispuesto a hacerlo. El pasillo número cinco del Puente «A», en el cual vivían Matt y sus compañeros de cuarto, era conocido con el nombre (leí «Callejón del Puerco y había adquirido la reputación adecuada, por su conducta despreocupada incluso antes de que Tex Jarman añadiera sus talentos.

El actual «Alcalde del Callejón del Puerco» era ni veterano, llamado Bill Arensa. Era un estudiante sobresaliente y parecía absorber el carrete de estudio más difícil de una sola sentada, pero estaba en el *Randolph* desde tiempos inmemoriales por causa de sus puntos negativos acumulados.

Una tarde, tras la cena, poco después de la llegada, Matt y Tex estaban intentando lograr un poco de armonía. Matt armado de un peine y de un trozo de papel higiénico; Tex tenía su armónica. Un bramido, desde la otra parte del pasillo les interrumpió.

-¡Abrid aquí! ¡Vosotros, novatos, salid a paso ligero!

Tex y Matt aparecieron como se les había ordenado. El Alcalde les inspeccionó:

- No veo sangre – dijo -. Apostaría a que oí que se mataba a alguien. ¡Id a buscar vuestras máquinas de ruido!

Arensa les introdujo en su propio cuarto, que estaba muy concurrido. Movió la mano señalando a los ocupantes:

- Aquí está el Foro Popular del Callejón del Puerco: Senador Boca Estropajosa, Senador Filibustero, Senador Conservador, Doctor Bienhechor y el Marqués de Sade. Señores, aquí están el Comisionado Desgraciado y Profesor Ilimitado.

El veterano entró en su cubiculo de estudio.

-¿Cómo se llama, caballero? - dijo uno de los cadetes dirigiéndose a Tex.

- Jarman, señor.

-¿Y usted?

- No tenemos tiempo para estos detalles - anunció Arensa que volvía llevando una guitarra -. Ese número que estabais tocando, intentémoslo otra vez. Prepárense para el compás menor... ¡a la una, a las dos...!

Así nació la Banda del Callejón del Puerco. Aumentó a siete participantes y empezó a trabajar en un repertorio que sería presentado en una función de la nave. Matt lo dejó cuando fue aceptado en la liga de polo del espacio, puesto que no disponía de tiempo para los dos, aunque su pobre talento no resultó una gran pérdida para la banda.

Sin embargo se quedó en la órbita del veterano. Arensa los adoptó a los cuatro, les pidió que se presentaran en su cuarto de vez en cuando, y supervisó sus vidas. No obstante nunca dio parte de ellos. Comparando notas con otros cadetes novatos, sobre este punto, Matt descubrió que él y sus amigos eran muy afortunados. Asistieron a varias sesiones del «Foro», primero por orden, después por elección. La diversión más corriente en el *Randolph*, como en todos los internados, era el juego de los disparates. La conversación alcanzaba todo tema posible y las ideas originales y habitualmente radicales de Arensa le daban la salsa necesaria.

Sin embargo, fuera lo que fuese lo que se discutía, el tema volvía siempre a las chicas y entonces se interrumpía con la acostumbrada conclusión:

- No tiene sentido discutirlo, no hay ninguna chica en el *Randolph*. Cambiemos de tema.

Casi igual de divertido era el seminario obligado de «Dudas». La clase había sido instituida por el comandante actual, y resultado de su propia observación de que cada organización militar, sin exceptuar a la Patrulla, tenía un vicio inherente. Toda jerarquía militar es ti mula automáticamente Ja conducta conservadora y la conformación estúpida con los antecedentes. Tiende a penalizar el pensamiento original e imaginativo. El Comodoro Arkwright se daba cuenta de que estas tendencias eran inherentes e ineludibles: esperaba compensarías un poco organizando una clase que requería el tener ideas originales para ser aprobado.

El método era la discusión en grupo, formado por novatos, veteranos y oficiales. El líder del seminario decía alguna frase que atacaba un valor, habitualmente considerado como axiomático. Partiendo de aquí se podía decir cualquier cosa.

Matt necesitó tiempo para entenderlo. Durante su primera sesión el líder propuso:

- Tema a discutir: la Patrulla es perjudicial, y debe ser suprimida.

Matt apenas si lo podía creer.

Sucediéndose con rapidez oyó sugerencias acerca de que los últimos cien años de paz impuesta por la Patrulla habían perjudicado a la raza; que el alud de mutaciones que seguían a una guerra atómica tenían necesariamente que ser un beneficio neto, bajo las leyes inexorables de la evolución; que ni la raza humana ni las otras razas del sistema podían esperar sobrevivir permanentemente en el universo si abandonaban deliberadamente la guerra, y que, en cualquier caso, la Patrulla estaba formada de un hatajo de idiotas santurrones que confundían sus propios prejuicios aprendidos en la instrucción con las leyes de la naturaleza.

Matt no participó durante la primera discusión a la cual asistió.

A la semana siguiente, se puso en duda tanto el amor maternal como el amor a la madre. Quería contestar, pero no pudo pensar en otra respuesta que «¡Pero si yo...!»

Entonces vinieron ataques contra el monoteísmo como una forma de religión deseable, la utilidad del método científico, y la regla de la mayoría en la toma de decisiones. Descubrió que tanto se permitía expresar opiniones ortodoxas como las que no lo eran, y empezó a participar en debate defendiendo algunas de sus ideas favoritas.

En seguida vio como sus propias suposiciones inconscientes, en las que basaba sus opiniones eran salvajemente atacadas y se encontró otra vez reducido a un «¡Pero si yo...!» testarudo y mudo.

Empezó a entender el método y vio que podía preguntar algo inocente, que minaría la argumentación del otro. Desde este momento se lo pasó bien.

Le gustó particularmente cuando Girard Burke fue asignado a su seminario. Matt permanecía a la espera hasta que Girard expresaba alguna opinión categórica, entonces le asaltaba siempre con una pregunta, nunca con una afirmación. Por alguna razón, que no era clara para Matt, las opiniones de Burke era siempre ortodoxas, y para atacarías Matt tenía que pensar algo original.

Pero se lo pregunto a Burke un día, después de la clase.

- Oye, Burke, creía que eras un pájaro con un nuevo punto de vista para cada asunto.

- Bueno, tal vez lo soy. ¿Qué pasa?

- No lo pareces en «Dudas».

Burke puso expresión astuta:

- No me cogerás exponiendo el cuello.

-¿Qué quieres decir con eso?

-¿Piensas que nuestros queridos superiores se interesan por tus brillantes ideas? ¿Cuándo aprenderás a reconocer una trampa, niño?

Matt lo penso.

- Creo que estás loco - sin embargo, lo rumió.

Los días pasaron volando. El ritmo era tan duro, que quedaba poco tiempo para aburrirse. Matt compartía el credo común a todos los cadetes de que el *Randolph* era un manicomio, indigno de ser vivienda de humanos, una basura del espacio, etcétera..., pero de hecho no tenía opinión propia sobre la nave escuela, estaba demasiado ocupado. Al principio había echado un poco de menos su casa, después le pareció que se sobreponía. No había nada más que la monotonía fatigosa del estudio, instrucción, más estudio, laboratorio, sueño, comida y estudio otra vez.

Una noche volvía de la oficina de comunicaciones salía de guardia, muy tarde, cuando oyó sonidos

saliendo del cubiculo de Pete. Primero pensó que Pete hacía funcionar su proyector, estudiando hasta muy tarde. Estaba a punto de golpear la puerta y pedirle que subiera con él a la cantina, para tomar una taza de cacao, cuando se dio cuenta de que el sonido no venía de un proyector.

Con cuidado, entreabrió la puerta. El sonido era un sollozo. Cerró la puerta sin ruido y llamó, golpeándola. Después de un corto silencio Pete dijo:

- Entre.

Matt entró.

- Tienes algo de comer.

- Hay unos pastelitos en mi mesa. Matt los sacó.

- Pareces enfermo, Pete, ¿algo va mal?

- No, nada.

- No me huyas por la tangente de la órbita. Desembucha ya.

Pete titubeó.

- No es nada. Nada que alguien pueda arreglar.

- Tal vez sí, tal vez no. Dime.

- No puedes hacer nada. Echo de menos mi casa, nada más.

-¡Oh! - Matt vio de repente las colinas onduladas y las amplias granjas de Iowa. Se negó a pensar en aquello -. Eso es malo. Sé como te sientes.

- No, no lo sabes. Caramba, tú estás casi en casa. Puedes dar un simple paso hasta una portilla, y verla.

- Eso no soluciona nada.

- Y no hace tanto tiempo que te fuiste de casa. Yo necesité dos años sólo para venir hasta Base Tierra, y no hay maneras de saber cuando estaré en casa otra vez - los ojos de Pete estaban preocupados, su voz casi sonó poética -. No sabes lo que es aquello, Matt, nunca lo has visto. Pero ya sabes lo que dicen: «Cada hombre civilizado tiene dos planetas, el suyo y Ganímedes.»

-¿Qué?

Pete no le oía.

- Júpiter allá arriba, llenando la mitad del cielo - se interrumpió -. Es una maravilla, Matt, no existe ningún sitio parecido.

Matt se encontró pensando en Des Moines durante una tarde de verano... con luciérnagas parpadeando y las cigarras cantando en los árboles y el aire tan espeso y pesado que podrías cogerlo con la mano. De

repente odió la concha de metal que le rodeaba, con su eterna caída libre, su aire filtrado y sus luces artificiales.

-¿Por qué nos hemos matriculado, Pete?

-¡No lo sé, no lo sé!

-¿Vas a renunciar?

- No puedo. Mi padre tuvo que hipotecarse para pagar mi viaje de ida y vuelta, si me voy por propia voluntad se arruinaría.

Tex entró, bostezando y rascándose.

-¿Qué os pasa? ¿No podéis dormir? ¿No queréis, que nadie más duerma?

- Perdona, Tex.

Jarman les observó.

- Parece como si hubiera muerto vuestro perrito favorito. ¿Qué es lo que va mal?

Matt se mordió los labios.

- Nada importante. Echo de menos mi casa, nada más.

De repente, Pete habló:

- Eso no es totalmente cierto. Yo era el que se hacía el bebe, Matt intentaba animarme.

Tex parecía asombrado.

- No lo entiendo, ¿qué importa dónde estés si no estás en Texas?

-¡Oh, Tex, por Dios! - estalló Matt.

-¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo? - Tex miró a Matt y después a Pete -. Pete, desde luego estás muy lejos de tu gente, tengo que admitirlo. Te diré algo: en cuanto nos den un permiso, te vienes conmigo a casa, y te dejaré contarle las patas a un caballo.

Pete sonrió débilmente.

-¿Y conocer a tu tío Bodie?

-¡Eso, eso! Tío Bodie te contará cuando montó un toro salvaje, a pelo. ¿Trato hecho?

- Sí, si vienes a visitar mi casa algún día. Tú también, Matt.

- Trato hecho - se estrecharon las manos. Los efectos de la llorera nostálgica de Pete hubieran podido

desaparecer, si no hubiera ocurrido algo más poco tiempo después. Matt cruzó el pasillo hacia el cuarto de Arensa, para pedir ayuda al veterano sobre un problema difícil de astrogación. Encontró al veterano haciendo sus maletas.

- Entra, Senador - le dijo Arensa -, no te quedes en la entrada. ¿Qué te ocurre, hijo?

- Oh nada, creo. ¿Ya tiene su nave, señor - Arensa había sido aprobado el mes anterior para «tareas externas»; técnicamente ahora era un «cadete aprobado», así como un «veterano».

- No - cogió un fajo de papeles, los miró, y los partió en dos -. Pero me marcho.

-¡Oh!

- No tienes que ser educado. No fui despedido, he renunciado.

-¡Oh!

-¡No me mires, diciendo «oh>! ¿Que hay de extraño en renunciar?

- Nada. Nada.

- Te preguntas por qué, ¿verdad? Bueno, te lo diré. Se acabó esto para mí, estoy harto. Porque, niñito, no tengo ganas de ser un superhombre. El halo angélico me viene estrecho y me largo. ¿Lo puedes entender?

- Oh, no lo estaba criticando.

- No, pero lo estabas pensando. Tú sigue en ello, Senador, eres el tipo de joven chorra, bien dispuesto, que quieren y necesitan. Pero no es para mí. No voy a ser un arcángel revoloteando por el cielo y blandiendo una espada llameante. ¿Has pensado alguna vez en lo que sería bombardear atómicamente una ciudad? ¿Lo has pensado *realmente?*

- Caramba, no lo sé. En realidad la Patrulla no ha tenido que utilizar una bomba desde que empezó a funcionar. Y no creo que tenga que hacerlo nunca.

- Pero has firmado para esto, de todos modos. Por esta razón estás aquí, chaval.

Se interrumpió y cogió su guitarra.

- Olvídalo. Ahora, ¿qué puedo hacer con esto? Te la vendo barata, al precio de la Tierra.

- No podría pagar ni el precio de la Tierra, ahora mismo.

- Tómala como regalo - Arensa se la arrojó -. La Banda del Callejón del Puerco necesita un guitarrista y yo puedo encontrar otra. ¡Dentro de treinta minutos estaré en la Estación Tierra, Senador, y seis horas más tarde estaré de vuelta con los que se arrastran por la tierra, la gente pequeña que no sabe jugar a ser Dios... y no querría hacerlo.

A Matt no se le ocurría nada que decir.

A partir de entonces parecía extraño el no oír los bramidos de Arensa en el pasillo, pero Matt no tenía tiempo para pensar en aquello. La sección de instrucción de Matt en pilotaje fue enviada a la Luna, para el aterrizaje sin aíre.

Su sección había pasado de las navecillas a la instrucción en un cohete de carga tipo A-6, aparejado para la enseñanza. El espacio de carga de esta nave N.C.P. *Costados temblorosos,* para los cadetes, nave de instrucción n.' 106 en los archivos del *Randolph* había sido convertida en una docena de salas de control duplicadas, parecidas hasta en el más pequeño detalle a las salas de control reales, similares en el más sencillo interruptor, control, pantalla y llave. Los instrumentos en las salas duplicadas tenían los mismos datos que sus gemelos en la sala maestra, sólo que cuando un cadete tocaba el control en las salas de instrucción, no tenía efecto alguno sobre la nave, pero la operación quedaba grabada sobre una cinta.

Las operaciones del piloto estaban también grabadas, para que cada estudiante para piloto pudiera comparar lo que había hecho con lo que hubiera tenido que hacer, después de haber practicado bajo condiciones idénticas con las experimentadas por el verdadero piloto.

La instrucción comprendía todo lo que se podía aprender por medio de contactos de prueba con el *Randolph* y en la Estación Tierra. Necesitaban correr el riesgo de aterrizar en un planeta. El viaje de dos días hasta la Base de la Luna se hacía en el *Costados temblorosos,* en condiciones un poco peores que las que encontraba un emigrante.

Matt y sus compañeros no vieron nada de las colonias de la Luna. No hubo salida, vivieron durante dos semanas en cuarteles subterráneos presurizados, en la Base, e iban cada día al campo para su instrucción de aterrizaje, primero en las salas de control falsas del *Costados temblorosos,* y después en los cohetes A-6 con doble mando, para pilotaje verdadero.

Matt voló a solas al final de la primera semana. Tenía «manitas» para pilotar, y con un plano de vuelo precalculado podía hacer responder a su nave. Aquello le resultaba tan natural como difícil la astrogación matemática.

Volar a solas le dejó tiempo libre. Exploró la Base y pescó con un traje del espacio por las llanuras Lunares quemadas y sin aire. Los estudiantes para piloto estaban acuartelados en un rincón de los cuarteles de la Infantería de marina. Para matar el tiempo Matt observaba a los infantes de marina del espacio y charlaba con los suboficiales.

Le gustaba la forma seria con que actuaban los infantes de marina del espacio. La confianza en si mismos con que se desenvolvían. No existe visión más resplandeciente en el Sistema Solar que un viejo sargento de la Infantería de marina del espacio, con su uniforme de gala, cubierto de galones, símbolos de unidad y cintas de medallas, el plateado de sus sientes haciendo juego con el resplandor dorado de su pecho. Matt empezaba a sentirse poco atractivo con aquel simple uniforme sin insignias que había traído en su bolsa de costado.

Le encantaban sus ceremoniales frecuentes. Al principio le sorprendía oír pasar revista a un grupo, sin la espectral repetición de los cuatro nombres:

«¡Dalhíquis! ¡Martin! ¡Rivera! ¡Wheeler!», pero los infantes de marina tenían sus propios rituales.

Fiel a su intención de empollar tanta astrogación como pudiera, Matt se había traído unos típicos problemas. De mala gana los abordó un día. «Datos:

Salida desde la órbita de Deimos, Marte, no antes de las 12 horas de Greenwich, el 15 de mayo del 2087, combustible químico, velocidad máxima 10.000 metros por segundo, destino órbita supraestratosférica alrededor de Venus. Debe calcularse: La órbita más económica hasta el destino y la más rápida, coeficientes de masa, tiempo de salida y de llegada, para cada una. Preparar plan de vuelo y señalar los puntos de control con cálculos previos para cada uno, utilizando estrellas en 2. magnitud o más brillantes. Preguntas: ¿Es posible ganar tiempo o combustible aprovechándose del par Tierra-Luna? ¿Qué meteoros a la deriva se encontrarán y qué planes deberían hacerse, si es necesario, para sortearlos? Toda respuesta tiene que adaptarse al reglamento del espacio, así como a los principios balísticos.»

El problema no podía ser resuelto en un tiempo razonable sin cálculos mecánicos. Sin embargo, Matt podía plantearlo y entonces, con suerte, tener una pequeña charla con el oficial encargado de la sala de computación de la Base para que le dejara utilizar la máquina de cálculo integral balístico. Se puso a trabajar.

Oyó el sonido suave de una corneta, primera llamada para el cambio de guardia. La ignoró.

Estaba sudando con la aproximación estándar preliminar cuando la corneta le interrumpió otra vez con la llamada a revista. Esto rompió completamente el encadenamiento de sus ideas. ¡Demonio de problema! ¿Por qué asignarían problemas tan tontos? La Patrulla no perdía su tiempo con combustibles químicos y órbitas más económicas, eso eran cosas de los marinos mercantes.

Dos minutos más tarde, estaba mirando el cambio de la guardia, en la parte inferior de la sala principal debajo de los barracones. Cuando la banda acabó con «Hasta que los Soles se enfríen y los cielos se oscurezcan», Matt notó un nudo en la garganta.

Se paró frente a la oficina de guardia, poco dispuesto a volver a las complejidades de las matemáticas. Conocía al nuevo suboficial de guardia, Sargento de Primera Macleod.

- Entra, muchacho, y descansa. ¿Has visto el cambio de guardia?

- Gracias. Sí, lo he visto. Es una maravilla.

- Sé lo que quieres decir. Lo he hecho durante veinte años y me sobrecoge ahora más que cuando era solamente un recluta. ¿Cómo te van las cosas? ¿Te tienen muy ocupado?

Matt sonrió tímidamente.

- Estoy haciendo novillos. Tendría que estudiar astrogación, pero estoy tan harto...

- No te echo las culpas... los números me dan dolores de cabeza.

Matt se encontró contando sus problemas al veterano. El Sargento Macleod le miraba con interés y simpatía.

- Mira, amigo Dodson, si no te gustan estas estupideces, ¿por qué no las olvidas

-¿Cómo?

- Te gustan los infantes de marina (leí espacio, ¿no es cierto?

- Caramba, sí.

-¿Por qué no cambias, y te unes a un cuerpo de hombres de verdad? Eres un muchacho prometedor y con educación, dentro de un año te estaré saludando. ¿Nunca lo has pensado?

- Caramba, no. No puede decir que lo haya hecho.

- Entonces, hazlo. No me parece que seas uno de los Profesores. ¿Sabías que llamamos así a los de la Patrulla? ¿Lo sabías? Los «Profesores».

- Lo había oído.

-¿Sí? Bueno, trabajamos para los Profesores, pero no somos corno ellos. Somos... bueno, ya lo has visto. Piénsalo.

Matt lo pensó tanto, que se llevó el problema Marte a Venus con él, todavía sin resolver.

El retraso no le ayudo a resolverlo, ni tampoco se hicieron más simples otros problemas complicados sólo gracias a la idea que le rondaba por la cabeza, que le decía que no necesitaba estrujarse el cerebro con las altas matemáticas para ser un hombre del espacio. Empezó a verse ataviado con los colores llamativos, de faisán macho, de los infantes de marina del espacio.

Al final lo discutió con el Teniente Wong:

-¿Quieres pasarte a la Infantería de marina?

- Sí, creo que sí.

-¿Por qué?

Matt explicó cómo su frustración iba aumentando cuando trataba tanto con física atómica como con astrogación.

Wong asintió con la cabeza.

- Me lo pensé. Pero ya sabíamos que tendrías una tarea difícil, puesto que llegaste aquí insuficientemente preparado. No me gusta el trabajo descuidado que has hecho desde que volviste de la Luna.

- Lo hice lo mejor que podía, señor.

- No, no lo hiciste. Pero *puedes* llegar a dominar estos dos temas, y procuraré que lo hagas.

Matt le explicó, casi inaudiblemente, que no estaba seguro de quererlo. Por primera vez, Wong parecía enojado.

-¿Todavía sigues con esto? Si pides el traslado, no lo aceptaré, y te puedo decir con antelación que cl Comandante también lo rechazará.

Los músculos de las mandíbulas de Matt temblaron.

- Está dentro de sus prerrogativas, señor.

-¡Maldita sea, Dodson! No es una prerrogativa, es mi deber. Nunca serías un buen infante de marina y lo digo porque conozco tu carrera y tus capacidades. Tienes muchas probabilidades para llegar a ser un oficial de la Patrulla.

Matt parecía asombrado:

-¿Por qué no podría ser un buen infante de marina?

- Porque es demasiado fácil para ti, tan fácil que fallarías.

-¿Cómo?

- No me digas «¿cómo?». La diferencia de C.I. entre un líder y sus seguidores no deberla ser de más de treinta puntos. Estás a mucho más de treinta puntos de esos viejos sargentos... y no me interpretes mal, son buenos hombres. Pero tú no piensas como ellos - Wong continuó- ¿Se te ha ocurrido pensar por qué la Patrulla está compuesta solamente por oficiales y estudiantes de oficiales, los cadetes?

- Hum, no señor.

- Naturalmente que no. Nunca nos preguntamos sobre aquellas cosas que nos son familiares. En rigor, la Patrulla no es en absoluto, una organización militar.

-¿Cómo?

- Ya lo sé... se os prepara para utilizar armas, estáis bajo órdenes, lleváis un uniforme. Pero vuestros fines no son luchar, sino impedir las luchas, de cualquier forma posible. La Patrulla no es una organización de combate, es el depositario de las armas demasiado peligrosas para ser confiadas a los militares.

»Con el desarrollo, en el siglo pasado, de las armas de destrucción en masa, la guerra se volvió en totalmente ofensiva y nada defensiva, hablando en general. Una nación podía lanzar un ataque terrible, pero ni siquiera podía proteger sus propias bases de cohetes. Entonces, llegaron los viajes interplanetarios.

»La nave del espacio es la respuesta más completa, en sentido militar, a una bomba atómica, y a la guerra bacteriológica y climática. Puede lanzar un ataque que no se puede parar, y es totalmente imposible atacar a esa nave del espacio, desde la superficie de un planeta.

Matt asintió con la cabeza:

El problema de la gravedad.

- Sí, el problema de la gravedad. La gente en la superficie de un planeta se halla impotente contra la que va en naves del espacio, tanto como lo sería un hombre intentando pelear con piedras desde el fondo de un pozo. El hombre de arriba tiene la gravedad a su favor.

»Puede que hayamos acabado teniendo la tiranía más hermética y casi inquebrantable que el mundo haya visto jamás. Pero la raza humana tuvo un par de intervalos afortunados y no supo aprovecharlos.

Ahora, le toca a la Patrulla procurar que siga la buena fortuna.

»Pero la Patrulla no puede echar una bomba atómica sólo porque un gritón de mal genio, como Hitler, tome el poder y algún día, cuando tenga bastante tiempo, pueda construir naves del espacio y armas de destrucción masiva. El poder es demasiado fuerte, y delicado... es como intentar mantener el orden en una guardería con un fusil cargado, en vez de una varita con la que dar en la palma de la mano.

»Los infantes de marina del espacio son la varita de la Patrulla. Son los mejores...

- Perdone, señor.

-¿Sí?

- Sé cómo actúan los infantes de marina. Son la fuerza de policía activa del Sistema, y por esto es por lo que quiero trasladarme. Son una organización más activa. Son...

- Son más atrevidos, más aventureros, más brillantes, más encantadores, y no tienen que estudiar cosas que el señor Dodson está cansado de estudiar... Ahora, cállate y escucha: hay mucho más que no sabes acerca de la organización, sino no intentarías trasladarte.

Matt se calló.

- La gente tiende a encuadrarse en tres tipos psicológicos, todos por motivaciones diferentes. Está el tipo motivado por factores económicos, el dinero... y está el tipo motivado por el prestigio o la soberbia. Este tipo es gastador, luchador, fanfarrón, amante, deportista, jugador, le gusta el poder y siente ansias de gloria. Y está el tipo profesional, que pretende seguir un código de ética más que buscar dinero o gloría, los curas y pastores, profesores, científicos, algunos artistas y escritores. La idea es que este tipo de hombre cree que está dedicando su vida a algo más importante que su propia persona, ¿me sigues?

- Yo... creo que sí.

- Ten en cuenta que esto está terriblemente supersimplificado y no intentes aplicar estas reglas a no-terrestres, pues no les irán bien. Los marcianos son de otro tipo y también los venusianos.

Wong continuó:

- Ahora llegamos al núcleo de la cuestión: la Patrulla tiene que estar compuesta exclusivamente del tipo del profesional. En los infantes de marina del espacio, cada miembro del cuerpo, desde los generales hasta los soldados rasos, es o tendría que ser del tipo que vive para el prestigio y la gloria.

- Oh...

Wong esperó que sus palabras surgieran efecto.

- Lo puedes ver en los mismos uniformes: la Patrulla lleva los uniformes más sencillos, los infantes de marina lo llevan de lo más vistoso posible. En la Patrulla todo el énfasis está en el juramento, la responsabilidad hacia la humanidad. En los infantes de marina del espacio el énfasis está en el cuerpo y su historia gloriosa, en la fidelidad hacia los compañeros de armas, las antiguas virtudes del soldado. No estoy desacreditando a la Infantería de marina cuando digo que no se preocupa lo más mínimo de las instituciones políticas del Sistema Solar, solamente le preocupa su organización.

»Pero no es tu estilo, Matt. Te conozco más que tú mismo, porque estudié los resultados de tus pruebas psicológicas. Nunca servirías para infante de marina.

Wong hizo una pausa que duró tanto tiempo que Matt dijo tímidamente:

-¿Es todo, señor?

- Casi. Tienes que aprender astrogación. Si la inmersión en aguas profundas fuera lo más importante de las responsabilidades de la Patrulla, tendrías que aprenderla. Pero lo más importante son los viajes por el espacio, y por esto... te voy a dar un plato difícil de tragar: durante unas semanas no harás nada más que astrogación. ¿Te atrae la idea?

- No, señor.

- No pensaba que lo haría. Pero cuando haya terminado contigo, podrás encontrar tu camino en el Sistema con los ojos vendados. Ahora, déjame ver...

Las siguientes semanas fueron mortalmente monótonas, pero Matt hizo verdaderos progresos. Tenía mucho tiempo para pensar... cuando no estaba inclinado sobre un calculador. Óscar y Tex fueron juntos a la Luna, Pete estaba de turno de noche en la sala de máquinas. Matt permanecía, malhumorado y testarudo, trabajando... y mostrándose melancólico. Se prometió aguantarlo todo hasta que Wong lo dejara en paz. Después, bueno, tendría un permiso uno de esos días. Si decidía abandonar, bueno, muchos cadetes no volvieron nunca de su primer permiso.

Mientras tanto, su trabajo empezó a obtener la aprobación, dada de mala gana, del Teniente Wong.

Al final Wong, dejó de acosarlo, y lo volvió a una rutina normal. Empezaba a descansar, cuando se encontró destinado a trabajo extra. De acuerdo con esto, se presentó una mañana al oficial de guardia, recibió unas breves instrucciones, aprendió de memoria una lista de nombres, y le dieron un brazal negro. Después se fue a la cámara de aire principal y esperó.

Al fin, un grupo de chicos asustados y pálidos empezó a salir de la cámara de descompresión. Cuando llegó su turno, se adelantó y llamó:

-¡Escuadra siete! ¿Dónde está el jefe de la escuadra siete?

Finalmente los reunió y dijo al que actuaba de jefe de la escuadra que le siguiera, y les condujo, lenta y cuidadosamente, hasta la cubierta «A». Cuando llegó allí, se alegró de ver que ninguno se había perdido.

- Este es su comedor - les dijo -. No tardaremos en comer.

Algo en la expresión de uno de ellos le divirtió:

-¿Qué le pasa, caballero? - le preguntó al chico -. ¿No tiene hambre?

- Oh, no, señor.

- Bueno, ánimo, ya la tendrá.

QUIS CUSTODIET IPSOS CUSTODES?

El cadete de la Patrulla Interplanetaria Matthew Dodson se sentó en la sala de espera de la Estación Catapulta de Pikes Peak y miró al reloj. Tenía que esperar una hora antes de embarcar en la *Nueva Luna* hacia la Estación Tierra; mientras, estaba esperando a sus compañeros de cuarto.

Había sido un buen permiso, suponía; había hecho todo lo que había planeado, salvo reunirse con los otros en la hacienda de Jarman al final, pues su madre había armado una gran algarabía al enterarse de su propósito.

Sin embargo, había sido un buen permiso. Su cara bronceada, por el espacio, flaca y empezando a arrugarse, parecía un poco asustada. No había confiado a nadie su intención de abandonar durante el permiso, y ahora estaba intentando recordar exactamente cuándo y por qué había dejado de tener tal intención.

Había sido destinado temporalmente a la N.C.P. *Nobel* como ayudante de astrogador, durante una patrulla de rutina por las bombas cohete circunterrestres. Matt había subido a su nave en la Base Luna y, al final de la patrulla; cuando la *Nobel* hubo aterrizado en la Base Luna para una revisión, le fue dado un permiso antes de presentarse en la *Randolph.* Se había ido directamente a su hogar.

La familia entera le esperaba en la estación y le habían llevado en helicóptero a casa. Su madre había llorado un poco y su padre le había estrechado la mano, muy fuerte. A Matt le parecía que su hermano pequeño había crecido increíblemente. Le gustaba verlos, y estar de nuevo en el viejo vehículo familiar. Matt hubiera pilotado el helicóptero, si Billie, su hermano, no se hubiera puesto directamente en los controles.

Habían decorado de nuevo toda la casa. Obviamente, su madre esperaba comentarios favorables y Matt los había hecho. Pero en realidad el cambio no le había gustado, no había sido lo que se imaginaba. Además, las habitaciones le parecían más pequeñas. Decidió que debía ser el efecto de la nueva decoración: ¡la casa no había podido encogerse!

Su propia habitación estaba llena con las' cosas su vieja habitación, ahora transformada en sala de pasatiempos para su madre. Los nuevos arreglos eran sensatos, razonables, e inoportunos.

Pensándolo bien, Matt sabía que los cambios en casa no tenían nada que ver con su decisión. ¡Cierto que no! Ni las observaciones de su padre a propósito de ciertas actitudes, aunque se le hubieran quedado atragantadas.

El y su padre se habían quedado solos en el comedor, un poco antes de la cena, y Matt había estado paseando de un lado a otro, contando, de una manera que creía interesante y animada, lo sucedido la primera vez que había volado solo. Su padre había aprovechado una pausa para decir:

- Ponte erguido, hijo - Matt se detuvo.

-¿Cómo?

- Estás completamente encorvado y pareces cojear. ¿Te molesta todavía la pierna?

- No, mi pierna está bien.

- Entonces enderézate y echa atrás los hombros. Muéstrate orgulloso. ¿No se fijan en las posturas en la escuela?

-¿Qué hay de malo en mi manera de andar?

Billí había aparecido en la puerta, cuando se mencionó el tema.

- Te lo enseñaré, Mattie - le había interrumpido, y empezado a caminar arrastrando los pies a través de la sala con una grotesca exageración del deslizamiento relajado y sin nervios de los hombres del espacio. El chico hacía que pareciera el paso de un chimpancé.

- Andas así.

-¡Qué diablos voy a andar así!

-¡Diablo si no lo haces!

-¡Billí! - dijo su padre--. Vete a lavar las manos y prepárate para la cena. Y no hables de esta manera. ¡Vamos ya!

Cuando el hijo más pequeño se hubo ido, su padre dio la vuelta otra vez hacia Matt y le dijo:

- Creía que hablaba en privado, Matt. Sinceramente, no es tan malo como Billí lo describe, sólo lo es la mitad.

- Pero, mira papá, ando como todos los hombres del espacio. Esto viene del hecho de tener que habituarse a la caída libre. Caminas como encogido durante días enteros, listo para pegar con un pie a una mampara, o agarrarte con las manos. Cuando vuelves a estar bajo gravedad, después de días y semanas de esto, andas de la misma manera que yo, lo llamamos «Pies de gato».

- Supongo que debe producir este efecto - le habla contestado su padre, razonablemente -. Pero, ¿no sería una buena idea practicar caminando un poco cada día, solamente para mantenerse en buena forma?

-¿En caída libre? Pero... - Matt se habla parado de repente, consciente de que no había manera de salvar la distancia.

- No importa. Vamos a comer.

Habla sufrido la habitual ronda de cenas de familia con tías y tíos. Cada uno hizo preguntas sobre la escuela, y cómo era ir por el espacio. Pero de alguna manera, no parecían muy interesados. Tía Dora, por ejemplo.

Tía-abuela Dora era la matriarca actual de la familia. Había sido una mujer muy activa, preocupada por la iglesia y el trabajo social. Ahora, hacía tres años que estaba siempre en cama. Matt fue a visitarla porque evidentemente su familia lo esperaba.

- Se queja muchas veces de que no le escribes, Matt, y...

-¡Pero, madre, no tengo tiempo para escribir a cada uno!

- Sí, sí. Pero se enorgullece de ti, Matt, te quiere hacer miles de preguntas sobre todo. Asegúrate de llevar tu uniforme, lo esperará.

Tía Dora no preguntó miles de cosas, sino solamente una: por qué había tardado tanto en venir a verla. Entonces, Matt fue informado, con detalles, de la reciente llegada del nuevo Pastor, de las oportunidades de casamiento de varias chicas, parientes y amigas, y el estado de salud de varias viejas mujeres, de las que conocía a pocas, incluyendo los detalles de sus operaciones y el desarrollo postoperatorio.

Estaba un poco aturdido, cuando se escapó alegando una cita previa.

Sí, tal vez era esto, tal vez había sido la visita a tía Dora lo que le convenció de que no estaba dispuesto a renunciar y a quedarse en Des Moines. No podía haber sido Marianne.

Marianne era la chica que le había pedido que le escribiera regularmente y, en efecto, lo había hecho, más regularmente que ella. Pero le había hecho saber que volvía a casa y ella había organizado un picnic para recibirle. Había sido divertido. Matt se había encontrado a antiguos conocidos y le había gustado la veneración al héroe que había tenido por parte de las chicas presentes. Había un joven, tres o cuatro años mayor que Matt, que no parecía aparejado. Poco a poco Matt se dio cuenta de que Marianne trataba al desconocido como de su propiedad.

No le había molestado, Marianne era el tipo de chica que nunca podría llegar a distinguir entre un planeta y una estrella. No lo había visto antes, pero esto y temas similares se habían presentado en la única cita que había tenido con ella, a solas.

Y decía que su uniforme le parecía «mono».

Empezó a entender, gracias a Marianne, por qué la mayoría de los oficiales de la Patrulla no se casan hasta que tienen unos treinta años y pico, después de su jubilación.

El reloj de la Estación de Pikes Peak señalaba que faltaban treinta minutos para que despegaran. Matt empezó a preocuparse de que las maneras descuidadas de Tex podrían haber hecho que los otros tres hubieran perdido la conexión, cuando los descubrió entre la muchedumbre. Cogió su bolsa de costado y se fue hacia ellos.

Estaban de espalda y todavía no le habían visto. Anduvo sigilosamente detrás de Tex y dijo en voz ronca:

- Señor, preséntese a la oficina del Comandante.

Tex dio un salto y se giró por completo.

-¡Matt! ¡So cuatrero, no me asustes de esta manera!

- Es tu conciencia culpable. ¿Qué tal Pete? ¡Hola Oscar!

-¿Cómo está el chico, Matt? ¿Buen permiso?

- Estupendo.

- Por nuestra parte también - se estrecharon las manos.

- Vamos a bordo.

- De acuerdo - dentro fueron pesados, sus pases sellados, y les dieron permiso para subir hasta el sitio donde se hallaba el *Nueva Luna,* vertical y listo en la catapulta, con sus alas enormes extendidas, Una azafata les enseñó sus asientos.

Al aviso de que faltaban diez minutos Matt anunció:

- Subo para ver si aprendo algo. ¿Alguien se viene conmigo?

- Voy a dormir - se negó Tex.

- Yo también - añadió Pete -. Nadie duerme en Texas, y estoy muerto.

Oscar decidió ir con él, subieron a la sala de control y hablaron con el capitán:

- Cadetes Dodson y Jensen, señor. Pedimos permiso para observar.

- Me lo imagino gruñó el capitán -, aténse.

La sala de mandos de cualquier nave con licencia oficial estaba abierta a todos los miembros de la Patrulla, pero los capitanes de la ruta de Tierra-Estación estaban, lógicamente, hartos de esta vieja costumbre.

Oscar tomó la silla del inspector, Matt tuvo que utilizar los cojines y las correas de cubierta. Su posición le daba una vista perfecta del copiloto y primer oficial, esperando ante unos controles del tipo del de los aviones. Si el cohete no se encendía, después del catapultado le correspondía al primero el poner a la nave a nivel de vuelo y hacerla aterrizar sin motor en la pradera del Colorado.

El capitán pilotaba los controles de tipo cohete. Habló con la cabina de control de la catapulta, y entonces hizo sonar la sirena. Poco después remontaron la ladera de una montaña, a seis gravedades agobiantes, que les molían los huesos. La aceleración sólo duró diez segundos, después, la nave salió disparada hacia el cielo, alejándose de la catapulta a 1.950 kilómetros por hora.

Estaban subiendo en caída libre. El capitán parecía tardar en poner en marcha el cohete, y por un momento Matt tuvo la emocionante esperanza de que sería necesario hacer un aterrizaje de emergencia. Pero el motor empezó a rugir en el momento preciso.

Cuando se hubieron instalado en su órbita y el motor se apagó de nuevo, Matt y Oscar dieron las gracias y volvieron a sus asientos. Tex y Pete estaban dormidos, y Oscar en seguida les imitó. Matt decidió que debía haberse perdido algo al dejar que le disuadieran para no terminar su permiso en Texas.

Sus pensamientos volvieron al problema que había estado considerando. Desde luego, no se habla decidido a quedarse simplemente por el hecho de que su permiso hubiera sido tranquilo; nunca había pensado en su casa como en un lugar de diversión o un recinto de feria.

Una noche, a la hora de la cena, su padre le había pedido que describiera qué era lo que el *Nobel* había hecho en su patrulla alrededor de la Tierra. Tuvo que complacerle:

- Cuando dejamos la Base Luna nos dirigimos hacia la Tierra en una órbita elíptica. A medida que nos

acercábamos, frenábamos gradualmente, y nos aparcamos en una estrecha órbita circular de polo a polo.

-¿Por qué de polo a polo?

- Verás, porque los cohetes atómicos tienen órbitas de polo a polo. Sólo así pueden cubrir el globo entero. Si circularan alrededor del ecuador...

- Ya comprendo - le interrumpió su padre -, pero vuestro propósito, según entiendo, es inspeccionar las bombas cohete. Si vosotros, vuestra nave, circulaseis alrededor del Ecuador, sólo tendríais que esperar a los cohetes cuando pasaran.

- Tú puede que lo entiendas - le había dicho su madre a su padre -, pero yo no.

Matt miro a uno y a otra, preguntándose a quien debía responder, y cómo.

- Cada uno a su tiempo... por favor – protestó -. Papá no podemos limitarnos a interceptar las bombas, tenemos que acercarnos a ellas, coordinar las órbitas, hasta que estemos justo a su lado, manteniendo exactamente el mismo rumbo y velocidad. Entonces, se lleva la bomba adentro, la embarcamos y la inspeccionamos.

-¿Y en qué consiste la inspección?

- Espera un momento, papá. Madre, mira aquí, por favor - Matt cogió una naranja de la mesa -. Los cohetes atómicos van dando vueltas, así, de polo a polo, cada dos horas. Mientras tanto, la Tierra da una vuelta alrededor de su eje cada veinticuatro horas. - Con su mano izquierda, Matt giraba lentamente la naranja mientras, con un dedo de su mano derecha la recorría rápidamente de punta a punta como si fuera un cohete yendo de polo a polo. Esto significa que si un cohete pasa por encima de Des Moines en este viaje, al siguiente pasará justo encima de la costa del Pacífico. En veinticuatro horas cubre todo el globo.

-¡Santo Cielo! Matthew, me gustaría que no hablaras de bombas atómicas encima de Des Moines, ni siquiera en broma.

-¿En broma? - Matt se asombro -. De hecho... déjame pensar, estamos más o menos a cuarenta y dos norte y diecinueve oeste.

Miró su reloj y lo estudió algunos segundos.

- J-tres debería pasar por aquí, dentro de unos siete minutos; sí, pasará prácticamente por encima de nuestras cabezas cuando terminemos el café - largas semanas en el *Nobel*, trazando, calculando y observando radioscopios habían hecho que Matt conociera las órbitas de los cohetes circunterrestres mejor que la esposa de un granjero conocería sus propias gallinas, J-tres era como un individuo para él, alguien con hábitos fijos.

Su madre estaba horrorizada. Habló directamente a su esposo, como si esperara que él hiciera algo acerca de aquello.

- John -.. no me gusta esto, no me gusta esto, ¿me oyes? ¿Qué pasaría si cayera?

- Tonterías, Catherine, no puede caerse.

El hermano pequeño de Matt espetó:

-¡Mamá ni siquiera sabe qué es lo que aguanta arriba a la Luna!

Matt se volvió hacia su hermano:

-¿A ti quién te manda hablar? ¿Sabes qué es lo que aguanta a la Luna?

- Claro, la gravedad.

- No exactamente. ¿Por qué no me lo explicas un poco, con diagramas?

El chico lo intentó, su esfuerzo no dio demasiado buen resultado. Matt le mandó callar.

- Sabes un poco menos de astronomía que los antiguos egipcios. No te burles de tus mayores. Ahora, mira madre, no te preocupes. J-tres no puede caerse encima de nosotros. Está en una órbita libre que no hace intersección con la Tierra; no puede caerse, como tampoco puede caerse la Luna. De todas formas, si la Patrulla tuviera que bombardear Des Moines esta noche no utilizaría el J-tres, por la sencilla razón de que está encima. Para bombardear una ciudad, utilizas un cohete dirigido a tu objetivo y a unos dos mil quinientos kilómetros de distancia, porque tienes que indicar al robot que conecte el propulsor y localice el blanco. De modo que no sería J-tres, sería... - volvió a pensar -. E-dos o quizás H-uno - sonrió entre dientes -. Me gané una bronca a causa de E-dos.

-¿Por qué? - preguntó su hermano.

- Matt, creo que no has elegido la mejor explicación para calmar a tu madre - dijo su padre secamente -. Sugiero que no hablemos de bombardeos de ciudades.

- Pero, si no... Lo siento, padre.

- Catherine, no hay motivo para que te alarmes... también podrías tener miedo de los policías locales. Matt, ibas a hablarme de la inspección. ¿Por qué tienen que ser inspeccionados los cohetes?

-¡Quiero saber por qué le riñeron!

Matt levantó una ceja dirigiéndose a su hermano.

- También podría empezar contestándole a él, papá, pues tiene que ver con la inspección. De acuerdo, Billí, hice una mala inmersión cuando empezamos a cogerla y tuve que volver con el propulsor de mi traje, e intentarlo de nuevo.

- ¿Que quieres decir, Matthew?

- Quiere decir...

- Cierra el pico, Billie. Papá, se hace salir a un hombre para conectar el seguro del disparador y fijar una cuerda al cohete para poder traerlo hacia dentro de la nave y trabajar con él. Yo era el hombre. Hice un mal despegue y perdí por completo el cohete, lo tenía a unos treinta y cinco metros y supongo que calculé mal la distancia. Di la vuelta y vi que ya lo había pasado. Tuve que regresar, e intentarlo de nuevo.

Su madre todavía parecía aturdida, pero no le gustó lo que oía.

- Matthew, esto me parece peligroso.

- Es tan seguro como las casas, madre. No *puedes* caerte como tampoco lo puede el cohete, o la nave. Pero es complicado. De todas formas, al final le enganché la cuerda y me monté, para volver a la nave.

- ¿Quiéres decir que ibas montado en una bomba atómica?

- Caramba, madre, es muy seguro... el moderador que cubre los materiales de fisión absorbe casi toda la radiactividad. De todas formas, el tiempo de exposición es muy corto.

- Pero, ¿y si hubiera estallado?

- No puede. Para hacerlo, o bien tiene que chocar contra la Tierra a la velocidad suficiente para que golpee las masas subcríticas tan deprisa como lo haría su cañón disparador, o se tiene que conectar el disparador por radio. Además, yo había puesto el seguro del disparador, que no es nada más ni nada menos que una pequeña palanca, pero cuando está en su lugar ni un milagro podría dispararlo, porque no se pueden reunir las masas subcríticas.

- Puede que sea mejor que olvidemos este tema, Matt. Parece que estás poniendo nerviosa a tu madre.

- Pero, papá, ella me lo preguntó.

-Ya lo sé. Pero todavía no me has explicado por qué hacéis la inspección.

- Bien, en primer lugar, para revisar la bomba, pero nunca hay ningún fallo en la bomba. De todos modos, todavía no he hecho el curso de oficial de bombas, para eso se tiene que ser ingeniero nuclear. Revisas el motor del cohete, especialmente los tanques de combustible. Algunas veces, tienes que reemplazar un poco que se ha escapado por las válvulas de seguridad. Pero sobre todo, le haces un examen balístico y compruebas los circuitos de control. -

-¿Examen balístico?

- Claro, en teoría, uno tendría que estar en condiciones de decir donde estaría una de estas bombas en cada momento de los próximos mil años. Pero no funciona así. Hay pequeños detalles, como el efecto de las mareas, el hecho de que la Tierra no es una esfera completamente uniforme, y algunos otros, que, gradualmente, la apartan un poco de la órbita predicha. Cuando se encuentra una, y se revisa, y nunca está muy lejos de donde debería estar, se corrige la órbita poniendo justamente la nave en la trayectoria exacta, tras lo que se saca el cohete fuera de la nave otra vez. Después, vas a por otro.

- Muy bien... ¿Y estas correcciones se hacen tan a menudo que mantienen a una nave ocupada sólo con estas inspecciones?

- Bueno, no, papá, las inspeccionamos mas a menudo de lo necesario, pero eso mantiene ocupados a la nave y a la tripulación. No deja tiempo para la monotonía. Y, de todas formas, las inspecciones frecuentes mantienen la seguridad.

- Me suena a un derroche del dinero de los contribuyentes en unas inspecciones demasiado frecuentes.

- Pero, ¿es que no lo entendéis? No estamos allí para inspeccionar, estamos allí para *patrullar*. La nave de inspección es la que lanzaría el ataque, en caso de que alguien lo provocase. Estamos patrullando, hasta que otra nave viene a relevarnos; de modo que, de paso, ¿por qué no inspeccionar? De acuerdo en que se puede bombardear una ciudad desde la Base Luna, que se puede hacer un trabajo mejor y más preciso, con menos probabilidades, de que, por proximidad, alcances a quien no debes.

Su madre parecía muy preocupada. Su padre levantó las cejas y dijo:

- Hemos vuelto otra vez al tema de los bombardeos, Matt.

- Unicamente respondía a tu pregunta.

- Me temo que he hecho preguntas que no debía. Tu madre no sabe tomarse las respuestas impersonalmente. Catherine, no existe la menor posibilidad de que la Unión de Norte América sea bombardeada. Díselo tú, Matt, supongo que a ti te creerá.

Matt había permanecido en silencio. Su padre había insistido.

- Vamos. Matt. Mira, Catherine, después de todo, es nuestra Patrulla. En la práctica, las otras naciones no cuentan. La mayoría de los oficiales de la Patrulla son norteamericanos. ¿Verdad que es así, Matt?

- Nunca lo había pensado. Supongo que si.

- Muy bien. Ahora Catherine, no vas a imaginarte a Matt bombardeando Des Moines, ¿no? Y esto es lo que vale. Díselo, Matt.

-¡Pero, papá, no sabes lo que estás diciendo!

-¿Qué? ¿Qué me dices, muchacho?

- Yo... - Matt había mirado a su alrededor y entonces, de repente, se habla levantado y abandonado la sala.

Su padre entró en su habitación, poco tiempo después.

-¡Matt!

-¿Sí?

- Mira, Matt, dejé que la conversación se me escapara de las manos. Lo siento, y no te culpo por haberte enfadado. Tu madre... Ya sabes. Intento protegerla. Las mujeres se preocupan muy fácilmente.

- De acuerdo, papá. Perdona por haberos dejado plantados.

- No importa. Olvidémoslo. Sólo hay una cosa que tendríamos que dejar sentada enseguida. Sé que eres leal a la Patrulla y a sus ideales, y es bueno que lo seas; pero todavía eres un poco joven para ver las realidades políticas involucradas, aunque ya deberías saber que la Patrulla no podría bombardear la Unión de Norte América.

- Podría hacerlo, en un momento decisivo.

- Pero no habrá ningún momento decisivo. Además, incluso si lo hubiera, ni tú ni tus compañeros de nave podríais bombardear a vuestra propia gente.

Matt pensó en esto, intensamente. Recordó al Comandante Rivera, uno de los Cuatro de la orgullosa Tradición... y como, enviado a razonar con el dirigente de su propia capital, su ciudad natal, había mantenido la confianza. Sospechando que podía ser retenido como rehén, había dejado órdenes de llevar a cabo el ataque, a menos que regresara personalmente para cancelarlo. Rivera, cuyo cuerpo era ahora polvo radiactivo, pero cuyo nombre estaba presente siempre que pasaba lista una unidad de la Patrulla.

Su padre todavía estaba hablando:

- Claro, la Patrulla tiene que patrullar este continente del mismo modo que patrulla todo el sistema. No sería correcto, pero por lo demás, no hay razón para asustar a las mujeres con un imposible.

- Prefiero no hablar de esto, papá.

Matt miró su reloj y calculó cuanto tardaría el Nueva *Luna* en llegar a Estación Tierra. Deseó poder dormir, como los otros. Ahora estaba seguro de qué fue lo que le hizo cambiar de opinión acerca de dimitir y permanecer en Des Moines. No era el deseo de emular a Rivera. No, era una acumulación de cosas... que se sumaban en una sola idea: que el pequeño Mattie no vivía ya allí.

Durante las primeras semanas que siguieron al permiso, Matt estaba demasiado ocupado para sentirse preocupado. Tenía que regresar a aquella tortura cotidiana, con más cosas que estudiar y menos tiempo para hacerlo. Ahora, estaba en la lista de guardia de los cadetes, y tenía más horas de laboratorio, tanto en electrónica como nucleónico. Además, compartía con los otros veteranos la responsabilidad de educar a los cadetes novatos. Antes del permiso, normalmente había tenido las veladas libres para estudiar, ahora, tres noches por semana, tenía que instruir a los jóvenes en astrogación.

Empezaba a pensar que tendría que renunciar al polo espacial, cuando se vio elegido como capitán del equipo del Callejón del Puerco. Entonces, estuvo más ocupado que nunca. Prácticamente no penso en ningún problema abstracto, hasta la siguiente sesión con el Teniente Wong.

- Buenas tardes - dijo su instructor -. ¿Cómo va tu clase de astrogación?

- Oh, resulta extraño estar enseñándola en lugar de suspenderla.

- Por eso tienes que darla: porque todavía te acuerdas de lo que le confundía y el porqué. ¿Cómo va la atómica?

- Bueno... supongo que me las arreglaré, pero nunca seré un Einstein.

- Me sorprendería si lo fueras. De todas formas, ¿cómo te va? - Wong esperó.

- Bien, supongo. ¿Sabe, señor Wong? Cuando me fui de permiso no tenía intención de regresar.

- Ya me lo imaginaba. Aquello de la Infantería de marina del espacio era, simplemente, tu manera de escurrir el bulto, intentando evitar tu verdadero problema.

- Oh, dígame, señor Wong, sin rodeos: ¿Es usted un oficial de Patrulla regular, o un psiquiatra?

Wong casi sonrió.

- Soy un oficial de Patrulla regular, Matt, pero he sido entrenado especialmente para este trabajo.

- Oh, ya veo. ¿Qué era de lo que yo me escapaba?

- No lo sé. Tú dirás.

- No sé por dónde empezar.

- Cuéntame tu permiso, entonces. Disponemos de toda la tarde.

- Sí, señor - Matt empezó a divagar, contando todo lo que podía recordar -. De modo que ya ve - dijo al fin -, fueron muchas cosas. Estaba en casa, pero era un extraño. No hablábamos el mismo idioma.

Wong se rió entre dientes.

- No me río de ti - se disculpó -. No es divertido. Todos pasamos por esto, el descubrimiento de que no hay forma de volver. Forma parte de nuestro crecimiento; pero, con los hombres del espacio, el proceso es particularmente agudo y salvaje.

Matt meneó la cabeza.

- Ya me he hecho a la idea de esto. Pase lo que pase no volveré, no para quedarme. Puede que vaya al servicio mercante, pero permaneceré en el espacio.

- No vas a fallar a estas alturas, Matt.

- Quizá no, pero todavía no sé si la Patrulla es el lugar para mí. Esto es lo que me preocupa.

- Bien, ¿puedes explicarte?

Matt lo intentó. Narró la conversación con su padre y su madre, que tanto les había preocupado.

- Es eso. Si llega un momento decisivo, se supone que debo bombardear mi pueblo natal. No estoy seguro de poder hacerlo. Quizá no pertenezco a esta organización.

- No es posible que tal cosa suceda. Tu padre tenía razón.

- Esta no es la cuestión. Si un oficial de la Patrulla sólo es leal a su juramento, cuando no se interponen sus asuntos por medio, entonces el sistema entero se derrumba.

Wong esperó antes de replicar.

- Si la idea de bombardear a tu pueblo y a tu familia no te preocupara, te echaría de esta nave en menos de una hora, pues serias un hombre extremadamente peligroso. La Patrulla no espera que un hombre tenga una perfección divina. Dado que los hombres son imperfectos, la Patrulla actúa sobre un principio de riesgo calculado. La posibilidad de que surja una amenaza al Sistema en tu ciudad natal es mínima. Y la de que seas destinado a llevar a cabo ese ataque es igual de pequeña... puede que estés en Marte. Si consideras las dos posibilidades en conjunto, obtendrás prácticamente un cero.

»Pero si tuvieras tan mala suerte, lo más probable es que tu oficial superior te encerrara en tu habitación, antes de correr un riesgo contigo.

Matt todavía parecía preocupado.

-¿No estás satisfecho? - continuó Wong -. Matt, tú padeces la enfermedad de la juventud: esperas que los problemas morales tengan respuestas agradables, netas y claras. Supón que te relajas, y dejas que yo me preocupe de si tienes o no los requisitos necesarios. Oh, algún día te verás metido en un lío y sin nadie a tu alrededor para darte la respuesta adecuada. Pero soy yo quien tengo que decidir si puedes o no dar esta respuesta, cuando se presente el problema... ¡Y todavía no Sé cuál va a ser tu problema! ¿Te gustaría estar en mi sitio?

Matt sonrió tímidamente.

- No me gustaría.

XI

N.C.P. AES TRIPLEX

Oscar, Matt y Tex estaban juntos en la sala común, poco antes de la comida, cuando entró Pete. Caramboleó, literalmente, en el marco de la puerta pasó silbando, gritando:

- ¡Hey, amigos!

Oscar le cogió del brazo, mientras el otro rebotaba de la pared interior.

- Apaga tu propulsor y aterriza. ¿Cuál es el motivo de este jaleo?

Pete se dio la vuelta y se les encaró:

-¡La nueva lista de «aprobados» está puesta en el tablón!

-¿Quién está en ella?

- No sé, solamente lo he oído decir. ¡Vamos!

Le siguieron, Tex se puso frente a Matt y dijo:

- No sé porque me pongo a sudar, no estaré en la lista.

-¡Pesimista!

Salieron del Callejón del Puerco, pasaron por tres cubiertas y siguieron adelante. Había un grupo de cadetes reunidos alrededor del tablón de anuncios, cerca de la oficina de guardia. Se unieron a ellos.

Pete descubrió su nombre enseguida.

¡Mira! - el párrafo decía -. Armand, Pierre. Destino temporal en N.C.P. *Charles Wain*, presentarse en

Estación Tierra con destino a Leda, Ganímedes. Esperará allí nuevas órdenes.

-¡Mira! – repitió -. ¡Me voy a casa: a esperar órdenes!

Oscar tocó su espalda:

- Felicidades, Pete. Es estupendo. Ahora, si fueras tan amable de sacar tu cadáver del camino...

Matt dijo en voz alta:

-¡Estoy!

-¿Qué nave? - preguntó Tex.

- La *Aes Triplex.*

Oscar se dio la vuelta.

-¿Qué nave?

- *Aes Triplex.*

- Matt... es mi nave. ¡Somos compañeros de nave, chico!

Tex se apartó desconsolado:

- Como lo había dicho no hay ningún «Jarman». Estaré aquí cinco, diez, quince años, viejo y canoso. Prometedme que me escribiréis en mi cumpleaños.

- Anda, Tex, lo siento... - Matt intentó tragar su propio regocijo.

- Tex, ¿has mirado la segunda parte de la lista? - preguntó Pete.

-¿Qué segunda parte? ¿Dónde?

Pete la señaló. Tex entró de nuevo en la muchedumbre: en un momento reapareció.

-¿Qué os parece? ¡Me aprobaron!

- Probablemente no querrán exponer otra promoción de novatos a tu influencia. ¿Qué nave?

- N.C.P. *Oak Ridge.* ¡Eh! Tú y Oscar tenéis la misma nave.

- Sí, la *Aes Triplex.*

- Esto es discriminación, ya lo creo. Bueno, venga, llegaremos tarde para la comida.

Se encontraron con Girard Burke en el pasillo. Tex le paró.

- No tienes que ir a ver, pegajoso. Tu nombre no está en la lista.

-¿Qué lista? ¡Oh! ¿quieres decir la lista de «Aprobados»? No me molestéis niños, habláis con un hombre libre.

-¿Así que te echaron al final?

-¡Qué divertido¡ Aceptaron mi renuncia que entra en vigor hoy mismo. Voy a trabajar con mi padre.

Construyendo chatarra espacial, ¿eh? No te envidio.

- No, empezamos un comercio de exportación, con nuestras propias naves. La próxima vez que me veáis, acuérdate de llamarme «Capitán» - se fue.

-¡Vaya si le voy a llamar «capitán»! - murmuró Tex.

- Apuesto a que renunció porqué se lo pidieron.

- Tal vez no - dijo Matt -. Girard tiene un carácter muy retorcido. Bien, espero que no lo volveremos a ver.

- No lo voy a echar en falta.

Después de la comida, no encontraban a Tex. Se presentó casi dos horas más tarde.

- Lo conseguí, chocadla con vuestro compañero de nave.

-¿En serio?

-*¡Y* tan en serio! Primero localicé a Dvorak y le convencí de que le convendría más una nave en la Patrulla circunterrestre que la *Aes Triplex,* para que pudiera ver a su chica más a menudo. Después fui a ver al Comandante y le dije que vosotros dos, chicos, os habíais acostumbrado a mis consejos y que estabais perdidos sin mí. Y nada más. El comandante apreció la sabiduría de mis palabras, y aceptó el cambio con Dvorak.

- Apuesto que no fue por eso - contestó Matt -. Probablemente quería que yo continuara cuidándote.

Tex puso una expresión extraña.

-¿Sabes, Matt que no estás tan lejos de la verdad?

-¿Qué dices...? Estaba bromeando.

- Lo que me dijo fue que pensaba que el Cadete Jensen tendría una buena influencia sobre mí. ¿Qué te parece, Oscar?

Oscar lanzó un bufido.

- Si he llegado al punto en que ejerzo una buena influencia sobre cualquiera, me ha llegado también la hora de cultivar nuevos vicios.

- Me encantaría ayudarte.

- No quiero tu ayuda, quiero la de tu tío Bodie. ¡Ése sí que es un hombre de mundo!

Tres semanas más tarde, en la Base Luna, Oscar y Matt estaban instalándose en su camarote de la *Aes Triplex*. Matt no se sentía muy bien, pues la noche anterior en la Colonia Tycho se habían acostado tarde, tras irse de juerga. Habían cogido el último vuelo del transbordador hacia la Base Luna.

Sonó el interfono de su cuarto y Matt contestó para no escuchar aquel chillido:

-¿Sí? Cadete Dodson al habla.

- Oficial de Guardia. ¿Está Jensen también ahí?

- Sí, señor.

- Preséntense los dos al Capitán.

- Sí, señor - Matt miró a Oscar con preocupación.

-¿Qué voy a hacer, Os? El resto de mis uniformes está en la sastrería de la base, y el que llevo parece que haya dormido con él.

- Lo hiciste. Toma uno de los míos.

- Gracias, pero me sentarían como un par de calcetines a un gallo. ¿Crees que tengo tiempo de ir corriendo a buscar los míos, limpios?

- Lo veo difícil.

Matt se rascó la barbilla.

- Tendría que afeitarme, de todas maneras.

- Mira - dijo Oscar -. Si no me equivoco al juzgar a los capitanes, será mejor que aparezcas en cueros y con una barba hasta aquí, que hacerle esperar. Vamos.

La puerta se abrió y Tex introdujo la cabeza.

- Eh, ¿os han llamado para presentaros al Viejo?

- Sí. Tex, ¿me puedes dejar un uniforme?

Tex podía. Matt cruzó el pasillo hacia el pequeño camarote de Tex, y se cambió. Se apretó fuertemente el cinturón arregló las arrugas y esperó que todo fuese bien. Los tres se fueron hacia el camarote del Capitán.

- Me alegro no tener que presentarme solo - anunció Tex -. Estoy nervioso.

- Cálmate - le aconsejó Oscar.

- Se dice que el Capitán McAndrews es un tipo muy humano.

-¿No te has enterado? McAndrews no está de servicio, se rompió el tobillo. En el último minuto el Departamento mandó el capitán Yancey para dirigir la expedición.

-¡Yancey! - Oscar dejó escapar un silbido. ¡Oh, santo cielo!

-¿Qué pasa, Oscar? - inquirió Matt -. ¿Le conoces?

- Mi padre le conocía. Papá tenía la con trata de aprovisionamiento de alimentos frescos al puerto de New Auckland, cuando Yancey, entonces el Teniente Yancey, era jefe de puerto...

Se detuvieron frente a la cabina del comandante.

- Esto debería enchufarte.

-¡Ni hablar! No se llevaban bien.

- Me pregunto si hice bien - reflexionó Tex, preocupado, cuando me las arreglé para que me cambiaran de la *Oak Ridge.*

- Es demasiado tarde para preocuparte. Bueno, creo que tendríamos...

Oscar se interrumpió, puesto que la puerta de enfrente se abrió de repente, y se encontraron frente al Comandante. Era alto, de hombros anchos, caderas estrechas, y tan guapo que parecía un actor de televisión en el papel de un oficial de la Patrulla.

-¿Y bien? - les espetó. No se queden charlando en mi puerta, ¡entren!

Entraron en fila, silenciosos. El Capitán Yancey se sentó frente a ellos, y los examinó uno a uno.

-¿Qué les pasa, caballeros? - dijo al fin -. ¿Se han quedado sin habla?

Tex pudo hablar.

- Se presenta el cadete Jarman, mi Capitán - los ojos de Yancey pasaron rápidamente hacia Matt.

Matt se mojó los labios:

- Cadete Dodson, señor.

Cadete Jensen, señor, presentándose según órdenes.

El oficial miró a Oscar atentamente entonces le habló en venusiano:

-*¿Acaso estas orejas perciben algún* eco *del lenguaje del Hermoso Planeta?*

- *Es verdad, venerable y sabio anciano.*

- Nunca pude soportar esta manera de hablar tan tonta - comentó Yancey, volviendo al básico. No le preguntaré de dónde es, pero... ¿está su padre en el jaleo de los víveres?

- Mi padre es mayorista en alimentación.

- Me lo pensaba - el Capitán continuó mirándole unos momentos, y después se dirigió a Matt.

- Ahora, señor, ¿a qué viene esta mascarada? Parece un refugiado de una nave de emigrantes.

Matt buscó una explicación, pero Yancey le interrumpió:

- No me interesan las excusas. Quiero una nave perfecta. Recuérdelo.

- Sí, señor.

El Capitán se arrellanó en su silla y encendió un cigarrillo.

- Ahora, caballeros, seguro que se están preguntando el porqué les hice venir. Debo admitir que sentía un poco de curiosidad por ver el tipo de producto que la vieja escuela produce ahora. En mis tiempos, era un verdadero curso para hombres de pelo en pecho, y no se aceptaban disparates. Pero ahora veo que los psicólogos han tomado la dirección y que las viejas reglas han cambiado del todo.

Se inclinó y clavó sus ojos en Matt.

- Aquí no han cambiado, caballeros. En mi nave las viejas reglas continúan en pie.

Nadie le contestó. Yancey esperó y después continuó:

- Las reglas establecen que tienen que hacer una visita de cortesía a su comandante, antes de que pasen veinticuatro horas después de la llegada a una nueva nave o destino. Por favor, consideren que esta visita de cortesía ha empezado. Siéntense, caballeros. Señor Dodson, encontrará café allá a su izquierda. ¿Me haría el favor de servirlo?

Cuarenta minutos más tarde se fueron, bastante aturdidos. Yancey había demostrado que podía entretenerlos de la manera más encantadora y había dado muestras de un ingenio caluroso y peculiar y de un cierto talento para contar anécdotas. Matt decidió que le gustaba.

Pero cuando salían, Yancey echó un vistazo a su reloj y dijo:

- Le veré más tarde, señor Dodson, dentro de quince minutos.

Una vez fuera, Tex preguntó:

-¿Por qué te quiere ver, Matt?

-¿No te lo imaginas? - contestó Oscar -. Mira, Matt, voy a ir al sastre por ti, pues no puedes ir allá y afeitarte, en quince minutos.

- Eres mi salvador, Os.

La N.C.P. *Aes Triplex* despegó de la Base Luna trece horas más tarde en una trayectoria pensada para trazar una órbita elíptica con su extremo lejano en el cinturón de asteroides. Sus órdenes eran buscar a la nave perdida N.C.P. *Pathfinder*.

La *Pathfinder* había sido encargada de levantar, por radar, el mapa de un sector del cinturón de asteroides, para la Oficina Uranográfica de la Patrulla. Su misión la habla llevado fuera del alcance de la típica radio de nave, sin embargo, hubiera tenido que comunicarse por radio hacía casi seis meses, en el momento en que hubiera tenido que acercarse a la conjunción con Marte. Pero la Estación Deimos, sita en el satélite de Marte, no había podido descubrir a la *Pathfinder*, por lo que se suponía que estaba perdida.

La posible localización de la *Pathfinder* se hallaba en una zona movediza en el espacio, calculada por geometría, balística, las características de la nave, su misión y su última localización, recorrido y velocidad. Esta zona estaba dividida en cuatro sectores y la *Aes Triplex* tenía que explorar un sector mientras las otras tres naves de la Patrulla cubrían los demás sectores. La tarea común fue llamada «Operación Samaritano», pero cada nave actuaba independientemente, puesto que estarían demasiado alejadas para ser dirigidas como una fuerza conjunta.

Durante la exploración las naves continuarían la misión de la *Pathfinder*, hacer un mapa del pedregal espacial que forma el cinturón de asteroides.

Además del comandante de la nave y de los tres cadetes, la tripulación de la *Aes Triplex* comprendía al Comandante Hartley Miller, oficial ejecutivo y astrogador, al Teniente Novak, ingeniero jefe, al Teniente Thurlow, oficial de bombardeo, al Teniente Brunn, oficial de comunicaciones, y a los Subtenientes Peters, Gómez y Cleary, ayudante de ingeniero y oficiales de guardia de las comunicaciones, respectivamente, y al cirujano de la nave, el doctor Pickering, que debía cuidar a los supervivientes, si es que se encontraba alguno.

La nave no llevaba infantes de marina, salvo si se quería considerar al doctor Pickering como a uno de ellos, pues técnicamente era miembro del estado mayor de la Infantería de Marina, y no miembro de la Patrulla. Todas las tareas de la nave correrían a cargo de los oficiales y los cadetes. Hubo un tiempo en el que hasta el último de los suboficiales de un regimiento de infantería tenía su asistente personal, pero los sirvientes son un lujo demasiado caro, en términos de combustible, de espacio y de alimentos, para poderlos llevar a través de millones de kilómetros del espacio. Además, el hacer algunas tareas manuales es un buen remedio para el aburrimiento, en la monotonía infinita del espacio; hasta la indeseable tarea doméstica de limpiar el cuarto de baño se hacía por turnos de toda la tripulación de la nave, de acuerdo con la costumbre, exceptuando al Capitán, el Oficial Ejecutivo y el Cirujano.

El Capitán Yancey asignó al Teniente Thurlow como oficial de instrucción, y éste, a su vez, creó los puestos de astrogador auxiliar, oficial ayudante de guardia de comunicación, ingeniero auxiliar, y oficial auxiliar de bombardeo, y coordinó una tabla de rotación entre estos puestos, casi innecesarios. Le tocaba también al señor Thurlow el hacer que Matt, Óscar y Tex utilizaran al máximo el proyector de estudio, al servicio de los cadetes.

El oficial Ejecutivo asignó otras tareas que no estaban relacionadas completamente con instrucción formal. Matt fue destinado a la «granja» de la nave. Puesto que los tanques hidropónicos proporcionaban a la nave tanto aire fresco como legumbres, era responsable del acondicionamiento del aire de la nave y compartía con el Teniente Brunn las tareas de la cocina de la nave.

Teóricamente, cada ración tomada a bordo de una embarcación de la Patrulla está precocinada y lista para comer tan pronto como se descongela y calienta a alta frecuencia, durante los segundos, marcados claramente sobre el paquete. De hecho, a muchos oficiales de la Patrulla les encaprichaba actuar como cocineros. El señor Brunn era uno de éstos, y sus resultados justificaban sus presunciones: la *Aes Triplex* tenía una buena mesa.

Matt se dio cuenta de que el señor Brunn no sólo esperaba de la «granja» el que las plantas verdes se alimentaran con bióxido de carbono del aire y lo cambiaran por oxígeno; el oficial de cocina quería cebolletas verdes pequeñas, menta fresca y fragante, tomates, coles de Bruselas, patatas nuevas. Matt empezó a preguntarse si no le hubiera resultado más fácil quedarse en Iowa y plantar maíz.

Cuando empezó su trabajo como oficial de acondicionamiento del aire. Matt no estaba seguro de como se medía el bióxido de carbono, pero al poco tiempo ya hacía exámenes de las disoluciones de cultivo y añadía cápsulas de sal con la seguridad y la rapidez de un veterano, gracias a Brunn, y al carrete n. 62A8134 del fichero de la nave: «Hidroponia Simplificada para Naves del Espacio, con Tablas de cultivo y Fórmulas Adicionales». Empezó a gustarle cuidar de su «granja».

Hasta que los humanos dejen de comer, las naves espaciales deberán llevar, en los largos recorridos, unos trescientos kilos de comida por hombre y por ano. Las plantas verdes que crecían en el acondicionador de aire de la nave permitían al oficial de víveres el no estar tan condicionado por este límite puesto que las plantas cultivadas utilizaban las mismas materias primas para sus ciclos: aire, dióxido de carbón, y agua, repetidas veces, añadiendo solamente cantidades bastante pequeñas de ciertas sales como el nitrato potásico, el sulfato ferroso y el fosfato de calcio.

La economía equilibrada de una nave del espacio se parece a la de un planeta, la energía se utiliza para hacer funcionar los ciclos, pero las mismas materias primas se utilizan repetidas veces. Puesto que el bistec y muchos otros alimentos no pueden ~r cultivados convenientemente a bordo de la nave, tienen que llevarse algunos alimentos, y la nave va acumulando basuras, papel de desecho, y otros desperdicios. Teóricamente, esto podría ser tratado de nuevo, aprovechando en los ciclos de la economía biológica equilibrada, pero en la práctica resulta demasiado complicado.

Sin embargo, toda masa puede ser utilizada en una nave de motor atómico, si se quiere, como masa de reacción para alimentar el cohete. Las materias radiactivas en la pila de energía de una nave de motor atómica no se utilizan en gran cantidad, pero calientan a otras materias hasta temperaturas extremas y las expelen por el tubo del cohete a velocidades muy altas, como si fueran un chorro de «vapor».

Aunque los nabos y similares pueden ser utilizados en el reactor, la utilidad primaria de la «granja» es la de sacar el dióxido de carbono del aire. Para esto cada hombre de la nave tiene que estar en equilibrio con unos nueve metros cuadrados de hojas de plantas verdes. El Teniente Brunn, con su demanda continua de variedad en los alimentos frescos, hacía que normalmente Matt tuviera demasiados cultivos al mismo tiempo, el aire de la nave se oxigenaba demasiado y las plantas empezaban a morir por falta de bióxido de carbono para alimentarse. Matt tenía que observar cuidadosamente el nivel del $C0_2$ y algunas veces aumentarlo, quemando papeles de desperdicios o recortes de plantas.

Brunn guardaba un suministro de semillas en su cuarto. Matt fue allí un «día» (según el tiempo de nave) para sacar semillas de melón persa y empezar una cosecha. Brunn le indicó que se sirviera. Matt buscó revolviéndolo todo y dijo:

- Por todos los... Mire esto, señor Brunn.

-¿Qué? - el oficial miró el paquete que tenía Matt. En la parte exterior estaba marcado: «Semillas, melón persa, variedad gigante, stock n." 12 04728 a», y dentro del sobre decía: «Semillas, pensamientos, variedad gigante».

Brunn hizo un gesto con la cabeza.

- Que te sirva de lección, Dodson. Nunca te fíes de un almacenero, o acabarás a medio camino de Plutón con una caja de cardos astigmáticos, cuando tú habías pedido cartas astronómicas.

-¿Con qué lo voy a sustituir? ¿Con melones pequeños?

- Vamos a plantar sandías. Al Viejo le gusta la sandía.

Matt se fue con semillas de sandía, pero también se llevó las de pensamiento.

Ocho semanas más tarde ideó una especie de florero cubriendo un bol de la cocina con la misma hoja de celulosa esponja que se utilizaba para impedir que las soluciones en su granja flotaran por el compartimento durante la caída libre. Llenó su florero de agua, colocó dentro su última cosecha y lo puso en el centro de la mesa del comedor.

El Capitán Yancey sonrió sinceramente cuando llegó para cenar y vio el bonito ramo de pensamientos.

- Bueno, caballeros – aplaudió -. Esto es precioso ¡Todo el confort de una casa!

Miró a lo largo de la mesa, hacia Matt.

-¿Supongo que tenemos que darle las gracias por esto, señor Dodson?

- Sí, señor - Matt se puso colorado hasta las orejas.

- Una bonita idea. Caballeros, propongo que le quitemos al señor Dodson el plebeyo título de «granjero» y que le designemos como «extraordinario horticultor», ¿de acuerdo? - hubo nueve «sí» y un fuerte «no» del Comandante Miller. En otra votación, propuesta por el Ingeniero Jefe, se pidió al Oficial Ejecutivo que acabara su comida en la cocina.

El Teniente Brunn explicó la equivocación que había dado lugar al jardín de flores. El Capitán Yancey frunció el entrecejo.

- Naturalmente, habrá comprobado el resto de sus existencias de semillas, señor Brunn.

- Oh, no señor.

- Entonces, hágalo - el Teniente Brunn se dispuso a abandonar la mesa -. Después de la cena - añadió el Capitán.

Brunn se quedó en su sitio.

- Me recuerda algo que me ocurrió cuando era <granjero» en la vieja *Percival Lowell*, la que había antes que ésta - continuó Yancey. Habíamos llegado al Polo Sur de Venus y nos las arreglamos de tal manera que teníamos una infección por virus, un tipo de orín, en la «granja»... ¡No se muestre arrogante, señor

Jensen, un día fracasará en un planeta que no conozca!

-¿Yo, señor? ¡No me mostraba arrogante!

-¿No? ¿Estaba sonriendo a los pensamientos, acaso?

- Sí, señor.

-¡Humm! Como decía, cogimos esta infección de orín y unos diez días más tarde no tenía más granja que la que pueda tener un esquimal. Limpié completamente el sitio, lo esterilicé y planté otra vez. La historia se repitió. La infección estaba en todas partes de la nave y no podía sacarla. Acabamos este viaje con alimentos en conserva y raciones pequeñas y no tuve permiso de comer a la mesa en todo el resto del viaje - se sonrió a sí mismo, después llamó hacia la puerta de la cocina -. ¿Cómo va todo por allá, Red?

El Oficial Ejecutivo apareció en la puerta, una cuchara en la mano, un plato cubierto en la otra.

- Muy bien - contestó en voz baja -. Acabo de comerme su postre, Capitán.

El Teniente Brunn gritó:

-¡Eh! ¡Comandante! ¡Basta! ¡No lo haga! Esas bayas son para el desayuno.

- Demasiado tarde - el Comandante Miller se limpió la boca.

-¿Capitán?

- Sí, Dodson.

-¿Qué hizo a propósito del acondicionamiento de aire?

- Bueno, señor, ¿qué hubiera hecho usted?

Matt lo consideró.

- Bueno, señor, hubiera improvisado algo para sacar el $C0_2$ del aire.

- Exactamente. Saqué todo el aire de un compartimento vacío, me puse el traje de vacío y perforé un par de huecos hacia fuera. Después monté un sistema de tuberías para sacar todo el aire viciado al lado oscuro de la nave a través de un alambique fraccionado: primero helaba toda el agua, después helaba el bióxido de carbono. Lo que molestaba era que se helaba todo en una masa sólida y que tenía que repararlo. Pero funcionó lo bastante bien como para llevarnos a casa - se levantaron de la mesa -. Hartley, si ha acabado de hacer porquerías, vamos a repasar ese plano de los meteoros. Tengo una idea.

La nave se acercaba a la órbita de Marte y pronto se encontraría en la zona, comparativamente peligrosa, de los asteroides y de su acompañamiento de objetos a la deriva en el espacio. Matt estaba de turno, como astrogador auxiliar, pero continuaba con su oficio de granjero de la nave. Tex fue a verle un día en su compartimento de hidroponía.

-¡Oye, simiente de heno!

- El heno lo serás tú.

-¿Ya has arado las tierras del Sur? Parece que va a llover - Tex pretendía estudiar las luces oscilantes, utilizadas para estimular el crecimiento de las plantas, luego apartó la mirada -. No importa, estoy aquí de negocios. El Viejo quiere verte.

- Bueno, por el amor de Dios. ¿Por qué no lo dijiste antes, en vez de gastar saliva en vano? - Matt dejó lo que estaba haciendo y comenzó corriendo a ponerse el uniforme. Por el calor y la humedad en la <'granja», Matt trabajaba habitualmente totalmente desnudo, tanto por el confort como para resguardar sus vestidos.

- Bueno, te lo dije, ¿verdad?

El Capitán estaba en su cabina.

- Cadete Dodson, señor.

- Ya lo veo - Yancey levantó una hoja de papel.

- Dodson, acabo de escribir una carta al Departamento, para que sea transmitida tan pronto como entremos en contacto por radio, recomendando que planten flores en cada nave, para alzar los ánimos. Se le dará el mérito de autor de la idea.

- Eh... gracias señor.

- De nada. Cualquier cosa que alivie el tedio, el aburrimiento, la aridez de la vida en el espacio profundo es interesante para la Patrulla. Ya tenemos bastante gente a la que le da la locura del espacio. Las flores son consideradas buenas para los psicópatas, en la Tierra; tal vez harán que los hombres del espacio no se vuelvan chiflados. Pero basta ya de esto. Tengo que preguntarle algo.

-¿Sí, señor?

- Quiero saber por qué demonios pierde el tiempo plantando pensamientos, cuando va retrasado en los estudios.

Matt no supo que decir.

- He estudiado los informes que el señor Thurlow me manda y encontré que el señor Jensen y el señor Jarman están más adelantados que usted. En las últimas semanas le han dejado muy atrás. Es bueno tener aficiones, pero su trabajo es estudiar.

- Sí, señor.

- He calificado su rendimiento como insatisfactorio para este trimestre, tiene el próximo para recuperar el retraso. ¿Ya ha decidido que va a hacer ahora?

Matt se devanó los sesos y al fin se dio cuenta dé que el Capitán había cambiado de tema, y hablaba de ajedrez. El y Matt estaban luchando para conseguir el primer puesto en el torneo de la nave.

- Oh, sí, señor, decidí comerme el peón.

- Lo pensaba - Yancey se volvió y Matt oyó las piezas moverse, mientras el Capitán estudiaba la jugaba sobre su propio tablero de ajedrez -. ¡Espere y verá lo que le va a pasar a su reina!

La velocidad de los asteroides, guijarros volantes, rocas, arena y objetos a la deriva en el espacio, que infestan el área entre Marte y Júpiter, varía entre veintidós kilómetros 'por segundo, cerca de Marte, hasta doce kilómetros por segundo, cerca de Júpiter. Las órbitas de ese basurero volador están irregularmente inclinadas sobre el plano de la eclíptica en un promedio de unos nueve grados, y algunas de las órbitas son, además, bastante excéntricas.

Todo esto significa que una nave sobre una órbita circular, dirigida hacia el «este» o con el tráfico, pueda esperar la posibilidad de colisiones en rozamiento a velocidades relativas de unos tres kilómetros por segundo, con choques remotamente posibles al doble de dicha velocidad.

Tres kilómetros por segundo es aproximadamente el doble de la velocidad en la boca de un buen fusil deportivo. En lo que concierne a los objetos, arena y gravilla, la *Aes Triplex* estaba construida para resistirías. Antes de que la nave llegara a la zona peligrosa, se hizo un trabajo conjunto, todos con sus trajes de vacío: se aseguraron segmentos blindados, espesos como el casco de la nave, sobre las portillas de cuarzo, dejando expuestos solamente los ojos de los instrumentos astrogacionales y las antenas del radar.

Para protegerse de cosas más grandes, el Capitán Yancey montó una vigilancia de meteoros mucho más estricta de lo que es necesario en la mayor parte del espacio. Ocho radares escudriñaban todo el espacio en una esfera de 360. La única condición necesaria para colisión es que el otro objeto mantenga un rumbo fijo, no se necesita ningún cálculo extraordinario. Lo único que se necesita, pues, para evitar la colisión es cambiar la propia velocidad, en cualquier dirección y cualquier cantidad. Tal vez es el único caso en el cual la teoría del pilotar es simple.

El Comandante Miller colocó los cadetes y los subtenientes en continua guardia, examinando cuidadosamente los radarscopios de vigilancia de meteoros. Aunque un ojo humano no notase un objeto e~ rumbo fijo, los radares lo «verían», puesto que estaban montados de modo que, si se encendía un <blip» y permanecía fijo en un sitio de la pantalla, indicando un rumbo fijo, sonaría una alarma y el oficial de guardia encendería el reactor, muy, muy rápidamente.

Sin embargo, el cinturón de asteroides también es, naturalmente, un espacio muy vacío. Las probabilidades de no colisionar contra cualquier cosa más importante que un grano de arena eran muchas. La única diferencia en la *Aes Triplex,* aparte del aumento de trabajo para los oficiales más jóvenes, era una orden de la nave, obligando a todos a atarse mientras dormían, en vez de flotar suelta y confortablemente, para que el durmiente no se rompiera el cuello, en caso de que hubiera una aceleración imprevista.

La N.C.P. *Aes Triplex* estaba provisto de dos naves auxiliares, metidas en pequeños hangares. Eran de un tipo bastante corriente, de alcance corto, y con motor químico, sólo que tenían un radar de exploración tan potente como los de la nave.

Cuando llegaron al área de exploración se designó un piloto y un copiloto para cada navecilla y también una segunda tripulación, puesto que cada cohete tenia que quedarse fuera de la nave una semana seguida, luego cambiar de tripulación y salir otra vez.

Los Tenientes Brunn, Thurlow y Novak y el Subteniente Peters fueron designados como pilotos. Un cadete fue asignado a cada teniente y el Subteniente Gómez fue asociado al Subteniente Peters. Matt estaba con el Teniente Thurlow.

El doctor Pickering se encargó de la comida. Quedaba el Subteniente Cleary como comodín, el hombre que hace todo, lo que era imposible, puesto que las guardias contra meteoros y de exploración tenían que continuar. En consecuencia, las dos tripulaciones que no estaban en el espacio tenían que ayudar, durante su semana de descanso.

Cada lunes, la nave colocaba los cohetes auxiliares en sitios desde donde las tres embarcaciones cubrirían el mayor espacio posible, sin que sus áreas de exploración se cruzaran. La colocación estaba hecha por la nave principal, de modo que la navecilla tuviera los tanques llenos en el desgraciado caso de que no fuera recogida y así tuviera bastante combustible como para ponerse en órbita hacia los planetas interiores, si era necesario.

XII

N.C.P. PATHFINDER

Matt se llevó algunos carretes de estudio en su primera semana de búsqueda, con la intención de ponerlos en el diminuto visor, con auriculares, de la navecilla. No tuvo muchas oportunidades: de cada ocho horas, tenía que pasar cuatro con los ojos pegados a las pantallas de investigación. En las otras cuatro que le quedaban, tenía que dormir, comer, atender a otras obligaciones, y, si le era posible, estudiar.

Además de esto, al Teniente Thurlow le gustaba hablar.

El oficial de bombardeo estaba esperando un destino en la Tierra para realizar estudios de posgraduado, al final del crucero.

- Y entonces, tendré que decidirme, Matt. Me quedo y hago del estudio de la física una ocupación, o renuncio y me dedico a investigación.

- Depende de lo que quieras hacer.

- Trivial, pero cierto. Creo que quiero 'ser un científico, con dedicación total, pero, al cabo de unos años, la Patrulla se convierte en tu padre y tu madre. No sé. Esta masa rocosa se está acercando a nosotros... puedo verla ahora por la portilla.

-¿Si, eh? - Matt se inclinó hacia adelante hasta que también él pudo ver aquella piedra que Thurlow había estado observando por radar. Tenía una forma irregular, un conglomerado de brillante sol y brusca, oscura sombra.

- Señor Thurlow - dijo Matt -, mire por el centro. ¿No le parece que es una estriación?

- Podría ser. Se han recogido algunas muestras que eran, sin lugar a dudas, rocas sedimentarias. Fue la primera prueba de que los asteroides fueron un planeta, ¿sabes?

- Creía que las integraciones de Goodman eran la primera prueba.

-¡Que va, estás equivocado! Goodman no pudo verificarlo hasta que se construyó el gran computador de balística en la Estación Tierra.

- *Ya* lo sabía, pero supongo que lo entendía al revés.

La teoría de que, en algún tiempo, los asteroides habían sido un planeta sito entre Marte v Júpiter, fue negada durante muchos años, porque sus órbitas no indicaban ninguna interrelación, es decir, si el planeta hubiera volado en pedazos, las órbitas deberían intersecarse en el punto de la explosión. El profesor Goodman, utilizando el computador gigante, había demostrado como la falta de relación había sido causada, a través de los años, por las perturbaciones de la actuación de los otros planetas sobre los asteroides.

Había calculado una fecha para el desastre, hacía unos quinientos millones de años, y había calculado también que la mayor parte del planeta destruido se había escapado completamente del Sistema. Los escombros que tenían alrededor representaban, más o menos, un uno por ciento del planeta perdido.

El Teniente Thurlow midió la amplitud angular del fragmento, calculó su distancia por radar, y de la resultante supo, aproximadamente, su tamaño. La roca, grande como era, era demasiado pequeña para que valiera la pena investigar su órbita, fue simplemente incluida en el informe sobre objetos a la deriva en el espacio. Los objetos más pequeños nada más eran apuntados, mientras las colisiones con las pequeñas partículas estaban siendo contadas por un circuito electrónico conectado al casco de la navecilla.

- Lo que me molesta - continuó Thurlow- en el hecho de salir está aquí... Matt, ¿has notado la diferencia entre la gente de la Patrulla y la gente de fuera de la Patrulla?

-¡Vaya si la he notado!

-¿Cuál es la diferencia?

-¿La diferencia? Oh, caramba, nosotros somos hombres del espacio y ellos no. Creo que es cuestión de la medida del mundo de cada uno.

- En parte, pero no te dejes engañar por las simples medidas. Cien millones de kilómetros de espacio vacío no significan nada, si está vacío. No, Matt, la diferencia es más profunda. Le hemos dado a la raza humana cien años de paz, y ahora no queda nadie que se acuerde de la guerra. Han aceptado la paz y el confort como una manera de vivir normal. Pero no lo es. El animal humano tiene detrás de él millones de años de peligro, de hambre, y muerte, y el siglo pasado no es más que un parpadeo en su historia. Pero sólo la Patrulla parece darse cuenta de esto.

-¿Suprimiría la Patrulla?

-¡Oh cielos! No, Matt, me gustaría que hubiera alguna manera de hacer que la gente se diera cuenta de lo poco que nos separa de la jungla. *Y* otra cosa, también... - Thurlow sonrió tímidamente -. Me gustaría que entendiesen un poco lo que somos. Los criados a sueldo de los contribuyentes, eso es lo que piensan de nosotros.

Matt asintió.

- Piensan que somos algo así como un policía de tráfico. Hay un hombre en mi tierra que vende

helicópteros de segunda mano, que me preguntó por qué los hombres de la Patrulla tenían que recibir una pensión cuando se jubilan. Dijo que él no habla podido sentarse y ponerse a descansar a los treinta y cinco años, y no veía por qué tenía que mantener a alguien que lo hiciese - Matt parecía asombrado. Al mismo tiempo, parecía alabar a la Patrulla, quería que su propio hijo fuera cadete. No lo entiendo.

- Eso es. Para ellos somos unos animales domésticos de primera clase, caros e inútiles, de su propiedad. No entienden que no se nos puede alquilar. El tipo de guardián que puedes alquilar vale tanto como el tipo de mujer que puedes comprar.

A la semana siguiente, Matt encontró tiempo para mirar lo que la biblioteca de la nave tenía sobre el tema del planeta destruido. No había gran cosa: estadísticas sin interés sobre el tamaño de los asteroides, fragmentos y partículas, datos sobre las órbitas y su distribución, los cálculos de Goodman resumidos. Nada de lo que quería saber: como ocurrió el desastre. No había nada, aparte de unas teorías bien presentadas.

Habló de esto con Thurlow, cuando salieron otra vez de patrulla. El Teniente se encogió de hombros.

-¿Qué esperabas, Matt?

- No sé, pero más que lo que encontré.

- Nuestra escala temporal no es la más adecuada para dejarnos aprender mucho. Supón que escoges uno de los carretes que has estudiado, éste - el oficial le enseñó uno, titulado «Estructuras sociales de los aborígenes marcianos»-. Ahora, supón que examinas un par de fotogramas en el medio. ¿Puedes reconstruir los miles y miles de fotogramas que vienen antes, simplemente por lógica?

- Naturalmente que no.

- Aquí tienes la situación. Si la raza logra arreglárselas para no volarse los sesos durante unos millones de años, tal vez empezaremos a encontrar algo. Hasta ahora, ni siquiera sabemos qué preguntas hacer

Matt se sentía descontento, pero no sabía que responder. Thurlow frunció las cejas.

- Tal vez no estamos hechos para hacer las preguntas adecuadas. ¿Conoces la idea del «doble mundo» de los marcianos?

- Desde luego, pero no la entiendo.

-¿*Y* quién la entiende? Olvidemos las suposiciones habituales de que un marciano habla con símbolos religiosos cuando dice que vivimos solamente de «un lado» mientras que él vive sobre los «dos lados». Supongamos que lo que quiere decir es tan real como la mantequilla y los huevos, que realmente vive en dos mundos al mismo tiempo, y que estamos en el mundo que considera insignificante. Si se acepta eso, se explica que los marcianos no quieren perder tiempo hablando con nosotros, o intentando explicarnos cosas. No es una fruslería, es razonable. ¿Perderías el tiempo intentando explicar los arcos iris a un gusano?

- No es lo mismo...

- Tal vez lo sea, para un marciano. Un gusano no puede ver, ni siquiera tener sentido de los colores. Si aceptas la realidad del «doble mundo», entonces, para un marciano, no tenemos los sentidos adecuados

para poder hacer las preguntas correctas. ¿Por qué se van a molestar con nosotros?

La radio pidió atención. Thurlow la miró y dijo:

- Alguien llama, Matt. Mira quién es y dile que no estamos en casa.

- De acuerdo - Matt pulsó el interruptor y contestó -. Navecilla uno, *Triplex*, adelante.

- *Triplex* llamando - llegó la voz familiar del Subteniente Cleary -. Atentos para ser recogidos.

-¿Qué? ¡Déjese de bromas! Solamente hace tres días que estamos aquí.

- Atentos para ser recogidos, es una orden. La navecilla dos encontró la *Pathfinder*.

-¿Qué dices? ¿Ha oído esto, señor Thurlow? ¿Lo ha oído?

Era verdad, Peters y Gómez, en la otra navecilla, habían descubierto la nave perdida, casi por casualidad. La *Pathfinder* fue encontrada anclada a un asteroide pequeño, de un kilómetro y medio de ancho aproximadamente. Puesto que era un cuerpo cartografiado, el número 1987 CD, la tripulación de la nave le había prestado poca atención, hasta que su rotación llevó a la *Pathfinder* a la vista.

El Capitán Yancey lo había pensado bien y había decidido recoger a Thurlow y Dodson, antes de reunirse con la segunda navecilla. Cuando estuvieron dentro, el *Aes Triplex* se adelantó hacia 1987 CD e igualaron órbitas. El Subteniente Peters había decidido gastar un poco de su combustible de escape y también había igualado las órbitas.

Matt se impacientaba mientras la segunda navecilla era llevada dentro. No podía ver nada, puesto que las portillas estaban cubiertas, y por el momento no tenía tarea asignada. Después, con enloquecedora deliberación, el Capitán Yancey aseguró su nave a la *Pathfinder*, tirándole un cabo, que fue llevado- por el Subteniente Gómez. El resto de la tripulación de la nave estaba reunida en la sala de control. Tex y Matt aprovecharon la oportunidad para hacer preguntas al Subteniente Peters.

- No puedo decirles mucho - les informó -. Desde fuera parece intacta, pero la puerta de la cámara de descompresión está abierta.

-¿Hay posibilidad de que haya alguien vivo dentro? - preguntó Tex.

- Es posible, pero poco probable.

El Capitán Yancey miró alrededor.

- Cállense – ordenó -. Esto es una sala de control, no un club social.

Cuando hubo terminado, ordenó a Peters y Gómez que fueran con él, los tres se vistieron y salieron de la nave.

Estuvieron fuera una hora, más o menos, y cuando volvieron el Capitán les llamó a todos al comedor.

- Siento decirles, caballeros, que ninguno de nuestros compañeros vive.

Continuó tristemente:

- No tengo muchas dudas sobre lo que ocurrió. La puerta exterior blindada estaba abierta, e intacta. La puerta interior había sido atravesada por un proyectil del tamaño de mi puño, produciendo una descompresión explosiva en los compartimentos contiguos. Aparentemente, tuvieron la inmensa mala suerte de que les entrara un meteoro en la nave por la puerta, exactamente cuando se abrió ésta.

- Espere un momento, Jefe - objetó Miller -. ¿Estaban abiertas todas las puertas herméticas de la nave? Una roca no debiera haber podido hacer esto.

- No hemos podido entrar en la parte de atrás de la nave, pues todavía está bajo presión. Pero pudimos reconstruir lo que ocurrió porque pudimos contar los cuerpos, siete, toda la tripulación de la nave. Todos estaban cerca de la cámara de descompresión y no llevaban los trajes del espacio, salvo uno que se hallaba en la misma cámara, aparentemente su traje fue agujereado por un fragmento. Los otros parecían haberse reunido cerca de la cámara de descompresión, esperando a que entrara – Yancey estaba serio -. Red, creo que tendremos que dar una orden técnica acerca de esto, algo para obligar al personal a que se separe mientras se desarrollan estas operaciones con trajes, de modo que un incidente en la cámara de descompresión no afecte a toda la tripulación de la nave.

Miller frunció las cejas.

- También lo creo así, Capitán. Aunque a veces pudiera ser molesto el hacerlo, en una nave pequeña.

- También es molesto el quedarse sin respiración. Ahora, a propósito de la investigación: Red será el presidente y Novak y Brunn los otros dos miembros. El resto de nosotros nos quedaremos a bordo hasta que el consejo haya acabado su trabajo. Cuando hayan acabado y hayan sacado de la *Pathfinder* todo lo necesario como pruebas, cada uno tendrá tiempo suficiente para satisfacer su curiosidad.

-¿Qué pasa con el cirujano, Capitán? Le quiero como testigo experto.

- De acuerdo, Red. Doctor Pickering, usted irá con el consejo.

Los cadetes se reunieron en el camarote que compartían Matt y Óscar.

-¿Qué os parece? - dijo Tex -. ¡Era lo que nos faltaba! Tenemos que quedarnos sentados aquí, una semana o quizá diez días, mientras un consejo mide el tamaño de un hueco allá en la puerta.

- Olvídalo, Tex - le aconsejó Oscar -. Me imagino que el Viejo no quería que grabaras tus iniciales en cosas, o que robaras la puerta reventada, como recuerdo, antes de que hubieran hecho una investigación a fondo.

-¡Oh, qué tontería!

- No te enfades. Te prometió que podrás curiosear y tomar fotografías y satisfacer tu apetito de ogro, tan pronto como hubieran terminado. Mientras tanto, aprecia el lujo de tener ocho horas para dormir, para variar. Nada de guardias... ninguna.

-¡Oye, es verdad! - asintió Matt -. No lo había pensado, pero no se necesita vigilar las rocas cuando estás atado y no puedes hacer fintas para evitarías.

- Apuesto a que eso lo sabe bastante bien la tripulación de la Pathfinder.

La última lista de la Pathfinder fue pasada al día siguiente. Los cuerpos habían sido encerrados en un compartimento sellado de la nave muerta, y el pase de lista tuvo lugar en el cuartel de oficiales del *Aes Triplex*. Fue una ceremonia bastante larga, puesto que resultó necesario leer los rituales de tres religiones diferentes, antes de que el Capitán concluyera con la despedida propia de la Patrulla: *Ahora ponemos órbita hacia casa...*

Había justamente el número de personas suficiente para contestar a la lista. La tripulación de la *Aes Triplex* la formaba un capitán y otros once patrulleros. En la *Pathfinder* había exactamente once tripulantes, seis oficiales de la patrulla y un planetólogo civil, mas los cuatro que siempre están presentes - en cada revista. El Capitán Yancey pasó la lista de la *Pathfinder* y los otros contestaron, uno después de otro, desde el Comandante Miller hasta Tex, mientras la *Larga guardia* tocada queda para convertirla en réquiem sonaba suavemente por el sistema de altavoces de la nave.

La garganta de Matt estaba casi demasiado seca para contestar. Las mejillas gordinflonas de Tex se llenaban de lágrimas, y no se esforzó en secarlas.

El Teniente Brunn fue una fuente de informaciones durante los primeros dos días. Describió la *Pathfinder* como en buen estado, salvo por la puerta averiada. El tercer día, de repente, se calló.

- El Capitán no quiere que los descubrimientos del consejo sean discutidos, hasta que haya tenido tiempo para estudiarlos.

Matt pasó estas palabras a los otros.

-¿Qué se está preparando? Preguntó Tex -. ¿Qué puede haber de secreto en esto?

-¿Cómo queréis que yo lo sepa?

- Tengo una teoría - dijo Oscar.

-¿Qué? ¿Cuál? ¡Desembucha!

- El Capitán quiere demostrar que el hombre no puede morir de curiosidad. Se imagina que sois un caso perfecto para la prueba.

-¡Oh, déjate de tonterías!

El Capitán Yancey les llamó a todos, de nuevo, al día siguiente:

- Caballeros, aprecio su paciencia, no quise discutir lo que encontramos en la *Pathfinder* hasta haber decidido lo que se tenía que hacer al respecto. Resulta que el planetólogo de la *Pathfinder*, Profesor Thorwald, llegó a la conclusión evidente de que el planeta destruido estaba habitado.

Empezaron a oírse murmullos en la sala.

- Tranquilos, por favor. ¡Hay muestras de rocas con fósiles en la *Pathfinder*, pero hay otras cosas

también, que el Profesor Thorwald determinó. . - y el doctor Pickering, el Comandante y yo estamos de acuerdo... que eran artefactos, artículos trabajados por manos inteligentes.

Este hecho, por sí solo, bastaría para mandar enseguida una docena de naves al cinturón de asteroides – continuó -. Es, probablemente, el descubrimiento más importante en el estudio del sistema, desde que empezaron las excavaciones en la Luna. Pero el profesor Thorwald llegó a otra conclusión aún más alarmante. Con la ayuda del oficial de bombardeo de la nave, utilizando el método de la disminución del nivel de radiactividad, hizo una hipótesis tentadora de que el planeta, al que llama Planeta Lucifer, fue destruido por una explosión nuclear artificial. En otras palabras, lo hicieron ellos mismos.

El silencio era interrumpido únicamente por los ventiladores de la sala. Al fin, Thurlow estalló:

- Pero Capitán, ¡eso es imposible!

El Capitán Yancey le miró.

-¿Conoce todas las respuestas, joven? Yo estoy seguro de que no.

- Perdóneme, señor.

- En este caso, no me atrevería ni a dar una opinión. No soy competente. Sin embargo, caballeros, si esto es cierto, como lo pensaba el Profesor Thorwald, casi no es necesario decirles que tenemos más razones para estar orgullosos de nuestra Patrulla y que nuestra responsabilidad es más importante de lo que habíamos pensado.

- Ahora al trabajo, no estoy dispuesto a dejar a la *Pathfinder* donde está. Aparte de las razones sentimentales, pertenece a la Patrulla y vale muchos millones. Creo que podemos repararla y llevarla a casa.

XIII

UN LARGO VIAJE DE REGRESO

Matt tomó parte en la reconstrucción de la puerta interior de la cámara de descompresión de la *Pathfinder y* de las verificaciones de hermeticidad, todo bajo la mirada cuidadosa del ingeniero jefe. Había pocas averías más en el interior de la nave. La roca o meteoro, que había hecho la abertura en la puerta interior, había agotado en ello casi toda su fuerza. Había que reparar una mampara interior y unas abolladuras. La puerta exterior blindada estaba casi intacta, era claro que el invasor, por mala suerte, había entrado mientras la puerta exterior estaba abierta.

Las plantas en el acondicionador de aire habían muerto por falta de atención y de bióxido de carbono. Matt se encargó del asunto mientras los otros ayudaban en la tarea casi interminable de verificar cada circuito, cada instrumento, cada aparato pequeño, necesario para el funcionamiento de la nave. Era un trabajo de base de reparaciones y no hubiera podido ser realizado si los daños hubieran sido más grandes.

Oscar y Matt robaron una hora de su sueño para explorar el 1987 CD, un trabajo que mezclaba la escalada con el empleo de los reactores del traje. El asteroide tenía, naturalmente, un campo de gravedad, pero hasta el tamaño de una pequeña montaña era insignificante comparado con el de un planeta. Simplemente, no podían sentirlo, los músculos utilizados para oponerse a la fuerza tenaz de la

gran Tierra no tenían nada a hacer con el tirón débil del 1987 CD.

Finalmente, la *Pathfinder* fue soltada y su motor probado por una tripulación improvisada, compuesta por el Capitán Yancey en los controles y el Teniente Novak en la sala de máquinas. El *Aes Triplex* se alejó unos kilómetros, esperó hasta que puso en marcha su cohete por algunos segundos, y entonces se unió a ella. Las dos naves fueron amarradas y el Capitán Yancey y el jefe ingeniero volvieron en el *Aes 'Triplex.*

- Toda para usted Hartley - anunció. Pruébela usted mismo y tome posesión de ella, cuando esté listo.

- Si usted está de acuerdo, yo también. Con su permiso, señor, transbordaré mi tripulación ahora.

-¿Si? Muy bien, Capitán, tome el mando y lleve a cabo sus órdenes. Apúntelo en el diario de a bordo señor - añadió el Capitán Yancey por encima de su hombro, al oficial de guardia.

Treinta minutos más tarde la tripulación escogida pasó por la cámara de descompresión de la *Aes Triplex* hacia la cámara de descompresión de la otra. La N.C.P. *Pathfinder* estaba de nuevo en servicio.

En la *Aes Triplex* quedaban el Capitán Yancey, el Teniente Thurlow, ahora oficial ejecutivo y astrogador, el Subteniente Peters, ahora ingeniero jefe, el cadete Jensen, oficial Jefe de comunicaciones y los cadetes Jarman y Dodson, oficiales de guardia en todos los departamentos y el doctor Pickering de cirujano.

El Comandante Miller, Capitán de la *Pathfinder* tenía un oficial menos que el Capitán Yancey, pero todos sus oficiales tenían experiencia. El Capitán Yancey hubiera tomado él mismo el mando de la nave abandonada, y se hubiera arriesgado con ella, si una cosa no se lo hubiera impedido: la ley no lo permitía. Podía poner a su Primer Oficial a bordo y volverla a considerar en activo, pero no había ninguna autoridad para relevarse del mando de su propia nave, era prisionero de su propio y único estatuto: un oficial comandante, obrando sin contacto con sus superiores.

En su plan original de vuelo se había intentado que la *Pathfinder* atracara en Deimos, Marte, en el momento en que este planeta le alcanzara y se encontrase en posición favorable. El retraso producido por el desastre descartaba la órbita planeada. Marte no estaría en la cita. Además, el Capitán Yancey quería llevar el extraordinario testimonio contenido en la *Pathfinder* a la Base Tierra lo más pronto posible, no tenía sentido el mandarla a aquel puesto avanzado en el satélite exterior de Marte.

Por consiguiente, fue pasada masa de reacción del *Aes Triplex* hacia la nave más pequeña, hasta que sus tanques estuvieron llenos y se trazó una órbita rápida, casi directa aunque antieconómica, hacia la Tierra. El *Aes Triplex,* utilizando una órbita mucho más grande, tipo «Hohmann» pasaría la órbita de Marte, la de la Tierra (la Tierra estaría en este momento en otro lugar), para, más lejos, girar alrededor del Sol y alejarse otra vez de éste, alcanzando la Tierra casi un año más tarde que la *Pathfinder.* Tenía bastante masa para efectuar esto, aún después de volver a llenar la *Pathfinder,* pero quedaba limitada a órbitas que malgastaban tiempo para ganar combustible, más usuales en las naves mercantes que en las de la Patrulla.

Matt, en uno de sus múltiples trabajos, como astrogador auxiliar, notó una peculiaridad de la órbita y le llamó la atención a Oscar:

- Oye, Os, ven a mirar esto. Cuando lleguemos al punto del perihelio, al otro lado del Sol, casi pasaremos rozando a tu ciudad natal. ¿Ves?

Oscar observó las posiciones marcadas en la carta.

- Bueno, ¡maldita sea si no lo hacemos! ¿Cuál es el punto más cercano?

- Menos de ciento cincuenta mil kilómetros. Más o' menos. Aunque he descubierto que el Viejo es un diablo para las órbitas efectivas. ¿Te gustaría apearte?

- Iremos demasiado rápido para poder hacerlo. - comentó Oscar, fríamente.

-¿Oh, dónde está el viejo espíritu del explorador? Podrías coger una de las navecillas y marcharte antes de que lo descubriésemos.

-¡Dios, como me gustaría! Sería agradable tener un permiso - Oscar movió la cabeza tristemente y observó el mapa con atención.

- Sé lo que fe preocupa.. - desde que eres jefe de un departamento, has adquirido cierto sentido de la responsabilidad ¿Cómo te sientes siendo uno de los poderosos?

Tex había entrado en la sala de mapas, mientras hablaban. Intervino en la conversación diciendo:

- Venga ya, Os, díselo a tu público.

La tez blanca de Oscar se volvió colorado.

- Basta ya de tomarme el pelo. Yo no tengo la culpa.

- De acuerdo, pero, hablando en serio- continuó Matt -. ¡Vaya suerte hemos tenido todos nosotros: somos oficiales accidentales de nave, en lo que tenía que ser un viaje de estudio. ¿Sabéis lo que pienso

- Y ¿piensas y todo? - preguntó Tex.

- Cállate. Si nos comportamos bien y tenemos la suerte de demostrar l~ que sabemos, esto puede significar el nombramiento como miembros de la Patrulla.

-¿El Capitán Yancey darme a mí la graduación? - dijo Tex -. Lo dudo.

- Bueno, a Oscar es casi seguro. Después de todo, *es* el oficial jefe de comunicaciones.

- Te digo que esto no significa nada - protestó Oscar -. Seguro, tengo ese cargo, sin nadie con quien comunicarnos. Estamos fuera de alcance de la radio, salvo de la *Pathfinder,* y se está alejando rápidamente.

- No lo estaremos siempre.

- No cambiará nada. ¿Te puedes imaginar el Viejo dejándome, o a uno de vosotros, hacer algo sin estar mirando por encima de mi hombro? De todas maneras, no quiero aún la graduación. Imagínate que volviésemos y no fuera confirmada. ¡ Sería embarazoso!

- Yo si que aceptaría esa posibilidad - anunció Tex -. Puede ser la única manera que tenga de graduarme.

- No te comportes como un pobre huérfano, Tex. Supón que tu tío Bodie te oyese hablando de esta manera...

De hecho, el ambiente en la nave era muy diferente, aunque el Capitán o el Teniente Thurlow, o los dos, los vigilaban muy atentamente. El Capitán Yancey empezó a llamarlos por sus nombres de pila en la mesa y abandonó completamente el uso del apelativo *cadetes*. A veces se refería a los «oficiales» de la nave, utilizando el término de tal manera, que incluía a los tres cadetes. Pero no hizo ninguna sugerencia a propósito de su graduación.

Fuera del cinturón de asteroides, fuera del alcance de la radio, y en una caída libre interminable, las tareas de la nave eran fáciles. Los cadetes tenían mucho tiempo para estudiar, bastante tiempo para jugar a cartas y para discutir interminablemente. Matt lo compaginó con sus tareas y llegó el momento en que buscaba en la biblioteca de la nave trabajos más elevados, puesto que las clases pensadas para ellos cuando se fueron de la *Randolph* eran para un viaje corto.

El Capitán organizó una serie de seminarios, en parte para pasar su propio tiempo y en parte como suplemento a la educación de los cadetes. Pretendían ilustrar varios problemas encontrados por un oficial de la Patrulla como hombre del espacio, o en su tarea más seria como representante diplomático. Yancey hizo bien los cursos, y los cadetes descubrieron, también, que se le podían arrancar reminiscencias. Era, a la vez, agradable e instructivo y les ayudó a pasar aquellas aburridas semanas.

Después de un tiempo muy largo llegaron al alcance de radio de Venus, y había correo para ellos, mensajes que les habían perseguido por la mitad del Sistema Solar. Un despacho oficial, del Departamento, felicitaba al oficial comandante y a la tripulación de la nave por la recuperación de la *Pathfinder*, esto fue registrado, a su tiempo, en los informes de cada uno. Un mensaje privado de Hartley Miller decía al Capitán Yancey que el viaje a casa había sido bueno y que los sabios se arrancaban los cabellos, discutiendo sobre el contenido de la nave. Yancey les leyó esto en voz alta.

Además de cartas de casa, Matt recibió el anuncio de compromiso de Marianne. Se preguntó si se habría casado con el joven que había conocido en el picnic, pero no estaba seguro del nombre, todo aquello le parecía muy lejano. Había una carta también, para los tres cadetes despachada desde: «Leda, Ganímedes», de Pete. Era del tipo: «aquí hace un tiempo maravilloso, me gustaría que estuvieseis aquí».

-¡Vaya suerte tiene el tipo! - dijo Tex- y nosotros por el mundo... ¡Uff!

Llegaron otros mensajes sobre los movimientos de las naves, órdenes técnicas, cambios de personal, la minucia acumulada de una organización militar importante, y un resumen detallado de las noticias de cuatro planetas desde el momento en que perdieron contacto, hasta el presente.

Oscar descubrió que el Capitán Yancey no le estaba controlando estrictamente como jefe de comunicaciones... pero eso ya no le sorprendía. Simplemente, Oscar era el jefe de comunicaciones, y casi había olvidado que antes había sido otra cosa.

Sin embargo, se dio cuenta de que estaba realmente confirmado en su puesto el día en que llegó un mensaje en la cifra más secreta, el primero que no era en idioma vulgar. Tuvo que pedir al Capitán la máquina de descifrar, que estaba guardada en su caja fuerte. Se la dio sin comentarios.

Oscar abrió mucho los ojos cuando le llevó el mensaje traducido a Yancey. Decía: TRIPLEX: PUEDE INVESTIGAR DIFICULTADES REGIÓN ECUATORIAL VENUS. OPERACIONES.

Yancey lo miró:

- Dígale al Oficial Ejecutivo que quiero verlo y, por favor, no hable de esto.

- Sí, señor.

Thurlow entró un poco desconcertado.

-¿Qué ocurre, Capitán?

Yancey le dio el papel. El Teniente lo leyó y silbó.

-¿Ve alguna manera de cumplir esto?

-¿Sabe cuanta potencia de reacción tenemos, Capitán? Podríamos alcanzar una órbita circular, pero no podemos aterrizar.

- Así lo veo yo. Supongo que tendremos que negarnos. Pero, caramba, preferiría ser flagelado antes que mandar una respuesta negativa. ¿Por qué nos escogieron a nosotros? Debe haber otra media docena de naves mejor situadas.

- No lo creo, Capitán. Me parece que somos la única nave disponible. ¿Ha estudiado la lista de movimientos?

- No con detenimiento, ¿por qué?

- Bien, la *Thomas Paine* tendría que ser la nave que se ocupase de esto, pero está en New Aukland, para efectuar reparaciones de emergencia.

- Ya veo. Tendría que haber una patrulla permanente alrededor de Venus... algún día tendrá que haberla - Yancey se rascó la barbilla, parecía que se sentía desgraciado.

-¿Qué tal le parecería una cosa, Capitán...?

-¿Si?

- Si cambiáramos el curso ahora mismo, podríamos hacerlo con poco gasto. Entonces, podríamos efectuar un frenado atmosférico, sin más gastos y, después, bajarla con el cohete.

- Humm, ¿cuánto margen tendríamos?

La mirada del Teniente Thurlow se perdía a lo lejos, mientras calculaba mentalmente una ecuación de cuarto orden. El Capitán Yancey se unió en el trance, moviendo los labios en silencio.

- Prácticamente ninguno, Capitán. Después de permanecer en círculo, se tendría que hacer una inmersión y aceptar la velocidad atmosférica terminal, o acercarse mucho a ella, antes de encender el cohete.

Yancey sacudió la cabeza.

-¿En Venus? Preferiría ir a la noche de Valpurgis, montado en una escoba. No, señor Thurlow, sólo podemos llamarles y confesar nuestra impotencia.

- Un minuto, Capitán, ellos saben que no tenemos infantes de marina.

- Claro.

- Entonces, no esperan que actuemos como Policía, así que lo que podemos hacer, es mandar una navecilla auxiliar.

- Me preguntaba cuando acabaría por pensar esto. De acuerdo, señor Thurlow, le toca a usted. Se lo entrego de mala gana, pero me parece que no puedo hacer otra cosa. Nunca tuvo una misión a su cargo, ¿verdad?

- No, señor.

- Pues lo ha conseguido de joven. Bien, pediré los detalles a Operaciones, mientras usted se prepara para el cambio de curso.

- Bien, señor. ¿Quiere designar usted al cadete que vaya conmigo, o lo elijo yo?

- No va a salir con uno solo, Teniente, irá con los tres. Quiero que, en cualquier momento, la nave esté tripulada y que tenga un hombre armado a su lado. La región ecuatorial de Venus... nadie sabe dónde se va a meter.

- Pero usted se queda únicamente con Peters, señor. No contando al cirujano, claro.

- El señor Peters y yo estaremos bien, Peters juega muy bien a las cartas.

Los detalles que obtuvieron de Operaciones eran muy pocos. La nave mercante *Gary* había enviado un mensaje por radio, diciendo que estaba en peligro a causa de una sublevación de los nativos. Había dado su posición y entonces se había perdido el contacto.

Yancey decidió usar el frenado atmosférico, de todos modos, para ahorrar masa de reacción para más adelante... de lo contrario, el *Aes Triplex* podía haber tenido que orbitar en torno a Venus, hasta que hubiera sido socorrida.

La tripulación pasó cincuenta y seis horas agotadoras, encerrada en la sala de control, mientras la nave se adentraba en las nubes de Venus y volvía a salir de ellas, cada vez un poco más adentro y un poco más despacio. Se fue poniendo penosamente caliente, y el tiempo de que pasaban en el espacio en cada salto casi no era suficiente para irradiar el calor que captaba. La mayor parte de la nave estaba intolerablemente caliente, ya que la sala de control y la «granja» se refrigeraban, a expensas del resto. En el espacio, no hay forma de eliminar un calor no deseado, permanentemente, excepto por radiación, y la diferencia de energía cinética entre la órbita original y la circunsvenusiana, que quería el Capitán, tuvo que ser absorbida como calor, un poco cada vez, para luego irradiarla al espacio.

Pero al final, tres acalorados, cansados y muy emocionados jóvenes, uno de ellos un poco mayor, estaban listos para subir a la navecilla número 2.

De pronto, Matt se acordó de algo.

- Oh, doctor. Doctor Pickering - el cirujano había pasado aquel viaje, sin acontecimientos médicos, escribiendo una monografía titulada: «Algunas notas sobre patología comparativa de los planetas habitados», y andaba ahora por el final. Había relevado a Matt como «granjero».

-¿Si, Matt?

- Esas nuevas plantas tomateras... tiene que cruzar su polen dentro de tres días. ¿Lo hará por mi? ¿No se olvidará?

-¿Cómo voy a hacerlo?

El Capitán se echó a reír:

- Salga ya de los surcos, Dodson, olvide la granja, nosotros la cuidaremos. Ahora, caballeros - miró alrededor captando sus miradas -. Procuren mantenerse vivos. Dudo de que esta misión justifique la pérdida de cuatro oficiales de la Patrulla.

Cuando salían, Tex apretó a Matt en las costillas:

-¿Oíste eso, muchacho? ¡Cuatro oficiales de la Patrulla!

- Sí, pero mira lo que dijo además.

Thurlow guardó las órdenes en su bolsillo. Eran muy simples: seguir dos grados siete latitud norte, longitud doscientos doce grados cero, localizar la *Gary* e investigar el supuesto levantamiento de los nativos. Mantener la paz.

El Teniente se instaló y miró a su tripulación:

-¡Mantengan agarrados sus sombreros, muchachos, allá vamos!

XIV

LOS NATIVOS SON AMISTOSOS

La navecilla empezó a bajar con Thurlow al control y Matt en el asiento del copiloto. Al principio llevaba una velocidad orbital de más de siete kilómetros por segundo, que era la velocidad de la *Aes Triplex* en su órbita circular próxima alrededor del ecuador de Venus. La intención del Teniente era de neutralizar esta velocidad justo sobre su destino y entonces descender sobre su cola. Necesitaba hacer un aterrizaje sobre el chorro, puesto que la navecilla no tenía alas.

Tenía que hacerlo de manera muy precisa, utilizando el mínimo de energía posible. Le ayudaba un poco el «flotar con la corriente» de Oeste a este, la velocidad rotacional de unos 1.500 kilómetros por hora de Venus sobre su ecuador era una ganancia y no una pérdida. Sin embargo, el colocarse exactamente en el sitio ya era otra cuestión. El momento de partida estaba escogido de tal manera que toda la curva descendente tuviera lugar en el lado iluminado del Planeta, para utilizar el Sol como punto de referencia de su situación en longitud; la latitud dependería de la estimación del rumbo mediante la elección exacta de la ruta.

El Sol es el único cuerpo celeste que se puede utilizar durante la navegación aérea en Venus, e incluso se deja de verle al ojo desnudo, tan pronto como uno se encuentra en la envoltura de nubes que cubre todo el planeta. Matt tomaba marcaciones al Sol, manteniendo un ojo pegado al ocular de un adaptador de infrarrojos que había sido colocado en el octante de la nave, y así podía conducir a su, capitán, según un plano de vuelo preparado. No le había parecido práctico preparar un programa para el piloto automático, se sabía demasiado poco acerca de las condiciones atmosféricas que pudieran encontrar.

Cuando Matt hubo informado a su piloto que estaban, según el radar, a unos cincuenta kilómetros de altura, acercándose a la longitud exacta, tal como lo señalaba la imagen infrarroja del Sol, Thurlow llevó a la navecilla hacia su destino, cada vez más bajo y más lentamente y al final la frenó con el cohete para dejarla caer en una parábola distorsionada por la resistencia del aire.

Estaban envueltos por las siempre presentes nubes de Venus. La portilla de piloto era totalmente inútil. Ahora, Matt empezó a mirar la superficie que estaba debajo de ellos, utilizando un «perforador de nubes» de rayos infrarrojos.

Thurlow miró su altímetro de radar, verificando con el plan de alturas para la maniobra de toma; tierra.

- Si tenemos que esquivar algo, tiene que ser ahora - le dijo tranquilamente a Matt -. ¿Qué ves?

- Parece bastante liso. No puedo decir mucho.

Thurlow echó un vistazo.

- En cualquier caso no es agua... y tampoco es bosque. Creo que podemos intentarlo.

Cayeron, mientras Matt miraba detenidamente la fantasmagórica imagen producida por los infrarrojos, preparado para decirle a Thurlow que diera toda la potencia posible, si fuera un prado.

Thurlow frenó el cohete... y lo paró. Sintieron un golpe, como si se hubieran caído unos metros. Habían llegado a Venus.

-¡Oh! - dijo el piloto, secándose el sudor de su frente -. No quiero tener que intentar esto cada día.

- Un buen aterrizaje, patrón - gritó Oscar.

- Ya lo creo - corroboró Tex.

- Gracias, amigos. Bueno, bajemos los zancos

Pulsó un botón del tablero de control. Como la mayoría de los cohetes construidos para aterrizar sobre su chorro, Ja navecilla estaba dotada de tres mástiles telescópicos que salían de los lados de la embarcación y se inclinaban hacia abajo. La presión hidráulica los empujaba, hasta que se ponían en contacto con algo lo bastante sólido como para resistirlos, y entonces el motor se cortaba automáticamente y se fijaban en su sitio, sosteniendo el cohete por tres lados, como si fuera un trípode y manteniéndolo erecto.

Thurlow esperó que aparecieran tres pequeñas luces verdes bajo el botón de control de los zancos, entonces desconectó los giróscopos de estabilización de la navecilla. Esta se quedó inmóvil, por lo que se desató.

- Muy bien, muchachos. Vamos a echar un vistazo. Matt y Tex, quedaos dentro. Oscar, si no te importa que lo diga, puesto que es tu país natal, tendrías que hacernos los honores.

-¡De acuerdo! - Oscar se desató y se fue corriendo hacia la cámara de descompresión. No se necesitaba verificar el aire puesto que hay hombres en Venus, y todos, como miembros de la Patrulla, habían sido inmunizados contra los virulentos hongos de Venus.

Thurlow iba detrás muy cerca de él. Matt se desató y bajó, para sentarse al lado de Tex en el asiento de pasajero que Oscar había dejado. El espacio de la cámara de descompresión era demasiado pequeño en esta diminuta embarcación, como para que valiera la pena hacer otra cosa aparte de esperar.

Oscar miró a fuera, fijamente, por entre la niebla.

- Bueno, ¿cómo te sienta estar de vuelta en casa? - le preguntó Thurlow.

-¡Espléndido! ¡Qué magnífico, qué día tan maravilloso!

Thurlow sonrió a Oscar y le dijo:

- Bajemos la escalera y miremos donde estamos. La puerta de acceso estaba a más de quince metros por encima de los alerones de cola, sin cómodo ascensor de carga.

- De acuerdo - Oscar dio la vuelta y pasó, apretándose, junto a Thurlow. De repente la navecilla se inclinó sobre el lado opuesto a la puerta, pareció quedarse retenida, pero luego empezó a caer, cada vez más deprisa.

-¡Los giróscopos! - gritó Thurlow -. Matt, conecta los giróscopos.

Intentó pasar por encima de Oscar; chocaron, y los dos cayeron hacia atrás, tendidos, mientras la nave se volcaba.

Matt intentó ejecutar la orden del piloto, pero estaba tendido, relajándose. Se cogió a los lados del asiento, intentando con fuerza ponerse de pie, y volver a la estación de control, pero el asiento se inclinó hacia atrás, se encontró deslizándose sobre el mismo y al final quedó sobre el lado de la embarcación, que en aquel momento estaba horizontal.

Oscar y Thurlow fueron lo primero que vio cuando se repuso. Estaban amontonados sobre la pared interior de la nave, con Oscar encima. - Este empezó a levantarse... y se paró.

-¡Hey!

-¿Estás herido, Os?

- Mi brazo.

-¿Qué te pasa? - era Tex, que surgió detrás de Matt, al parecer ileso de la caída.

Oscar se ayudó con su brazo derecho para levantarse, y tocó con cariño su antebrazo izquierdo.

- No sé. Una torcedura o tal vez una rotura. ¡Ay! ¡Ay! Es una rotura.

-¿Estás seguro? - Matt se adelantó -. Déjame ver.

-¿Qué pasa con el patrón? - inquirió Tex.

-¿Qué? - dijeron Matt y Oscar a la vez. Thurlow no se había movido. Tex se acercó a él y se arrodilló.

- Parece que ha perdido el sentido.

- Tírale agua.

- No, no lo hagas - la embarcación cayó un poco más. Oscar se asustó y dijo:

- Creo que sería mejor que saliéramos de aquí.

-¿Qué? ¡No podemos! - protestó Matt -. Tenemos que llevar al señor Thurlow con nosotros.

Oscar no le contestó sino que empezó a subir hacia la cámara de descompresión abierta, que se encontraba ahora a unos tres metros por encima de ellos, lanzando juramentos en venusiano, agitándose penosa y difícilmente, utilizando una mano y forcejeando.

-¿Qué le pasa al viejo, Os? - preguntó Tex -. Parece que ha perdido la cabeza.

-¡Déjale estar! Tenemos que ocupamos del patrón.

Se arrodillaron al lado de Thurlow y le examinaron deprisa pero suavemente. No parecía herido, pero permanecía inconsciente.

- Tal vez sólo haya perdido el sentido - sugirió Matt -. Sus pulsaciones son fuertes y seguras.

- Mira esto, Matt - había una protuberancia detrás de la cabeza del Teniente. Matt la examinó, palpándola con cuidado.

- No se ha hundido el cráneo. Solamente se ha dado un porrazo. Se pondrá bien. Creo...

- Me gustaría que el Doctor Pickering estuviera aquí.

- Sí, y si los peces tuvieran patas, serían ratas... Deja de preocuparte Tex. Deja de manosearle, y dale la oportunidad de salir de esto de modo natural.

Oscar sacó la cabeza por la puerta abierta:

-¡Eh, vosotros chicos! ¡Hay que salir de aquí, y rápido!

-¿Por qué? - le preguntó Matt -. De todas maneras, no podemos: tenemos que quedamos con el patrón, y todavía está sin sentido.

-¡Entonces hay que acarrearlo!

-¿Cómo? ¿Sobre los hombros?

-¡De cualquier manera, pero hay que hacerlo! ¡La nave se está hundiendo!

Tex abrió la boca, la cerró otra vez, y se fue hasta un pequeño armario. Matt gritó:

- Tex, coge una cuerda.

-¿Qué piensas que estoy haciendo, patinando sobre hielo? - Tex reapareció con un rollo de cuerda delgada y resistente, utilizada para remolcar la pequeña embarcación hacia la nave madre -. Tranquilo, ahora, levántalo mientras la paso bajo su peso.

- Tendríamos que hacer un buen cabestrillo. Así podemos herirlo.

-¡No hay tiempo para eso! - apremió Oscar desde arriba -. ¡Deprisa!

Matt subió a la puerta con una extremidad de la cuerda, atándola, mientras Tex estaba todavía pasando el lazo bajo de los sobacos del hombre inconsciente.

Una mirada alrededor bastaba para confirmar la predicción de Oscar: la navecilla estaba de costado y sus alerones apenas tocaban el suelo firme. Su morro estaba más bajo que su cola y se hundía en un fango amarillo y poco denso.

El fango se extendía en la niebla, como un campo llano, y su superficie estaba cubierta como una alfombra de hongos amarillo-verdosos salvo en un espacio pequeño al lado de la nave donde ésta, al caer, había abierto un hueco.

Matt no tuvo tiempo de hacerse una idea de la escena. El fango llegaba casi a la puerta.

-¿Listo allí abajo?

- Listo, estaré arriba enseguida.

- Quédate donde estás y no dejes que se golpee. Creo que puedo manejarlo - Thurlow pesaba unos sesenta y tres kilos en la Tierra, su peso en Venus era de unos cincuenta y tres kilos. Matt se puso a horcajadas en la puerta y tiró de la cuerda.

- Te puedo echar una mano, Matt - dijo Oscar, ansiosamente.

Apártate de en medio - con Matt tirando y Tex empujando y aguantando desde abajo, llevaron al inerte Teniente sobre el marco de la puerta y le sacaron del cohete.

La nave se balanceó de nuevo mientras un alerón de la cola se deslizaba del escollo.

- Adelante, chicos - instó Matt -. ¿Os, puedes llegar a esa orilla, tú solo?

- Si, claro.

- Entonces, hazlo. Dejaremos al patrón atado a la cuerda y te pasaremos un extremo del que te podrás suspender con tu mano buena. De esta manera, si se hunde en el fango, podemos sacarlo.

- Cállate y trabaja - Oscar recorrió todo el largo de la nave, llevando consigo el extremo de la cuerda.

Llegó al escollo, pasando por un alerón de cola.

Matt y Tex no tuvieron problemas para transportar a Thurlow hasta los alerones, pero los últimos pocos metros, desde éstos a la orilla fueron difíciles. Tenían que andar cerca del tubo del reactor, todavía caliente y humeante, y balancearse encima de una depresión formada por un alerón y el lado convergente de la nave. Finalmente, lo consiguieron, dejando que Oscar sostuviera la mayor parte del peso del Teniente tirando desde la orilla con su brazo bueno.

Cuando hubieron puesto a Thurlow sobre el césped, Matt saltó otra vez a bordo de la navecilla. Oscar le gritó.

- Eh, Matt, ¿a dónde crees que vas?

- De vuelta dentro.

- No lo hagas. Vuelve aquí - Matt dudó, Oscar añadió -. Es una orden, Matt.

Matt contestó:

- Me quedaré solamente un minuto. No tenemos ni armas ni elementos de supervivencia. Haré una rápida entrada y los tiraré hacia fuera.

- Ni lo intentes - Matt se quedó dudando un momento, indeciso entre la prioridad indiscutible en el escalafón de Oscar, y la novedad de recibir órdenes directas de su compañero de cuarto. Mira la puerta, Matt - siguió Oscar -. Te quedarás prisionero.

Matt observó. El extremo lejano de la puerta ya estaba en el fango, y una corriente continua de fango se vertía dentro de la nave, espeso como si fuera melaza. Mientras miraba, el vehículo dio un cuarto de vuelta, buscando una nueva estabilidad. Matt volvió a la orilla de un salto.

Miró detrás y vio que la puerta ya no se podía ver; una gran burbuja se formó e hizo ¡plop!, luego otra.

- Gracias, Os.

Se quedaron de pie, mirando a la cola deslizarse por la orilla. Una nube de vapor subió y se juntó con la niebla, cuando el tubo del cohete tocó la humedad; entonces la cola se levantó y la navecilla se quedó casi vertical; al revés, durante unos momentos, con solamente su extremidad posterior fuera del barro.

Se sumergió lentamente. Al fin, no quedaba nada más que burbujas en el fango y una abertura desigual en aquel falso prado imaginario que señalaba donde había estado.

La barbilla de Matt temblaba.

- Tendría que haber permanecido en los controles. Hubiera podido estabilizarla con los giróscopos -.

- Eso no tiene sentido - dijo Oscar -. No te pidió que te quedaras en tu puesto.

- Tendría que haberlo imaginado.

Deja de culparte. Los reglamentos dicen que esto es cosa del piloto. Si tenía alguna duda tendría que

haberla dejado estabilizada con el giróscopo hasta haberlo examinado todo. Y, como por ahora tenemos que ocuparnos de él, deja ya los post-mortem.

- De acuerdo - Matt se arrodilló y tomó el pulso de Thurlow. Continuaba siendo regular.

- No podemos hacer nada más por él, por ahora, aparte de dejarle descansar. Déjame ver tu brazo.

- De acuerdo, pero ten cuidado. ¡Uff!

- Perdona. Me temo que tendré que hacerte daño; en realidad, nunca he puesto un hueso en su lugar.

- Yo sí - dijo Tex -. Allá en las montañas. Ven aquí amigo Os. Recuéstate y relájate, que te va a doler.

- De acuerdo. Pensaba que en Texas simplemente los rematabais - Oscar intentó bromear.

- Solamente los que tenían una pierna rota. Habitualmente salvamos a los que tienen los brazos rotos. Matt, coge un par de tablillas. ¿Tienes un cuchillo?

- Sí.

- Muy bien, yo no tengo. Mejor será que te quites la blusa, Oscar - Jensen obedeció, con ayuda; Tex colocó un pie debajo del sobaco izquierdo de Oscar, cogió su mano izquierda con sus dos manos y dio un fuerte tirón.

Oscar chilló.

- Creo que lo conseguí - dijo Tex -. Matt, Corre con estas tablillas.

- Ya voy - Matt había encontrado un grupo de arbustos de unos cuatro o cinco metros de altura, parecidos superficialmente a los bambúes de la Tierra. Cortó una docena de trozos, gruesos como su dedo meñique y de unos quince centímetros de largo, y los llevó a Tex -. ¿Irán bien?

- Creo que sí. Lo siento por tu blusa, Oscar - Tex Intentó cortar la prenda en pedazos, pero renunció -. ¡Caramba! Este material es duro. Dame tu cuchillo, Matt.

Diez minutos más tarde, Oscar estaba bien entablillado y provisto de un cabestrillo hecho con lo que quedaba de su blusa. Tex se quitó su propia blusa y se sentó encima, puesto que el césped estaba húmedo, y el día caliente y bochornoso como habitualmente lo son en Venus.

- Ya está hecho eso - dijo, y el patrón ni siquiera ha parpadeado. De modo que tu sigues mandando, Os. ¿Cuándo comemos?

- Una pregunta interesante - Oscar frunció las cejas -. Primero vamos a ver de lo que disponemos.

- Vaciad vuestras bolsas.

Matt tenía su cuchillo. La bolsa de Oscar no contenía nada importante. Tex cooperó con su armónica. Oscar parecía preocupado.

-¿Amigos, creéis que puedo mirar en la bolsa del señor Thurlow?

- Creo que tendrías que hacerlo - dijo Tex -. Nunca vi que alguien se quedara inconsciente durante tanto tiempo.

- Estoy de acuerdo - añadió Matt -. Creo que tenemos que admitir que ha sufrido una conmoción y que se quedará inconsciente durante un cierto tiempo. Adelante, Oscar.

La bolsa de Thurlow contenía unas cosas personales que ojearon por encima, las órdenes de la expedición y otro cuchillo, cuyo mango estaba provisto de un pequeño compás magnético.

- Caramba, me alegro de tener esto. Me estaba preguntando cómo íbamos a encontrar nuestro camino hasta aquí sin nativos para guiamos.

-¿Quién quiere volver aquí? - preguntó Tex -. Me parece que no me atrae lo más mínimo.

- La navecilla está aquí.

- Y el *Triplex* está en algún sitio, encima de tu cabeza. Una está casi a la misma distancia de nosotros que la otra... para peatones, quiero decir.

- Mira, Tex, de cualquier manera tenemos que sacar este cohete del fango, y hacerlo funcionar. Si no, nos quedaremos aquí toda la vida.

-¿Qué? ¡Confiaba en ti, el viejo experto en Venus, para conducirnos otra vez hacia la civilización!

- No sabes lo que dices. Tal vez puedas andar ocho o diez mil kilómetros a través de pantanos, y pasar trampas y cañaverales espesos; yo no puedo. Solamente recuerdo que no hay ninguna colonia permanente, ni plantación, a más de ochocientos kilómetros de los dos polos. Recuerda que Venus no está realmente explorada, y que sé aproximadamente lo mismo a propósito de este rincón del bosque que tu del Tíbet.

- Me pregunto qué demonios estaba haciendo la *Gary* por aquí - comentó Matt.

- Y yo que sé...

-¡Hey! - exclamó Tex -. Tal vez podemos volver a casa en la *Gary*.

- Tal vez, pero todavía no hemos encontrado a la *Gary*. En consecuencia, si vemos que no podemos, tan pronto como cumplamos estas órdenes... - Oscar alzó el papel que había sacado del bolsillo de Thurlow -, tenemos que encontrar una manera de sacar la navecilla de este hueco de sentina.

-¿Con nuestras sonrosadas y diminutas manos de mosquito? - preguntó Tex -. ¿Y qué pasa con nuestras órdenes? No me parece que estemos en muy buena forma para ir a apaciguar tumultos, sosegar insurrecciones e imponer nuestra autoridad de un lado a otro. No tenemos ni una pistola de lanzar garbanzos, ni un solo garbanzo. Pensándolo bien, si tuviera uno, me lo comería.

- Oscar tiene razón - convino Matt -. Estamos aquí, tenemos que cumplir una misión; tenemos que llevarla a cabo. Es lo que el señor Thurlow diría. Y, después, tenemos que discurrir una manera de volver.

Tex se levantó.

- Tendría que haberme dedicado al negocio del ganado. De acuerdo, Oscar, ¿qué pasa ahora?

- Lo primero que tenéis que hacer tú y Matt es construir una litera, para transportar al jefe. Tenemos que encontrar agua corriente, y no quiero separar al grupo.

Del mismo seto de arbustos de caña de donde habían sacado las tablillas sacaron material para hacer el armazón de una litera. Utilizando los dos cuchillos, Matt y Tex cortaron dos pedazos de dos metros, gruesos como sus brazos. El material era ligero y bastante tieso. Introdujeron los palos en las mangas de sus blusas, y colocaron travesaños en muescas, cerca de cada extremidad. Había un amplio hueco en el medio que cerraron con la cuerda recuperada de la navecilla.

El resultado era una birria, pero utilizable. Thurlow estaba todavía inconsciente. Su respiración era débil pero su pulso todavía regular. Lo colocaron sobre la camilla y se pusieron en camino, con Oscar guiándolos, con el compás en la mano.

Durante una hora, más o menos, andaron por una tierra pantanosa, chapoteando en el barro arañándose con las malezas, y perseguidos por nubes de insectos.

Al final Matt estalló:

-¡Os! Nos merecemos un poco de descanso.

Jensen se dio la vuelta.

- De acuerdo, de todas maneras ya hemos llegado. Agua corriente.

Se adelantaron y se reunieron con él. Más allá del espeso cañaveral, perfectamente llano y tranquilo bajo la colina, había un estanque o un lago. Su tamaño era incierto, puesto que la orilla lejana se perdía en la niebla.

Escogieron un Sitio para poner la litera, y entonces Oscar se inclinó hacia el agua y la golpeó:

¡Plash!, ¡plash!, ¡plash!, ¡plash!, ¡plash!

-¿Qué hacemos ahora?

- Esperamos y rezamos. Gracias a Dios, los indígenas son amables, normalmente.

-¿Crees que nos pueden ayudar?

- Si quieren ayudarnos, apostaría hasta dinero a que pueden sacar la navecilla del barro, y pulirla y limpiarla en tres días.

-¿Lo crees realmente? Sabía que los venusianos eran amables pero, un trabajo como éste...

- No despreciéis a Pequeño Pueblo. No se nos parecen, pero no te dejes engañar por eso.

Matt se agachó y empezó a ahuyentar los insectos golpeó otra vez el agua, de la misma manera.

- Me parece que no hay nadie en casa, Os.

- Espero que te equivoques, Tex. Se supone que la mayor parte de Venus está habitada, pero este puede ser un sitio tabú.

Una cabeza triangular, ancha como la de un perro collie, surgió del agua a unos tres metros de ellos. Tex saltó. El venusiano le miró con ojos curiosos y brillantes. Oscar se puso en pie.

- *Bien venidos, vosotros cuya madre era amiga de mi madre.*

La venusiana se dirigió a Oscar:

- *Que vuestra madre descanse feliz* - dijo, y luego se sumergió y desapareció, casi sin hacer ondas.

- Es un consuelo - dijo Oscar -. Naturalmente, dicen que este planeta no tiene más que un idioma único, pero es la primera vez que lo compruebo.

-¿Por qué ha desaparecido ese tipo?

- Probablemente para ir a dar parte. Y no digas «ese tipo», Matt, di «esa venusiana».

- Es una diferenciación, que sólo podría interesar a otro venusiano.

- Bien, es una mala costumbre, de todas maneras - Oscar se agachó y esperó.

Después de un tiempo que parecía más largo a causa de los insectos, el calor y el bochorno, el agua se abrió en una docena de Sitios al mismo tiempo. Uno de los anfibios subió con gracia a la orilla y se puso de pie en ella. Llegaba aproximadamente al hombro de Matt. Oscar repitió los saludos de rigor. Ella le miró:

- *Mi madre me dice que no os conoce.*

- *Sin duda, ocupada con pensamientos importantes, lo ha olvidado.*

- *Tal vez. Vamos a ver a mi madre para que os huela.*

- *Sois muy amable. ¿Podéis transportar a mi compañero?* - Oscar señaló a Thurlow -. *Estando enferma, «ella» no puede cerrar su boca en las aguas.*

La venusiana asintió. Llamó a una de sus acompañantes, y Oscar se unió a la deliberación, explicando como se debía cubrir la boca de Thurlow y taparle la nariz.

- *Para que las aguas no «la» devuelvan a la madre de su madre.*

La segunda nativa discutió, pero asintió.

Tex abrió unos ojos como faros.

- Mira, Matt - dijo, con prisa, en Básico. Seguro que no están pensando en llevarnos bajo el agua ¿verdad?

- Salvo que quieras quedarte aquí, hasta que los insectos te coman entero, tienen que ir. Tómatelo con

calma, déjalas llevarte, e intenta mantener los pulmones llenos. Cuando se hundan, puede ser que tengas que estar sumergido durante unos minutos - le contestó Oscar.

- Tampoco me gusta a mí - dijo Matt.

- Ostras, visité por primera vez una casa venusiana cuando tenía nueve años. Saben que no podemos nadar como ellas. Al menos, las que están cerca de las colonias lo saben - admitió, dudosamente, Oscar.

- Tal vez sería mejor que se lo dijeras bien claro.

- Lo intentaré.

La jefe le cortó con convicción. Dio una orden aguda y seis componentes de su grupo se colocaron al lado de los cadetes, dos para cada uno. Otras tres cogieron a Thurlow, lo alzaron y lo introdujeron en el agua. Una de ellas era la que había recibido las órdenes.

Oscar les gritó:

-¡Tomadlo con calma, amigos!

Matt sintió unas manos pequeñas empujándole hacia el lago. Inspiró profundamente y entró en el agua.

El agua se cerró encima de su cabeza. Era cálida como la sangre, y dulce. Abrió los ojos, vio la superficie, entonces su cabeza emergió otra vez. Las pequeñas manos se agarraron a sus lados, y le impelieron, nadando con fuerza. Se dijo a sí mismo que debía relajarse, y dejó de luchar.

Después de un rato, incluso lo encontró agradable, cuando se hubo asegurado de que las pequeñas criaturas no intentaban arrastrarle hacia el fondo. Pero se acordó del consejo de Oscar e intentó estar alerta, para cuando empezaran a bucear. Afortunadamente, vio que el trío en el que Tex se encontraba en el medio se zambullía; inspiró a tiempo.

Bajaron y bajaron, hasta que sus tímpanos le dolieron y después siguieron adelante. Cuando empezaron a subir, el dolor en su pecho era casi insoportable. Estaba luchando contra el reflejo de abrir la boca y respirar algo, hasta agua, cuando salieron a la superficie otra vez.

Hubo otros tres recorridos, duros para los pulmones, debajo del agua; cuando hicieron superficie por última vez Matt, vio que ya no estaba en el exterior.

La cueva, si es que era una cueva, tenía unos treinta metros de largo y menos de la mitad de ancho. En el centro había la entrada acuática por la cual habían venido. Estaba iluminada desde arriba, bastante débilmente, por una especie de globos naranja, ardientes.

Advirtió la mayor parte de esto después de haber subido a la orilla. Su primera impresión fue de una multitud de venusianos rodeando la piscina. Naturalmente, les extrañaban sus invitados y charlaban. Matt pilló unas palabras y oyó una referencia «engendrados en el cieno», lo que le molestó.

Los tres que estaban con Thurlow salieron del agua. Matt se separó de sus guardias y ayudó a sacarlo a tierra firme. Se puso furioso, durante un momento, al no poder encontrar el pulso del Teniente; después lo localizó: Era rápido y confuso.

Thurlow abrió los ojos, y le miró:

- Matt, los giros...

- Todo está bien, Teniente. Tómelo con calma.

Oscar estaba de pie, junto a él.

-¿Cómo está, Matt?

- Parece que está saliendo de la inconsciencia. Me parece que está mejor.

- Tal vez la inmersión le benefició.

-A mi no me hizo ningún bien - aseguró Tex -. Tragué unos cuatro litros de agua durante la última. Estas pequeñas ranas son unas descuidadas.

- Se parecen más a focas - dijo Matt.

- No son nada de eso - cortó Oscar bruscamente. Son *gente.* Ahora – continuó - intentaremos entablar relaciones amistosas.

Dio la vuelta, buscando a la jefa del grupo.

La muchedumbre se separó, dejando un pasillo hacia la piscina. Una anfibio, andando sola, pero seguida por tres más bajó lentamente por el pasillo hacia ellos. Oscar se dirigió a ella.

¡Saludos, oh muy preciada madre de muchos!

Ella le miró de arriba abajo lentamente, y habló, pero no a él:

- *Tal como pensaba. Llevdoslas.*

Oscar empezó a protestar, pero no dio ningún resultado. Cuatro de las enanas se acercaron a él. Tex le gritó:

-¿Qué te parece, Os? ¿Les damos de palos?

-¡No! - gritó Oscar a su vez -. No te resistas.

Tres minutos más tarde, fueron metidos en una sala pequeña, casi completamente en tinieblas, pues la oscuridad estaba rota solamente por una única esfera de luz naranja. Después de haber dejado a Thurlow en el suelo las enanas se fueron, cerrando la puerta detrás a base de correr una cortina. Tex miró alrededor, intentó ajustar sus ojos a la débil luz, y dijo:

- Es tan confortable como una tumba. Os, tendrías que habernos dejado organizar una buena pelea. Apuesto a que hubiéramos podido liquidar a toda esta pandilla.

- No seas tonto, Tex. Supón que lo hubiéramos conseguido, cosa que dudo; si así hubiera sido, ¿cómo ibas a encontrar el camino para salir de aquí nadando?

- No lo hubiera intentado. Hubiéramos cavado un túnel hasta la superficie, tenemos dos cuchillos.

- Tal vez lo hubieras logrado. Yo no lo intentaría: generalmente el Pequeño Pueblo construye sus ciudades bajo los lagos.

- No lo había pensado bajo este aspecto... eso si que es cosa mala - Tex examinó el techo como si se estuviera preguntando cuando se abriría -. Mira, Os, no creo que estemos debajo del lago, puesto que las paredes de este calabozo estarían húmedas.

- Ni hablar, son muy buenas para estas cosas.

- Bueno, de acuerdo, de modo que nos tienen en sus manos. No me estoy quejando, Os, tu intención era buena, pero me parece que tendríamos que haber probado suerte en la jungla.

- Por el amor del cielo, Tex. ¿No crees que ya tengo bastante para preocuparme sin que hagas conjeturas? Si no estás quejándote, entonces deja de rezongar.

Hubo un corto silencio y Tex dijo:

- Perdóname, Oscar. Soy un bocazas.

- Lo siento. No tendría que haberme irritado. Me duele el brazo.

- Oh, ¿cómo te va? ¿No te lo he puesto bien?

- Creo que hiciste un buen trabajo, pero me duele. Me empieza a picar, debajo de las vendas; me aguijonea. ¿Qué estás haciendo, Matt?

Después de haber observado el estado de Thurlow, que seguía sin cambios, Matt había ido hasta la puerta investigando la cerradura. Descubrió que la cortina era de alguna clase de tela, dura y espesa, y estaba atada a los bordes. Estaba intentando cortarla con su cuchillo, cuando Oscar le habló.

- Nada – contesto -, esto no la corta.

- Entonces, deja de intentarlo y tranquilízate. No queremos salir de aquí... al menos, por ahora.

- Habla por ti, amigo. ¿Por qué «no queremos»?

- Es lo que he intentado decirle a Tex No voy a decir que éste sea un lugar agradable pero, de todas formas, estamos unas ochocientas veces mejor aquí de lo que estábamos hace unas dos horas.

-¿Cómo?

-¿Tenéis alguna idea de lo que significa pasar la noche aquí en la jungla, sin nada para defendernos? ¿Cuando se oscurece, y los gusanos del cieno vienen a mordisquearte los dedos del píe? Tal vez nos arreglaríamos durante una noche, o aún dos, manteniéndonos activos y si así era seríamos muy, muy afortunados... ¿pero qué pasaría con él?- Oscar hizo un movimiento hacia la forma inmóvil de Thurlow -. Por esto es por lo que, en primer lugar, me ocupe en encontrar nativos. Estamos seguros, aunque estemos encerrados.

Matt tembló. Los gusanos del cieno no tienen dientes; pero excretan un ácido que disuelve lo que quieren probar. Miden unos dos metros.

- Me has convencido.

Tex dijo:

- Me gustaría que Tío Bodie estuviera aquí.

-A mi también, te haría callar. No estoy ansioso por salir de aquí hasta que nos hayan dado algo para comer y podamos dormir un poco; para entonces tal vez el jefe ya estará de nuevo sobre sus pies, y sabrá lo que tenemos que hacer.

-¿Qué te hace pensar que van a damos de comer?

- No sé lo que harán, pero creo que lo harán. Si se parecen a las venusianas que están alrededor de las colonias polares, nos darán de comer. Mantener a otra criatura encerrada, sin darle de comer, es una crueldad en la cual nunca pensarían Oscar buscó palabras -. Tenéis que conocerlas para entender lo que quiero decir, pero el caso es que el Pequeño Pueblo no tiene la crueldad de los hombres.

Matt asintió.

- Sé que se las describe como una raza amable y pacífica. No creo que llegue nunca a tenerles mucho cariño, pero los carretes de estudio me las presentaron como amables.

- Eso es solamente un prejuicio de raza. Es más fácil sentir amistad por una venusiana que por un hombre.

- Os, esto no es justo - protestó Tex -. Matt no tiene ningún prejuicio de raza, y tampoco lo tengo yo. Mira al Teniente Peter, ¿nos importó que fuera tan negro como el as de espadas?

- No es lo mismo. Una venusiana es *completamente* diferente. Creo que tienes que criarte con ellas, como yo, para darlo por supuesto. Pero todo lo que les concierne es diferente, por ejemplo, el hecho de que nunca se vea otra cosa más que hembras.

- Dime, ¿qué pasa con esto, Os? ¿Seguro que hay varones venusianos, o bien es solamente una superstición?

- Seguro que los hay, el Pequeño Pueblo es indiscutiblemente bisexual. Pero dudo que jamás obtengamos una imagen de uno o que tengamos la suerte de poderlo examinar. Los tipos que proclaman haberlos visto son unos mentirosos – añadió -, porque sus historias nunca coinciden.

-¿Por qué crees que son tan quisquillosos sobre esto?

-¿Por qué nunca come buey un hindú? No hay ninguna razón para esto. Yo creo en la teoría convencional: los varones son pequeños e indefensos y tienen que ser protegidos.

- Estoy contento de no ser venusiano - comentó Matt.

- Tal vez no sería una vida tan mala - repuso Tex -. Yo... podría soportar algo de protección femenina,

ahora mismo.

- No vayas a considerarme una autoridad sobre Venus - advirtió Oscar -. Nací aquí, pero no nací en *este* sitio.

Dio golpecitos en el suelo.

- Conozco a los nativos de la región polar, los que viven alrededor de mi ciudad natal, y es prácticamente el único tipo de venusiano que la gente conoce.

-¿Piensas que haya tanta diferencia? - quiso saber Matt.

- Creo que ya tenemos mucha suerte al poder hablar con ellos, a pesar de que su acento me vuelva loco. En cuanto a las otras diferencias... mira, si los únicos seres humanos que hubieras encontrado fueran esquimales, ¿de qué te serviría esto para tratar con el alcalde de una ciudad de Méjico? Las costumbres locales serían completamente distintas.

- Entonces tal vez no nos den de comer, después de todo - dijo Tex, melancólicamente.

Pero les dieron de comer, poco después. La cortina se descorrió, algo fue puesto en el suelo y la puerta se cerró otra vez.

Había un plato lleno de una sustancia viscosa, de color y de textura indeterminadas a la débil luz, y un objeto que tenía aproximadamente la talla y la forma de un huevo de avestruz. Oscar cogió el plato y lo olió, después cogió un pedacito y lo probó.

- Está bien – anunció -, vamos, comamos.

-¿Qué es? - preguntó Tex.

- Es... bueno, no importa. Cómelo. No os hará daño y os mantendrá en vida.

-¿Pero, qué es? Quiero saber qué es lo que estoy comiendo.

- Permíteme señalar que, o te lo comes o te quedas con hambre. A mí no me importa. Si te lo digo, tus prejuicios locales te impedirán comer. Piensa solamente que es basura y aprende a saborearía.

- Eh, basta, deja de tomarnos el pelo, Os.

Pero Oscar se negó a continuar la discusión. Comió con prisa, hasta que hubo terminado su ración, echó una mirada a Thurlow y dijo de mala gana.

- Creo que tendríamos que dejar un poco para él.

Matt probó aquello.

-¿Qué tal es? - le interrogó Tex.

- No es malo. Me recuerda puré de brotes de soja. Es salado... me da sed.

- Sírvete - sugirió Oscar.

-¿Eh? ¿Dónde? ¿Cómo?

- La vejiga para beber, naturalmente - Oscar le pasó «el huevo de avestruz».

Matt lo encontró suave al tacto, a pesar de su apariencia. Lo sostuvo en alto, perplejo.

-¿No sabes cómo utilizarlo? Mira - Oscar lo cogió, miró las extremidades, y eligió una, que colocó en sus labios -. Así - dijo, secándose los labios -. Pruébalo. No lo aprietes demasiado, o te lo vas a echar por encima.

Matt lo probó, y obtuvo un trago de agua. Se parecía un poco a utilizar un biberón.

- Es una especie de vejiga de pescado - explicó Oscar -. Es esponjosa por dentro. Oh, no tengas repugnancia, Tex, está esterilizada.

Tex lo probó, cautelosamente, después se rindió y agarró la comida. Al cabo de un rato todos se arrellanaron, sintiéndose mucho mejor.

- No es tan malo - admitió Tex -. Pero, ¿sabéis lo que me gustaría? Una pila de pasteles calientes, humeantes, tiernos y bien doraditos...

-¡Oh, cállate! - dijo Matt.

- Con mantequilla fundada y nadando en miel. De acuerdo, me callaré - abrió la cremallera de su bolsa y sacó su armónica -. Bueno, que os parece... todavía está seca.

Intentó un par de notas, y después se lanzó a una brillante ejecución de «El piloto bizco».

- Tex, basta - dijo Oscar -. Esta es una especie de sala de hospital, ¿recuerdas?

Tex miró al enfermo con inquietud:

-¿Crees que lo puede oír?

Thurlow dio la vuelta y murmuró en su sueño. Matt se inclinó sobre él.

- *J'ai soif* - murmuró el Teniente, y después repitió claramente -. *J'ai soif.*

-¿Qué dijo?

- No sé.

- Me sonaba a francés. ¿Alguno de vosotros sabe francés?

- Yo no.

- Yo tampoco - repuso Matt -. ¿Por qué hablaría en francés? Siempre pensé que era americano del Norte;

hablaba básico como silo fuera.

- Tal vez sea un canadiense francés - Tex se arrodilló a su lado y le tocó la frente -. Parece que tiene algo de fiebre. Tal vez tendríamos que darle un poco de agua.

- De acuerdo - Oscar cogió la vejiga y la colocó en los labios de Thurlow; la apretó suavemente para que saliera un poco. El herido movió los labios y empezó a chupar, sin que pareciera que despertase. Al fin, la dejó caer de la boca -. Eso es - dijo Oscar -, tal vez se sentirá mejor ahora.

-¿Vamos a guardar esto para él? - inquirió Tex, ojeando lo que quedaba de alimentos.

- Va, cómetelo, si lo quieres. Se vuelve rancio pocas horas después de que... bueno, se vuelve rancio.

- No creo que ya quiera más - decidió Tex.

Estaban durmiendo desde hacía algún rato, cuando un ruido les despertó. Una voz, indudablemente humana:

- Eh – decía -. *¿A dónde me lleváis? ¡Insisto en que me llevéis a ver a vuestra madre!*

La voz sonaba exactamente en su puerta:

- ¡Apaciguad la voz !- contestó un acento nativo. La cortina se corrió, alguien fue empujado dentro del cuarto y la puerta se cerró otra vez.

-¿Quién es? - preguntó Oscar.

La forma se volvió.

- Hombres... - dijo, como si no lo pudiera creer -. ¡Hombres!

Empezó a sollozar.

- Hola, Maloliente - dijo Tex -. ¿Qué estás haciendo aquí?

Era Girard Burke.

Hubo mucha confusión durante los momentos que siguieron, Burke pasaba de las lágrimas a sacudidas nerviosas incontrolables. Matt, que fue el último en despertarse, tuvo problemas para diferenciar entre lo que pasaba en realidad y la fantasía que había estado soñando, y todos hablaban al mismo tiempo, todos preguntaban, pero ninguno contestaba.

¡Tranquilos! - ordenó Oscar -. Aclaremos esto. Burke si no entiendo mal, estaba en la *Gary*, ¿no?

- Soy el Capitán de la Gary.

-¿Qué? ¡Que me aspen...! Pensándolo bien, sabíamos que el capitán de la *Gary* se llamaba Burke, pero nunca se nos ocurrió pensar que podía ser Maloliente Burke. ¿Quién podría estar lo bastante loco como para confiarte una nave, Maloliente?

- Es mía propia o mejor dicho, de mi padre. Y agradecería que me llamaras Capitán Burke y no «Maloliente».

- De acuerdo, Capitán Maloliente.

- Pero, ¿cómo llegó aquí? - quería saber Matt, que todavía trataba de entender lo que pasaba.

- Acaba de explicarlo - le dijo Tex -. Es el chico que pidió ayuda a gritos. Pero lo que me toca las narices es que tuviéramos que ser nosotros los elegidos. Es igual que jugar al bridge y que te den una mano con trece espadas.

- Oh, no sé - objetó Oscar -. Es una coincidencia, pero no tan sorprendente. Es un hombre del espacio, pide ayuda y naturalmente la Patrulla le ayuda. Por casualidad, estábamos por aquí. Es tan probable, o improbable, como encontrarte a tu profesor de piano en las calles del centro de tu ciudad natal.

- No tengo profesor de piano - objetó Tex.

- Olvídalo. Yo tampoco. Ahora pienso...

- Espera un minuto - le interrumpió Burke -. ¿Debo deducir que fuisteis enviados aquí para contestar a mi llamada?

- Ciertamente.

- Bueno, doy gracias a Dios por esto; aunque vosotros, chicos, fuisteis lo bastante estúpidos como para caer en la boca del lobo. Ahora, decidme, ¿cuántos hay en la expedición y cuál es su equipo? Nos va a resultar bastante difícil cascar este huevo.

-¿Qué? ¿De qué estás hablando, Maloliente? Aquí está toda la expedición, frente a ti.

-¿Qué? No es momento de gastar bromas. Pedí un regimiento de infantería de marina, equipados para operaciones anfibias.

- Tal vez lo hiciste, pero esto es todo lo que has conseguido, en total. El Teniente Thurlow está al mando, pero recibió un golpe en el cráneo y, temporalmente, lo reemplazo. Puedes hablar conmigo. ¿Cuál es la situación?

La noticia pareció aturdir a Burke. Los miró fijamente, sin hablar. Oscar continuó:

- Animo Maloliente. Danos los datos, para que podamos planear algo.

-¿Qué? Oh, no es necesario. Es totalmente desesperado.

-¿Qué es lo desesperado? Los nativos parecen amables, en conjunto. Dinos cual era la dificultad, para que podamos arreglarlo con ellos.

-¡Amables! - Burke rió amargamente -. Mataron a todos mis hombres. Van a matarme a mi y os matarán a vosotros.

XV

COMER TARTA CON UN TENEDOR

- De acuerdo - asintió Oscar -. Ahora que esto está aclarado, todavía quiero saber los motivos. ¿Qué tal si te reanimas un poco y nos dices lo que ocurrió?

La nave cohete mercante *Gary*, construida por «Reactores y Cía.» y cedida a la empresa familiar «Empresas Sistema Solar» era un cohete con alas, adaptado especialmente para operaciones específicas en Venus. El señor Burke, padre, había puesto a su hijo al mando de una tripulación experimentada. La meta del viaje era investigar sobre un informe referente a minerales de los elementos transuránicos.

El informe era justo. Los minerales eran abundantes. Entonces Burke, hijo, había empezado a negociar los derechos de explotación con las autoridades locales de Venus, para obtener los títulos de propiedad necesarios, frente a otros explotadores que sin duda vendrían después.

No había podido interesar a «la madre de muchas» local en sus deseos; le dejó entender que el pantano que quería era tabú. Sin embargo, pudo arreglárselas de manera que subiera a visitar la *Gary*. Una vez a bordo de la nave intentó otra vez hacerla cambiar de idea. Cuando rechazó de nuevo sus deseos, le impidió la salida de la nave cohete.

- Quieres decir que la has secuestrado - dijo Matt.

- Nada de esto. Subió a bordo por su propia voluntad. Solamente no me levanté para abrirle la puerta, y continué con la discusión.

-¿Oh, sí? - comentó Oscar -. ¿Cuánto tiempo duró esto?

- No mucho.

- Exactamente, ¿cuánto tiempo? De todas maneras el mejor que me lo digas, pues lo sabré por las nativas.

-¡Oh, bueno! Una noche, ¿qué hay de criminal en esto?

- No sé exactamente lo criminal de ese acto por aquí. En Marte, como lo aprendí en la Escuela y estoy seguro de que tú también, el castigo hubiera sido dejarte en el desierto, sin protección, durante exactamente el mismo tiempo.

- Por el infierno, no le hice daño. No soy tan tonto. Quería su cooperación.

- Y le torciste el brazo para conseguirla. La retuviste como prisionera, secuestrada por seducción, y la mantuviste para pedir rescate. De acuerdo, la detuviste una noche. ¿Qué pasó cuando la dejaste marchar?

- Es lo que estoy intentando decirte. Nunca tuve la posibilidad de dejarla irse. Iba a hacerlo, naturalmente, pero...

- Si tú lo dices.

- No te pongas sarcástico. A la mañana siguiente atacaron la nave. Debía haber miles de esas bestias.

-¿Y entonces la dejaste en libertad?

- Tenía miedo de hacerlo. Pensé que, mientras la retuviera, nada grave nos podía ocurrir. Pero me equivoqué... echaron algo sobre la puerta que se la comió en un momento y estuvieron dentro de la nave antes de que tuviéramos la posibilidad de pararlos. Mataron a mi tripulación, la aplastaron... ¡pero seguro que hemos matado al doble! ¡Los muy salvajes!

-¿Y cómo es que tú aún respiras?

- Me encerré en la sala de mando, e hice la llamada que les trajo aquí. No me encontraron hasta que examinaron la nave, compartimento tras compartimento. Me debí desmayar a causa del humo que hicieron cuando entraron... de todas maneras, me desperté mientras me traían aquí.

- Ya veo - Oscar se sentó un rato, y pensó, sus rodillas dobladas bajo su barbilla -. ¿Es la primera vez que vienes a Venus, Maloliente?

- Bueno, sí.

- Lo suponía. Se ve que no sabías lo obstinado y difícil que puede ser el Pequeño Pueblo, cuando empiezas a molestarlo.

Burke hizo una mueca.

- Lo sé ahora. Es la razón por la cual llamé precisamente a un regimiento de infantes de marina. No sé en lo que el Departamento pensaba, cuando mandó a tres cadetes y a un oficial de guardia. ¡Qué militares tan estúpidos! Mi viejo armará un follón cuando vuelva.

Tex evidenció su disgusto.

-¿Pensabas que la Patrulla fue inventada para impedir que una cabeza vacía como la tuya pague por hacerse el gracioso?

-¡Oye, tú...!

- Tranquilo Burke. Y no hagas observaciones que no vienen al caso, Tex. Esto es una investigación, no un debate. Sabes que la Patrulla nunca manda a los infantes de marina antes de haber intentado negociar, Burke.

- Seguro, por eso especifiqué infantes de marina. Quería que se saltasen el papeleo y actuaran.

- Te engañaste a ti mismo. Y no tienes que hablar de lo que harás cuando vuelvas. No sabemos todavía si volveremos.

- Es verdad - Burke frunció sus labios, y lo pensé. Mira, Jensen, nunca fuimos muy amigos en la escuela, pero esto no importa ahora, estamos en la misma barca y tenemos que aguantarnos. Tengo una propuesta que hacerte: Conoces a estas ranas mejor que yo.

- Gente, no «ranas».

- De acuerdo, conoces a los indígenas. Si puedes arreglar esto y sacarme de aquí, te podré dar un pellizco de...

-¡Ten cuidado con lo que dices, Burke!

- No seas arrogante. Déjame hablar, ¿quieres? Solamente escucha. ¿Me dejas hablar, o no?

- Déjale hablar, Os - dijo Tex -. Me gusta ver sus amígdalas.

Oscar contuvo su lengua, y Burke continuó:

- No iba a decir nada que denigrase tu carácter de alabastro. Después de todo, sólo tenéis que sacarme de aquí; es cosa mía si yo quiero dar una recompensa. Bien, este pantano que hemos acotado está lleno de materiales transuránicos, desde el elemento 97 hasta el 104. No tengo que deciros, lo que significan: 101 y 103 para las aleaciones de revestimiento de los cohetes; e] 100 para la terapia del cáncer, sin mencionar sus usos en catálisis. Porque solamente con la catálisis se pueden sacar millones. No soy egoísta. Les daré a todos una participación... digamos un diez por ciento a cada uno.

-¿Es todo lo que tienes que decir?

- No del todo. Si podéis arreglarlo para que nos suelten y nos dejen estar en paz, de manera que podamos reparar la *Gary* y sacar de este viaje un cargamento, os daré el veinte por ciento. Os gustará la *Gary*, es la mejor nave de todo el Sistema. Pero si no se puede lograr eso, y, de todos modos, me sacáis de aquí con vuestra nave, seguís teniendo el diez por ciento.

-¿Has terminado?

- Sí.

- Puedo contestar por todos. Si no considerase el origen de la propuesta, me sentiría insultado.

- El quince por ciento. No tienes por qué tomarlo mal, de todas maneras te es completamente gratuito, y por hacer lo que, de todas formas, os han ordenado hacer aquí.

- Os - dijo Matt -. ¿Tenemos que escuchar estas tonterías?

- Ya no más - decidió Jensen -. Ha tenido su tiempo de palabra. Burke, me limitaré a los hechos y no mezclaré mi opinión personal. No puedes alquilar a la Patrulla, lo sabes. En...

- No trataba de alquilaría, solamente intentaba haceros un favor, demostraros mi aprecio.

- Me toca hablar a mí. En segundo lugar, no tenemos nave, por el momento.

-¿Qué? ¿Qué es esto? - Burke parecía asustado. Oscar le hizo un resumen rápido de lo que sucedió a la navecilla. Burke parecía a la vez sorprendido y terriblemente, amargamente chasqueado. ¡Bueno, so banda de estúpidos! ¡Olvidad la oferta, no tenéis nada que vender!

- Ya la olvidé, y alégrate de que lo haya hecho. Déjame decirte que no hubiéramos aterrizado a cohete en la jungla, si no hubieras hecho el burro y pedido ayuda después. Sin embargo esperamos recuperar la navecilla, si logro arreglar la calamidad que has montado... y no me resultará fácil.

- Bueno, naturalmente, si puedes arreglar las cosas y recuperar tu nave, la oferta se mantiene.

-¡Deja de hablar de ese estúpido soborno! No podemos prometerte nada, aunque lo quisiéramos. Tenemos que cumplir con nuestra misión.

- De acuerdo, vuestra misión es sacarme de aquí. Es lo mismo, solamente que me sentía generoso.

- Nuestra misión no tiene nada que ver con eso. Nuestra principal misión es lo que siempre constituye la principal misión de la Patrulla, mantener la paz. Nuestras órdenes dicen que investiguemos acerca de un informe sobre una insurrección de nativos (que no hay ninguna), y «mantener la paz». No dice nada de sacar a Girard Burke de la cárcel local y ofrecerle un viaje gratuito a casa.

- Pero...

- No he terminado. Sabes, como yo, cómo funciona la Patrulla. Actúa en sitios lejanos y un oficial de la Patrulla tiene que utilizar su propio juicio, siendo dirigido por la Tradición.

- Bueno, si buscas antecedentes, tienes que...

-¡Cállate! Antecedente es simplemente la suposición de que alguien, en el pasado y con menos información, sabe más que el que está en el lugar de los hechos. Si hubieras empleado un poco bien el tiempo, cuando estabas de cadete, sabrías que la Tradición es algo muy diferente. Seguir una tradición significa hacer las cosas en el mismo estilo grandioso que tus predecesores, pero no significa hacer las mismas cosas.

- De acuerdo, de acuerdo, puedes olvidar la lección.

- Necesito que me des más información. El Pequeño Pueblo de aquí, ¿había visto ya a un hombre, antes de que vinieras?

- Este... bueno, sabían algo de los hombres, muy poco de todas maneras. Naturalmente, conocían a Stevens.

-¿Quién era Stevens?

- Un mineralogista, que trabajaba para mi viejo. Hizo la prospección rápida que nos hizo traer a la *Gary* aquí. Oh, también estaba su piloto.

-¿Y ésos son los únicos hombres que estos indígenas han conocido, aparte de la tripulación de la *Gary?*

- Por lo que yo sé, si.

-¿Han oído hablar de la Patrulla?

- Lo dudo... Sí, también la conocen. A lo menos la madre jefe parecía conocer la palabra.

- Hum... eso me sorprende bastante. Por lo que sé, la Patrulla nunca ha tenido la ocasión de aterrizar tan cerca del ecuador y si lo hubiera hecho creo que el Capitán Yancey nos hubiera dicho algo de esto.

Burke se encogió de hombros. Oscar continuó.

- Esto afecta a lo que tenemos que hacer. Has organizado un buen lío, Burke. Con el descubrimiento de minerales preciosos aquí, habrá más hombres que vendrán. Por la manera en que has enredado las cosas, puede que haya más y más desorden, hasta que empiecen guerras entre los nativos y los hombres, en todos sitios. Puede extenderse tal vez hasta los polos. El deber de la Patrulla es eliminar estas cosas, antes de que empiecen, y así es como interpreto nuestra misión aquí. Tengo que disculparme y apaciguar, y hacer lo imposible para borrar una primera mala impresión. ¿Me puedes dar más información, la que sea para que pueda ayudarme cuando lo intente?

- No lo creo. Pero adelante, dale coba a la vieja, de la manera que puedas. También puedes simular que me sacas de aquí como prisionero, si va a servir de algo. ¡Eh, esto puede ser una buena idea! Me conformaré con ello, si es que me permite salir de aquí.

Oscar movió la cabeza:

- Tal vez te sacaré como prisionero, si ella lo quiere. Pero, por lo que veo, eres un prisionero perfectamente legal por un crimen contra las costumbres locales.

-¿De qué estás hablando?

- Puedo asegurarte que lo que admites haber hecho es un crimen en todas partes. Puedes ser juzgado por esto en la Tierra si ella así lo quiere. Pero realmente no me importa que sea de una manera u otra. No es asunto de la Patrulla.

-¡Pero no puedes dejarme aquí!

Oscar se encogió de hombros.

- Es mi forma de verlo. Puede ser que el Teniente Thurlow salga de su estado en cualquier momento, entonces puedes hablarlo con él. Mientras esté al mando, no voy a arriesgar la misión de la Patrulla para intentar ayudarte a escapar con bien de un asesinato. ¡Y realmente quiero decir asesinato!

- Pero - Burke miró a su alrededor de manera salvaje -. ¡Tex! ¡Matt! ¿Vais a dejar que se una a esta gente-rana contra un hombre?

Matt le echó una ojeada impasible. Tex le dijo:

- Cierra la boca, Maloliente.

Oscar añadió:

- Sí, hazlo y ponte a dormir. Mi brazo me duele, y no quiero que me molestes más esta noche.

La sala se calmó de repente, aunque ninguno de ellos se durmió enseguida. Matt se quedó despierto durante largo tiempo, atormentado por su difícil situación, preguntándose si Oscar podría convencer a la madre rana... pensaba en ella de esta manera, convencerla de la inocencia de sus intenciones, y culpándose repetidamente del desastre de la navecilla. *M* fin, cayó dormido, agotado.

Se despertó al oír un gemido. Le despejó completamente, enseguida y se acercó al Teniente. Encontró a Tex, ya despierto, con él.

-¿Qué hay? – preguntó -. ¿Está peor?

- Intenta decir algo - contestó Tex.

Los ojos de Thurlow se abrieron y miró a Matt. *Maman* - dijo quejumbrosamente -. *Maman... pourquoi fait - il nuit ainsi?*

Oscar se unió a ellos:

-¿Qué dice?

- Suena como si llamara a su mamá - dijo Tex -. El resto es incoherente.

-¿Dónde está la vejiga? Podríamos darle de beber - la encontraron y el enfermo bebió otra vez, luego pareció que se volvía a dormir.

- Vosotros, chavales, volved a dormir - dijo Oscar -. Quiero hablar con el guardia que nos traiga la próxima comida, para intentar ver a la madre-jefe Tiene que recibir atención médica, de cualquier manera.

- Vigilaré, Os - se ofreció Matt.

- No, de todas maneras no puedo dormir muy bien. Esta maldita cosa me pica - levantó su brazo herido.

- Bueno, muy bien.

Matt todavía estaba despierto cuando se abrió la cortina. Oscar estaba sentado con las piernas cruzadas en la puerta, esperando, mientras la nativa empujaba hacia dentro una fuente de comida, introdujo su brazo en la apertura.

- *Sacad vuestro brazo* - dijo la indígena enérgicamente.

- *Escuchadme* - dijo Oscar -, *tengo que hablar con vuestra madre.*

- *Sacad vuestro brazo.*

-*¿Vais a transmitir mi mensaje?*

- *Sacad vuestro brazo.*

Oscar lo hizo y la cortina se cerró rápidamente. Matt dijo:

- No parece que tengan intención de tratar con nosotros, ¿verdad, Os?

- No pierdas la confianza - le contestó Oscar.- El desayuno. Despierta a los otros.

Era el mismo alimento poco apetitoso de antes.

- Pártelo en cinco, Tex - ordenó Oscar -. Puede ser que el Teniente salga de su inconsciencia y tenga

hambre.

Burke lo miró y lo olió:

- Estoy harto de esto. No quiero nada.

- De acuerdo, córtalo en cuatro - Tex asintió y lo hizo.

Comieron, después Matt volvió a sentarse, eructó meditativo, y dijo:

-¿Sabéis? Si bien pudiera tomar algo de zumo de naranja y de café, esta cosa no es tan mala.

-¿Ya os hablé - dijo Tex -, del tiempo en que mi Tío Bodie fue encarcelado en la cárcel de Juárez? Por equivocación, naturalmente.

- Naturalmente - asintió Oscar -. ¿Qué pasó?

- Bueno, le dieron de comer solamente frijoles saltarines mejicanos. El...

-¿No le hicieron daño en el estómago?

- Nada de esto. Comió todos los que podía y, una semana más tarde, saltó sobre una pared de cuatro metros y botó hacia casa.

Conociendo a tu Tío Bodie, lo creo. ¿Qué piensas que hubiera hecho en estas circunstancias?

- Es evidente. Hubiera hecho el amor con la vieja, y en tres días hubiera sido el jefe de aquí.

- Me parece que, después de todo, voy a desayunar un poco - anunció Burke.

Dejarás esto para el Teniente - le dijo Oscar firmemente -. Ya ha pasado tu oportunidad.

- No tienes autoridad sobre mí.

Hay dos razones por las que te equivocas.

- Ah, ¿sí? ¿Cuáles son?

- Matt y Tex. Tex se levantó.

-¿Le doy un pescozón, jefe?

Todavía no.

-¡Oh, que asco!

- De todas maneras - objetó Matt -. Yo le daré el primer golpe, soy más viejo que tú, Tex.

- Abusando de los galones, ¿eh? ¡Eres una rata despreciable!

Señor Rata, por favor. Si, en este momento pienso aprovecharme de mi prioridad en el escalafón.

- Pero esto es una ocasión de demostrar la amistad.

- Caballeros, chavales - ordenó Oscar -. Ninguno de vosotros le zurrará, excepto si se acerca a oler esta fuente de comida.

Hubo un ruido en la puerta, la cortina fue abierta y una nativa anunció.

- *Mi madre os verá. Venid.*

-*¿Yo solo, o con mis hermanas?*

- *Todas, venid.*

Sin embargo, cuando Burke intentó pasar la puerta, dos de las pequeñas criaturas le empujaron dentro. Continuaron asiéndole mientras otras cuatro cogían al Teniente Thurlow y le transportaban afuera. El numeroso grupo salió por el pasillo.

- Me gustaría que iluminasen estos nidos de conejo - se lamentó Tex, después de haber tropezado.

- Hay bastante luz para sus ojos - contestó Oscar.

- Bueno - asintió Tex -, pero menudo servicio que a mí me hace. Mis ojos no ven con infrarrojo.

- Entonces cuida donde poner tus enormes pies.

Fueron llevados a otra sala enorme, que no era la sala de entrada, porque no tenía piscina de agua. Un anfibio, el mismo que les había examinado y que había ordenado que se los llevaran cuando llegaron, estaba sentado sobre una plataforma elevada. En el otro extremo de la sala Oscar fue el único que la reconoció; para los otros, todos eran iguales.

Oscar aceleró el paso y se adelantó a su escolta.

- *Saludos anciana e inteligente madre de muchos.*

Ella se sentó y le miró firmemente. La sala muy tranquila. En cada lado el Pequeño Pueblo esperaba, mirando primero a los habitantes de la Tierra y después a su jefa, y al revés. Matt se dio cuenta de que la manera en que ella les contestase les mostraría su destino.

- *Saludos* - había devuelto la pelota a Oscar, negándose a darle cualquier título, bueno o malo. *Queríais hablar conmigo, pues hablad.*

-*¿Qué clase de ciudad es la tuya? ¿Acaso he viajado tan lejos que los buenos modales ya no son observados?* - la palabra en venusiano significaba mucha más cosas que «modales», se refería a todo código de costumbres obligatorio por el cual la más vieja y más fuerte protege a la más débil y más joven.

El auditorio entero se agitó. Matt se preguntó si Oscar no se había pasado. La expresión de la jefe cambió, pero Matt no pudo comprenderlo.

- *Mí ciudad y mis hijas siempre viven según la costumbre* - utilizó un término más inclusivo, que incluía tabúes y otros actos exigidos, así como la ley de la asistencia -, *y nunca he oído decir que faltemos a nuestra obligación.*

- *Os oigo, benignísíma madre de muchos, pero vuestras palabras me desconciertan. Venimos mis «hermanas» y yo, buscando asilo y ayuda para nosotros y nuestra «madre», que está gravemente enferma. Yo también estoy herida y no puedo proteger a mis «hermanas» más jóvenes, y ¿qué recibimos en vuestra casa? Nos habéis quitado nuestra libertad, nuestra «madre» yace desatendida y falleciendo. Ni siquiera habéis tenido la delicadeza de darnos habitaciones personales, en las cuales poder comer.*

Un ruido nació entre las espectadoras, que Matt interpretó correctamente como equivalente a una boqueada de horror. Oscar había deliberadamente utilizado la palabra ofensiva *«comer»* en vez de expresar el concepto dando un rodeo. Ahora Matt estaba seguro de que Oscar había perdido el juicio.

Si así era, Oscar continuó, confirmándolo:

-*¿Somos peces, para que seamos tratados como tales? ¿O es que son así las costumbres entre vuestras hijas?*

- *Seguimos las costumbres* - dijo ella bruscamente y hasta Matt y Tex pudieron observar la ira de su voz -. *Creí que vuestra raza no tenía buenas* costumbres. Esas cosas serán corregidas.

Llamó aparte a una de las componentes de su equipo, la pequeña criatura se fue trotando.

- *En lo que concierne a vuestra libertad, hice lo que legalmente tenía que hacer, para proteger a mis hijas.*

-*¿Para proteger a vuestras hijas? ¿De qué? ¿De mi «madre» enferma? ¿O de mi brazo herido?*

- *Vuestra hermana que no tiene modales ha perdido el derecho a su libertad.*

- *Oigo vuestras palabras, madre sabia, pero no las entiendo.*

La anfibia parecía perpleja. Preguntó concretamente por Burke, llamándole por su apelativo terrestre, diciendo «Capitán Burke» como si fuera una sola palabra. Oscar le aseguró que Burke no era «hija» de la «madre» de Oscar, ni tampoco de la «madre de la madre» de Oscar.

La matriarca consideró esto.

-*¿Si os devolvemos a las aguas de la superficie nos dejaréis?*

-*¿Qué pasa con mi «madre»?* - preguntó Oscar -. *¿La abandonaréis a causa de su enfermedad, para que muera y sea destruida por las criaturas del pantano?*

En esta ocasión, evitó cuidadosamente utilizar la expresión venusiana de «ser comida».

La madre de muchos hizo transportar a Thurlow hasta el tablado donde estaba sentada. Varios miembros del Pequeño Pueblo se acercaron alrededor y le examinaron, hablando entre ellos entre susurros ceceantes. En este momento, la misma matriarca se unió a la deliberación, y habló otra vez:

- *Vuestra madre duerme.*

- *Es un sueño de enfermedad. Su cabeza fue herida por un golpe.*

Oscar se acercó al grupo y les enseñó el chichón en la parte de atrás de la cabeza de Thurlow. La compararon con la propia cabeza, haciendo correr sus manos pequeñas, suaves, inquisitivas, por su pelo rubio. Hubo más charla ceceante. Matt vio que no podía entender ni siquiera lo que oía; la mayoría de las palabras le eran extrañas.

- *Mis hermanas sabías me dicen que no se atreven a desmontar la cabeza de vuestra madre, por miedo a no poder montársela otra vez* - anunció la madre de muchos.

-¡Bueno, es un alivio! - dijo Tex, murmurando.

- El viejo Os no les dejaría, de todas maneras - susurró Matt.

La jefe dio unas instrucciones y unas cuatro que las «hijas» levantaron al oficial inconsciente y empezaron a sacarle de la sala. Tex dijo:

- Oye, Os, ¿piensas que es seguro?

- No te preocupes - contestó Oscar, y luego le explicó a la Matriarca- *Mi «hermana» temía por la seguridad de nuestra «madre».*

La criatura hizo un movimiento que, de repente, a Matt le recordó a su tía abuela Dora. Se sorbió la nariz.

- *Dile que su nariz no tiene porque picarle.*

- Dice que no tienes que preocuparte, Tex.

- Lo oí. De acuerdo, tú eres el Jefe - contestó Tex y después murmuró. Mi nariz, ¡mira que meterse con ella!

Después de que hubo sacado a Thurlow, la jefa se dio la vuelta hacia ellos, otra vez:

- *Que vuestros sueños sean de hijas.*

- *Que vuestros sueños sean igualmente agradables, madre sabia.*

- *Hablaremos de nuevo.*

Se alzó en su señorial metro y veinte, y dejó la sala. Cuando se hubo marchado el grupo de escolta condujo a los cadetes fuera de la sala de consejo, pero por un pasillo diferente al que habían venido. El grupo se paró, al fin, frente a otra entrada. El guía encargado les saludó de la misma manera que la matriarca. Corrieron una cortina pero no la ataron, detalle que Matt registró inmediatamente. Dio la vuelta hacia Oscar.

- Tengo que reconocértelo, Os. En cualquier momento en que te canses de la Patrulla y no quieras presentarte a las elecciones del Primer Ministro del Sistema, te puedo buscar un buen trabajo, el

venderles nieve a los esquimales para ti seria cosa hecha.

- Matt no está diciendo ninguna tontería - asintió Tex -. Oscar, estuviste maravilloso. El Tío Bodie no hubiera podido ser más tramposo que tú.

- Ese si que es un elogio, Tex. Admito que estoy aliviado. Si el Pequeño Pueblo no fuera tan francamente razonable, no hubiera sido posible hacer esto.

La sala de estar de su piso, pues había dos cuartos, tenía aproximadamente el tamaño de la sala donde habían estado, pero era más confortable. Había un canapé ancho, blando y suave que corría a lo largo de la pared. En el centro de la sala había una piscina, negra bajo la débil luz.

- Os, ¿crees que la bañera conecta con el exterior? - quiso saber Tex.

- Casi siempre lo hacen.

Matt se interesó.

- Tal vez podríamos salir nadando.

- Inténtalo. Sólo que no te pierdas en la oscuridad y recuerda que no debes nadar bajo el agua más de la mitad del tiempo que puedes aguantar la respiración - Oscar sonrió cínicamente.

- *Ya* veo lo que quieres decir.

- De todas maneras tenemos que quedarnos hasta haber solucionado todo este lío.

Tex recorrió el segundo cuarto.

- Hey, Os, ven a ver esto.

Matt y Oscar se acercaron. Había filas de pequeños cubículos en cada lado, unos diez, cada uno con su propia cortina.

- Oh, sí, nuestras celdillas para comer.

- Esto me recuerda - dijo Matt -, que pensé que lo habías echado todo a perder, Os, cuando empezaste a hablar de comer. Pero te escapaste maravillosamente bien.

- No me escapé. Lo hice a propósito.

-¿Por qué?

- Fue un juego de tira y afloja. Tenía que impresionarles con la idea de que eran indecentes, o que así nos lo parecían. Eso demostró que éramos «gente», desde su punto de vista. Después todo fue fácil

- Oscar continuó -; Ahora que nos han aceptado como gente, tenemos que tener mucho cuidado para no echarlo todo a rodar. No me gusta comer en uno de estos cubículos pequeños y oscuros, ni a vosotros tampoco, pero no nos atreveremos a correr el riesgo de ser vistos mientras comemos, y no os olvidéis de que tenéis que correr la cortina, porque puede entrar alguien de sopetón. Acordaos de que en el comer es

en la única cosa que buscan intimidad.

- Te entiendo - convino Tex -. Es como comer tarta con tenedor.

-¿Qué?

- No importa, es un recuerdo desagradable. Pero Matt y yo no lo olvidaremos.

XVI

N.C.P. ASTARTE

Al día siguiente Oscar fue citado otra vez a la presencia de la Magistrado de la Ciudad y empezó a trazar de una manera indirecta y deliberada, los fundamentos de unas relaciones diplomáticas formales para el futuro. Empezó por enterarse de la historia de las dificultades con la *Gary* y su patrón. Se parecía mucho a lo que habla admitido Burke, aunque desde otro punto de vista.

Oscar inquirió, de modo casual, sobre lo que hacía que el pantano que deseaba Burke fuese tabú.

Estaba preocupado por el hecho de que pudiera violar asuntos religiosos, pero creía que tenía que saberlo, pues tenía la absoluta certeza de que otros vendrían, en su momento, para intentar explotar los minerales transuránicos. Si la Patrulla quería impedir otras violaciones de la paz, la cosa tenía que ser examinada con cuidado.

La matriarca contestó sin titubeos: el pantano era tabú porque el fango de los minerales era venenoso.

Oscar sintió el mismo alivio que el de un hombre a quien acaban de decir que, después de todo, no es necesario que le corten una pierna. Los minerales eran venenosos, por supuesto; aquello era una cosa con la que, indudablemente, la Patrulla podía negociar. Los tabúes condicionales o prácticos habían sido superados muchas veces en el trato con las nativas. Archivó el tema, como algo que tenía que ser discutido más tarde por los peritos apropiados.

Más tarde, durante otra entrevista, la sondeó sobre el tema de la Patrulla. En cierto modo había oído hablar de ella, aparentemente, pues utilizaba la palabra en venusiano dada por las nativas de las regiones polares a todo el gobierno colonial, una palabra que significaba «guardianes de las costumbres» o «defensores de la ley».

El significado nativo ayudó bastante a Oscar, porque le parecía casi imposible hacer que ella entendiera que la Patrulla estaba pensaba para impedir la guerra... pues «guerra» era un concepto que ella nunca había oído.

Pero su mentalidad conservadora tenía, naturalmente, muchos prejuicios a favor de cualquier organización etiquetada como «guardianes de las costumbres». Oscar abordó este tema desde este punto de vista. Le explicó que otros de su raza vendrían: y, por esto, «la abuela de muchos» de su propia raza les habían mandado como mensajeros para proponer que una «madre» de la raza de Oscar fuera enviada allí, para ayudarla a evitar roces.

Ella estaba dispuesta a aceptar esta idea, puesto que se ajustaba a su propia experiencia y a sus conceptos. Los grupos de nativos de los alrededores de las colonias polares tenía la costumbre de manejar sus asuntos exteriores intercambiando «madres», que de hecho eran jueces, para que arreglasen

los problemas causados por diferencias de costumbres. Oscar había presentado el problema según estos mismos términos.

De este modo, había preparado el terreno para un consulado, tribunales extraterritoriales, y una fuerza policial compuesta por hombres de la Tierra; la misión, tal como la veía, estaba completada, siempre que pudiera regresar a la base y presentarse antes de que empezaran a llegar otros buscadores, ingenieros de minas, y aventureros de todo tipo.

Solamente en este momento habló de volver... para oír como ella le sugería que se quedara permanentemente como «Madre» para su pueblo (la palabra raíz aquí traducida como «madre» se utiliza para todo tipo de autoridad en el lenguaje de Venus; las modificaciones y el contexto dan a la palabra su sentido en cada caso).

La propuesta dejó a Oscar momentáneamente desconcertado.

- No sabía que responderle - confesó más tarde -. Desde su punto de vista, aquello me honraba. Si lo rechazaba podía ofenderla y arruinarlo todo.

- Bueno, ¿cómo te las arreglaste para salir de eso? - quiso saber Tex -. ¿O no lo hiciste?

- Creo que sí. Le expliqué, tan diplomáticamente como me fue posible, que era demasiado joven para este honor, que actuaba de «madre» por el solo hecho de que Thurlow tenía que guardar cama y que, en cualquier caso, «mi abuela de muchos» tenía otras tareas para mí que yo tenía que cumplir, según me obligaba la costumbre.

- Supongo que esto la contentó.

- Creo que solamente lo consideró como un punto a negociar posteriormente. El Pequeño Pueblo es una raza de grandes negociantes; tendríais que venir a New Auckland un día, y escuchar las actuaciones de un tribunal de justicia mixto.

- No desvíes el tema - le advirtió Matt.

- Esto se relaciona con el tema: ellas luchan; solamente discuten, hasta que alguien cede. De todas maneras le dije que teníamos que llevar a Thurlow a un Sitio donde pudiera recibir atención quirúrgica. Lo entendió muy bien, manifestando su pesar, por décima vez, de que sus chicas no pudieran hacerlo. Pero tenía una sugerencia para curar al jefe.

-¿Si? - preguntó Matt -. ¿Cuál es?

Matt se había responsabilizado de la salud de Thurlow, trabajando con las curanderas anfibias, que ahora tenían al Teniente como responsabilidad profesional. Les había enseñado como tomar su pulso y vigilar su respiración, y ahora había siempre una de estas amables nativas en cuclillas a un extremo del lecho de Thurlow, mirándole con ojos serios. Parecían sinceramente afligidos por no poder ayudarle. El Teniente se había quedado en un estado de semícoma, saliendo de él lo bastante a menudo como para que pudieran darle de comer y beber, pero sin decir nunca algo que los cadetes pudieran entender. Matt se dio cuenta de que las pequeñas enfermeras no tenían remilgos a la hora de dar de comer a una persona inerte; aceptaban estas necesidades injuriosas para ellas, con la misma delicadeza que una enfermera humana.

Pero aunque Thurlow no murió, tampoco se puso mejor.

La sugerencia de la vieja chica era bastante radical, pero lógica. Sugirió que sus curanderos desmontaran primero la cabeza de Burke para ver cómo estaba hecha. Entonces, podrían operar al jefe y arreglarlo.

-¿Qué? - exclamó Matt.

Tex tenía problemas para controlarse. Río tanto que se ahogó, tuvo hipo y tuvieron que golpearle en la espalda.

-¡Oh, chico! - estalló finalmente, con lágrimas corriéndole por las mejillas -. Es maravilloso. No puedo esperar para ver la cara de Maloliente. No se lo has dicho ¿verdad?

- No.

- Entonces, déjame hacerlo a mí. Soy un artista en esto.

- Creo que no tendríamos que decírselo - objetó Oscar -. ¿Por qué patearlo cuando está acabado?

-¡Oh, no seas tan noble! No le hará ningún daño el saber que su categoría social es de cobayo.

- La lo odia realmente, ¿verdad? - comentó Matt.

-¿Por qué no tendría que hacerlo? - contestó Tex -. Una docena o más de su gente murieron. ¿Piensas que ella va a considerarlo como una extravagancia de escolar?

- Os equivocáis los dos - objetó Oscar -. Ella no le odia.

-¿Qué?

-¿Puedes odiar a un perro? ¿O a un gato...?

- Seguro que puedo - dijo Tex -. Teníamos una vez un viejo gato de muy mala baba, que...

- Baja el tono, y déjame acabar. Admitiendo tu punto de vista, puedes odiar a un gato solamente colocándolo a tu mismo nivel social. Ella no considera a Burke, de ninguna manera como... Bueno, como gente, porque no cumple con las costumbres. Somos «gente» para ella, porque nosotros si que lo hacemos, aunque nos parezcamos a él. Pero para ella Burke es solamente un animal peligroso, como un lobo o un tiburón, al que se tiene que enjaular o destruir... pero no odiar, ni castigar.

- De todas maneras – continuó -, le dije que no podía ser, porque teníamos un tabú religioso, esotérico e inexplicable, pero inquebrantable, que lo impedía... esto ya no la dejó seguir adelante. Pero le dije que nos gustaría utilizar la nave de Burke, para llevar al Teniente a casa. Me la regaló. Mañana vamos a verla.

- Bueno, eso si es una buena noticia... ¿Por qué no lo dijiste antes, en vez de largarnos todo este rollo?

Hicieron casi el mismo viaje, bajo el agua, que el que habían hecho al entrar en la ciudad; después, nadaron durante un tiempo algo largo y anduvieron un poco sobre tierra firme. La madre de la ciudad en persona les honraba con su compañía.

La *Gary* era, exactamente, tal como Burke la había descrito: moderna, con motor atómico, costosamente equipada y muy moderna, con unas alas puntiagudas, tan gráciles como las de una golondrina.

Pero también era una ruina irreparable.

Su casco estaba intacto, aparte de la puerta estropeada, que parecía haber sido sometida a un fuerte calor o a algo increíblemente corrosivo, o a ambas cosas. Matt se preguntó cómo habría ocurrido y lo consideró como otra señal de que las venusianas no eran unos simples animales: ranas, focas o castores, que sus prejuicios terrestres le habían hecho pensar.

El interior de la nave parecía en bastante buen estado, hasta que miraron los controles. Para registrar la nave, las anfibias, para las que un simple tirador de cierre de una puerta era un enigma insoluble, simplemente se habían abierto camino a través de los obstáculos quemándolo todo, incluida la trampilla de acceso al piloto automático de la nave y el compartimento de giróscopos. Los circuitos del sistema nervioso de la nave eran una masa de basura fundida y disuelta.

Sin embargo, tardaron tres horas en convencerse de que necesitarían los recursos de un arsenal para que la nave pudiera volver a volar de nuevo. Se rindieron de mala gana, al final, y empezaron el regreso, sin ningún ánimo.

Enseguida, Oscar le había hablado a la madre de la ciudad acerca del proyecto de recuperar la navecilla. No lo había mencionado antes puesto que la *Gary* parecía mejor solución.

Las dificultades idiomáticas le hubieran embarazado considerablemente, pues sus anfitrionas no tenían ninguna palabra para «vehículo», y aún menos para «nave cohete», pero la Gary le permitió tener algo a lo que apuntar, con lo que se podría explicar.

Cuando ella entendió lo que quería decir, dio algunas órdenes, y el grupo nadó hasta el punto donde los cadetes habían sido atrapados. Se aseguraron de que era el sitio, al localizar la camilla abandonada y de allá Oscar les condujo de nuevo hasta el lugar en que se había hundido la navecilla. Allí explicó lo que había ocurrido, enseñándoles la señal en la orilla donde se había deslizado y midiendo a pasos sobre la orilla las dimensiones de la nave.

La madre de muchos discutió el problema con sus inmediatas subordinadas, mientras los cadetes esperaban, siendo más bien ignorados que excluidos. Luego, precipitadamente, ella dio la orden de marcharse, la tarde estaba muy adelantada y ni siquiera las venusianas se quedan voluntariamente en la jungla, durante la noche.

Con esto se acabó el asunto durante varios días. Los esfuerzos de Oscar para saber lo que se estaba haciendo acerca de la navecilla, si es que se hacía algo, fueron ignorados como cuando se tiene que soportar a un chiquillo obstinado. Esto les dejó sin nada que hacer. Tex tocó su armónica hasta que le amenazaron con tirarle a la piscina del centro de la sala. Oscar estaba sentado, cuidando su brazo y pensando. Matt pasó la mayor parte del tiempo cuidando a Thurlow y se familiarizó mucho con las enfermeras que nunca lo dejaban, especialmente con una pequeña criatura, alegre y de ojos vivarachos que se llamaba «Th'wing».

Th'wing le hizo cambiar su idea acerca de las venusianas. Al principio, la miraba más como habría mirado a un perro bueno y fiel, pero inusitadamente inteligente. Poco a poco empezó a pensar en ella como en una amiga, una compañera interesante y como una «persona». Había intentado hablarle de sí mismo, de su propia raza y de su mundo. Le había escuchado con vivo interés, pero sin apartar sus ojos

de Thurlow.

Tuvo que hablar, por fuerza, de conceptos astronómicos, pero chocó con una verdadera pared. Para Th'wing existía el mundo del agua, del pantano y de algo de tierra seca; y, por encima, estaban las nubes infinitas. Conocía el Sol, puesto que sus ojos, sensibles a los infrarrojos, podían verlo, aunque Matt no pudiera, pero lo tenía por un disco de luz y de calor, no por una estrella.

En cuanto a las otras estrellas, nadie de su gente las había visto y ni siquiera tenía tal idea. La noción de otro planeta no era extravagante, era simplemente incomprensible. Matt no llegó a ninguna parte.

Lo habló con Oscar.

- Bueno, ¿qué esperabas? - quería saber Oscar -. Todas las nativas piensan así, son corteses, pero piensan que les hablas de tu religión.

Y las nativas de cerca de las colonias, ¿también piensan así?

- También.

- Pero han visto las naves cohetes, al menos algunas de ellas. ¿De dónde piensan que venimos? Deben saber que no estamos aquí desde siempre.

- Naturalmente que lo saben, pero las del Polo Sur piensan que provenimos del Polo Norte y las de alrededor del Polo Norte están seguras de que venimos del Polo Sur, y no vale la pena intentar convencerlas de algo diferente.

La dificultad no venía sólo de un lado. Th'wing utilizaba continuamente palabras y conceptos que Matt no podía entender, y que aún con la ayuda de Oscar no descifraba. Empezó a tener la idea que era Th'wing quien era sofisticada y él, Matt, el extranjero ignorante.

- A veces, pienso - dijo Tex -, que Th'wing cree que soy un idiota estudiando con ahínco para ser un retrasado mental... pero que suspende el curso.

- Bien, no te dejes abatir por esto, chaval. Llegarás a ser un retrasado mental, si sigues intentándolo.

En la mañana del quinceavo día venusiano después de su llegada, la madre de la ciudad les mandó a buscar, y fueron llevados al sitio donde estaba la navecilla. Estaban en la misma orilla donde habían desembarcado de la nave mientras se hundía, pero la escena habla cambiado. Un hoyo enorme se abría a sus pies, por el cual se veían tras cuartas partes de la navecilla. Una multitud de venusianos se movía por encima y alrededor de ella, como los obreros en un arsenal.

Los anfibios hablan empezado por añadir algo al fango amarillo y poco denso del hoyo. Oscar había intentado descubrir la fórmula del aditivo, pero hasta su dominio del idioma era inútil. Las palabras eran extrañas. Pero, cualquiera que fuera, el efecto había sido transformar el fango casi líquido en un gel espeso que se volvía más y más consistente Con la acción del aire. Las enanas lo iban sacando desde arriba a medida que se endurecía, y la navecilla estaba ahora rodeada por las paredes escarpadas de un hoyo que se parecía a una funda. Una rampa conducía a la orilla y una corriente de las aparentemente incansables criaturas subía trotando, cargada de bloques de fango gelatinoso.

Los cadetes habían bajado al hoyo para mirar, hablando de buen humor. Sobre las posibilidades de poner

de nuevo en marcha la navecilla y lanzarla otra vez por el espacio, hasta que la venusiana encargada del trabajo les rogó encarecidamente que salieran del hoyo y no molestasen. Fueron a donde estaba la madre de la ciudad, y esperaron.

- Pregúntale cómo piensa sacarlo de ahí dentro - sugirió Tex -. Oscar lo hizo.

- *Decidle a esta hija impaciente que pesque sus propios peces, que yo ya me preocuparé de pescar los míos.*

- No tiene por qué ser grosera por esto - se quejó Tex.

¿Qué ha dicho? - preguntó la madre de muchos.

- *Os da las gracias por esta lección* – tergiversó Óscar.

El Pequeño Pueblo trabajaba rápidamente. Se hizo evidente que la nave quedaría completamente libre antes de que el día estuviera muy adelantado... y que además la dejarían limpia. Ahora la parte exterior relucía y una procesión continua de venusianas había estado entrando y saliendo por la puerta de la nave, llevando ladrillos de fango gelatinoso. Durante las últimas horas, la rutina había cambiado: las pequeñas obreras salían llevando sus vejigas infladas. La escuadra de limpieza estaba al trabajo.

Oscar les observaba con aprobación.

- Ya os había dicho que la dejarían bien limpia aunque fuera lamiéndola con la lengua.

Matt parecía pensativo:

- Estoy preocupado, Oscar, de que toquen algo en el tablero de control y tengan problemas.

-¿Por qué? Los empalmes están todos sellados. No pueden romper nada. Cerraste el tablero cuando te marchaste, ¿verdad?

- Sí, naturalmente.

- De todas maneras, aunque no lo hubieras cerrado, al estar en esta posición no podrían conectar la propulsión.

- Es verdad, pero todavía estoy preocupado.

- Bueno, entonces, vamos a ver. Quiero hablar con el capataz, de todas formas; tengo una idea.

-¿Cuál? - preguntó Tex.

- Tal vez la puedan poner en pie en el hoyo. Me parece que podríamos despegar desde allá, sin tener que sacarla del hoyo. Podríamos adelantar muchos días - bajaron la rampa, y se encontraron a la venusiana que estaba al mando, luego Matt y Tex entraron en la nave, mientras Oscar se quedaba para exponer su idea.

Era difícil imaginarse que la sala de mandos estaba, escaso tiempo antes, llena de fango amarillo y sucio. Unas pocas anfibias trabajaban todavía en un extremo de la sala; el resto del compartimento estaba

limpio.

Matt subió al asiento del piloto y empezó a inspeccionar. De lo primero que se dio cuenta fue de que faltaban las protecciones de gomaespuma del visor de infrarrojos. No era importante, pero se preguntó dónde estaban. ¿Es que la gente del Pequeño Pueblo tenía el vicio de robar recuerdos? Apartó esta sospecha e intentó llevar a cabo una prueba en punto muerto de los controles, sin poner en marcha el cohete.

Nada funcionaba... nada en absoluto.

Observó el tablero más cuidadosamente. Inspeccionándolo por encima, parecía limpio, reluciente, en perfecto orden pero ahora podía ver muchos pequeños agujeros y puntitos. Escarbó un poco uno con la uña y salió. Lo hizo un poco más y produjo un pequeño hueco en el interior del tablero de control. Le dio náuseas.

- Hey, Tex, ven aquí un minuto. Quiero que veas algo.

- Si crees haber descubierto algo - le contestó Tex en sordina -, espera a ver esto.

Encontró a Tex con una llave inglesa en la mano, con la que había sacado una tapadera del compartimento de los giróscopos.

- Visto lo que le ocurrió a *Gary,* decidí revisar esto primero. ¿Habéis visto jamás algo parecido?

El fango había logrado entrar. Naturalmente, los giróscopos, aunque cerrados, estaban todavía girando cuando la nave se había caído en el hoyo y normalmente hubieran estado girando durante muchos días, y deberían estarlo todavía cuando Tex sacó la tapadera. En vez de estarlo se habían parado a causa del fango: estaban completamente quemados.

- Será mejor que llamemos a Oscar - dijo Matt, lentamente.

Con la ayuda de Oscar revisaron el desastre. Cada instrumento, cada pieza del equipo electrónico habían sido invadidos. Faltaba todo lo que no era metálico, y las hojas de metal finas, tales como las cajas de instrumentos, estaban acribilladas de pequeños agujeros.

- No entiendo la causa de esto - protestó Oscar, casi llorando.

Matt le preguntó a la venusiana al mando del trabajo. Primero no le entendió; entonces, él le señaló los agujeros, y ella cogió una masa del fango gelatinoso y lo aplastó. Con uno de sus finos dedos separó cuidadosamente lo que parecía ser un trozo de hilo blanco, de unos cinco centímetros de largo.

Aquí está la fuente de sus problemas.

¿Sabes lo que es, Os?

- Algún tipo de gusano. No lo reconozco. No podría hacerlo, pues las regiones Polares no son como esto, gracias a Dios.

- Pienso que daría lo mismo si despidiéramos a las obreras.

- No te apresures. Tal vez existe una manera de arreglar este desastre.

- Tenemos que encontrarla.

- No hay remedio. Basta con los giróscopos. No puedes levantar una nave sin alas, sin utilizar los giróscopos. Es imposible.

- Tal vez podríamos limpiarlos y ponerlos en marcha.

- Quizá tú puedas... yo no. El fango ha llegado hasta los *cojinetes,* Os.

- Por lo menos, tenemos que salvar parte del equipo electrónico, y construir un aparato para mandar un mensaje. Tenemos que hacerlo.

- Lo has visto como yo. ¿Qué piensas?

- Bueno, cogeremos lo que parezca en mejor estado, y nos lo llevaremos con nosotros. Nos ayudarán.

-¿En qué estado se encontrará después de una hora o así en el agua? No, Os, lo que hay que hacer es cerrar la puerta una vez que todo el fango esté sacado, y volver a trabajar aquí

- De acuerdo, haremos esto - Oscar llamó a Tex, que estaba todavía fisgoneando. Llegó echando pestes.

-¿Qué pasa ahora, Tex? - inquirió Oscar, cansinamente.

- Pensé que, por lo menos, tal vez podríamos llevarnos un poco de alimentos civilizados con nosotros, pero estos malditos gusanos perforaron las latas. Todas las raciones de la nave están inservibles.

-¿Eso es todo?

-¿Eso es todo? «¿Eso es todo?», dice este hombre. ¿Qué quiere, inundaciones, pestes y terremotos?

Pero no era todo, una nueva inspección les reveló algo más que les hubiera descorazonado si ya no se hubiesen sentido tan abatidos como les era posible. El cohete de la navecilla funcionaba con hidrógeno y oxígeno líquidos. Los tanques de combustible podían conservar el combustible por un período muy largo, pero el fango caliente los habla alcanzado y calentado; los gases dilatados se hablan escapado por las válvulas de seguridad. La navecilla no tenía combustible.

Oscar consideró la situación fríamente.

Realmente me hubiera gustado que la *Gary* hubiese tenido un motor químico - comentó fríamente.

-¿Y qué? - le contestó Matt -. No hubiéramos podido levantar la nave aún teniendo todo el combustible que haya de este lado de Júpiter.

Tuvieron que enseñárselo a la madre de muchos para que se diera cuenta de lo que iba mal en la nave. Pero aún así, sólo pareció medio convencida, y algo picada porque los cadetes no estuvieran satisfechos con el regalo de haberles devuelto la nave. Oscar pasó la mayoría del viaje de regreso intentando reparar sus buenas relaciones con ella.

Oscar no comió aquella noche. Incluso Tex sólo jugueteó con los alimentos, y no tocó su armónica después. Matt pasó la tarde sentado silencioso, cuidando a Thurlow.

* *

La madre de muchos mandó buscar a los tres, al día siguiente. Después de haberse saludado formalmente, ella dijo:

- *Pequeña madre, ¿es verdad que vuestro Gary está realmente muerto, como el otro Gary?*

- *Es verdad, sabia madre.*

-*¿Es verdad que sin un Gary no podéis encontrar vuestra camino de regreso hacia vuestra gente?*

- *Es verdad, inteligente madre de muchos, la jungla nos destruiría.*

Se calló e hizo un gesto a una de su corte. La <hija» se acercó trotando, con un bulto casi tan grande como ella. La madre de la ciudad lo cogió e invitó, - o mejor ordenó, a los cadetes a subir con ella al estrado. Empezó a desenvolverlo. El objeto de dentro parecía tener más vendajes que una momia.

Por fin lo destapó, y se lo ofreció:

-*¿Es vuestro?*

Era un libro grande. Sobre la tapa, en adornadas letras se leía esta inscripción:

DIARIO DE NAVEGACION

del

ASTARTE

Tex lo miró y dijo:

-¡Por todos los fuegos de San Telmo, no puede ser!

Matt lo observó fijamente y murmuró:

- Debe serlo. La perdida primera expedición. No fracasaron... llegaron aquí.

También Oscar se quedó estudiándolo, y no dijo nada hasta que la madre de la ciudad repitió su pregunta, con impaciencia:

-*¿Es vuestro?*

-¿Eh? ¿Qué? ¡Oh, seguro! *Inteligente y sabia madre, esto pertenecía a la madre de la madre de mi madre. Somos sus «hijas».*

- Entonces, es vuestro.

Oscar lo cogió, y cautelosamente abrió las frágiles páginas. Miraron con asombro la primera entrada de «despega la nave», pero más específicamente al año, en la columna de fechas: «1981».

-¡Venerado Moisés! - resopló Tex -. Mirad esto... pero miradlo. Hace cien años.

Lo hojearon. Había páginas y páginas de entradas de una línea: «En caída libre, posición conforme a lo previsto», que pasaron por alto rápidamente, salvo en el caso de una: «Navidad. Se cantaron villancicos después de la comida del mediodía.»

Buscaban las entradas de después del aterrizaje. Tuvieron que recorrerlas rápidamente, puesto que la madre de muchos se impacientaba: «clima no peor que el de los trópicos más calurosos de la Tierra durante la estación de las lluvias. La forma de vida dominante parece ser un gran anfibio. Definitivamente, este planeta puede ser colonizado».

... los anfibios tienen una inteligencia considerable y parece que hablan entre ellos. Son amables, intentamos superar el abismo semántico».

«.:.Hargraves ha contraído una infección, aparentemente de hongos, que recuerda desagradablemente a la lepra. El cirujano le está cuidando, experimentalmente». después de la ceremonia del funeral, el cuarto de Hargraves fue esterilizado».

La escritura cambiaba poco después. La madre de la ciudad se estaba poniendo tan obviamente descontenta, que solamente miraron a los dos últimos apuntes: « .. Johnsson continúa debilitándose, pero los nativos nos ayudan mucho». Ahora, mi mano izquierda está inútil. He tomado la decisión de abandonar la nave, y ponerme en manos de los nativos. Tomaré este diario conmigo y lo acabaré, si es posible».

La escritura era firme y clara, pero la veían borrosa, pues sus ojos se estaban llenando de lágrimas.

Inmediatamente, la madre de muchos ordenó presentarse al grupo acostumbrado que llevaba a los humanos dentro y fuera de la ciudad. No estaba dispuesta a detenerse para hablar, y cuando el viaje empezó, no hubo ninguna posibilidad de hacerlo, hasta llegar a tierra firme.

- Mira, Os - empezó a decir Tex, tan pronto como se hubo sacudido el agua de encima.

-¿Crees realmente que nos está llevando a la *Astarte?*

- Puede ser. Probablemente.

-¿Piensas que tenemos alguna posibilidad de encontrar la nave intacta? - intervino Matt.

- Ni una. Ni una en este mundo. No podría quedar combustible en sus tanques. Es imposible. Has visto lo que le ocurrió a la navecilla, ¿qué piensas que le habrá hecho un siglo a la *Astarte?* - se calló, parecía pensativo. De todas maneras, no me dejaré engañar otra vez por mis esperanzas. No podría aguantarlo tres veces. Es demasiado.

- Creo que tienes razón - asintió Matt -. Entusiasmarse no serviría de nada. Debe ser un montón de herrumbre bajo una cubierta de lianas.

-¿Quién decía algo a propósito de no entusiasmarse? - contestó Oscar -. Estoy tan excitado, que apenas

si puedo hablar. Pero no pienso en la *Astarte* como en un posible medio de volver, pienso en ella históricamente.

- Tú piensa en ella de esta manera - le dijo Tex -. Pero yo soy creyente y nunca pierdo las esperanzas, y quiero salir de este vertedero.

-¡Oh, saldrás, algún día vendrán a buscarnos... y acabarán la misión que echamos a perder!

- Mira - le contestó Tex -. ¿Por qué no nos damos un permiso, y no pensamos en la misión durante el próximo kilómetro? Estos insectos son algo feroz. Tú ocúpate de Oscar y yo pensaré en el hijo favorito de mamá Jarman. Me gustaría estar de nuevo en nuestra vieja *Triplex.*

-¿No eras tú el que siempre decía que la *Triplex* era un manicomio?

- Pues me equivocaba. Puedo rectificar.

Llegaron a uno de los raros promontorios del suelo, a unos tres metros por encima del nivel del agua. Los nativos empezaron a murmurar y a tartamudear nerviosamente entre ellos. Matt oyó la palabra venusiana que significaba «Tabú».

-¿Oíste esto, Os? - dijo en básico -. Tabú.

- Si, creo que la madre no les dijo a dónde los llevaba.

La columna se paró y se desplegó; los tres cadetes se adelantaron, apartando las plantas exuberantes, y entraron en un claro.

Frente a ellos, con sus alas inclinadas festoneadas de lianas y con todo su casco recubierto por una substancia translúcida, estaba la Nave Cohete de la Patrulla *Astarte.*

XVII

PASTELES CALIENTES PARA EL DESAYUNO

La madre de la ciudad estaba de pie, al lado de la *Astarte,* bajo el ala de estribor. Dos de sus «hijas» estaban trabajando en la puerta, utilizando vejigas para rociar un líquido alrededor de los bordes. La capa translúcida que cubría el casco se disolvía cuando el líquido la tocaba. Cogieron un borde libre de la capa recubridora y empezaron a pelarla.

- Mira eso - dijo Tex -. ¿Has visto lo que han hecho? La nave está «venusizada».

La utilización que hacia del término era un tanto libre, un objeto que ha sido «planetizado» es aquel que ha sido estabilizado contra ciertas condiciones típicas del planeta en cuestión, tal como lo define por pruebas la Oficina de Normas; por ejemplo, un objeto inscrito en la edición colonial del Catálogo Sears y Montgomery, como «venusizado» está, de este modo, garantizado para resistir la humedad excesiva, los hongos exóticos, y algunos de los animales dañinos del planeta. La *Astarte* estaba meramente envuelta en una funda.

- Lo parece - asintió Oscar, controlando cuidadosamente su voz -. Parece hecho con una pistola

pulverizadora.

- Apuesto cinco contra diez a que aquí no han empleado una pistola pulverizadora. Lo hicieron las venusianas - Tex dio un palmetazo a un insecto. ¿Sabes lo que esto significa, Os?

- Ya lo había pensado, pero no tengas demasiadas esperanzas. Y no intentes dármelas tampoco. Cien años es un tiempo muy largo.

- Os, siempre te estás haciendo mala sangre.

Las pequeñas obreras teman dificultades. La parte superior de la puerta era mucho más alta de lo que podían alcanzar, y ahora estaban intentando subirse unas encima de otras, pero como no tenían realmente hombros, apenas sí podían hacerlos. Matt le dijo a Oscar:

-¿Por qué no las ayudamos?

- Voy a ver - Oscar se adelantó y sugirió que los cadetes se encargaran del trabajo de rociar el disolvente. La madre le miró.

-*¿Os puede crecer una nueva mano, si fuera necesario?*

Oscar admitió que no.

- *Entonces, no os entrometáis en lo que no entendéis.*

Utilizando sus propios métodos, las nativas pronto dejaron la puerta lista. Estaba cerrada, pero no con llave; sin embargo se negó a abrirse por un momento, hasta que de repente cedió. Subieron corriendo la cámara de descompresión.

- Esperad un minuto - murmuró Matt -. ¿No creéis que tendríamos que hacerlo con calma? No sabemos si la infección que cogieron ha desaparecido.

- No seas tonto - murmuró Tex a su vez -. Si tu inmunización no hubiera sido eficaz, hace mucho tiempo que serías un bicho muy enfermo.

- Tex tiene razón, Matt. Y no tenéis que murmurar. Los fantasmas no os pueden oír.

-¿Cómo lo sabes? - objetó Tex -. ¿Eres doctor en fantasmología?

- No creo en los fantasmas.

- Yo sí. Mi tío Bodie se quedó durante una noche...

- Entremos - insistió Matt.

El pasillo de detrás de la puerta interior estaba oscuro, a excepción de la luz que se filtraba por la cámara de descompresión. El aire tenía un olor extraño, no estaba precisamente viciado pero sí sin vida; viejo y enrarecido.

La sala de control era obscura pero estaba suficientemente iluminada, pues la luz del exterior se filtraba

por la funda que todavía cubría la portilla de cuarzo del piloto. La sala era muy estrecha. Los cadetes estaban acostumbrados a naves modernas, espaciosas; pero las alas de la *Astarte* daban una impresión falsa, de gran tamaño. Por dentro, era más pequeña que una navecilla auxiliar.

Tex empezó a murmurar algo acerca de:

- Hombres valientes - pero se interrumpió de repente -. Mirad esta maldita cosa ¡y pensad que realmente hicieron un vuelo interplanetario con esto!. Mirad el tablero de control. ¡Vamos, es tan primitivo como el de un bote de remos! Y sin embargo se arriesgaron. Te recuerda a Colón y a la *Santa María.*

- O los barcos de los vikingos - sugirió Matt.

- Entonces sí que eran hombres... - asintió Oscar, sin gran originalidad, pero con gran sinceridad.

- Lo puedes decir en voz alta - comentó Tex -. No hay porque dar rodeos, amigos, nacimos demasiado tarde para el tiempo de la aventura. Vamos, que ni tan siquiera se dirigían a un puerto conocido: despegaban hacia lo desconocido simplemente esperando tener la suerte de poder volver.

- No volvieron - dijo Oscar suavemente.

- Hablemos de otra cosa - suplicó Matt -. Esto me da piel de gallina.

- De acuerdo - convino Oscar -, de todas formas, es mejor que vuelva a ver lo que su real señoría está haciendo.

Se fue, y volvió casi enseguida, acompañado por la madre de la ciudad.

- Estaba esperando que la invitáramos - dijo llamándoles, en Básico -, muy ofendida de que la hayamos olvidado. Ayudadme a lisonjearla.

La dignataria nativa resultó serles útil: salvo la sala de control, los otros sitios estaban demasiado oscuros para ella. Se acercó a la puerta. Expresó sus deseos, y volvió con una de las esferas naranjas brillantes que utilizaban para iluminar. Era un pobre sustituto de una linterna, pero era tan eficaz como una vela.

Por todas partes, la nave estaba ordenada y limpia, exceptuando una ligera capa de polvo.

- Di lo que quieras, Oscar - comentó Matt- Pero yo empiezo a tener esperanzas. No creo que haya nada malo en esta nave. Parece que la tripulación se haya ido a dar un paseo. Tal vez podremos hacerla funcionar.

- Estoy a punto de pasarme al bando de Oscar - objetó Tex -. He perdido mi entusiasmo: preferiría bajar las cataratas del Niágara dentro de un tonel.

- Volaron en ella - señaló Matt.

- Seguro que lo hicieron, y me descubro ante ellos. Pero se necesita ser un héroe para volar en un trasto tan primitivo como éste, y no soy ningún héroe.

En este momento, la madre de muchos perdió todo tipo de interés y salió de allí. Tex tomó la esfera

naranja y continuó mirando por alrededor, mientras Matt y Oscar examinaban cuidadosamente la sala de control. Tex encontró un cajón, conteniendo pequeños paquetes cerrados marcados: «Efectos personales de Roland Hargraves», «Efectos personales de Rupert H. Schreiber», y otros nombres. Los volvió a guardar cuidadosamente.

En este momento le llamó Oscar.

- Creo que seria mejor que nos marcháramos. Su señoría lo insinuó, cuando se fue.

-¡Venid a ver lo que encontré! ¡Comida!

Matt y Oscar fueron a la puerta de la despensa de la cocina.

-¿Crees que todavía estará buena? - preguntó Matt.

-¿Por qué no? Todo está enlatado. Aguarda un momento y lo sabremos - Tex se sirvió de un abrelatas- ¡Puf! - dijo luego. ¿Alguien quiere probar carne de vaca embalsamada? Tíralo fuera, Matt, antes de que apeste este Sitio.

- Ya lo he hecho.

-¡Pero mirad esto! - Tex llevaba una lata que decía: «Harina para hacer pasteles calientes», marca «Vieja Plantación>. Esto no puede estar estropeado, pasteles calientes para el desayuno, tropas. Apenas sí puedo esperar.

-¿Cómo pueden hacerse buenos pastelillos sin jarabe?

- Todas las comodidades de casa: tenemos media docena de latas de esto - alzó una en la que ponía:

«Auténtica miel de arce de Vermont, sin adulterantes».

Tex quería llevarse un poco Oscar lo impidió, por razones prácticas y diplomáticas. Tex sugirió que se quedaran en la nave.

- Luego, Tex, luego - asintió Oscar - ¿Has olvidado al Teniente Thurlow?

- Sí que lo hice. Me callo la boca.

- Hablando del señor Thurlow - propuso Matt - Me habéis dado una idea. No toca a mucho de ese picadillo nativo, incluso cuando parece que ya está saliendo bastante bien de su estado. ¿Qué opináis de esta miel de arce? Le podía dar de comer esto con una vejiga.

- No le puede hacer daño, y tal vez le ayude - decidió Oscar -. Llevaremos la mitad de la miel con nosotros.

Tex cogió las latas, Matt puso el abrelatas en su bolsillo y salieron.

Matt se alegró de encontrar a Th'wing vigilando en el cuarto de Thurlow cuando volvieron, le resultaría más fácil discutir con ella que con las otras enfermeras. Le explicó lo que pensaba, con corteses metáforas. Ella aceptó una lata que Matt había abierto y probado de antemano, y dio la vuelta,

disculpándose, mientras también ella lo probaba.

Lo escupió.

- ¿Está seguro de que esto no hará daño a vuestra madre enferma?

Matt comprendió sus dudas, puesto que la dieta de las venusianas está compuesta de féculas y proteínas, no de azúcar. Le aseguró que aquello ayudaría a Thurlow. Vertieron el contenido en una vejiga.

Aquella noche, después de la cena, los cadetes discutieron lo que harían con la Astarte. Matt insistía en que se podía hacerla volar; Tex seguía opinando que sería una locura intentarlo:

- Puede ir lo bastante alto como para estrellarse, no más alto.

Oscar escuchó, luego dijo:

-¿Matt, has revisado 105 tanques? - Matt admitió que lo había hecho -. Entonces, sabes que no hay combustible.

- Si es así, ¿por qué discutes? - le interrumpió Tex -. La cuestión está zanjada.

- No, no lo está - anunció Oscar -. Intentaremos hacerla volar.

-¿ Que?

- No puede volar, pero de todas maneras lo intentaremos - continuó Oscar.

- Pero, ¿por qué?

De acuerdo: escucha el porqué. Si nos quedamos aquí durante bastante tiempo la Patrulla vendrá y nos encontrará, ¿verdad?

- Probablemente - asintió Matt.

- Absolutamente seguro. Es la manera de trabajar de la Patrulla. No nos abandonarán. Considera la búsqueda de ¡a *Pathfinder:* cuatro naves, mes tras mes!. Si no les hubiera matado un accidente, la Patrulla les hubiera llevado vivos de vuelta a casa. Todavía vivimos y estamos en algún sitio, cerca de nuestro destino inicial. Nos encontrarán... el retraso en empezar la búsqueda significa, simplemente, que no están seguros de que estemos perdidos. No hace tanto tiempo que estamos sin contacto. De todas maneras, sabíamos que no había ninguna nave preparada en Venus, ni en el Polo Norte ni el Polo Sur, para intentar una búsqueda ecuatorial, o sino no hubiéramos tenido que ocuparnos nosotros de la misión, por lo tanto, puede que pase algún tiempo antes de que vengan a buscarnos. Pero vendrán.

- Entonces, ¿por qué no esperamos? - insistió Tex.

- Por dos razones. La primera es el jefe: tenemos que llevarle a un hospital adecuado, antes de que se consuma y muera.

- Y matarle en el despegue.

- Tal vez. Esto no le preocuparía, creo. La segunda razón es que somos la Patrulla.

-¿Huh? Explícame esto.

- Existe la seguridad de que la Patrulla no dejará de buscarnos. Bueno, si éste es el tipo de organización de la Patrulla, y nosotros formamos parte de la Patrulla, cuando nos encuentren, nos hallarán haciendo todo lo posible para despegar sin ayuda, y no sentados tranquilamente esperando que alguien nos recoja.

- Te entiendo - dijo Tex -. Esperaba que tu pequeño cerebro bullicioso llegara al fin a imaginar algo así. Muy bien, puedes inscribirme como héroe, pero de mala gana. Creo que me iré a dormir; este trabajo de héroe va a ser laborioso y fastidioso.

De hecho era laborioso. Las venusianas continuaron ayudando pero el trabajo principal de intentar equipar una nave para el espacio tenía que ser hecho por humanos. Con el permiso de la madre de la ciudad Oscar trasladó su cuartel general a la *Astarte*. No movieron a Thurlow, pero hicieron arreglos para que un cadete fuera llevado cada día a la ciudad, para vigilar a Thurlow y llevarle alimentos. Quedaban pocas provisiones de alimentos en la *Astarte* que aún fueran comestibles.

Sin embargo, la mezcla para panqueques era utilizable. Tex había construido una especie de quemador de aceite, pues aún no tenían energía eléctrica, y había llenado el artefacto con aceite de pescado que les habían dado las nativas. Con esto cocinó los pasteles calientes. Eran notablemente peores que todos los que cualquiera de ellos había probado, puesto que la harina había envejecido y cambiado de gusto. Y no tenían ninguna tendencia a hincharse.

Pero eran pasteles calientes, y se los comieron cubiertos de miel de arce. Era una ceremonia, al empezar cada día de trabajo, tomarlos a hurtadillas detrás de la puerta cerrada, para no ofender a sus puritanas amigas.

Empezaron una campaña sistemática para recuperar de las otras naves todo lo que pudiera ser necesario para abastecer a la *Astarte*. En esto también dependían de las nativas: Matt o Tex podían escoger lo que querían, pero era el Pequeño Pueblo quien lo tenía que transportar todo a lo largo de muchos kilómetros por pantanos, estanques y junglas vírgenes.

Hablaban del vuelo como si realmente esperaran hacerlo:

- Me das un radar - le dijo Matt a Oscar -, cualquier tipo de radar de aproximación, de modo que tenga una posibilidad de aterrizar y la haré bajar en algún sitio cerca del Polo Sur. Te puedes olvidar de esas memeces de la astrogación; lo haré por pura navegación instrumental.

Se habían decidido por New Auckland, en el Polo Sur, como punto de destino. El Polo Norte hubiera sido igualmente razonable, pero lo que decidió el asunto fue el que Oscar era colonial del Sur.

Oscar había prometido el radar, sin saber aún como podría hacerlo. La *Gary* era la única esperanza; su sala de comunicaciones había quedado destrozada, pero Oscar tenía esperanzas de salvar su radar de popa. Se puso al trabajo, lanzando juramentos ante la imposibilidad de hacer un trabajo delicado con un brazo en cabestrillo.

Pocas cosas se podían salvar de la navecilla auxiliar y nada de ello estaba completamente intacto. Primeramente, Oscar había intentado utilizar el equipo de radar de la *Astarte*, pero había desistido: un siglo de diferencias en tecnología le había desconcertado. Los circuitos electrónicos de la *Astarte* no

eran solamente mucho más complicados, sino también menos eficientes que el sistema que conocía, además la nomenclatura era diferente, por ejemplo las marcas que había sobre una simple resistencia eran chino para él.

En cuanto a los circuitos de radio, la única instalación emisora que podía funcionar era un radioteléfono de un traje espacial de la *Gary*.

A pesar de eso, llegó la mañana en la que ya habían hecho todo lo que se podía. Tex estaba distribuyendo pasteles calientes.

- Me parece – dijo -, que estaríamos listos para irnos, si tuviéramos el combustible adecuado.

-¿Cómo dices eso? - preguntó Matt -. ¡Si el tablero de control ni siquiera está conectado con el retropropulsor!

-¿Y qué? De todas formas voy a tener que regular la entrada de combustible a mano. Voy a tomar esta pieza enorme de tubería que sacamos de la *Gary* y llevarla desde donde tú estés hasta mi puesto, junto al control del cohete. Podrás chillar tus órdenes por ella y, si me gustan, las cumpliré.

-¿Y si no te gustan?

- Entonces haré otra cosa. No te pases con la miel, Os, es el último que queda.

Oscar se detuvo con la lata de jarabe en medio del aire.

- Oh, perdona, Tex. Ven, déjame verter un poco de mi plato en el tuyo.

- No te preocupes. Era solamente una observación espontánea. A decir verdad, estoy harto de pasteles calientes. Los hemos comido cada día, desde hace dos semanas, sin nada más para romper la monotonía que el picadillo a «la nativa».

- Yo también estoy harto, pero no era cortés decirlo, dado que tú cocinabas - Oscar empujó su plato. No me importa que la miel se acabe.

- Pero no está acabada... - les interrumpió Matt.

-¿Te preocupa algo, Matt?

- No, ya nada - continuó pensativo.

- Entonces, cierra la boca. Oye Os, si tuviéramos el combustible adecuado para la nave, ¿qué escogerías?

- Hidrógeno monoatómico.

-¿Por qué escoger la única cosa que esta nave no puede quemar? Yo escogería alcohol y oxígeno.

- Puesto que no tienes ni una cosa ni la otra, ¿por qué no desear lo mejor?

Porque nos hemos puesto de acuerdo para jugar este juego con seriedad. Ahora, tenemos que continuar intentando hacer combustible, desde este momento hasta que nos encuentren. Por eso dije alcohol y

oxigeno. Construiré algún tipo de alambique, y empezaré a trabajar en destilar alcohol mientras tú y Matt pensáis cómo se podría conseguir oxígeno líquido con solamente vuestras manos y el equipo de una nave.

-¿Cuánto tiempo crees que vas a necesitar para destilar varias toneladas de alcohol, con lo que puedas improvisar?

- Aquí está lo gracioso del caso. Estaré todavía trabajando en esto, como un muchachito aplicado, tan ocupado como un fabricante de licor ilegal cuando vengan a buscarnos. Di, ¿ya te hablé de mi tío Bodie y los fabricantes de licor ilegales? Parece...

- Mirad - le interrumpió Matt- ¿no os gustaría fabricar un poco de miel de arce... aquí?

-¿Qué? ¿Por qué molestarse con esto? Estamos hartos de pasteles calientes.

- Yo también, pero querría saber como se puede fabricar miel de arce, aquí mismo. O, mejor dicho, cómo lo pueden hacer las nativas.

-¿Estás desvariando, o es un acertijo?

- Nada de eso. Pero me acabo de acordar de algo que había examinado. Dijiste que ya no había más miel de arce, y estaba a punto de decir que todavía quedaba mucho, en el cuarto de Thurlow.

Dos días antes, Matt estaba de turno para ir a la ciudad. Como de costumbre, había ido a visitar el cuarto de Thurlow. Su amiga Th'wing estaba de guardia y le dejó solo con el Teniente, durante unos veinte minutos.

Mientras tanto el enfermo se había despertado y Matt quería darle de beber. Había varias vejigas para beber a su lado. Resultó que la primera que Matt cogió estaba llena de miel de arce, y también la siguiente y la siguiente, en realidad la fila entera de ellas. Después encontró la que quería, sobre la litera.

- No pensé nada en este momento, estaba ocupado con el Teniente. Pero eso es lo que me intriga, ha tomado bastante miel, se puede decir que ha vivido de esto. Abrí la primera lata cuando se la llevamos por primera vez, y yo mismo abrí las otras latas, cuando hizo falta... Th'wing no podía manejar el abrelatas. Por lo tanto, sé que la miel casi estaba acabada.

-¿De dónde venía el resto de la miel?

- Caramba, supongo que los nativos lo fabrican - contestó Oscar -. No les resultaría demasiado difícil de obtener azúcar de alguna de las plantas de por aquí. Hay un tipo de hierba parecido a la caña de azúcar, allá cerca de los Polos, pudieron encontrar algo similar.

-¡Pero Os, aquello era miel de *arce!*

-¿Qué? No podía serlo, tu sentido del sabor se debe haber trastornado.

- Te digo que era arce.

- Bueno, fuera lo que fuera... y date cuenta que no puedo aceptar que se pueda obtener el verdadero sabor a arce, de este lado de Vermont, ¿qué más da?

- Creo que hemos pasado por alto algo. Hablabais de destilar alcohol, pues apuesto a que los nativos pueden conseguir alcohol, en cualquier cantidad.

- Oh - Oscar lo pensé. Probablemente tienes razón. Son muy hábiles a propósito de este tipo de cosas, como eso que utilizaron para convertir el fango en jalea y los disolventes con que limpiaron la nave. Son químicas aficionadas, de cocina.

- Tal vez no sean químicas aficionadas, de cocina. Tal vez sean verdaderas químicas.

-¿Qué? - dijo Tex -. ¿Qué quieres decir, Matt

- Lo que dije. Queremos el combustible de despegue para la *Astarte*, tal vez si hubiéramos tenido sentido común para pedírselo a la madre de muchos lo hubiéramos tenido ya.

Oscar movió la cabeza.

- Me gustaría que tuvieras razón, Matt. Nadie tiene más respeto para el Pequeño Pueblo que yo, pero no existe ningún combustible para cohete que podamos utilizar, que no implique uno o más gases líquidos. Puede que entiendan lo que necesitamos, pero no tendrán medio de hacerlo.

¿Estás seguro?

- Bueno, mira, Matt: el oxígeno líquido, hasta el aire líquido, necesitan presiones muy altas, mucha energía, y envase de alta presión para las fases intermedias. El Pequeño Pueblo utiliza poco la energía, y apenas si utilizan metales.

- No utilizan energía, ¿eh? ¿Y qué me dices de estas luces naranja?

- Bueno, sí, pero eso no puede necesitar mucha energía.

-¿Puedes hacer una? ¿Sabes como funcionan?

- No, pero...

-A lo que estoy intentando llegar es que pueden existir muchas maneras de usar la ingeniería, aparte de las que conocemos: pomposas, fuertes y ruidosas. Tú mismo decías que no conocemos realmente a las nativas, ni siquiera a las de alrededor de los Polos. -¡Preguntémoselo por lo menos!

Oscar parecía muy pensativo.

- Me di cuenta hace algún tiempo de que nuestras amigas de aquí eran más civilizadas que las que están cerca de las colonias, pero no lo podía acabar de definir.

- ¿Qué es la civilización?

- No filosofemos... vamos - Oscar abrió la puerta exterior de la nave y habló con una figura, que esperaba en lo que, para ella, era un día soleado, ocupada en mirar las fotografías de un *Saturday Evening Post* del 1981.

- *He y, chica. ¿Podrías conducirnos a casa de vuestra madre?*

Era miel de arce, Tex y Oscar tuvieron que admitirlo. Th'wing explicó, con bastante buena gana, que, cuando las provisiones se hicieron escasas, fabricaron más, utilizando la materia original terrestre como muestra.

Oscar fue a ver la madre de la ciudad, llevando consigo una botella de alcohol etílico salvado del suministro médico de la *Gary*. Matt y Tex tuvieron que aguardar fuera, porque habían acordado que a Oscar le iría mejor quedarse solo con su señoría. Volvió después de más de dos horas. Parecía aturdido.

-¿Qué hay, Os? ¿Qué conseguiste? - inquirió Matt.

- Son malas noticias - dijo Tex -. Lo veo por tu cara.

- No, no son malas noticias.

- Entonces desembucha, suéltalo ya ¿Quieres decir que lo pueden hacer?

Oscar maldijo en voz baja en venusiano.

-¡Pueden hacer de todo!

- Espera un momento e inténtalo de nuevo - le aconsejó Tex -. No saben tocar la armónica. Lo sé, pues le dejé probar a una. Ahora, cuenta.

- Empecé enseñándole el alcohol etílico e intenté explicarle que todavía teníamos un problema, le pregunté si su gente podía hacer esta materia. Parecía pensar que era una pregunta tonta. Solamente lo olió y dijo que podían. Entonces me esforcé realmente en explicarle cómo era el oxigeno líquido, diciéndole primero que el aire contenía dos tipos de cosas, una inerte y otra activa. Lo mejor que podía hacer era utilizar sus palabras para «vivo» y «muerto». Le dije que quería que la parte viva fuera como agua. Me interrumpió y mandó a buscar una de su gente. Hablaron y hablaron varios minutos y juro que solamente podía entender cada segunda o tercera palabra ni siquiera podía enterarme de la esencia. Era una parte de su idioma completamente nueva para mí. Luego la otra vieja salió de la sala.

«Esperamos. Me preguntó si nos iríamos pronto si conseguíamos lo que queríamos. Le dije que sí. Entonces me pidió que le hiciera el favor de llevarme a Burke. Aunque se disculpaba por esto, se mostraba firme; le dije que lo haría.

- Me alegro - dijo Matt -. Desprecio a Maloliente hasta la médula, pero tengo escrúpulos de dejarle morir aquí. Tiene que ser juzgado.

- Quédate callado, Matt - dijo Tex-. ¿A quién le importa Maloliente? Continúa Oscar.

- Después de una espera bastante larga, la otra vieja volvió, con una vejiga; parecía ordinaria, pero era más oscura que una vejiga para beber. Su señoría me la dio y me preguntó si era esto lo que quería.

Dije que lo sentía, pero que no quería agua. Exprimió unas gotas en mi mano - Oscar enseñó su mano -.

¿Veis esto? Me quemé.

-¿Era realmente oxígeno líquido?

- Esto o aire líquido. Tampoco podía probarlo. Creo que era oxigeno. Pero escuchad esto... la vejiga no estaba ni siquiera fría. Y no humeaba, hasta que exprimió unas gotas. La otra venusiana la llevaba con el mismo descuido con que podrías llevar una botella de agua caliente.

Oscar mantuvo la vista perdida durante un momento.

- No lo entiendo – dijo -. La única cosa que se me ocurre es la química catalizadora... deben tener una química de catálisis con la que hacen las cosas sin enredos, mientras nosotros las hacemos con calor y presión.

-¿Por qué hacer conjeturas? - dijo Tex -. Probablemente obtendríamos una respuesta falsa. Piensa solamente que las venusianas deben haber dado ya más química de la que jamás aprenderemos nosotros... y en que tendremos el combustible de despegue.

* *

Durante dos días una procesión continua de venusianas había formado una fila doble, desde la orilla del agua hasta la *Astarte*, llevando vejigas llenas hacia la nave y volviendo con las vacías. Thurlow ya estaba a bordo, asistido todavía por sus pequeños y pacientes enfermeras. Burke fue llevado hasta la nave y liberado. Los cadetes le dejaron solo, lo que parecía desconcertarle. Inspeccionó la nave, pues era la primera vez que había oído hablar de ella, y finalmente se dirigió a Jensen.

- Si piensas que voy a viajar en este ataúd volante, te equivocas por completo.

- Como quieras.

-¿Bueno, y que haremos al respecto?

- Nada. Te puedes quedar en la jungla, o intentar persuadir a la madre de la ciudad para que te acepte de nuevo.

Burke lo pensó.

- Creo que me quedaré con las ranas. Si lo conseguís, podéis decir donde estoy y que vengan a buscarme.

- Les diré donde estás, y también todo lo que pasó;

- No creas que me asustas - Burke se fue.

Volvió poco después.

- Cambié de idea, vengo con vosotros.

- Quieres decir que no te quieren, ¿no?

- Bueno, sí.

- Muy bien - contestó el Cadete Jensen -. Ya que las autoridades locales declinan jurisdicción, te detengo en virtud del código colonial titulado «Relaciones con los Aborígenes», los cargos y las especificaciones

te serán dadas a conocer en tu proceso, sin limitarse necesariamente a dicho código. Quedas advertido de que todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra.

-¡No puedes hacer esto!

-¡Matt! ¡Tex! ¡Cogedlo y amarradlo!

- Con mucho gusto - le ataron a un asiento de aceleración puesto en la cocina, lugar donde, según convinieron, causaría menos molestias. Cuando lo hubieron hecho, lo comunicaron a Jensen.

- Mira, Os - añadió Matt -, ¿piensas que podrás conseguir mantener la acusación en su contra?

- Lo dudo, salvo si tienen en cuenta nuestras declaraciones, bajo la regla de «la mejor evidencia>. Naturalmente, tendrían que condenarle a más años que los que tiene la Vía Láctea, pero lo más que puedo esperar es que sea revocada su licencia y le quiten su pasaporte. La Patrulla creerá nuestra historia, y ya basta de hablar de esto.

Menos de una hora más tarde las enfermeras de Thurlow salieron de la nave, y los cadetes se despidieron de la madre de muchos, lo que resultó un acontecimiento florido y prolijo, en el cual Oscar se dejó entrampar, prometiendo volver algún día. Pero, finalmente, cerraron la puerta exterior, y Tex la aseguro.

-¿Estás seguro de que entendieron que tenían que quedarse lejos de nuestro soplo? - inquirió Matt.

- Marqué la línea de seguridad con ella y la oí dar órdenes. No te preocupes más y ponte en tu puesto.

- Sí, señor.

Matt y Oscar fueron hacia proa, Oscar tenía el antiguo diario metido en su cabestrillo. Tex se puso frente a los controles manuales. Oscar se sentó en la silla del copiloto y abrió el diario en la página del último apunte. Cogió un trozo de lápiz que había encontrado en la cocina, lo mojó en su lengua, anotó la fecha, y escribió con letras grandes.

Se detuvo y le dijo a Matt.

- Todavía pienso que tendríamos que cambiar el mando.

- Nada de eso - dijo Matt -. Si el Comodoro Arkwright puede dirigir la *Randolph* sin vista, tú puedes dirigir la *Astarte* con un ala estropeada.

- De acuerdo, si así lo quieres - continuó escribiendo:

O. Jensen, capitán provisional.

M. Dodson, piloto y astrogador.

W. Jarman, ingeniero jefe.

Tte. R. Thurlow, pasajero (en la enfermería).

B. Burke, pasajero, paisano (en el calabozo).

- Pase revista a la tripulación, señor.

- Sí, señor. ¿Llamo también tu nombre, Os?

- Seguro, ya es una lista bastante corta.

-¿Qué pasa con Maloliente?

-¡Ése, ni hablar! Lo he inscrito como carga.

Matt inspiró profundamente y hablando cerca del tubo acústico, para que Tex le oyera, llamó:

-¡Teniente Thurlow!

Oscar contestó:

- Contesto por él - miró de nuevo al Teniente, atado en el asiento del inspector, donde podían vigilarle, Thurlow abrió los ojos con la mirada interrogadora y perpleja que había mostrado en las escasas ocasiones en que parecía enterarse de algo.

¡Jensen!

-¡Presente!

-¡Jarman!

-¡Presente! - contestó Tex, su voz surgió ahogada y cavernosa por el tubo acústico.

Matt dijo:

- Dodson, presente - luego, se mojó los labios y dudó- ¡Dahlquist!

Oscar estaba a punto de contestar, cuando la voz de Thurlow se alzó tras de ellos:

- Contesto por él.

-¡Martin! - Matt continuó, mecánicamente, demasiado asustado para pararse.

-¡Contesto por él! - dijo Oscar, mirando a Thurlow.

-¡Rivera!

-¡Contesto por él! - dijo la voz de Tex.

¡Wheeler!

-¡Wheeler está presente también - contestó Tex otra vez -. Están todos presentes, Matt. Estamos listos.

- Personal completo, Capitán.

- Muy bien, señor.

-¿Cómo está, Os?

- Ha cerrado los ojos otra vez. Haz despegar a la nave cuando estés listo.

- Sí, señor. De acuerdo con el plan... *¡la nave despega!*

Agarró los controles de las alas y esperó. La *Astarte* se alzó sobre sus cohetes de popa, se movió adelante y hacia arriba, hacia las nieblas de Venus.

XVIII

EN EL DESPACHO DEL COMANDANTE

Los cadetes aprobados Dodson y Jarman, recién salidos de la NCP *Pegasus,* al llegar a la Estación Tierra, procedentes de New Auckland, saltaron de la navecilla de la *Randolph,* entrando en esta nave. El cadete Jensen no estaba con ellos; a Oscar, le habían concedido, mediante un mensaje oficial de la Academia, seis meses de permiso para ir a su casa, con el acuerdo de que, durante este tiempo, tendría que volver temporalmente a sus obligaciones, para acompañar al primer cónsul a las regiones ecuatoriales, ver que se hiciese cargo de su puesto, y ayudarle a entablar relaciones.

Matt y Tex mostraron sus órdenes al oficial de guardia y le dejaron las inevitables copias. Les dio el alojamiento que les correspondía en el Callejón del Puerco, en una habitación con distinto número pero que, de todas formas, se parecía mucho a la que habían tenido.

- Parece como si nunca la hubiéramos dejado - dijo Tex, mientras deshacía su bolsa de costado.

- Sólo que parece extraño que Os y Pete no estén por aquí.

- Sí, aún espero ver aparecer la cabeza de Oscar preguntando si nos gustaría formar equipo con él y Pete:

El teléfono de la habitación sonó, Tex respondió:

-¿El cadete Jarman?

- Al habla.

- Saludos del comandante. Tiene que presentarse en su oficina.

- Sí, señor - desconectó y se dirigió a Matt -. No pierden demasiado tiempo, ¿verdad? - quedó pensativo y añadió. ¿Sabes lo que pienso?

- Creo que puedo adivinarlo.

- Bien, este rápido servicio parece prometedor. E hicimos un *buen* trabajo, Matt. No hay porque darle vueltas.

- Lo supongo. Devolver la *Astarte*, perdida hace noventa y ocho años, fue algo que puede darnos un destino; incluso si la hubiéramos arrastrado sobre ruedas, todavía sería algo importante. De todas formas, no te llamaré teniente todavía.

- Cruza los dedos, ¿qué tal estoy?

- No eres guapo, pero si que se te ve diecinueve veces mejor que cuando aterrizamos en el Polo Sur. Más vale que te des prisa.

- De acuerdo - Tex se fue y Matt esperó ansiosamente. Al fin, llegó la llamada que esperaba, diciéndole que también se presentara al Comandante.

Todavía encontró a Tex dentro. Antes que ponerse nervioso, bajo la mirada de los demás, en la oficina exterior del Comandante, prefirió esperar en el pasillo. Al cabo de un rato, Tex salió. Matt se dirigió a él con impaciencia.

-¿Qué pasó?

Tex le dirigió una extraña mirada.

- Entra.

-¿No puedes hablar?

- Hablaremos más tarde. Entra.

-¡Cadete Dodson! - gritó alguien desde la oficina.

Presentándose, respondió. Dos segundos después, estaba en presencia del Comandante.

- Se presenta el cadete Dodson tal como usted ordenó, señor.

El Comandante volvióse hacia él y, de nuevo, Matt sintió la horrorosa sensación de que el Comodoro Arkwright podía verle mejor que cualquier hombre normal, que tuviera ojos:

- Oh, sí, señor Dodson. Acomódese. - El veterano miembro de la Patrulla cogió de su mesa, y sin ningún titubeo, un sujetapapeles -. He estado mirando su informe. Ha solucionado su deficiencia en astrogación y la ha complementado con un poco de trabajo práctico. El capitán Yancey parece darle por bueno, en general, pero señala que a veces está distraído y tiene tendencia a preocuparse con una tarea, a expensas de las otras. En un hombre joven, esto no me parece muy grave.

- Gracias, señor.

- No fue un cumplido, sino sólo una observación. Ahora, dígame lo que haría si... - cuarenta y cinco minutos más tarde, Matt pudo respirar lo suficiente como para darse cuenta de que había estado sometido a un examen muy profundo. Había entrado en la oficina del Comandante sintiendo que medía tres metros de alto, metro treinta de ancho y que estaba completamente cubierto de pelo. Tal sentimiento ya había desaparecido.

El Comandante hizo una pausa momentánea, como si pensara, y después continuó:

-¿Cuándo estará listo para ser comisionado, señor Dodson?

Matt se quedó un poco cortado, después consiguió responder:

- No lo sé, señor. Dentro de tres o cuatro años, quizá.

- Creo que un año debería ser suficiente, si se esmera. Le voy a enviar a Hayworth Hall. Puede tomar el transbordador en la Estación, esta tarde. Con el permiso acostumbrado, claro - añadió.

- Estupendo, señor.

- Diviértase. Tengo algo para usted... - aquel hombre ciego titubeó una décima de segundo, después alcanzó otro portapapeles- .. una copia de la carta de la madre del Teniente Thurlow. Otra copia está en su informe.

-¡Oh! ¿Cómo está el teniente, señor?

- Completamente repuesto, me dijeron. Otra cosa, antes de que se vaya.

- Sí, señor.

- Deme algunos informes acerca de los problemas que tuvieron para volver a poner la *Astarte* en marcha, especificando lo que tuvieron que aprender en su camino... especialmente, cualquier equivocación que cometieran.

- De acuerdo, señor.

- Sus observaciones serán consideradas cuando se revise el manual del material en desuso. No se apresure, hágalo cuando vuelva de su permiso.

Matt se alejó de la presencia del Comandante, sintiendo que su tamaño era sólo una fracción del que tenía cuando entró; pero, de todas formas, más que deprimido se sentía exaltado. Se precipitó hacia la habitación que compartía con Tex y le encontró esperándole. Tex le miró de arriba abajo.

- Veo que lo has conseguido.

- Correcto.

-¿ Hayworth Hall?

Así es - Matt parecía perplejo. No lo entiendo. Entré allí realmente convencido de que iba a recibir ya mi despacho, pero me siento maravillosamente. ¿Por qué será?

- A mi no me lo preguntes. Me siento igual y, a pesar de todo, no puedo recordar que me dirigiera ni una sola palabra amable. No hizo más que dar por sentado todo lo ocurrido en Venus.

Matt dijo:

- Eso es.

-¿El qué?

- Simplemente lo dio por sentado. Por eso nos sentimos bien. No le dio mayor importancia, porque no esperaba otra cosa, ¡porque somos miembros de la Patrulla!

-¡Caramba! ¡Eso es, eso es exactamente! Como si nosotros tuviéramos la categoría treinta y dos y él la primera, pero fuéramos miembros de la misma logia - Tex empezó a silbar.

- Me siento mejor - dijo Matt -. Antes me sentía bien, pero ahora me siento mejor, ahora que entiendo el porqué. Oye, otra cosa...

-¿Qué?

- No le contaste nada de la pelea que tuve con Burke en New Auckland, ¿verdad?

- Claro que no - Tex se sentía indignado.

- Es extraño. No se lo dije a nadie más que a ti, y podría jurar que nadie lo vio. Así lo planeé.

-¿Lo sabía él?

- Seguro que sí.

-¿Estaba molesto?

- No, dijo que se daba cuenta de que Burke estaba en libertad bajo fianza, y que yo estaba de permiso, y no quería meterse en mi vida privada. Pero quiso darme un consejo.

-¿Si? ¿Cuál fue?

- No fiarme excesivamente de mi izquierda.

Tex parecía asombrado, y después pensativo.

- Creo que también quería decir que no te fiases de tu barbilla.

- Probablemente - Matt empezó de nuevo a hacer el equipaje -. ¿Cuándo sale la próxima navecilla hacia la Estación?

- Dentro de unos treinta minutos. Oye Matt, tú también tienes permiso, claro.

- Desde luego.

-¿Qué tal si aceptaras mi invitación para pasar unas semanas con todos los Jarman? Quiero que conozcas a mi gente... y a Tío Bodie.

- A Tío Bodie, desde luego que quiero conocerlo... pero, Tex...

-¿Sí?

-¿Pasteles calientes para desayunar?

- Nada de pasteles calientes.

-¡Trato hecho!

- Chócala.

FIN